



Siempre te amaré

Lorena Salaz

Trilogía Siempre te Amaré

Perdóname

Libro Dos

Trilogía Siempre te Amaré – Perdóname

Lorena Salaz

Diseño y maquetado: Lorena Salaz

Diseño de tapa: Erika Meza

ISBN 9789873669385

1era Edición Digital Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

@Lorena Salaz

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Aclarando esto, los eventos narrados en la presente obra no necesariamente deben ser considerados reales o ajustados a los que llevan adelante personas o agrupaciones mencionadas.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Facebook de Lorena Salaz

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004999038738>

Página de Facebook de la Novela

<https://www.facebook.com/pages/Siempre-Te-Amar%C3%A9-Perd%C3%B3name/267236496812769?ref=hl>

Diseño de Portada

<http://kikas146.wix.com/portafolioerikameza#!portraits/c199t>

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

Capítulo 1

Emma

El sonido de un claxon me despertó con un sobresalto. Los latidos de mi corazón eran irregulares, mi piel estaba sudorosa y fría a la vez, un escalofrío me recorrió regresándome a la realidad, tuve una horrible pesadilla. Levanté la cabeza y me acomodé en el asiento, el dolor del cuello me recordó la incómoda posición en la que debí haberme quedado desmayada. El cansancio me venció y me quedé dormida recargada contra la ventana a pesar de que no quería hacerlo.

Me aterraba recordar, cada vez que cerraba los ojos, se reproducían en mi mente escenas espeluznantes, en donde veía como Federico moría una y otra vez. Era más de lo que mi corazón podía soportar. Todo era como una escena dantesca en donde veía cuerpos a mí alrededor. Seguían grabados en mi memoria, el ruido de los disparos y las detonaciones, me estremecía con solo recordarlo.

Gracias a Dios, todavía existían personas bondadosas y para mi buena fortuna me topé con una de ellas en la cafetería a la cual llegué por pura suerte. Ahora me encontraba a salvo y me dirigía a un lugar seguro en donde me ocultaría por un largo tiempo.

Nos detuvimos en la siguiente ciudad, amanecía y el clima era gélido. Moría de sed, mi garganta estaba seca y mi boca tenía un gusto desagradable. Habían pasado muchas horas desde la última vez que comí algo. Así que bajé del autobús buscando una cafetería, solo contaba con 20 minutos para conseguir lo que fuera antes que el autobús siguiera su marcha.

Me encontré con un pequeño puesto, así que sin muchas opciones, compré un sándwich, varias botellas de agua y un café que olía a gloria. Regresé a mi asiento y me dispuse a devorar el sándwich de pollo, no antes de saciar mi sed.

Nos alejamos de la ciudad, regresando a la carretera. Nunca había viajado tan al norte de Estados Unidos, lo más lejos había sido San Francisco y lo habíamos pasado muchas horas atrás. Ya ni siquiera estaba en California.

Tenía que bajar en alguna ciudad antes de llegar a la frontera con Canadá, no podía utilizar mi pasaporte me encontrarían inmediatamente. Miré por la ventana y me abracé a la mochila buscando un poco de calor, sosteniendo mi café entre las manos, intentando reconfortarme.

Continuamos cruzando innumerables ciudades, unas más pequeñas que otras, pero ninguna me convencía. No era conveniente quedarme en un lugar muy pequeño. Tenía que pasar desapercibida, en donde me pudiera mover con facilidad.

Por lo que después de más de 20 horas de viaje, llegamos a Portland. La ciudad me gustó de inmediato, el paisaje era hermoso y se encontraba rodeada de agua, así que decidí quedarme.

Arribamos al centro, en donde el autobús se detenía para que bajaran o subieran pasajeros. No llevaba equipaje solo la mochila en mi espalda, por lo que bajé muy rápido, sin tener que esperar por una maleta. La gente se arremolinaba alrededor esperando su equipaje, haciendo difícil bajar del autobús, pero evadiendo a los pasajeros, me escabullí alejándome de la estación.

En la calle, el clima era encantador, los árboles tenían las hojas amarillas y se estaban tornando de un color naranja intenso, estábamos en pleno otoño. Intenté ubicarme a la antigua porque no podía encender mi celular. Cruzando la acera miré a la distancia un sitio de taxis, caminé hasta ahí. Tomé un taxi y le pedí al chofer que me llevara a un centro comercial, sería mi primera parada, me urgía comprar ropa y darme un buen baño.

Me llevaron a un centro comercial llamado Pioneros, era enorme. Después de varias horas de compras, llevaba jalando una maleta, con jeans, blusas, un buen abrigo, ropa interior y productos de aseo personal.

Ahora solo tenía que encontrar un hotel. Habían pasado casi tres días desde que salí huyendo. Mi estado era deplorable, ocupaba un buen baño. Me sentía malditamente incomoda por eso. El hotel Rose resultó estar muy cerca, solo a dos cuadras de distancia. Me registré y pagué una semana por adelantado en efectivo, no me pidieron identificación así que utilicé un nombre falso.

Las puertas del elevador se abrieron en el tercer piso. La habitación era espaciosa y muy iluminada. En el centro, cargada sobre una pared, se hallaba una cama king size, con dos mesas empotradas a la gran cabecera que abarcaba toda la pared. En frente estaba un escritorio modular, unido a un closet y en la pared colgaba una televisión de 42 pulgadas. En una de las secciones del mueble, había una cafetera, dos tazas, dos botellas de agua y todo lo necesario para hacer café, por lo menos me podría preparar café por las mañanas. La cama parecía muy cómoda y llena de almohadas, no necesitaba más.

En el baño miré la tina con añoranza, abrí la llave del agua caliente y dejé que se llenara, una hora en remojo me caería de mil maravillas. Estaba magullada y adolorida, aunque anímicamente me sentía mucho peor, estaba devastada.

Me quité la ropa que estaba asquerosa y no era para menos luego de la travesía por la que pasé. Al verme en el espejo me di cuenta que me miraba horrible, mis ojos estaban hundidos y lucía pálida.

Me deslicé en el fondo de la tina lentamente, el agua caliente quemó mi piel y una sensación de escozor me recorrió desde los dedos de mis pies hasta mis caderas, pero el alivio fue placentero. Pegué mi espalda contra la base de la bañera y relajé mis hombros. Me sumergí en el agua y cerré los ojos. Contuve la respiración por unos segundos y luego saqué mi cabeza agarrando aire.

Cuando el agua se comenzó a enfriar, cogí el jabón y una esponja. Me lavé tratando de limpiar lo sucia que me sentía, me tallé enérgicamente como si de eso dependiera la salvación de mi alma, abrí la regadera y enjuagué los restos de jabón de mi cuerpo.

Me puse un pijama y me arrastré hasta la cama y abracé una almohada. Lágrimas calientes corrieron por mis mejillas. Un dolor agudo me invadió el pecho y comencé a llorar desgarradoramente.

— Perdóname amor por dejarte...perdóname por todo. — balbuceé entre sollozos.

Cerré los ojos y caí rendida por el cansancio. La tensión acumulada me sobrepasó, era demasiado el dolor y no sabía si alguna vez cesaría.

Al siguiente día no salí de la cama, no me sentí con ánimos de nada. No deseaba comer, solo quería dormir y soñar que todo lo que ocurrió era una horrible pesadilla de la cual tenía que despertar en algún momento.

Que seguía en casa con Federico, que regresó del auto, que llegamos a San Francisco y seguíamos con nuestras vidas juntos. Era una fantasía pero imaginármelo mitigaba mi dolor, aunque fuera de manera momentánea, era una ilusa y una cobarde, pero no podía enfrentarme a la realidad. Y la espantosa realidad era que lo había perdido para siempre.

Luego de una semana en la que pasé sumida en una profunda depresión tratando de vivir en un mundo falso y utópico. Entendí que tenía que salir de mi encierro, no podía darme por vencida y evadirme no me ayudaría.

Tenía que pensar que iba a hacer, necesitaba un plan. ¿Tal vez debía acercarme a la policía

buscando ayuda?, Pero tenía miedo ¿Y si ellos me encontraban antes?

No podía usar mis identificaciones, ni tarjetas de crédito o tratar de sacar dinero de algún cajero de mis cuentas. Contaba con dinero en efectivo, pero no me duraría para siempre y no tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que esconderme.

Otra vez estaba sola y asustada, pero tenía que seguir adelante. Ahora todo lo que podía hacer era esperar y estar alerta ante cualquier amenaza que se presentara.

Días después, revisé los periódicos buscando las noticias de San Francisco y sus alrededores, esperando encontrar alguna nota sobre el tiroteo. Fue un enfrentamiento en donde estuvieron involucrados exmilitares y narcotraficantes. Una verdadera masacre, tendría que haber alguna noticia en los periódicos por lo menos locales, pero mi búsqueda fue en vano, por lo que recurrí al internet.

Por más de tres días me dediqué a buscar en línea y no solo lo hice en el área de San Francisco, busqué en todo el maldito estado de California y no encontré nada. No lograba comprender, ¿Cómo carajos era posible que ocultaran una noticia así?

Esa situación me desconcertó, me cuestionaba ¿Quién tenía tanto poder para manipular a los medios y hacer que tanta gente desapareciera? Era una pregunta que no podía contestar, al menos no por el momento.

Frustrada y preocupada por la falta de información, salí del hotel. Luego de desayunar, caminé varias cuadras alejándome. Encontré un parque que se hallaba al lado del río Willamette, el lugar me encantó, era precioso y en pocos días se convirtió en mi lugar favorito. Se me hizo una costumbre caminar todos los días hasta ahí.

Me sentaba en silencio en una banca, desde donde contemplaba el paisaje, tan frío y etéreo a la vez, la brisa del mar me golpeaba entumeciéndome y esa sensación de estar suspendida en el tiempo era reconfortante. Duré semanas sin hablar con nadie y poco a poco me comencé a aislar cada vez más.

Me sentía tan triste y desolada. Nunca superaría su pérdida, nunca dejaría de sentir el dolor de no tenerlo. No verlo otra vez sería el precio que pagaría por el error que cometí y del cual me arrepentiría toda la vida.

Solo permanecía inerte y taciturna, cerraba los ojos, dejando que el viento frío rosara mi cara, mientras imaginaba su hermoso rostro en mi mente.

Capítulo 2

Emma

Pasaron los días y la inactividad me comenzó a desquiciar. Tenía que ocuparme en algo, necesitaba encontrar trabajo. La depresión me arrastraba hacia un abismo de desesperación y agonía.

Me sentí tan culpable por sentirme desesperada. Cuando mi familia murió fue muy doloroso, pero la pérdida de Federico era insoportable. Casi no comía, todo lo que quería era dormir y eso no estaba bien. Al cabo de tres semanas la ropa que compré comenzó a quedarme floja y me miraba demacrada.

Y aunque salí de mi encierro, siempre estaba sola caminando como alma en pena por las calles aledañas al hotel. Necesitaba un trabajo en donde estuviera fuera del ojo de la gente, pero en donde tuviera contacto con personas. Tenía que ser invisible así que lo mejor era buscar en alguna cafetería o restaurante donde necesitaran personal. Dos semanas después, tuve suerte.

Miré un cartel pegado en una de las ventanas de un restaurante llamado Bar & Grill, solicitando un lavaplatos.

En mi vida había trabajado lavando platos, pero quién no lavó los platos en su casa, no pensé que fuera tan difícil, todo era cuestión de esforzarse. Entré al lugar buscando al encargado. Me encontré una chica rubia detrás de una gran barra, sacaba copas de una caja y luego las limpiaba delicadamente para guardarlas en los estantes.

Me acerqué con paso decidido y una sonrisa en los labios, tratando de parecer amigable.

— ¿En qué te puedo ayudar?— dijo sin levantar la vista de la copa que tenía entre sus manos.

—Me interesa el puesto de lavaplatos. — levantó la mirada y me vio incrédulamente.

— ¿Estás segura? — me preguntó con sorpresa en su voz.

—Sí...estoy segura. — dije aclarándome la garganta, sus dudas me hicieron sentir insegura, ¿Por qué dudaba que quisiera trabajar?

Negó con la cabeza y rodó los ojos con una mueca.

—Dame un momento, voy a buscar al dueño, está en su oficina.

Desapareció detrás de una par de puertas que parecía daban a la cocina y al cabo de 15 minutos salió un hombre por donde la rubia entró momentos antes.

Era joven, estaba sobre los treinta, no era muy alto, era delgado, apuesto y tenía una sonrisa agradable, toda su persona te transmitía confianza.

—Me dijo Cam que te interesa el puesto de lavaplatos.

—Así es señor. — murmuré.

—Mi nombre es Parker Fisher y ¿Tú te llamas?

Extendí mi mano y me presenté.

—Emma. —le dije sonriendo, me tomó la mano estrechándomela, su apretón fue firme pero con cuidado

— ¿Traes una solicitud de empleo?— ¡Demonios! ¿Cómo no pensé que me pedirían algo así?

— No, pasaba por aquí y miré el letrero en la ventana, solo...entré a...preguntar. —le dije tropezando con mis palabras, no empecé bien, era un hecho.

—Acompáñame a mi oficina por favor. —me dijo divertido.

De repente me sentí nerviosa, un nudo se formó en mi estómago, ¿Qué tan difícil sería lavar platos?, no era como si necesitara mucha experiencia ¿No? Entramos por la cocina y llegamos a una oficina que tenía a un lado de una bodega.

—Siéntate por favor. — me dijo apuntando una silla frente a su escritorio.

—Gracias. —murmuré.

Tomé asiento, mis manos empezaron a sudar, las entrelacé mientras movía mis dedos nerviosamente sobre mi regazo. Sacó una laptop y la encendió.

Me miró de arriba abajo, me sentí un poco incomoda con el escrutinio, la chica de la entraba hizo lo mismo, no entendía por qué la sorpresa.

—Lindo brazalete. — me dijo levantando una ceja.

Maldición, no me lo había quitado, era de platino pero el zafiro en forma de estrella era bastante llamativo.

—Gracias, es un regalo. — bajé mi mano jalando la manga de mi suéter, era el regalo de navidad Federico y era lo único que me quedaba de él, nunca me lo quitaría.

— ¿Por qué quieres un trabajo lavando platos? — me dijo entrecerrando los ojos con suspicacia.

—Obviamente porque necesito trabajar. — se rio ante la simplicidad de mi respuesta.

—Creo que no me expliqué, ¿Por qué alguien como tú quiere trabajar lavando platos? — me repitió la pregunta haciendo énfasis en sus palabras. Me miré las manos, pero no supe que contestarle.

— ¿De dónde vienes Emma?— me dijo condescendentemente, eso me molestó.

Me empecé a levantar, era obvio que no me daría el trabajo y no estaba dispuesta a soportarle sus idioteces, pero me detuvo.

— ¿A dónde vas? — preguntó sorprendido, cuando me vio con intenciones de largarme del lugar.

—Mira, no quiero hacerte perder tu tiempo. — mi tono fue serio y con algo de molestia.

— ¿Así que tienes carácter? —me dijo con una sonrisa. — No dije que no te contrataría, solo te pregunté de dónde eres. — se reclinó sobre la silla y se cruzó de brazos. Suspiré y me senté otra vez.

—De México.

—No quiero que te molestes, pero tengo que preguntarlo. —resopló. — ¿Tienes papeles?

Maldita sea, no podía utilizar mi documentación, ni siquiera mi nombre real, y ya le había dicho que me llamaba Emma, por lo menos tenía que cambiar mi apellido.

—No...no...tengo. — tartamudeé, insegura de mi respuesta, sin poder verlo a la cara, le estaba mintiendo, pero no me quedaba de otra.

—Ahí está, por eso estás buscando un trabajo así.

Asentí siguiéndole la corriente, dejaría que pensara lo que quisiera, ¿Quién era yo para sacarlo de su error?, Ya que ser una fugitiva era peor que ser una inmigrante, al menos en este momento pensaba eso.

—Entiendo si no puedes contratarme. — susurré tomando aire.

—En realidad, no tengo problema porque no tengas papeles, lo que me preocupa es que nunca hayas trabajado lavando platos.

Lo miré asombrada, ¿Cómo podía saber que nunca había lavado platos en mi vida?, bueno lavaba uno que otro, aunque tenía casi un año de no hacer nada, me la pasé trabajando. Creo que el mouse y el teclado no me maltrataban mucho las manos.

— ¿Te sorprende que me haya dado cuenta?

—La verdad sí.

—Mujer, te di la mano cuando llegaste y tienes las manos más suaves que he tocado en mucho tiempo.

Me puse roja por su comentario. De repente se giró hacia su máquina y presionó el botón de encendido otra vez.

— ¡Está maldita computadora!, ¿No sé qué demonios le pasa?—dijo histérico. Lo miré sonriendo y me acerqué al escritorio.

— ¿Me permites revisarla?

—Toda tuya.

Jalé la laptop acercándola. Tuve que reiniciarla entrando en modo protegido, eliminé el proceso que estaba atorado y luego la reinicié. La computadora arrancó, me pidió el usuario y contraseña.

— ¿Cuál es tu contraseña?— me miró con una sonrisa.

—Parker. — lo miré incrédula, clásico en los usuarios.

— ¿Es en serio?— Negué sacudiendo la cabeza.

—Usuarios. — dije entre dientes.

Una vez que arrancó, descargué un antivirus y comenzó inmediatamente a vacunar el disco duro, además tenía muchísimas actualizaciones pendientes.

—Aquí tienes. —le dije, regresándosela.

— ¿Ya quedó lista?

—No, lo siento. Tú antivirus expiró y tienes muchas actualizaciones pendientes. Tardará, pero luego de eso no tendrás problemas.

—Muchas gracias, tengo una semana batallando con este vejestorio y no he podido hacer unos pedidos pendientes. — me miró alzando una ceja con una sonrisa arrogante. — Ahora sé a lo que te dedicas. — me llevé las manos a la cara, ¿Por qué no podía evitar meterme en todo?

—Tienes razón, nunca he lavado platos, muchas gracias no quería hacerte perder tu tiempo. — me levanté de la silla pero me detuvo.

— ¡Espera! No te vayas. Es obvio que no podías lavar platos, pero después de lo que vi que puedes hacer, creo que tengo un puesto para ti. — lo miré entornando los ojos.

— ¿Si supiste que no podía lavar platos, por qué me entrevistaste?— le pregunte un poco molesta. ¿Qué le pasaba a la gente? Y todavía se sonrió como si eso le causara gracia.

—Simple curiosidad, pero ahora me interesa contratarte.

— ¿No estás jugando conmigo?

—No, claro que no, quiero contratarte.

— ¿Y cuál sería mi trabajo específicamente?

—Muy fácil. Necesito que te encargues del inventario. Hacer los pedidos a los proveedores y me mantengas mi sitio actualizado. ¿Puedes hacer eso?— no podía creer mi buena suerte, eso era de lo más sencillo.

—Sí, claro que puedo hacerlo.

—Entonces, estás contratada. Aunque cerramos hasta media noche, tu horario será de 10 de la mañana a 5 de la tarde. Te ofrezco 20 por hora. Sé que es poco, pero te voy a pagar en efectivo. — me dijo encogiéndose de hombros.

—Es perfecto, ¿Cuándo quieres que empiece?— le dije con una gran sonrisa.

—Mañana, te espero a las diez en punto. Esta semana te voy a explicar todo lo necesario para que te quedes a cargo. Tengo un mes haciendo ese trabajo y me estoy volviendo loco, necesito ayuda.

—Te lo agradezco mucho.

— ¿Cuál es tu nombre completo?

—Emma...Borges. — utilicé el apellido de mi mamá.

— ¿En dónde vives?

—Estoy hospedada en el hotel Rose. Está a tres cuadras de aquí.

—No quiero que te sientas presionada, ni pienses que tengo malas intenciones, pero mi vecino está rentando un pequeño departamento separado de su casa. Es más barato que pagar un hotel. ¿Te interesa?

Tenía razón, ya casi había pagado mil dólares de hospedaje, y eso que era un hotel barato, sin contar con lo que estaba pagando de comida.

— ¡Por supuesto que me interesa!— le dije emocionada.

—Hoy le preguntaré cuanto quiere por la renta y mañana te digo.

—Te lo agradezco, nos vemos mañana, y gracias otra vez.

Salí de lugar con una sonrisa en mi rostro, tenía un nuevo trabajo y probablemente conseguiría un lugar en donde vivir.

Una semana después me mudé al departamento del vecino de Parker, no tenía nada que llevarme, solo empaqué la ropa que compré el día que llegué a la ciudad.

Parker me ofreció su ayuda para mover mis cosas. Era muy atento conmigo, pero debía mantener una amistad con él y no enviarle señales contradictorias con mi comportamiento. Así que trataba de ser agradable, pero siempre mantenía mi distancia. A las diez de la mañana estaba sentada en la recepción del hotel esperándolo.

—Buenos días.

—Buenos días, perdón por llegar tarde. —me dijo apenado, era increíble como todavía se disculpaba, si me estaba haciendo un favor.

—No te preocupes, gracias por tomarte el tiempo para venir por mí, puedes llegar a la hora que quieras.

—Vamos entonces. — me sonrió y tomó mi maleta, salimos de la recepción del hotel, hacia

el estacionamiento.

Cruzamos el río, tomando el puente que unía esas áreas de la ciudad. Llegamos a su casa. El departamento estaba a unos metros de su cochera, era pequeño pero funcional, tenía una cocineta, un pequeño comedor, una pequeña sala con un solo sillón y dos puertas.

Una de ellas llevaba al baño y la otra a una habitación. Para mí era perfecto y por mil dólares al mes era una ganga, sin mencionar que no me pidieron ningún documento para rentarlo porque Parker conocía a su vecino, solo pagué 3 meses de depósito y pude ocuparlo inmediatamente.

Necesitaba comprar sábanas y un buen cobertor, estaba haciendo frío. Además de algunos platos, por lo menos un sartén para cocinar, toallas y artículos de limpieza.

Fuimos a comprar todo lo necesario. Parker insistió en que comprara una televisión, luego de analizarlo no me pareció tan mala idea, así que lo hice.

Tomé un lindo mantel para cubrir la mesa que estaba un poco estropeada y un florero, de regreso llegamos a un mercado que se encontraba de camino. Compramos algunos víveres y escogí un ramo de margaritas, me recordaban a mi madre, eran sus favoritas.

Le haría de cenar, tratando de retribuirle un poco su ayuda. Además sabía que no iba a despreciar una comida casera, él siempre comía en el restaurante. Descargamos las bolsas de su auto y entramos al departamento.

—Bueno como agradecimiento por lo que hiciste hoy por mí, te voy a preparar la cena.

—Es un honor que cocines para mí. — me dijo sonriendo. —Así que mientras lo haces voy a instalarte la televisión.

—Muchas gracias, en 30 minutos tengo todo listo. — le dije guiñándole un ojo.

Tomó la caja de la televisión, la abrió quitando foams y plásticos. Lo dejé trabajar lo mejor era no estorbarle, así que fui a la cocina, guardé las compras en el refrigerador y las alacenas.

Saqué dos pechugas de pollo y un paquete de pasta, haría algo sencillo y rápido. Me decidí por un fettuccini a la crema con brócoli y pollo, acompañado de una ensalada verde. Luego de 40 minutos él seguía tratando de programar la televisión y conectarle el cable.

—Vamos a comer y luego terminas con eso. —le dije sonriendo.

—Estúpido cable, te juro que no tuve ningún problema con el mío. —me dijo frunciendo el ceño.

—Ven, luego vemos que pasó con la televisión, no te preocupes. — se sentó y le puse su plato sobre la mesa.

— ¿Pensé que harías comida mexicana?— me dijo realmente sorprendido.

— ¿Qué esperabas? ¿Enchiladas o mole? En México también comemos comida italiana, china, japonesa, griega, hamburguesas, pizzas además de comida mexicana. —le dije negando con la cabeza. Se rio a carcajadas.

—Perdón mujer, que sensibilidad.

—Come y cállate. —le dije en tono molesto pero con una sonrisa.

— ¿Sabes hacer enchiladas?

— ¡Parker! —le dije en tono de advertencia.

—Es una broma.

Terminamos de cenar y luego instalamos la televisión, bueno la instalé. No era muy bueno con lo electrónico definitivamente, pero fue agradable que se ofreciera a hacerlo y disfrutaba su compañía.

Todo marchaba bien, por la mañana Parker y yo íbamos al restaurante para trabajar. Por la tarde regresaba en autobús, ya que él normalmente se quedaba hasta que cerraban el lugar. El trabajo era sencillo y me mantenía ocupada. Actualicé su inventario y puse al corriente los pedidos atrasados que tenía.

Mejoré su página web y agregué una sección para hacer una encuesta de satisfacción al cliente, eso lo emocionó. Comenzó a recibir comentarios y sugerencias sobre la comida y las instalaciones. Su restaurante era bueno, el chef cocinaba delicioso, solo era cuestión de realizar pequeños ajustes.

Un mes después algo inesperado ocurrió. Como siempre fui a trabajar, pero al cabo de unas horas, empezaron a cocer pescado en la cocina, siempre hacían una base para utilizarlo en algunos platillos y a pesar que casi no comía pescado nunca me molestó antes.

Pero ese día en particular, cuando el aroma entró por la puerta, no pude evitarlo y salí disparada al baño, vomité todo lo que comí una hora antes, una ola de nauseas me revolvió el

estómago.

Me enjuagué la boca y me lavé los dientes. Me vi al espejo, estaba pálida. Algo debió de caerme mal, no había otra explicación para mi malestar. Regresé a la oficina, me senté y recargué mi cabeza sobre el respaldo de la silla. Cerré los ojos, todo me daba vueltas, estaba mareada. Parker entró y me miró preocupado.

— ¿Qué tienes?— me dijo asustado.

— ¿No sé?, Creo que algo me cayó mal. — todavía sentía que mi boca se hacía agua, esa sensación era espantosa.

—Te miras muy pálida, vete a descansar, ya son las 5 de la tarde, no es necesario que te quedes. — me dijo mientras revisaba su reloj.

—Gracias me siento terriblemente mal. — le dije haciendo una mueca, me sentía fatal, el asco y las náuseas eran horrorosas, así que acepté irme. Tal vez un té de hierbabuena me ayudaría con el malestar.

Salí y tomé un taxi, no tenía ni fuerzas para llegar hasta la parada del autobús, aunque solo caminaba algunas cuadras, no quería vomitar en el camino.

Llegué al departamento, me metí a bañar y me fui a la cama, creí que si descansaba me sentiría mejor. Una semana pasó desde la primera vez que vomité y cada vez fue peor, todo me daba asco. No era normal que no se me quitara.

Algo hizo click en mi cabeza. Ya tenía dos meses en Portland y en todo ese tiempo no tuve mi periodo. Pero era imposible que estuviera embarazada. Tenía una semana con el parche anticonceptivo, ya me había pasado que de repente me saltaba algunos periodos y no tuve problemas. Un pensamiento de pánico me paralizó, maldita sea, pero no tenía relaciones con nadie.

Salí a la farmacia, compré varias pruebas de embarazo y regresé lo más rápido que pude. Como podían fallar, compré tres pruebas de diferentes marcas para minimizar el error.

Me senté a esperar el resultado de las tres pruebas que estaban alineadas sobre el lavabo. En la primera apareció un signo de más, en la segunda apareció una palomita y en el último aparecieron dos rayitas, ¡Estaba jodida!, ¡Estaba embarazada!, ¿Pero cómo era posible tal descuido de mi parte?

Lo peor era que no tenía ni idea de quién podía ser el papá. El día que me secuestraron tuve sexo por la mañana con Federico y tres semanas después lo hice con Ian, así que lo más seguro era

que fuera de él, era lo más lógico.

Empecé a llorar, ¿Cómo pasó algo así? Los dos estaban muertos, era una situación jodida, nunca sabría quién era el padre de mi hijo.

Me avergoncé por mi comportamiento. Tenía que decirle a Parker que estaba embarazada y si me despedía, tendría que entenderlo. El cargar con una mujer con achaques no sería fácil.

Por la noche llegó a buscarme al departamento, lo dejé pasar y me miró preocupado, tenía los ojos rojos, lloré por horas.

—Tengo que hablar contigo. —le dije muy seria.

—Emma me asustas, ¿Te pasa algo?— nos sentamos en el pequeño comedor.

—Tengo algo que decirte...y no sé cómo lo vas a tomar... —murmuré mientras miraba mis manos, no podía mirarlo a los ojos.

— ¿Dime qué ocurre?— respiré profundamente.

—Estoy embarazada. — abrió la boca para decir algo pero se quedó callado. Negué con la cabeza.

—No te preocupes, entiendo si me despides.

— ¿De qué demonios estás hablando?— me dijo desconcertado.

—Que si deseas que deje de trabajar para ti lo entiendo. —le dije encogiéndome de hombros.

— ¿Por qué haría algo así?

—No quiero ser una carga y con mi embarazo...

Se acercó y me abrazó, en ese momento me quebré, me sentía sola, no tenía familia y la que me quedaba no podía contactarla. Lloré en su hombro.

—No eres una carga, ¿Qué no somos amigos? — solo asentí, pero no pude hablar tenía un nudo en la garganta que me ahogaba.

—Tienes todo mi apoyo, cuenta conmigo. Incluso si necesitas un papá...para tu hijo. — me dijo despacio. No podía creer lo que me dijo, se estaba ofreciéndolos hacerse responsable.

—Gracias, pero no tienes que hacer algo así...

—No digas nada, pero piénsalo. Te lo digo en serio, tú sabes que me gustas, aunque a ti no te interese. —me dijo con tristeza en sus palabras.

—Parker, no me digas eso por favor. Si antes era complicado ahora lo es más.

—No quise hacerte sentir incómoda, no te alejes de mí por favor.

—No podría hacerlo...eres mi amigo.

— ¿Ya fuiste al doctor?

—No.

—Tenemos que ir al doctor para que te revise.

— ¿Tenemos?— le pregunté con una sonrisa.

—Por supuesto, no te voy a dejar sola, si no puedo ser su papá puedo ser el tío Parker.

—Algún día serás un gran padre. —le dije dulcemente, la mujer que se casara con él tendría mucha suerte, era un hombre muy valioso.

Luego de la reacción de pánico que tuve cuando me enteré que estaba embarazada, al cabo de unos días me tranquilicé y asimilé la noticia. Conforme pasaron los meses mi emoción creció por estar embarazada. Mi cuerpo cambió y mi estómago comenzó a crecer, todo se volvió más real.

Capítulo 3

Emma

7 meses después...

Tenía un estómago enorme o al menos a mí me lo parecía. Se me quitaron los malestares y pude regresar al restaurante sin problemas a las pocas semanas. Los olores no eran un inconveniente para mí, el problema era la cantidad de comida que ingería, todo se me antojaba. Joe el cocinero era terrible, me consentía mis antojos y no me podía resistir, él y su novio decían que serían los padrinos de mi hijo cuando naciera, cosa que a Parker no le hacía gracia.

Parker, fiel a su palabra me acompañaba a mi revisión mensual, incluso entraba conmigo cada vez que me hacían un ultrasonido. La primera vez que fuimos al doctor, en el consultorio la enfermera pensó que era el papá de mi bebé, luego de varias citas se aclaró que no era así.

En la última visita tratamos de ver el sexo del bebé, pero no se dejó, así que lo seguíamos llamando el bebé simplemente. El doctor no pudo decirme la fecha exacta de la concepción, por lo que me fue imposible saber si él bebé era de Federico o de Ian, eso me angustiaba, sin embargo conforme pasaron los meses, no me importó, ya que ese niño sería solo mío y definitivamente una prueba de paternidad estaba descartada. Lo más probable era que los dos estuvieran muertos, por lo que mi hijo nunca conocería a su padre.

Luego de siete meses de estarme ocultando en Portland, me convencí de que no me buscaban más. Quería contactar a mi familia en la Ciudad de México, pero tenía miedo de exponerlos a un peligro que no merecían, así que busqué una alternativa para saber cómo estaban.

Entré a mi cuenta de correo electrónico, tenía meses que no lo revisaba, sabía que estaba rayando en lo paranoica, pero no quería arriesgarme.

En la bandeja de entrada encontré cientos de correos y muchos eran de Luis, al principio me pedía que me pusiera en contacto con él. En cada correo me suplicaba que me comunicara con ellos, pero tres meses atrás, repentinamente los correos se detuvieron.

Tenía que contactar a Luis por algún otro medio, él contaba con cuentas en casi todas las redes sociales, por lo que me dediqué a sacar cuentas nuevas. ¿Qué ocurrió que dejó de escribirme?

Necesitaba averiguarlo.

Abrí otras cuentas con un nombre falso y le envié varias solicitudes esperando que me aceptara. Al tercer día me aceptó en Facebook. Revisé el historial de lo que publicaba y sus conversaciones con la esperanza de encontrar algo de claridad.

Tenía posteadas visitas a mi casa, encontré fotos y mensajes desde que llegaron al aeropuerto y luego visitó varios restaurantes locales.

¿A qué demonios fueron mis tíos y Luis? El historial de Luis era enorme, creo que agregaba algún comentario cada cinco minutos, por lo que duré toda una tarde en encontrar el motivo de su visita y lo que vi me horrorizó.

Era una foto de la placa de la tumba de mis padres y mi hermana, tenía un nombre nuevo, ¡Era el mío!, ¿¡Estaba muerta!?

Miré la fecha de mi supuesta muerte y era de tres meses atrás, precisamente cuando dejó de escribirme, ahora lo entendía todo.

Con esa información, busqué nuevamente en los periódicos, pero ahora de Los Ángeles y ahí encontré la noticia. Vi la foto de la camioneta de Federico, estaba totalmente quemada. La nota hablaba del accidente, supuestamente en una curva perdió el control y volcamos. Aparecían nuestros nombres, decía que morimos instantáneamente. Mencionaba que Federico era un empresario brasileño socio de una naviera multinacional y aparecía mi nombre, mencionando que era su novia.

Empecé a temblar, ¿Cómo era posible que armaran toda esa mentira? Simplemente nos eliminaron. Eso me confirmaba que Federico estaba muerto, todavía abrigaba la esperanza de que se hubiera salvado, pero esta nota destruyó todas mis ilusiones.

Ahora el problema era que debían seguir buscándome, no se arriesgarían a que regresara de la tumba. Eso me dio mucho miedo y ya no era solo mi vida, era por mi hijo.

Borré el historial de los navegadores, no dejé huella de las búsquedas de información que hice, solo le pedí a Dios, que no me encontraran nunca.

Según el doctor me faltaba entre 5 y 6 semanas para la fecha de parto. Hasta ese momento sería natural, estaba nerviosa y a esas alturas seguía sin conocer el sexo del bebé. Así que todo lo que compraba eran colores que pudieran usar una niña o un niño.

Fui con Parker a buscar una cuna, después de visitar varias tiendas, encontramos la

adecuada. La subió en la camioneta y nos dirigimos al departamento.

Traté de ayudarle, pero no dejó que me agachara. No quería que hiciera ningún esfuerzo, así que preferí hacer la comida y no estorbarle, por lo que al cabo de casi tres horas de pelearse con el instructivo por fin estaba armada.

—Ya está la comida lista, ven y siéntate. —le dije sonriendo.

—Deja lavarme las manos, ahorita regreso.

Parker entró al cuarto de baño y escuché que llamaron a la puerta, me dirigí a la entrada y abrí. Lo que nunca esperé encontrarme en la puerta de mi casa fue a Iván. Me tomó completamente por sorpresa, pensé que murió durante el tiroteo.

Sentí que la sangre se me fue a los pies, me recorrió de arriba abajo y cuando miró mi estómago, me dio una sonrisa escalofriante, traté de cerrarle la puerta pero con una de sus manos me detuvo.

—Hola Emma. — su voz era espeluznante.

Mi corazón latía desbocado, ¿Cómo demonios me encontró?, Era un hombre peligroso, me horroricé al recordar que Parker estaba en el baño.

— ¿Qué demonios quieres?—protesté entre dientes, tratando de no hacer mucho escándalo.

—Que grosero de tu parte recibirme así, pero te lo dejaré pasar porque creo que tus hormonas son las que están hablando por ti.— maldito infeliz. Negué con la cabeza.

—No sé qué quieres, pero aquí no hay nada que deba interesarte.

—Estás equivocada, hemos estado buscándote por todas partes ya que ahora eres más valiosa, aunque nunca esperé encontrarte embarazada. — me dijo con un tono de burla en su voz el muy desgraciado.

—Mira...

Antes que pudiera decir otra cosa, escuché que la puerta del baño se abría e Iván me interrumpió.

—Si no quieres que tu amigo salga herido, te recomiendo que cooperes, sería una pena tener que matarlo. — me miró amenazadoramente.

— ¡No por favor!, él no sabe nada. — le supliqué.

—Déjame entrar y le dirás que soy tu amigo. ¿Estamos de acuerdo?— asentí, abrí la puerta y lo dejé pasar a la sala.

— ¿Quién es? —preguntó Parker que venía hacia la puerta. Me aclaré la garganta y traté de sonar relajada.

—Es Iván un amigo. —cerré la puerta y caminé hacia él, que me miraba con el ceño fruncido.

—Mucho gusto. —le dijo. — No sabía que tenías amigos en la ciudad.

—No vivo en Portland, estoy de paso y no podía dejar de visitarla.

Traté de sonreírle, pero el ambiente se tensó, así que tratando de desviar un poco la atención les dije.

—Nos estábamos preparando para cenar, ¿Quieres acompañarnos? — pregunté apretando los dientes.

—Claro que sí. Hace mucho que no tengo una comida casera. —me dio sonriendo.

Agregué un plato más y puse en el centro de la mesa la ensalada. Saqué un molde con las enchiladas suizas. Fue lo que Parker me pidió como pago por armar la cuna, tuve que buscar la receta en you tube y la seguí paso a paso, el resultado fue bastante aceptable para ser la primera vez que lo hacía.

— ¿De dónde conoces a Emma? — preguntó Parker, no tenía ni idea que le contestaría, así que lo interrumpí.

—Cuando viví en Long Beach lo conocí, hace algún tiempo ya ¿Verdad?

Iván asintió pero no dijo nada gracias a Dios, era mejor que se quedara callado, si Parker sospechaba no se quedaría de brazos cruzados y solo terminaría herido, no podía permitirlo.

—Bueno vamos a comer que se enfría.

— ¿Qué hiciste de comer?— preguntó Iván.

—Enchiladas suizas.

—Nunca las he probado, ¿No sabía que podías cocinar?— me dijo sorprendido.

—No sabes muchas cosas de mí. — le dije tratando de sonar calmada, pero estaba nerviosa y a punto de perder los estribos. Entre la impotencia y la rabia que sentía por toda esta maldita situación.

—Así que cuéntame, ¿A qué te dedicas?

Nunca esperé esa pregunta por parte de Parker, ¿Qué demonios le pensaba decir? Soy secuestrador y asesino a sueldo.

—Me dedico a recuperar objetos de valor perdidos. — me miró sonriendo, Parker lo vio entrecerrando los ojos.

— ¿Y es bien pagado?— Iván asintió lentamente con una sonrisa de satisfacción, el muy cabrón se estaba burlando de mí.

—Sí, el último encargo que tengo, me lo pagarán muy bien.

Una sensación de temor me invadió, era un maldito, ¿Cómo podía hacer eso? Y lo peor era que parecía que lo disfrutaba. Terminaron de comer, pero yo no pude, me estómago se me puso duro, el bebé sentía mi angustia y miedo.

—Emma, casi no comiste. — me dijo Parker preocupado.

—No, es que de repente se me quitó el apetito. — murmuré sin poder verlo a la cara.

—La comida te quedó deliciosa tengo que reconocerlo. — dijo Iván muy fresco, actuaba como si realmente fuera un amigo que estaba de visita, era un cínico.

—Sí. Te quedaron deliciosas gracias por complacerme.

—Me alegra que te hayan gustado. — su voz era alegre, pero en su rostro vi preocupación.

Levanté los platos y los llevé a la cocina, les retiré la comida que les quedaba y los metí al lavaplatos. Parker se acercó sigilosamente.

— ¿Quién es ese tipo?, Parece peligroso. —me dijo entre dientes.

—Es un amigo ya te dije, ¿Por qué crees que te mentiría?

— ¿Es el papá de tu hijo?—me soltó de repente.

— ¿Qué?, ¡No! ¡Claro que no! —le dije con tono de molestia.

—No me gusta ese hombre, pero me tengo que ir al restaurante, prométeme que me llamarás

si necesitas algo.

—Lo haré. — quería llorar, pero no podía ponerlo en peligro, esperaba que no fuera la última vez que lo mirara. Lo abracé, despidiéndome en silencio, estos meses que estuvo junto a mí, se portó con un verdadero amigo, dándome todo su apoyo incondicional. Le di un beso en la mejilla y descansé mi cabeza sobre su hombro.

—Gracias por armar la cuna, no tengo como agradecerte todo lo que has hecho por mí. —le dije tratando de sonreír pero se me salieron algunas lágrimas.

— ¿Qué te pasa?, ¿Por qué te despides así?

—No me hagas caso...solo estoy sentimental. — me tocó la cara, nunca me acerqué tanto a él, pero no había forma de que me ayudara.

—Te lo digo en serio. Si necesitas algo me llamas, no me gustaría dejarte con él pero no tengo opción. — me dijo con una mueca.

—No te preocupes vete a trabajar. —le dije sonriendo.

Regresamos al comedor e Iván seguía sentado, revisando su celular.

—Mucho gusto, lamentablemente me tengo que ir a trabajar. —le dijo Parker a Iván, dándole una mirada de desagrado.

—No te preocupes, la voy a cuidar muy bien, además tenemos una plática pendiente, ¿Verdad Emma?

—Sí. Tenemos una plática pendiente. —le dije tratando de sonreír.

Lo acompañé a la puerta y me despedí. Regresé a la mesa y me senté frente a Iván.

—Ya se fue, ahora si dime ¿Qué demonios quieres? — le dije armándome de valor, cruzándome de brazos.

—Tu cabeza tiene precio, solo estoy siguiendo órdenes, no es nada personal. — me dijo encogiéndose de hombros.

— ¿Pero para qué me quieren?, No soy una persona importante.

—Pues para ellos sí lo eres, así que no tengo opción. Si te vas conmigo de forma voluntaria, no le pasará nada a tu amigo.— mis lágrimas corrían por mis mejillas.

— ¿Qué va a pasar con mi bebé? —le dije sollozando.

—No lo sé. Tengo órdenes de entregarte. No sabíamos que estabas embarazada.

— ¡Por favor no lo hagas!, te lo suplicó, mi bebé no tiene la culpa. —balbuceé desesperada.

—Deja de llorar. Si no soy yo, otro vendrá por ti, esto es inevitable, a donde vayas te van a encontrar.— me dijo negando con la cabeza, miró su reloj.

Sus palabras me desconcertaron y yo que creía que me dejarían en paz. Que estúpida e ingenua fui.

—Vamos a salir a media noche, si quieres puedes llevar una maleta con tus cosas, aunque no tengo ni idea de a dónde te van a llevar.

—Por favor, prométeme que no le vas a hacer daño a Parker.

—Te lo dije desde el principio, si no haces nada estúpido, no le pasará nada.

Tomé una bolsa pequeña, cogí dos cambios de ropa y toda la ropita de bebé que pude guardar. Miré la cuna que estaba en la esquina de la habitación y que Parker armó unas horas antes. Sentí un dolor en mi pecho. Ese pequeño departamento se había convertido en mi hogar y tenía la ilusión de que lo fuera para mi hijo.

Necesitaba despedirme de Parker y dejarlo tranquilo. No quería que me buscara, eso sería peor y no era justo causarle esa angustia. Cogí mi celular y desde el baño le llamé. Eran casi las 11 de la noche, el restaurante tenía que estar lleno. Respiré profundamente mientras esperaba que contestara.

— *¿Emma, está todo bien?— su voz estaba cargada de preocupación, el sonido de la música resonaba de fondo.*

—Sí. No te asustes. Lo que pasa es que me avisaron que tengo que regresar a México, es por una emergencia familiar.

— *¿Pero cómo te vas a ir?— chilló.*

—Voy a viajar en autobús.

— *¡Estás loca! Te faltan pocas semanas para que nazca tu bebé, no creo que sea conveniente que viajes tantas horas.*

—Lo sé, pero si no fuera importante no me iba.— intenté contener un sollozo, necesitaba decirle una mentira convincente.

—No sé cuánto tiempo tardaré, pero tengo que irme, es mi mamá...tuvo un...accidente está muy grave, te pido que guardes mis cosas por favor.— ya no me pude contener y me solté llorando.

— *No llores linda, le hace mal al bebé, tu mamá se va a poner bien.*

—Gracias por tus palabras, no sabes lo que me ayudan.

—*Voy para allá, ¡no te vayas a ir por favor!*

—Está bien, aquí te espero. — al salir del baño, Iván se me acercó amenazadoramente molesto.

— ¡¿CON QUIEN DIABLOS ESTABAS HABLANDO?!—me dijo arrebatándome el celular. Me tomó del brazo y me empujó contra la pared. Un pinchazo de dolor me atravesó la espalda.

—No pienses que porque estás embarazada, no te voy a poner una mano encima. He tratado de ser amable créeme, pero no me importa golpearte, ¿Me entendiste?— asentí llorando y encogiéndome de hombros, apesadumbrada y temerosa.

—Cálmate, hablé con Parker, tenía que decirle que me voy, no puedo desaparecer nada más, sin darle una explicación.

— ¿QUE LE DIJISTE?— me gritó.

—Que surgió una emergencia familiar y que tengo que regresar a México.

— ¿Te creyó?

—Sí. Viene para acá a despedirse, por favor no me hagas daño.

—Te lo advierto, si le dijiste algo y llega la policía, no vas a salir viva de esto. — negué con la cabeza.

—Te lo juro no le dije nada.

—Siéntate. — me miró fríamente y con desprecio. Pasaron treinta minutos y Parker tocó la puerta.

—Ve y ábrele.

Iván se paró detrás de mí, y sacó un arma de sus pantalones. Tomé el picaporte con las

manos temblorosas. Parker se paró frente a mí con el semblante desencajado.

—Llegué lo más rápido que pude. — dijo agitado.

—Ya tengo todo listo para irme. — me miró y luego a Iván que estaba a unos pasos detrás de mí.

— ¿Te vas a ir con él?— murmuró alterado.

—Sí, se ofreció a acompañarme. — le di espacio para que entrara en el pequeño departamento.

Iván retrocedió y fue a sentarse al comedor, guardando su arma en la parte trasera de su pantalón, un alivio fugaz se instaló en mi interior. La sola idea de que le hiciera daño me aterraba. Lo mejor era marcharme y alejarlo del peligro que le acarreaba mi presencia.

—Emma, te estás precipitando, ¿Por qué no vamos al doctor mañana para preguntarle si puedes viajar? Que te examine y nos diga si es seguro. — sus dedos se deslizaron por su pelo, Dios era tan difícil mentirle. Su rostro era una máscara de dolor. Nunca fue mi intención hacerlo pasar con algo así, pero aunque se sintiera engañado por mentirle era preferible que me odiara y creyera que era una ingrata malagradecida a que en el intento por ayudarme resultara muerto. Porque eso era lo que Iván le haría sin siquiera pestañear. Me senté a su lado, con ánimos de reconfortarlo.

—No puedo perder tiempo, tengo que irme.

Me jaló a su pecho y me abrazó negando con la cabeza.

—Presiento que no te voy a volver a ver. No te vayas por favor.— empecé a llorar.

—Tengo que hacerlo, además no pienses así, voy a dejar todo lo del bebé, no me lo puedo llevar, cuídalo por mí por favor. —le dije tratando de sonreír.

—Si necesitas ir a México, te puedo llevar. Tomamos un vuelo, es una locura que viajes tantas horas.

—No puedo tomar un avión, recuerdas que no tengo papeles — suspiró con cansancio.

—Cuídate por favor, comunícate conmigo en cuanto llegues. Necesito saber que estás bien.

—Te voy a dar las llaves del departamento. —evadí su petición, no podía prometerle algo que no podría cumplir. Le entregué un sobre con dinero y suspiré. —En caso de que tarde mucho o no pueda regresar, por favor paga los servicios y liquídale a Lewis. Solo es por precaución, no quiero

dejarte un problema.

Sus brazos, me dieron el calor que mi corazón necesitaba y el valor para hacer lo que debía. Duramos abrazados un largo rato, hasta que Iván se acercó y nos sacó de la burbuja en la que nos encontrábamos. Definitivamente a Parker nunca lo vería como hombre, pero era un amigo y lo quería casi como al hermano que nunca tuve.

—Tenemos que irnos, ya es hora.

Me levanté y fui por mi bolsa, en donde empaqué mis cosas. Salimos a la calle y subimos el auto en el que llegó Iván, luego de despedirme otra vez de Parker, nos alejamos del lugar.

Lo miré a lo lejos y conforme avanzábamos cada vez se hacía más pequeño. Ahora me dirigía a un destino desconocido y no tenía ni idea si sobreviviría. Una hora más tarde salimos de Portland, tomamos un camino de terracería y llegamos a lo que parecía un hangar o un almacén abandonado. Iván, se estacionó y apagó el vehículo.

—No quiero que hagas nada estúpido, estos hombres son peores que yo aunque no lo creas, así que acompáñame y mantente callada.— sus rostro tenso reflejaba zozobra, demonios eso no era bueno, ¿Qué no se suponía que él trabajaba para ellos?

Tenía un mal presentimiento, me bajé y lo seguí sin chistar. Le tenía miedo a Iván pero por lo menos lo conocía. Había hombres armados, escuché que hablaban español y por el acento eran colombianos. Un hombre de mediana edad, moreno y delgado se acercó hasta nosotros con una cara de pocos amigos.

—Aquí está la entrega. Mi trabajo terminó, ahora quiero mi dinero. — le dijo Iván molesto.

— ¿Por qué me trajiste una mujer embarazada? — los ojos del tipo se dirigieron a mi estómago, por instinto me cubrí con mis manos en forma de protección.

—A mí no me mires, así la encontré, piénsalo ese hijo puede ser de Federico, esto es un bono extra y ni siquiera te estoy cobrando por ello.

—No me menciones a ese hijo de perra, si podía lo mataba otra vez. — otro tipo llegó con una bolsa en la mano y se la entregó a Iván.

—Ahí está tu dinero, si quieres puedes contarlo.

—Te aseguro que si algo me falta sé dónde encontrarte.

Iván se dio la vuelta, pero antes de salir por la puerta, alguien le disparó y cayó al piso. Di

un grito de terror cuando miré que le volaron la cabeza, su sangre comenzó a salir dejando un charco debajo de su espalda. La maleta que llevaba cayó al piso y un hombre se acercó y la levantó del suelo, no sin antes propinarle unas patadas con odio. ¿Qué clase de monstruos eran estos hombres?

—Saque a ese traidor de aquí y limpie el desastre. No quiero ver a ese hijo de puta otra vez odio a estos cabrones. —le dijo en español al otro hombre que agarró la bolsa de dinero. Giró y se dirigió a mí, me miró fijamente con desprecio y burla.

— ¿Así que Federico es el padre?— asentí sin hablar por puro instinto de supervivencia, porque no lo sabía, pero tal vez eso me compraría más tiempo.

—Bueno, eso cambia las cosas, ese bebé vale mucho. —le hizo señas con una mano y llegó otro hombre. —Llévesela y no quiero que nadie le toque ¿Me entendió?

—Sí patrón.

—Si coopera, no me veré en la necesidad de tratarla mal, ¿Estamos claros? — espetó con una expresión de hastío y se cruzó de brazos.

—Si, por favor no me haga daño.

—No tenga miedo de mí, yo no le voy a hacer nada. Nos vamos en dos horas, solo estamos esperando un avión.

Escuché sus palabras y caí en pánico, ¿A dónde pensaban llevarme?, sin embargo seguí al hombre sin siquiera mirarlo, agaché la cabeza y apreté mi bolsa a mi cuerpo. No quería que me golpearan, con mi estado tan avanzado de embarazo era muy peligroso, apretando mi maleta en mi vientre, llegamos al fondo del almacén. Abrí la puerta de lo que parecía era una pequeña oficina, cuando se escucharon disparos que provenían de todas direcciones.

El hombre que estaba junto a mi cayó muerto, miré una puerta que daba al exterior, y no lo pensé, corrí hacia ella. Era mi oportunidad de escapar. Estaba a punto de salir, cuando sentí un golpe en la nuca y caí al piso. La oscuridad me envolvió.

Capítulo 4

Alexander

Casi 8 meses antes...

Después de sacudirla para que reaccionara, le grité que se fuera. Emma corrió, hacia los árboles, cuando se alejaba, dos hombres se aproximaron y comenzaron a dispararle, viré y desde donde me encontraba tirado los eliminé, pero aparecían por todos lados, inmediatamente otros tres iniciaron fuego en su dirección. Repelí el ataque dándole el tiempo suficiente para que desapareciera entre la maleza. Me protegí detrás del vehículo en el que pretendía escapar, al cabo de unos minutos, terminé de vaciar mis bolsas y me quedé sin balas. Completamente indefenso, nunca pensé que esa asignación acabaría con mi vida.

Herido de un hombro y una bala en una pierna que me imposibilitaba moverme, me quedé tendido en el suelo. Por más que quise protegerme, recibí otro disparo en mi costado derecho, la bala entró y salió limpiamente, pero me dejó una hemorragia descomunal. Cuando pensé que todo estaba perdido. Jon llegó a mi rescate. Mató a los hombres que avanzaban hacia mí y me arrastró adentro de la casa, dejándome fuera de su alcance.

— ¿Dónde está Emma? — me preguntó asustado, también estaba herido.

— Se fue. — susurré, por la pérdida de sangre, me faltaba el aire y mis latidos eran lentos y pausados.

— ¡Carajo!, ¿A dónde?

— No sé, le dije que corriera, se perdió entre los árboles. La iban a matar.

— Aguanta Ian, la ayuda viene en camino.

Nos atrincheramos, la casa seguía recibiendo impactos por todos lados, Jon seguía disparándoles, pero era como si nos hubiera caído un ejército. Mis ojos se sintieron pesados y lo que pensé fue un pestañeo, fue una pérdida de conciencia de varios minutos. El ruido de motores y de armas me regresó la poca lucidez que me quedaba.

— ¿Quiénes son? — le pregunté a Jon sorprendido, ahora quiénes jodidos eran.

—Son los refuerzos, ya viene un helicóptero, vas a salir de esta.

Los disparos cesaron y un grupo de hombres vestidos de negro con chalecos antibalas con las iniciales de la DEA entró a la casa. Perdí el conocimiento, todo lo que recuerdo fue que me subieron a un helicóptero y me sacaron del lugar.

Abrí los ojos y miré a una enfermera revisando mi suero. Cuando traté de mover mis manos, me di cuenta que estaba esposado a la cama. La joven se asustó y se alejó de mí con un movimiento brusco, como si hubiera visto al diablo.

—Tengo que hablarle al oficial. —me dijo tartamudeando y salió de la habitación asustada.

No pasó mucho tiempo cuando la puerta se abrió y entró Jon. Se miraba diferente, hasta su actitud era distinta. Era un Jon al que no conocía.

—Veo que ya despertaste amigo. — me dijo sonriendo.

— ¿Por qué estoy esposado?

—Porque estás bajo mi custodia hasta que decidamos que vamos a hacer contigo.

—No puedes hacer eso. —le dije negando con la cabeza. — Soy un agente encubierto. — me miró con los ojos abiertos, totalmente extrañado por mi declaración.

— ¿De qué estás hablando?

—Trabajo para la Interpol. — cerré los ojos y relajé mi cuello, joder me dolían hasta las pestañas.

— ¿Cómo sé que es cierto lo que me estás diciendo?

—Préstame un teléfono y te lo puedo demostrar. Mi jefe puede hablar contigo. — murmuré sin ni siquiera mirarlo con tono despreocupado.

Llamé a Lucas, informando de mi situación, él era la persona con la que me reportaba en este caso. Verificaron mi identidad, y enviaron dos agentes con la documentación necesaria, para que me liberaran. Jon entró y se sentó en la silla que estaba junto a mi cama.

— ¿Cómo te sientes Ian?, Perdón, ¿Tengo que llamarte Alexander?

—Ese es mi nombre. — resoplé por lo bajo. — Me siento del carajo, pero quiero agradecerte por salvarme la vida.

—No tienes porque, yo pensé que te detendría y obtendría información de tu declaración. — me dijo con una mueca. — Por cierto mi nombre es Jim Thomson.

—Alexander Lindström. — no me extrañó que fuera policía, era el único hombre decente entre esa bola de cabrones despiadados.

—Ahora dime, ¿Qué demonios estaba haciendo la Interpol infiltrada en un grupo de mercenarios a sueldo? —me dijo frunciendo el ceño.

—Investigando. —le dije entornando los ojos. — ¿Y qué demonios hacía la DEA infiltrado en el mismo grupo?

—Haciendo lo mismo, pero creo que por motivos diferentes.

—Tengo dos años trabajando para Carlos Malfacini, hay una red de lavado de dinero que viene desde Oceanía, solo que en el último año dio un giro involucrando a un narcotraficante colombiano llamado Mario Rodríguez. —murmuré.

—Lo sé, por eso entramos nosotros. Encontramos que en los contenedores que venían de Brasil estaba introduciendo droga al país, pero cuando llegábamos a revisar ya no estaba. Siempre la movían de lugar, así que por eso me infiltré en tu grupo.

— ¿Dónde están mis cosas?

— ¿Te refieres al USB que te entregó Emma?

—A eso me refiero.

—Es parte de la evidencia.

—De ninguna maldita manera, ese USB tiene toda la información que necesito para meter a la cárcel a muchísima gente.

—A mí también me interesa esa información, aunque no me sirve completamente, ya que ella se dedicó a hurgar en la parte financiera, nosotros necesitamos los historiales de los embarques y los nombres de las personas que los recibieron.

—Hay que encontrarla, después de lo que descubrió, está en grave peligro. ¿Lo que no entiendo es por qué Carlos la quería muerta?— resopló molesto.

—Porque interfirió en sus planes. — lo miré sorprendido.

— ¿Cuáles planes?

—Hace un año, cuando Carlos se hizo socio de Rodríguez, acordaron que Federico se casaría con su única hija. Rodríguez es un hombre muy rico pero quería reconocimiento y eso solo podía obtenerlo cansando a su hija con un hombre con un apellido de abolengo en Brasil.— no podía ser posible.

— ¿Así que Carlos inventó toda la historia del desvío de dinero, para sacar a Emma de la jugada? —murmuré entre dientes.

—Sí y para manipular a Federico. Él se salió de su control cuando dejó Brasil. Como sabes, levantó la naviera aquí en Estados Unidos y ya no dependía de él, sin contar que muy astutamente no permitió que su herencia cayera en sus manos.

— ¿Cómo es que llegó a la casa de seguridad?

—No agarramos a Federico porque a él lo secuestraron hombres de Rodríguez. Carlos esperaba obligarlo a regresar para que se casara con Paola. Las fotos que le tomamos a Emma, se las enviaron una semana antes del ataque. Se puso como loco cuando las miró, pero luego de hacerlos creer que iría a Bogotá y haría lo que querían lo dejaron irse. Así que sobornó a los hombres que lo custodiaban y ellos lo ayudaron a encontrarla.

— ¿Cómo sabes eso?— le pregunté sorprendido, ¿Cómo era malditamente posible que estuviéramos tan ajenos a ese conflicto?

—Porque una de esas escoltas se lo dijo a otro agente.

— ¿Cómo demonios hizo eso?

—Teníamos un infiltrado en la casa en donde lo tenían secuestrado. —suspiró. —Carlos no quería que llegaran a San Francisco, porque Federico le pediría matrimonio a Emma, y si la noticia se filtraba estaría en los periódicos de todo Brasil y sería un escándalo. Ya que un mes antes Carlos se encargó de dar la noticia del compromiso de Federico con Paola y Rodríguez tenía que cuidar su reputación, no podía quedar como un idiota. Por eso Rodríguez mandó por ella, sabía que Federico la buscaría. —me dijo encogiéndose de hombros. —Desgraciadamente Emma solo fue una víctima de todo este maldito desastre y Federico también. Rodríguez es un hombre que se cree intocable, está protegido por la policía y políticos importantes, nunca nadie le había dicho que no, así que temo que no se quedará tranquilo.

—En la mochila que llevaba Emma, le puse su cartera con sus identificaciones, aunque le

dije que no las utilizara. También lleva efectivo, eso la ayudará a desaparecer un buen tiempo.

—Voy a pedir que la rastreen, en cuanto consulte alguna de sus cuentas o utilice sus tarjetas la encontraremos.

—Es una mujer inteligente, no va a ser fácil localizarla.

—Estaremos pendientes de cualquier actividad.

—Quiero esa memoria y no está a discusión. — le dije irritado.

—Está bien. Te voy a dar una copia. Mira, podemos trabajar juntos o entorpecernos entre nosotros, creo que nos conviene más lo primero.

Una vez que dejara el hospital, mi principal objetivo sería buscarla, aunque Federico estaba muerto, todavía estaba Rodríguez y Carlos, los que no descansarían hasta encontrarla.

Pasaron casi ocho meses desde que Emma desapareció, a pesar de nuestros esfuerzos por encontrarla, no teníamos ni una pista de donde se encontraba.

Tratando de cubrirla y que esto diera un mensaje a Rodríguez y a Carlos, la DEA armó un accidente en donde se dio la noticia que Federico y Emma estaban muertos. Esperábamos que nos ayudara para que dejaran de buscarla.

Como no obtenía avances, regresé a las oficinas de Londres, en espera de noticias, y comencé a trabajar con la información que Emma me entregó. Desgraciadamente no pudimos agarrar a Carlos, pero todos los socios que tenía en Oceanía, fueron arrestados.

Me despertó el sonido de mi teléfono, abrí los ojos eran las 3 de la mañana, estiré la mano y lo contesté.

—Sí. Buenas noches.

—Perdón Alexander por llamarte a esta hora, pero tengo noticias de Emma.

— ¿Jim?

—Sí. Me pediste que en cuanto tuviera información te avisara.

—Por supuesto, ¿La encontraron? — le pregunté emocionado.

—Accesó su cuenta de banco y revisó su correo electrónico.

— ¿En dónde está?

—Está en Portland, no sabemos exactamente en donde, pero si ubicaron la ciudad.

—Voy a tomar un avión en cuanto amanezca.

—Te envié un correo con los datos de donde estamos, aquí te espero.

Colgué el teléfono y reservé un boleto de avión con destino a Portland Oregón. Veinte horas después, entraba en las oficinas de la DEA en donde me esperaba Jim. Lo encontré sentado detrás de un escritorio, reclinado en una silla de oficina, hablando por teléfono, estaba visiblemente tenso. Cuando terminó la llamada me acerqué.

—Hola Jim, me da gusto verte. — le dije mientras se levantaba. Rodeó el escritorio y me dio un abrazo fraternal. A este hombre le debía mi vida.

—Lo mismo digo Alexander. Estaba hablando con otro de nuestros agentes, que sigue infiltrado en el cártel de Rodríguez. — su voz estaba cargada de preocupación.

— ¿Alguna noticia?

—Sí y no son buenas. — una mueca se dibujó en su rostro.

— ¿Hay algún problema con Emma?— mi voz tembló de miedo.

—No somos los únicos que la encontramos. Un grupo de hombres llegó en un vuelo directo de Colombia, además nos informaron que Iván está tras ella.

— ¿Pensé que estaba muerto? — ese malnacido retorcido, lo había dado por muerto.

—No, el cabrón logró escapar. Te aseguro que hubiera preferido que estuviera muerto y no lidiar con un hijo de puta como él.

— ¿Qué piensas hacer?

—Desde que Iván entró al país lo han estado siguiendo, él nos llevará a ella.

—Pero eso es peligroso, no nos podemos arriesgar a que la lastime, recuerda lo que le hizo. — ahora sí tenía temor por lo que le pasara.

—Lo sé, no lo he olvidado, pero no tenemos otra opción. No sabemos su ubicación exacta. No me gusta esta estrategia pero no veo otra forma. Si van a hacer un movimiento lo harán en las siguientes 24 horas. Tengo un equipo táctico esperando órdenes.

— ¿Qué vas a hacer cuando la encuentres?

—La vamos a enviar a otra ciudad como testigo protegido.

—No creo que esa la mejor opción, no es seguro que se quede aquí. Esa gente tiene ojos y oídos en todas partes. — respiré profundamente. —Lo mejor sería que me la llevara fuera del país. Podemos darle una nueva identidad y puede continuar colaborando con nosotros, desde un lugar seguro. — se rio con fuerza negando con la cabeza.

— ¿Por qué pienso que tienes intenciones ocultas?— no pude evitar sonreír.

—Me preocupa su seguridad y me puedo encargar personalmente de ella.

—Ya veremos, además eso no depende de nosotros. — miré mi reloj.

—Bueno, voy a hacer unas llamadas. — tenía que moverme con avidez. Mi jefe inmediato podía arreglar su traslado, solo era cuestión de convencerlo que ella nos sería de mayor utilidad si estaba bajo nuestra protección.

—Te voy a dejar, tengo que hablar con mi equipo, en cuanto estemos listos para partir te lo hago saber.

Jim salió de su oficina, mi objetivo ahora era sacar a Emma del país y ocultarla en Europa. Horas más tarde Jim regresó para informarme que Iván la había encontrado. El equipo se movilizó hasta su casa, nos mantendríamos a una distancia prudente para que no se diera cuenta de nuestra presencia.

La casa de Emma estaba en el sur de Portland, en una zona residencial de clase alta, tomé unos binoculares para estar pendiente de cualquier movimiento, Jim estaba a mi lado dentro del vehículo.

—Ya le pusimos un rastreador al auto, la idea es seguirlo. La tiene que entregar en algún lado y ahí lo atacaremos.

— ¿Cómo entró a la casa?

—Ella le abrió la puerta. —me dijo encogiéndose de hombros, lo miré incrédulamente por su comentario. —Lo sé, a mí también me parece extraño, aunque creo que se debe a que no estaba sola.

— ¿Quién estaba con ella?

—Aparentemente un hombre.

— ¿Quién es?— pregunté tratando de sonar indiferente, pero el saber que no estaba sola, no fue una noticia agradable.

—No lo sabemos, vamos a tener que esperar.

Seguimos en las camionetas vigilando, pero no ocurría nada, todo era desesperadamente tranquilo. Casi dos horas después, un hombre salió y ella caminaba detrás de él. Cuando pude verla completamente, me quedé estupefacto.

Estaba embarazada y se miraba más hermosa que nunca. Se despidió con un abrazo, como si le costara dejarlo ir, pero ahora era claro. El miedo se reflejaba en su rostro. Por eso lo había dejado entrar, la encontré vulnerable. Su embarazo estaba bastante avanzado. No pude evitar preguntarme, ¿Quién sería el padre?, Me acosté con ella un día antes del asalto a la casa de seguridad y no usamos protección, así que había una posibilidad que fuera mi hijo o tal vez el padre era de ese hombre que se alejaba. Miré a Jim, entornando los ojos.

— ¿Sabías que estaba embarazada?

—No lo sabía, antes no salió de la casa. —me miró levantando una ceja.

—No podemos permitir que se la lleve. —le dije alterado.

—Tenemos que esperar, si actuamos precipitadamente la pondríamos en peligro, además no sería muy inteligente de nuestra parte, desatar un tiroteo en pleno corazón de Portland. Según mi agente hay un almacén abandonado a las afueras de la ciudad con una pista clandestina. Iván tiene que llevarla ahí, para entregarla al cártel. Otro equipo va para allá para estudiar el terreno. Entiendo tu temor, pero lo más conveniente es esperar.

No nos movimos de nuestra posición. El tiempo me pareció eterno, tenía mil preguntas en mi cabeza, pero en ese momento lo más importante era ponerla a salvo. Necesitaba sacarla de ahí. El hombre regresó y entró nuevamente a la casa, media hora después Emma salía con una pequeña maleta, la miré llorar en el hombro del desconocido.

El la abrazó abatido, lo que no entendí fue porque permitió que se fuera con Iván. El auto arrancó dejando al hombre desconsolado. Nos pusimos en movimiento, los seguimos a una distancia más que razonable.

Tomamos un camino de terracería hasta que llegamos al lugar. Estaba aislado y oscuro. Bajamos del auto para incorporarnos al equipo que ya estaba en el sitio, nos recibió la persona al mando. Jim se acercó preguntando por la situación.

— ¿Cuántos hombres hay?

—Afuera hay cuatro vigilando, dentro contamos cinco, según nos informaron esperan un avión en unas horas, así que nos vamos a tener que mover rápido, ya tengo situados francotiradores en ambos lados del almacén, en cuanto caigan tendremos que entrar.

Me entregó un rifle de asalto y una pistola, con sus cargadores, además de un chaleco antibalas.

—Póntelo, se puede poner feo.

—Gracias.

—Tú vas detrás de mí, no hagas ninguna estupidez, no dudo que seas un excelente agente, pero estás demasiado involucrado. — me dijo severamente.

Se escuchó un disparo seguido de un grito y salimos corriendo. El equipo se separó y se formaron dos grupos. La puerta se abrió y sacaron arrastrando a Iván, estaba muerto. Jim habló por radio.

—Deténganse, hay que agruparnos, en 5 minutos entramos. — se giró y me miró a los ojos.
—Vamos por atrás, sígueme.

Caminé detrás de él y otros diez hombres nos siguieron. Llegamos a la puerta trasera esperando la señal para entrar.

—Ahora.

Se escucharon disparos, los francotiradores eliminaron a todos los hombres que estaban afuera del almacén. Dos hombres treparon al techo y empezaron a disparar desde las ventanas. Inicio un tiroteo adentro del lugar y en ese momento entramos.

Tenía que encontrarla. Uno a uno fue entrando al lugar, mientras caían hombres heridos. En menos de un minuto los disparos se detuvieron. Escuché un grito y corrí lo más rápido que pude, hasta en donde estaba ella, en el piso inconsciente y tenía sangre en la cabeza.

Me arrodillé a su lado y la revisé, pero no era una herida de bala, era un golpe. Me tranquilizo que su pulso era fuerte. La jalé a mi pecho y la abracé.

—Necesitamos una ambulancia. — en unos momentos Jim llegó a mi lado.

—No podemos perder tiempo, estamos muy lejos de la ciudad. ¿Crees que la puedes mover?

—Creo que sí, alguien le golpeó la cabeza, es necesario que la revise un doctor.

La levanté y caminé hacia la salida. Jim me siguió mientras hablaba por radio dando órdenes. Afuera ya nos esperaba la camioneta en la que llegamos.

— ¿Cuál es el hospital más cercano?— le pregunté.

—Déjame investigar, pero primero hay que salir de aquí.

Otro agente llegó y le entregó la bolsa de Emma. Luego de media hora, llegamos al hospital. Me bajé con ella en brazos hacia al área de emergencias. Nos recibieron e inmediatamente la llevé a un cubículo aislado para que la atendieran. Jim se quedó afuera custodiando la entrada. Un doctor entró seguido de una enfermera.

— ¿Cuál es su condición?

—Recibió un golpe en la cabeza.

— ¿Cómo se llama?

—No le puedo decir. Esa información es confidencial.

—Tengo que llenar un expediente.

—Es un testigo protegido, no queremos que quede ningún registro. — espeté en tono cortante, levantó la vista y miró las letras DEA en mi chaleco.

—Está bien. Pero necesito desvestirla para revisarla. —me dijo muy serio.

—Adelante, no me voy a ir de aquí.— el doctor resopló y le habló a una enfermera para que le ayudara.

—Vamos a girarla.

La enfermera trajo una bata y le sacó la blusa con cuidado, dejando al descubierto su estómago. La pusieron de lado, le limpiaron la herida y le dieron un punto de sutura, colocándole un vendaje. Mientras la enfermera le ponía una cánula en su brazo.

— ¿Cuántos meses tiene?

—No sé.

—Tengo que hacerle una ecografía, para revisar el estado del bebé.

La enfermera salió y regresó con un aparato de ultrasonido. Levantó su bata, descubriendo su vientre, eran tan extraordinario verla embarazada, todavía recordaba su cuerpo delgado y perfecto. Le puso gel en el estómago y tomó un mango curvado y lo deslizó sobre su vientre.

Me pareció maravilloso, un bebé apareció en la imagen, pude escuchar su corazón que latía muy rápido. Fue fascinante y podía ser mío. El doctor tomó una servilleta limpiándole el gel, se quitó los guantes y se dirigió a mí.

—Ella está muy bien. Su mamá se debe despertar en unas horas, tiene una ligera conmoción por al golpe, pero está en perfecto estado de salud.

—¿Ella?

—Sí, es una niña.

—¿Puede viajar en avión?

—Sí, no veo por qué no podría, solo me gustaría que estuviera en observación, algunas horas antes de irse.

—¿Cuántos meses tiene de embarazada?

—Según mis cálculos todavía le faltan unas 5 semanas para nazca. En cuanto despierte le avisa a la enfermera, necesitamos revisarla.

—Gracias doctor.

Me senté a su lado y le tomé la mano. Era una niña, sabía que él bebé tenía que ser de Federico o mío por lo meses de gestación, pero solo yo podía protegerla y lo haría.

Emma

Me desperté, con un dolor de cabeza intenso, abrí los ojos y me di cuenta que estaba en un hospital. El olor antiséptico me picó las fosas nasales. En mi brazo tenía una intravenosa, e instintivamente me toqué el estómago.

Lo último que recordaba era un dolor en la parte trasera de mi cabeza y luego todo se desvaneció. Mi corazón dio un brinco, me encontré a Ian sentado en una silla, que estaba a un lado de

la cama, dormido.

¿Cómo me encontró? Me moví tratando de no despertarlo, pero cuando jalé mi mano, levantó la cabeza y me miró. Me retiré al otro lado de la cama, tratando de alejarme de él, cuando se abrió la puerta y Jon entró a la habitación, ¿Qué hacía Jon ahí?, ¿Otra vez me habían capturado?, aunque no tenía sentido caí en pánico. Ian se levantó y me tomó de un brazo, pero lo rechacé de inmediato.

Pensé que había escapado de ese infierno meses atrás, ¿Cómo estaba otra vez en esa situación?, sollocé sin poder evitarlo, replegándome en la cabecera de la cama.

—Shh cálmate Emma, no te asustes. — me dijo despacio, se volvió y le dio a Jon una mirada furiosa.

—Perdón, no quise alterarla.

—Déjame hablar con ella a solas por favor. —murmuró Ian. Jon asintió y abandonó la habitación.

—No tengas miedo, no te vamos a hacer daño, estamos aquí para ayudarte. — lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Ian, pensé que estabas muerto.

—Después que te fuiste llegó la policía. —suspiró. — Mi nombre es Alexander Lindström trabajo para la Interpol y Jon se llama Jim y trabaja para la DEA. — me dijo muy serio.

—No lo puedo creer. — le dije llevándome mis manos al rostro mientras lloraba. — ¿Qué pasó con Federico?— ¿Sería posible que se hubiera salvado?, Tuve la esperanza que estuviera vivo. — ¿También lo ayudaron?, ¿Pudieron hacer algo por él?— le pregunté desesperada.

—Lo siento, pero murió en el tiroteo. Te hemos estado buscando desde el día que te fuiste.

Se acercó con cautela y me tomó de la mano, pero lo hizo tan despacio que sin darme cuenta, permití que me abrazara. No pude evitarlo y lloré en su hombro, me pasó su mano por mi espalda, para consolarme.

—Todo va a estar bien. — susurró en mi oído.

— ¿Cómo me encontraste?

—La gente de Jim siguió a Iván, y él nos llevó a ti. Nos sorprendió cuando lo dejaste pasar a tu casa.

— ¿Estabas afuera?— pregunté sorprendida, me separé de él y tomé la sábana entre mis manos.

—Sí, tuvimos que esperar hasta que salieras, para luego seguirlos hasta el almacén.

—Lo dejé entrar porque estaba con Parker, me ayudaba a armar la cuna de mi bebé. Iván llegó y tocó mi puerta y me dijo que si no cooperaba con él lo mataría. — me miró y aclarándose la garganta me preguntó con voz suave.

— ¿Parker, es el papá de tu bebé? — negué con la cabeza y sin mirarlo a los ojos le respondí con cautela.

—No, es solo un amigo.

— ¿Quién es el papá?— me quedé petrificada cuando me preguntó, fue sumamente embarazoso.

—Debes pensar que soy una cualquiera, pero no lo sé. — y yo que había pensado que no tendría que pasar por un interrogatorio como este, porque los dos estaban muertos.

— No digas eso otra vez.

—El día que me secuestraron me acosté con Federico y luego tres semanas contigo. —le dije sollozando. —Se suponía que no podía quedar embarazada, estaba utilizando un parche anticonceptivo pero no funcionó. El doctor no supo exactamente cuando fue que quedé embarazada, hay semanas de tolerancia. Así que la única forma de saber, es por de un examen de paternidad.

—Nunca te pediría que hicieras algo así. — murmuró.

— ¿Ahora que va a pasar conmigo?, ¿Por qué no dejan en paz?

Lo miré devastada, ya no tenía vida, había perdido todo, ¿Qué clase de futuro le depararía a mi hijo?

—Es una historia complicada, pero más tarde te la contaré. Primero voy por el doctor, me pidió que en cuanto despertaras le avisara a la enfermera. Tiene que revisarte. La bebé está muy bien, te hizo un ultrasonido cuando estabas inconsciente.— lo miré sorprendida, dijo “la bebé”.

— ¿La bebé?— le dije incrédula. — ¿Te dijo que es una niña?—lo miré asombrada y maravillada.

—Sí. Dijo que es una niña y que está muy sana.

No pude evitar sonreír, a pesar de todo lo malo que había ocurrido, mi bebé seguía bien y por eso daba gracias a Dios.

—No lo sabía, antes no pudimos ver el sexo, no se dejaba.

—Pues la agarraron desprevenida. — una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, era un hombre sombrío y verlo sonreír era difícil de asimilar. —Ahorita regreso, lo más seguro es que Jim va a querer hablar contigo, ¿Está bien?

—Sí. Entiendo.— salió y unos minutos después regresó un doctor.

— ¿Cómo te sientes?— era un hombre alto, delgado, con una barba insipiente y los ojos más negros que había visto en mi vida parecía de origen árabe. Tenía cara de cansancio y ojeras pronunciadas, tenía que estar de guardia.

—Me duele la cabeza. — me llevé las manos a la nuca y me encontré con un pequeño adhesivo entre el cabello.

—Es normal, recibiste un golpe bastante fuerte, precisamente ahí en donde te estás tocando.

— ¿El medicamento que me están poniendo no le hace daño al bebé?

—No, es muy suave, por eso te duele tanto, no pudimos darte nada más efectivo.

—No se preocupe, puedo soportarlo. — murmuré, lo importante que mi bebé no corriera peligro.

—Haz estado aquí casi seis horas, te puedes ir en cualquier momento. Veo que estás muy bien, solo tuviste un sangrado, pero nada importante.

—Gracias. — la puerta se abrió, entraron Jim y Alexander, con una expresión seria.

— ¿Doctor, es seguro sacarla del hospital?— preguntó Jim.

—Sí, solo necesita tener algunos cuidados, pero puede irse cuando quiera.

—Gracias doctor. — contestó Alexander, pero que cara de mala leche tenía ese hombre, aunque sabía que solo era una postura. El doctor salió, dejándonos solos.

— ¿Cómo estás Emma? — dijo Jim mientras rodeaba la cama y se acercaba, jaló una silla y se sentó.

—Bien, gracias por salvarme y perdón por asustarme antes. — su aspecto era distinto, su

rostro era más amable, a diferencia de Alexander era un hombre más relajado y amigable.

—No sabías que éramos policías, yo también me hubiera asustado. Como ya sabes, Alexander trabaja para la Interpol y yo para la DEA. Para nosotros eres un testigo muy importante por todo lo que descubriste. Tenemos que ponerte bajo protección, necesitamos ocultarte cuanto antes.

— ¿Por cuánto tiempo tendré que esconderme?

—Desgraciadamente, no lo sé con exactitud, va a depender de cuando se cierre el caso. Es demasiado peligroso que te vuelvan a encontrar.

—Lo entiendo. — se me hizo un nudo en mi estómago, para que todo acabara podían pasar años.

—Puedes escoger entre quedarte aquí bajo la protección de la DEA o irte a otro país bajo la protección de la Interpol.— miré a Alexander que estaba detrás de Jim cruzado de brazos.

— ¿Puedo elegir?—le pregunté sorprendida.

—Sí. Depende de ti, pero tiene que ser hoy, porque tenemos que hacer todos los arreglos para moverte de ciudad. El avión que venía por ti ya aterrizó, ya deben saber que escapaste y te buscarán. Además ellos sabían dónde vivías, ni nosotros conocíamos tu dirección exacta.

— ¿A dónde me iban a llevar?

—A Colombia.

— ¿Pero qué quieren de mí?, ¿Son por las pruebas que encontré del lavado de dinero?

—En parte, pero sabemos que Rodríguez te quiere y no descansará hasta encontrarte. Para él esto es personal. Por eso no puedes regresar.

— ¿Y qué va a pasar con la gente que vive ahí? Rento un departamento en la casa de un vecino de Parker, me preocupa que les hagan daño. — balbuceé desesperada. — Sería horrible que les pasara algo por mi culpa. Parker es mi amigo y me ayudó mucho, no puedo dejarlo a su suerte después de todo lo que hizo por mí.

—Voy a enviar a unos agentes que vigilen tu casa por lo menos una semana, por si envían gente a buscarte. — me dijo Jim.

—Te lo agradezco.

—De veras siento que quedaras atrapada en medio de esta guerra, pero esperamos que después de que todo se arregle puedas regresar a tu vida.

Me dijo dándome una sonrisa que no llegó a sus ojos. Pero no sabía a qué vida se refería, si me había quedado sin ella.

—Gracias otra vez. — dejó la habitación, Alexander se acercó y me tomó de la mano.

—No quiero parecer oportunista por lo que te voy a decir, pero quiero que te vayas conmigo. Mi identidad siempre ha estado protegida, podemos ir a mi casa. Sé que perdiste a tu familia, pero ahora tenemos la oportunidad de formar una.

No lo quería, pero existía una gran posibilidad de que el fuera el padre de mi hija, no podía ser tan egoísta de no permitirle estar cerca y no quería me enviaran a otra ciudad con extraños, sin poder confiar en nadie, preocupada porque me encontrarán. Era lo correcto para mi bebé, tener a un padre que velara por ella.

—Acepto irme contigo y me siento mal por decirte esto, pero tengo que ser honesta contigo. —suspiré. — Sigo enamorada de Federico aunque esté muerto. Sé que fui impulsiva y egoísta cuando me acosté contigo...te mentiría si te digo que no lo disfruté. En ese momento me diste el consuelo que necesitaba... pero me avergüenza mi comportamiento. Todos estos meses me he sentido muy mal porque lo engañé y llegué a dudar de él. — murmuré ahogándome con mis palabras. Me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Emma, no te pido nada, solo déjame cuidarlas, todo va a estar bien. Nos iremos a donde no puedan encontrarlas. — era lo mejor que nos podía pasar, que no nos encontrarán nunca.

— ¿Podemos intentar ser una familia por nuestra hija?— nuestra hija, el que la considerara como suya me enterneció, cuando no había ninguna certeza.

—Sí, pero no sé si algún día podré darte lo que quizás esperas.

—No te preocupes por eso, solo dame una oportunidad, ¿Es eso tan difícil?, ¿Te soy tan repulsivo?— por supuesto que no era por eso, pero no quería darle falsas esperanzas.

—Tú sabes que no es eso, pero no me siento en condiciones en pensar en una relación con nadie, después de lo que ocurrió. — su mirada era triste, sabía que él no se conformaría con una relación a medias por más que dijera que no le importaba. Solo me quedaba ser firme en mi decisión de irme con él pero sin prometerle nada. Me negaba a engañar a Federico otra vez y utilizar a Alexander sería mezquino de mi parte.

—Vamos a tomarlo con calma, lo importante es ponerte a salvo.

Asentí, sin insistir más en tema. Me conmovieron sus palabras, tenía razón, era imperativo dejar Portland antes que me localizaran. Resignada con mi suerte, comencé a hacerle preguntas.

— ¿En dónde vives?

—Actualmente vivo en Londres, pero mi casa está en Estocolmo. — me iría al otro lado del mundo, esperaba que fuera lo suficientemente lejos como para desaparecer para siempre.

—Voy a hablar con Jim, para preparar todo, descansa, voy a traer tu bolsa para que te cambies.

Salió de la habitación, por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi bebé podía tener un futuro.

Capítulo 5

Alexander

Salí de la habitación, con una nueva meta en mi vida y era proteger a Emma y a mi hija. Ese bebé sería mío y no me importaba lo que una prueba de paternidad pudiera revelarme. Jim estaba esperando en el pasillo afuera de la habitación, con los brazos cruzados.

— ¿Se va a ir contigo?

—Sí, hablé con ella y aceptó. Voy a llevármela y me haré cargo del bebé.

— ¿Estás seguro?— me dijo incrédulo.

—Sí, ese bebé es mío. —le dije con una sonrisa de satisfacción.

— ¿Te acostaste con ella?

—La noche antes del ataque.

—Eso está jodido Alexander, ¿Ese día te ibas a ir con ella?

—La estaba ayudando a escapar. Sam tenía órdenes de matarla, no lo podía permitir.

— ¿Cómo vas a sacarla del país?

—Hay un avión esperándome en el aeropuerto de Portland. Jim confió en ti, solo mantendré contacto contigo. Lo mejor es que no sepas nuestro paradero, no quiero que se filtre la información, ya pasó una vez.

—Está bien, voy a arreglar su traslado, pero tienes que mantenerte en contacto, esto no se ha acabado. Si queremos que caigan todos los implicados tenemos que seguir trabajando.

—Lo sé y no te preocupes, en cuanto me instale me pondré en contacto contigo. No tengo como pagarte por lo que has hecho por mí, te debo la vida.

Mis palabras eran sinceras, primero salvo a Emma de que fuera violada por el imbécil de Sam e Iván, después me salvó la vida y gracias a él pude encontrarla.

— ¿A qué hora quieres que envíe por ustedes?

—Déjame hacer una llamada, y te digo la hora exacta.

Llamé para arreglar nuestra salida, solicité la nueva identificación para ella, ahora su nombre sería Emma Lindström mi esposa. Busqué a Jim y me entregó la maleta que traía Emma, necesitaba cambiarse para poder salir del hospital. Acordamos la hora y a donde nos llevarían, para tomar el avión.

Teníamos 3 horas para salir, así que regresé a la habitación. Seguía dormida, se miraba tranquila. Era una mujer hermosa, me cautivó en cuanto la vi. Después de pasar unas semanas de estar con ella me enamoré, ahora lo reconocía, no solo fue el deseo de tenerla, sin darme cuenta me había enamorado. La vida me daba la oportunidad de formar una familia con ella, debía ser paciente. No podía esperar que corriera a mis brazos, aunque eso era lo que deseaba.

Me senté a su lado y la contemplé mientras dormía, nunca me cansaría de verla, embarazada lucía preciosa, nunca había deseado tanto a una mujer. Siempre fui un hombre más bien frío en las relaciones que tenía, y en los últimos años solo eran encuentros casuales. No me podía dar el lujo de tener una pareja por el peligro al que la expondría y sin embargo eso iba a cambiar. Regresaría a casa con una esposa embarazada y con la esperanza de que se quedara conmigo para siempre.

Una hora más tarde se despertó, le tomé la mano, tratando de reconfortarla, solo era una excusa, porque me encantaba tocarla, aunque por el momento solo fuera de forma inocente. Seguía adormilada y su pelo estaba desparramado sobre la almohada.

— ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

—Nos vamos a ir en dos horas al aeropuerto, me entregarán tu pasaporte para salir del país. Conservé tu nombre, pero te cambié el apellido.

—Está bien, ¿Ahora cómo me llamo? —me sonrió.

—Emma Lindström, viajarás como mi esposa.

—Gracias por lo que estás haciendo por mí.

No sabía que el favor me lo estaba haciendo ella, sabía que seguía enamorada de Federico, pero él ya no estaba, así que le demostraría que podía llegar a amarme. Que podíamos ser una verdadera familia.

—Te traje la bolsa con tus cosas, para que te cambies. La ropa que traías está llena de sangre y no puedes viajar así. — coloqué la bolsa en la cama y se sentó para abrirla.

—Tengo que darte algo. —me dijo mientras sacaba un gran sobre amarillo del interior y me lo entregó.

— ¿Qué es esto?

—Es el dinero que me diste.

— ¿No te lo gastaste?

—Al principio tuve que usarlo, pero luego conseguí trabajo y poco a poco regresé el dinero que tomé hasta que repuse todo lo que me gasté.

—No tienes que hacer eso, ese dinero era para que pudieras escapar. — le dije negando con la cabeza.

—Pero no es mío y no me gusta tomar lo que no me pertenece.

— ¿En dónde estabas trabajando?

—Parker me contrató, le llevaba el inventario, los pedidos a los proveedores y le mantenía la página web para el restaurante. Me pagaba bien, además la renta del estudio en el que vivía era muy baja.

— ¿Le contaste lo que te pasó?

—No, él pensaba que era ilegal, pero a pesar de eso me dio trabajo y me ayudó. —suspiró. —Le tuve que decir que regresaría a México porque mi mamá estaba grave por un accidente, me dolió engañarlo, pero traté de protegerlo, es un buen hombre.

La abracé, no me gustaba verla llorar. Y por la reacción que vi en el cuándo ella se fue, era más que obvio que él estaba enamorado de ella.

— ¿Sentía algo por ti?

—Sé que le gustaba, por eso me entrevistó. —me dijo haciendo una mueca. — Pero nunca le di esperanzas, le aclaré desde el principio que solo seríamos amigos y siempre me respetó.

Sacó la ropa de la bolsa, y no pude evitar tomar un camisetita de bebé. Era color amarillo y olía a talco, era tan pequeño, me imaginé a una niña hermosa como su mamá, con esos ojos color verde, levanté la vista y me di cuenta que miraba sonriendo.

—Traje un poco de ropa para él bebé, porque no sabía a donde me llevarían.

—No te preocupes, cuando llegemos a casa vamos a buscar a un doctor y luego iremos a comprar todo lo necesario para nuestro bebé.

Esas palabras salieron de mi boca sin pensarlo, la frase “nuestro bebé”, sacudió mi estómago, pero fue de emoción. Nunca me imaginé como un padre, pero ahora me ilusionaba.

—Voy a bañarme para poder cambiarme.

—¿Te puedes levantar?

—Sí, gracias.

—Estaré aquí por si necesitas algo.

Media hora después salió limpia y fresca, su cabello estaba en una cola y se puso un conjunto deportivo. ¿Cómo era posible que se mirara tan linda?, No importaba lo que vistiera.

—Estoy lista. — murmuró por lo bajo, miré mi reloj, ya era hora de irnos.

—Voy por Jim.

Me acerqué y le di un beso en la frente. Salí y lo encontré, estaba charlando con cuatro hombres.

—Estamos listos para el traslado.

—Fred estará a cargo. Amigo te deseo un buen viaje.

—Gracias, si tienes alguna noticia avísame. — nos despedimos con un abrazo.

Regresé por Emma y salimos hacia al aeropuerto, todo lo que quería era irme y dejar este jodido país. Entramos directamente a la pista en donde se encontraba el avión listo, ya nos estaban esperando. Ese avión nos llevaría a Nueva York y ahí tomaríamos otro, tendríamos que hacer una escala en Londres y luego volaríamos a Estocolmo.

Subimos al avión y Emma se quedó dormida casi de inmediato. Me preocupaba su comodidad, le faltaban pocas semanas para dar a luz y nos esperaban muchas horas de vuelo.

Sin embargo estuvo tranquilo y casi no hubo turbulencias, algunas sacudidas solamente, me senté a su lado, la tapé con una manta y dejé que se acurrucara sobre mi hombro. Luego de unas horas al fin llegamos. Nos avisaron desde la cabina que iniciaríamos el aterrizaje, por lo que la desperté.

—Despiértate, vamos a aterrizar.

— ¿Tan rápido?—me preguntó todavía somnolienta.

—No es rápido, te dormiste 5 horas, —le dije sonriendo—por favor abróchate el cinturón. Se acomodó en el asiento, colocándolo en posición vertical.

—No te incomodé, prácticamente estaba sobre ti. — me dio sonrojándose.

—Para nada, no te preocupes, pero me sorprendiste porque no te despertaste ni con las sacudidas del avión. — le dije sonriendo.

—Es que en las últimas semanas me ha dado mucho sueño.

—Si te da sueño es porque necesitas dormir, el bebé lo necesita, además son las 4 de la mañana. —le dije mirando mi reloj.

Iniciamos el aterrizaje y diez minutos más tarde estábamos ya en la pista. Me levanté, agarré su bolsa y cogiéndola de la mano, bajamos del avión.

— ¿En dónde estamos?

—En el aeropuerto JFK de Nueva York, vamos a tomar un vuelo comercial. Mi contacto de la agencia se acercó, y me entregó un sobre con los documentos que pedí.

—Alexander, aquí está lo que me pediste, vas a entrar a la sala normal de embarque, pensamos que era mejor hacerlo así, para no levantar sospechas.

—Gracias, Jace.

— ¿Qué tengan buen viaje?

Se alejó y seguimos caminando, antes de entrar, abrí el sobre con su pasaporte. Lo revisé para verificar que todo estaba en orden. Le entregué su nuevo pasaporte y saqué las dos cajillas en donde venían los anillos de matrimonio.

—Toma, es tu pasaporte. —lo miró incrédulamente.

—Esta foto es de mi pasaporte mexicano, ¿Cómo la obtuviste?

—Tenemos nuestros medios. —le sonreí.

—Escúchame con mucha atención, es muy importante que recuerdes esto. Ahora eres Emma Lindström mi esposa, tenemos un año de casados y vivimos en Estocolmo, tu nacionalidad ahora es Sueca.

Abrí el estuche y saqué los anillos. Le tomé la mano y deslicé las dos sortijas por su dedo.

— ¿Qué es esto?

—Estamos casados, así que necesitamos anillos.

Levantó su mano y los miró, era un diamante redondo que se engarzaba con la sortija de matrimonio, con diamantes más pequeños, los compré en línea y Jace se encargó de recogerlos.

— ¡Woaw!, Está impresionante, deben de tener muy buen presupuesto en la Interpol para pagar algo así. — no pude evitar reírme.

—No, esos los compré yo.— levantó la cabeza y me miró sorprendida.

— ¿Por qué hiciste eso?

—Sé que no tenemos un matrimonio real, pero la madre de mi hija se merece lo mejor.

—Te aseguro que no es necesario, con lo que has hecho por mí es más que suficiente, pero muchas gracias.

La abracé y le di un beso en la frente, moría por tenerla otra vez entre mis brazos pero tenía que ser prudente con mis acciones o la espantaría y era lo último que quería hacer, tendría que avanzar un paso a la vez y lo primero era ganarme su confianza.

— ¿Crees que después de todo me seguirán buscando?—me dio una mirada triste.

—Desgraciadamente sí, por eso te pido que no vuelvas a acceder a tus cuentas de correo, ni Facebook, nada que este a nombre de Emma Sáenz.

— ¿Por qué?

—Así fue como te encontramos, una semana atrás entraste a tu correo y por medio de los servidores a los que te direccionó localizamos la ciudad. Aunque no sabemos cómo fue que encontraron tu dirección exacta, por lo que no nos podemos arriesgar otra vez.

—Te lo prometo.

Era esencial mantenernos fuera del radar, no podíamos dejar ningún rastro o nos encontrarían.

—Ahora vamos a abordar ese avión.

Entramos al aeropuerto y nos dirigimos a la sala que indicada en los boletos que me

entregaron, como eran de primera clase llegamos a una salita separada.

— ¿Quieres comer o tomar algo?

Estaba preocupado por su salud. Apenas unas horas antes le golpearon la cabeza, había ingresado a un hospital y su cansancio era evidente. Todavía nos faltaban muchas horas de vuelo por delante.

—Tengo sed, solo quiero una botella de agua.

—Regreso en un momento.

Fui a la barra, pedí dos botellas de agua y un paquete de frutos secos, eran buenos para darle energía.

—Aquí está su agua señora.

—Gracias.— revisé mi reloj y vi que todavía faltaba una hora para partir.

—Todavía falta una hora para subir al avión.

— ¿Qué hora es aquí?

—Ya son las cinco de la mañana. — le dio un trago a su botella y se recostó mientras se frotaba el estómago.

—Me duelen las piernas, creo que la presión hizo que se me hincharan más de lo normal. — me dijo frunciendo el ceño.

— ¿Podemos comprar algo para eso?

—Ojalá, pero lamentablemente no hay nada...dicen que las últimas semanas son peores. No quiero ni pensar como me pondré. Que facha, piernas hinchadas, cara hinchada, horrible. — se empezó a reír.

—Te ves hermosa embarazada.

—Luego me dices eso, cuando tenga la nariz ancha como gorila.

—Te seguirás viendo hermosa. —le sonreí. — ¿Ya pensaste como vas a nombrarla, ahora que sabes que es una niña?— asintió, con los ojos iluminados y una sonrisa encantadora.

—Maia. — me dijo sonriendo.

—Es un lindo nombre, me gusta.

—Cuéntame, ¿Dónde naciste? — me preguntó curiosa.

—En Estocolmo.

—Hablas un inglés muy británico.

—Mi mamá es inglesa y mi papá es sueco, de ahí mi acento británico.

—Tú ya sabes todo de mí. —me dijo encogiéndose de hombros. —Cuéntame de tu familia, ¿Cuántos son?, ¿Cómo se llaman?

—Soy el mayor de tres hijos y el único soltero, bueno hasta ahora. Mi hermano Jamie vive en Londres, está casado desde hace 10 años, tiene tres hijos y mi hermana Helen vive en Estocolmo tiene dos niñas es divorciada.

— ¿Tus padres están vivos?

—Sí, están retirados. Viven a las afueras de la ciudad, en un lugar precioso. Te va a encantar.

— ¿Pero que les vamos a decir?, Todo esto es muy precipitado. Me preocupa que se den cuenta que todo es parte de tu trabajo. — me dijo alterada. Le tomé la cara y le miré a los ojos.

—No vuelvas a decir que eres parte de mi trabajo, yo quiero estar contigo. Es cierto que las circunstancias no son las mejores, pero acordamos que seríamos una familia. ¿Lo recuerdas?

—Perdón, por decir eso, no quise sonar tan cruel. — murmuró, vi que se le humedecían los ojos, por lo que la abracé.

—Solo tienes que acostumbrarte.

—Tienes razón. —me dijo tratando de sonreír. — Me dijiste que vivías en Londres, pero tu casa está en Estocolmo.

—Sí, los últimos cinco años he vivido en Londres, pero me la he pasado viajando. Hace tres años compré una casa en Estocolmo. Surgió una buena oportunidad y la tomé. Siempre quise una casa en Ostermalm a la orilla del mar, pero era muy difícil conseguirla.

— ¿O sea que tendremos que llegar a limpiar? —me sonrió.

—No, hablé con mi hermana y contrató una empresa para que se hiciera cargo. Te advierto

que te están esperando.

— ¿Por qué?

—Le dije que llevaba a mi esposa y está embarazada. — me miró azorada.

— ¿Y cómo reaccionó?— por la rapidez de sus palabras, era obvio que estaba inquieta, sabía que temía la opinión de mi familia.

—Se puso feliz, pero me espera una larga plática con ella y con mi mamá. Tengo más de dos años sin verlas.

— ¿Por qué harías algo así?

—Recuerda que estaba trabajando de encubierto. Es parte de mi trabajo. Tenemos que elaborar una historia creíble, porque nos van a llover con preguntas. — me vio asustada.

—Tranquila todo va a estar bien.

Anunciaron nuestro vuelo y nos dirigimos al área de embarque.

Emma

Todo ocurrió tan rápido, tenía que asimilar el hecho de que pasé de un estado civil a otro en menos de 2 horas. Cuando lo miré a un lado de mi cama sentado, por un momento albergué la esperanza de que Federico estuviera vivo. Pero el confirmar que no lo estaba rompió mi corazón.

Ahora todo lo que me quedaba era mi hija, tenía que poner su bienestar y futuro antes que mis sentimientos y mi dolor. Se merecía una oportunidad de tener una vida normal, lejos de toda esa locura en la que estaba inmersa. Sin temer porque el día de mañana nos encontrarán y trataran de matarla.

Alexander me entregó mis nuevas identificaciones y en ese momento decidí que Emma Sáenz estaba muerta, ahora solo existiría la madre que daría hasta su vida por proteger la de su hija. Tuve sentimientos encontrados cuando me puso los anillos en mi dedo. Estaba dividida entre la culpa por no amarlo y la seguridad a la que me aferraba con todas mis fuerzas.

Movió medio mundo por mí y mi bebé, la cual consideraba como suya, aunque ni siquiera era seguro que lo fuera. Después de demostrarme que quería formar una familia conmigo, solo me

restaba resignarme a mi destino y seguir adelante. Mi bebé me daría fuerzas para enfrentarlo todo.

Al subir al avión, me quedé pasmada. No lo podía creer, era sorprendente, en mi vida había visto algo así, era super moderno, podía jurar que todavía olía a nuevo y era un derroche de tecnología. Llegamos hasta nuestros asientos, eran una cabina doble, muy moderna y se miraba muy cómoda. Una azafata se acercó y Alexander le entregó los boletos.

Era una chica pelirroja de ojos verdes, que rondaba los 30 años, con un pelo y maquillaje perfectos, además era hermosa.

—Bienvenidos, estoy a sus órdenes. —dijo mirándolo con una gran sonrisa, mientras me daba la espalda ignorándome completamente.

Pero era normal que lo hiciera, Alexander era apuesto y aunque en tamaño era más imponente que Federico no podía competir con él. Ese pensamiento cruzó como un rayo por mi mente y me arrepentí de inmediato por compararlos.

—Te agradecería que le trajeras a mi esposa almohadas y una manta. — le dijo muy serio. La chica perdió la sonrisa inmediatamente, giró y me miró de arriba abajo.

—En un momento se las traigo. — murmuró mientras se alejaba.

—Acabas de perder una admiradora. —le dije divertida.

—No sé de qué estás hablando. — me dijo despistadamente.

Negué con la cabeza. Un chico regreso cargado con almohadas, mantas y unos kits de aseo para el viaje.

—Hola, mi nombre es Carl, yo los asistiré durante su viaje. —me dijo sonriendo. — ¿Quieres que te acomode el asiento cielo?

—Sí, por favor.

En un segundo bajó el asiento convirtiéndolo en cama, me puso dos almohadas y acomodó una manta.

—Listo preciosa. —se acercó. — ¿Puedo tocarte el estómago?

—Adelante.

— ¿Cuántos meses tienes?

—Casi ocho.

— ¿Niña o niño?— me preguntó emocionado. Le sonreí. Era un joven realmente dulce.

—Niña.

—Espero que sea igual de hermosa que su mamá. Bueno cualquier cosa que necesites, presionas ese botón de ahí y vendré inmediatamente.

—Eres muy amable.

—Gracias, por ayudar a mi esposa. —le dijo frunciendo el ceño. Lo miró guiñándole un ojo y se fue. Me reí por su gesto, era evidente que a él también le gustó.

—Es un chico muy amable.

—Demasiado amable.

—Sí y completamente gay. — le dije rodando los ojos.

— ¿En serio?

— ¿No te diste cuenta?

Me miró sorprendido. Negué con la cabeza. Me acosté sobre las almohadas y puso la manta sobre mis piernas, a pesar de las horas que dormí en el otro avión seguía con sueño, así que me relajé y caí dormida profundamente.

Capítulo 6

Emma

Aterrizamos en Estocolmo, casi trece horas después. Dejamos el aeropuerto y tomamos un taxi. Aunque era de día, estaba bastante frío.

Alexander, le dijo la dirección al taxista y partimos con rumbo a su casa. Cuarenta minutos después salimos de la autopista y entramos por un camino vecinal que nos llevó hasta la costa. Era una ciudad hermosa.

La casa estaba rodeada de árboles, todo eran pastos verdes. A lo lejos se miraba imponente, con dos pisos, un ático y una cochera por separado. Todo en color amarillo suave con una enorme chimenea en ladrillo rojizo y con grandes ventanales. El terreno sobre el que estaba construida era muy extenso y no tenía vecinos cerca. Nos bajamos del taxi y caminamos hacia la puerta. El sacó una llave y caminamos al interior.

—Espero que te guste. — me dijo con una sonrisa en los labios, pero se notaba que estaba orgulloso de ella.

— ¿Estás bromeando?, ¡Es impresionante! — nos dirigimos directo por la sala hasta las puertas dobles.

—Ven a ver la vista, por eso compré la casa. — lo seguí y salimos al patio trasero. La vista era espectacular, el mar era hermoso.

—Estocolmo está formada por 14 islas, estamos en una de ellas, por eso hay agua por todas partes.

Nos acercamos a la orilla del risco, era una caída bastante pronunciada. El aire era limpio y muy frío, el paisaje era majestuoso. Miré al horizonte, había muchas embarcaciones amarradas a la orilla de las diferentes casas bueno eran caserones. Me abrazó por detrás y me dio un beso en la cabeza.

—Vamos adentro estás fría. No quiero que te enfermes.

Me tomó de la mano y caminamos de regreso. Ese sería mi nuevo hogar. Entramos y prendió

la chimenea que se encontraba en un una esquina de la sala, el calor se sintió de inmediato.

La decoración era contemporánea muy moderna, madera clara, paredes blancas, la casa tenía grandes ventanales desde donde se veía el mar. La cocina increíble, con una gran barra de granito y bancos alineados. Pero el piso era madera oscura muy pulida. Las paredes tenían molduras de madera interiores, las ventanas y puertas estaba bien enmarcada, sin mencionar que el techo era altísimo.

—Esta casa es enorme. —le dije.

—Es una casa antigua, pero esta remodelada, tiene 6 recámaras, un estudio, cuarto de televisión y un vivero.

¿Cómo demonios mantendría todo eso limpio?, Creo que lo miré con cara de preocupación y sorpresa, porque cuando vio mi reacción me dijo.

—No te asustes, contraté un servicio para que se encargue de la limpieza y del cuidado del jardín. —me dijo riendo. —No permitiría que hicieras nada en tu estado.

—Lo siento, pensaras que soy una floja.

— Desde luego que no. ¿Tienes hambre?

—Todavía no, me gustaría bañarme y descansar.

—Vamos a la recámara.

Nunca pensé, que tenía que dormir con él. Eso me inquietó, caminé a su lado y mis manos comenzaron a sudar. Subimos las escaleras y llegamos hasta la habitación. Tenía que preguntarle qué era lo que esperaba.

—No quiero que pienses que soy una malagradecida... pero... ¿Vamos a dormir juntos?— le pregunté tartamudeando.

—Hace falta muy poco para que nazca el bebé, estaría más tranquilo si dormimos juntos. — suspiró pasándose una mano por el cabello. —La cama es muy grande, prometo quedarme de mi lado. Nunca haría nada que te hiciera sentir incomoda.

—Está bien. — murmuré, tenía que confiar en él, necesitaba confiar en alguien. Le di una sonrisa de aceptación.

—Te voy a mostrar el baño. — lo seguí despacio.

—Para ir al baño tienes que entrar por el vestidor.

— ¡Woaw!, ¡Esto es inmenso! — exclamé, el baño era increíble, tenía una gran tina con hidromasaje y una ducha, además tenía dos lavabos dobles.— sacó dos toallas y me las entregó.

—Te traeré tu bolsa con tu ropa.— ya no tenía más que ponerme, solo me quedaba un cambio limpio.

— ¿Tienes lavadora?

—Sí, ¿Para qué la necesitas?

—Solo me queda un cambio de ropa limpio, voy a tener que lavar. —le dije encogiéndome de hombros.

—No te preocupes, báñate y luego saldremos de compras. Necesitas ropa adecuada, aquí es más frío que en Portland.

Después de bañarme y descansar unas horas, fuimos a la cochera que estaba en la parte trasera de la casa. Abrió la puerta y nos encontramos una camioneta dentro.

—Esta camioneta es de mi hermana, me la prestó en lo que compro una.

—Tu hermana se va a ir al cielo por todo lo que ha hecho.

—Es maravillosa, siempre me apoya en lo que necesito.

Me abrió la puerta, subimos y salimos de nuevo hacia la carretera. Ese día fue intenso, Alexander me llevó a un gran almacén, tuvimos nuestra primera pelea cuando me negué tomar un vehículo para discapacitados. El que estuviera embarazada, no significaba que no pudiera caminar, así que me mantuve firme y no lo acepté.

En la sección de maternidad, tomé todo lo necesario y un poco más, además de calzado adecuado para el clima, guantes, bufandas, gorros.

Le seguí la corriente, no quería volver a discutir con él, era un hombre amoroso y considerado, pero tenía un carácter muy fuerte. Hasta el momento solo conocía su lado bueno y no tenía intenciones de conocer su lado malo.

Después de varias horas, salimos por fin cargados de bolsas, era hora de la comida, por lo que nos dirigimos a un lugar para comer.

Llegamos a un restaurante muy rústico, pero con una decoración muy linda, manteles blancos, paredes de ladrillo y lámparas de hierro. Lo que me sorprendió era que estaba casi vacío para ser las tres de la tarde, yo moría de hambre.

Tomé la carta y no entendí una palabra de lo que estaba escrito. Miré a Alexander que me veía divertido.

— ¿Por qué no hay nadie?, ¿Qué no se supone que es la hora de la comida?— le pregunte extrañada.

—No, aquí tienen costumbres diferentes. No te preocupes, nosotros podemos seguir con nuestros propios horarios.

—Me muero de hambre.

— ¿Te gusta el pescado?

—Sí, pero con el embarazo lo he aborrecido, así que nada que huela a pescado por favor. — le dije riendo.

— ¿Carne entonces?

—Sí, solo que no entiendo nada de la carta. El sueco es incomprendible para mí. — le dije haciendo una mueca.

—Yo seré tu intérprete, y por cierto toda mi familia habla inglés, así que no te preocupes.

Después de una abundante comida, la que incluyó ensalada, una sopa, el plato fuerte y el postre salimos con rumbo a la casa, antes de llegar me quedé dormida.

Me desperté y me di cuenta que estaba acostada en la cama de la recámara principal. Me había quitado los zapatos y edredón me cubría, aunque el ambiente se sentía templado, seguía prendida la calefacción. Me puse los zapatos y bajé buscándolo. Lo encontré sentado frente a la chimenea. Me acerqué y me senté junto a él.

—Hola.

— ¿Descansaste?— levantó un brazo y me rodeó con él. Recargué mi cabeza en su hombro.

—Sí, me siento mucho mejor.

—Mañana viene mi mamá y mi hermana con sus niñas. ¿Te parece bien?

—Está bien, deben de tener muchas ganas de verte.

—Te diría que sí, pero sé que quieren conocerte. — me reí.

— ¿Qué historia les vamos a contar?

—Bueno podemos decir que nos conocimos en Los Ángeles.

— ¿Y cómo?— murmuré.

—Podemos decir que nos encontramos en el muelle de Santa Mónica, lo conoces bien, ¿Verdad?

—Sí, lo conozco bien.

—Entonces ahí es perfecto.

— ¿Y a que fuiste a Los Ángeles?

—De vacaciones.

— ¿Cómo vamos a explicar cómo pasó esto?— le dije señalando mi estómago.

—No creo que necesiten que les expliquemos como hicimos al bebé. —me dijo riéndose.

— ¡Alexander! —chillé. —Te lo digo en serio, de repente regresas con esposa embarazada de ocho meses.

—Tienes razón. Bueno diremos que tuvimos que esperar hasta que tu contrato terminara, para poder casarnos.

— ¿Cómo vamos a seguir a partir de aquí?—suspiré. Se giró y puso sus manos en mi cara, a pesar de parecer un hombre frío, era muy tierno.

—Dame la oportunidad de demostrarte que puedo hacerte feliz, solo te pido eso.— sentí que lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—No puedo. —le dije. — Aunque está muerto, nunca podré olvidarlo, sé que no te mereces esto...pero no sé si seré capaz de tener una relación contigo. Necesito tiempo para digerir todo este cambio, es muy rápido...y... no quiero...

—Tienes todo el tiempo que necesites, pensarás que es precipitado, pero estoy enamorado de ti. No sé en qué momento pasó, pero esa noche que hicimos el amor, ya tenías mi corazón.

—Alexander...

—Eres mi esposa y vamos a vivir juntos, vas a conocer amigos, familia, será normal que te abracé o te de un beso, es lo que esperarán, pero nunca haría nada que te haga sentir incómoda.

—Gracias.

—Tenemos mucho tiempo para conocernos, vamos un paso a la vez, como si fuéramos una pareja que recién inicia una relación, pero primero tenemos que ser amigos, ¿Estás de acuerdo?— me preguntó esperanzado, a pesar de todo eso me dolía.

—Está bien para mí, solo te pido paciencia y tiempo. — le dije con un suspiro, pero no sabía si sería capaz de seguir adelante y aceptarlo, a pesar del tiempo que había pasado no podía y no quería olvidar a Federico.

Me abrazó y nos quedamos en silencio, mientras mirábamos el fuego de la chimenea. Fuimos a la cama, aunque dormimos juntos Alexander se portó como un caballero, amanecí abrazada a él, tenía meses que no dormía con nadie, pero su cercanía era reconfortante.

Tomé un buen baño y me puse un vestido de maternidad que un día antes compramos. Bajé las escaleras y lo encontré haciendo el desayuno. Jalé un banco de la barra y me senté, recargando mi mentón en mis manos.

—Buen día, mmm que rico huele, ¿Qué haces?

—Buen día. Huevos revueltos y tocino.

— ¿Sabes cocinar?—le dije sorprendida.

—Sí, recuerda que viví solo mucho tiempo.

Olía a gloria, o ¿Sería que tenía hambre a todas horas?

—Pues huele delicioso y tengo mucha hambre. —le dije sonriendo. Colocó un plato frente a mí, con huevos revueltos, tocino y pan tostado.

—Espero que sepa tan bien como dices que huele. — me dijo con una sonrisa. —Por cierto te ves muy linda con ese vestido.

—Gracias...

—Mi familia, llega en unas horas, ya me hablaron, van a traer la comida.

—Estoy nerviosa. —murmuré.

—No tienes por qué estarlo.

Desayunamos en la barra de la cocina, y seguimos platicando sobre su familia, pero no podía dejar de estar inquieta.

Al cabo de unas horas, tocaron a la puerta Alexander se levantó para abrir pero yo me quedé sentada en la sala, esperándolos. El grito de dos niñas inundó el lugar, entraron corriendo hasta donde estaba sentada. Eran sus sobrinas.

Me miraban con curiosidad, una sonriendo y la otra con la nariz arrugada, eran dos lindas rubias, parecían gemelas pero sabía que no lo eran.

— ¿Tu eres la tía Emma?—me dijo bruscamente, la rubia que tenía una cara muy seria, no pude evitar sonreír.

—Hola. Sí soy Emma ¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Hanna y tengo 8 años.

—Qué lindo hombre.

—Yo me llamo Rose y tengo 5. —me dijo mostrando los dedos de su manita sonriendo.

—Mucho gusto Rose.

— ¿Es cierto que ahí tienes un bebé?—me dijo Hanna sorprendida.

—Sí, y es una niña.

— ¡Vamos a tener con quien jugar! —chilló Rose emocionada.

— ¿Puedo tocarte la panza? — me dijo viendo mi estómago emocionada.

Le tomé sus manos y las llevé a mi vientre, en ese momento el bebé se movió. Hanna abrió los ojos impactada.

— ¿Sientes que se movió?— asintió con una expresión en su rostro de asombro.

—Yo quiero, yo quiero. —gritó Rose mientras levantaba sus manitas al aire.

En ese momento entraba Alexander y su hermana Helen, era rubia como él y tenía los ojos verdes, además era muy alta.

—Niñas no molesten a Emma.

—Mamá, el bebé se movió, ¡Es niña y vamos a jugar con ella! — chilló Hanna.

—No me están molestando. —le dije con una sonrisa.

—Mucho gusto soy Helen por cierto.

—Mucho gusto.

Alexander se sentó a mi lado y me miró sonriendo. Sabía que tenía curiosidad, así que tomé sus manos y las puse sobre mi estómago. Era de lo más extraño, la bebé nunca estuvo tan inquieta. Tal vez eran las vocecitas de las niñas.

—Es cierto, se está moviendo. —dijo, de repente sentí una patada fuerte y él también lo sintió. — ¿No te duele?

—No, solo se siente raro, nunca se había movido tanto, creo que se emocionó con las niñas. —le dije con una sonrisa. Nuevamente tocaron a la puerta.

—Deben ser mis padres, voy a abrirles. — Alexander se levantó y se dirigió a la puerta.

— ¿Cuántos meses tienes?— me preguntó Helen.

—La próxima semana cumplo 8 meses.

—Te falta muy poco.

—Sí, estoy nerviosa, es mi primer hijo.

Regresó acompañado de sus padres, su mamá era una señora que rondaba los sesenta años era rubia y tenía sus mismos ojos azules, su papá era un hombre rubio también, muy alto y delgado con ojos verdes, me traté de levantar pero no me dejó.

—Ella es Emma mi esposa. — les dijo con una sonrisa.

—Mucho gusto.

—El gusto es nuestro, no podíamos creerlo cuando Alex nos dijo que se casaron y que además estás embarazada. — su papá se acercó regañando a la mamá de Alexander.

—Doreen, no seas imprudente, mucho gusto Emma soy Ethan.

—Mucho gusto señor.

Se sentaron a mí alrededor y comenzó el interrogatorio, sabía que esto iba a pasar, pero saberlo y estar preparada para ello, eran dos cosas diferentes.

Capítulo 7

Alexander

8 meses después

Mi familia acogió a Emma con los brazos abiertos, Helen la adoptó como la hermana que nunca tuvo y mi mamá estaba emocionada porque por fin sería abuela de su hijo mayor.

El parto transcurrió sin complicaciones, dio a luz a una linda niña de 3 kilos. No pude dejar de preguntarme si cuando la viera, se develaría el secreto de la paternidad; pero eso no ocurrió. Maia era la viva imagen de Emma pero con ojos azules, aunque eso tampoco ayudó, ya que los dos teníamos los ojos del mismo color.

Fue fascinante tener a mi hija por primera vez en mis brazos, era tan pequeña y tan hermosa, en ese momento supe que haría todo lo que fuera necesario para que Emma nunca se apartara de mi lado, ahora éramos una familia. Las llevé a casa luego de estar 2 días en el hospital. Mi hermana y mi mamá nos apoyaron mucho, aunque tengo que reconocer que Emma era una mujer muy fuerte.

Los meses pasaron y poco a poco mi paciencia se fue agotando, ella me evadía, me permitía que la abrazara y la besara, pero cuando trataba de avanzar en un plano sexual. Siempre me detenía y se alejaba.

Le daba su espacio, le prometí que le daría tiempo, pero los meses avanzaban y cada vez era más difícil no tomar lo que tanto anhelaba. Lo que soñaba cada noche cuando caía dormido, el fantasma de Federico se cernía sobre nuestra relación y era asfixiante.

Sin embargo no desistiría de mis planes, solo era cuestión de tiempo tenerla en donde la quería. Pasaba todo el día encerrada en la casa trabajando en la investigación o encargándose de nuestra hija, solo recibía la visita de mi hermana o de mi mamá. Sabía que no era una mujer de quedarse en casa, pero por el momento tendría que ser así.

El llanto de Maia me despertó. Revisé el reloj, todavía eran las 5 de la mañana. Me di cuenta que Emma no estaba acostada a mi lado, me levanté de la cama para ver que le pasaba.

La habitación de Maia estaba a un lado de la nuestra, entre Emma y mi hermana la decoraron,

compramos una cuna blanca y el resto eran colores rosas y lilas, con mariposas y flores que adornaban las paredes.

Abrí la puerta y la encontré con la niña en los brazos, tratando de calmarla, pero sus esfuerzos eran en vano. Levantó la cabeza y me miró con una sonrisa que parecía más una mueca, tenía ojeras y se veía cansada.

— ¿Por qué llora amor?

— Porque es un bebé. — me dijo rodando los ojos. — Ya comió, le saqué los gases y ahora solo quiere llorar sin motivo. — me acerqué y la tomé entre mis brazos.

— Hola princesa, ¿Por qué lloras hermosa? — le hablé mientras la miraba a la cara, era pequeña y podía sostenerla fácilmente con una mano, pero siempre aseguraba que su cabeza tuviera el soporte adecuado. — me miró con los ojos llenos de lágrimas, y dejó de llorar repentinamente.

— ¡Dios no puedo creerlo! — chilló Emma. — ¿Cómo puedes tranquilizarla tan rápido?

— Porque sabe que su papi la ama mucho. — me convertí en el clásico adulto que hablaba como idiota frente a un bebé, pero eso era inevitable.

— Ven siéntate, por favor. — me dijo sonriendo. La pegué a mi pecho, le di un beso en la cabeza y comencé a arrullarla.

— Se duerme en un momento.

— Alex, tengo mucho tiempo libre y me aburro. Sé que estoy ayudando con la investigación, pero siento que ya no hay nada más que hacer. La última vez que me pediste información fue hace dos semanas. — suspiró. — Estuve platicando con Helen y quiero ayudarle en la florería.

— ¿Quieres hacer arreglos florales? — le pregunté incrédulo.

— ¡Claro que no!, Soy pésima para eso. Voy a hacerle un portal, para que le hagan los pedidos en línea y le servirá de publicidad para su negocio.

— ¡Oh!, ¿Vas a trabajar desde aquí?

— No, voy a ir a la tienda, tengo que tomar fotografías de cada arreglo que haga para armarle un portafolio.

No me gustó la idea de que estuviera fuera, pero estaría con mi hermana.

— ¿Y cuando empiezas?

—Tengo que hablar a ella, por cierto ¿Te molestaría que tome tu cámara prestada?

— Claro que no, puedes usarla, ¿Cuántas horas estarás en la tienda?

—Solo medio tiempo, te prometo que no interferirá con mis obligaciones ni le afectará a

Maia.

Maia, se durmió entre mis brazos, me levanté y la acosté en su cuna, me acerqué y pasé mis brazos alrededor de su cintura, pegándola contra mis caderas. Sentirla tan cerca, despertaba mis instintos y tomaba todo mi maldito autocontrol no arrancarle la ropa y arrinconarla contra una pared.

— Puedes hacer lo que quieras, eres mi esposa no mi sirvienta, no me malinterpretes, me encanta que te hagas cargo de la casa y nos cuides. —le dije mientras acariciaba su rostro. —Pero solo deseo que seas feliz.

—Gracias. —murmuró, mientras me miraba con esos ojos hermosos en los que podía perderme cada vez que me miraba con ternura.

Bajé mi cabeza y estrellé mis labios contra los suyos, fue un beso apasionado, necesitado, demandante, tenía puesto un camisón delgado, pero sus senos que ahora estaban increíbles por el embarazo, se desbordaban de su escote.

Deslicé mis manos acariciando la longitud de su espalda y sentí un calor que comenzó a palpar directamente en mi entrepierna, la levanté de las piernas como lo imaginé tantas veces. Nunca antes me permitió llegar tan lejos, me regresó el beso y sentí sus manos alrededor de mi cuello, la exploración de mi lengua continuó dentro de su boca, sin darme cuenta coloqué su espalda contra el papel tapiz de la pared. La necesitaba desesperadamente, una de mis manos tomaron uno de sus senos mientras seguía con mi ataque, besé su cuello mordisqueando suavemente. La necesidad de tomarla me consumía.

—Por favor detente. — me dijo intentando agarrar aire.

Pero no la escuché, mi mente se desconectó y solo tomé lo que necesitaba. Unas manos que empujaron mi pecho tratando de liberarse de mi agarre y un sollozo me sacaron de mi trance. Me separé en un segundo de ella y la miré con lágrimas en los ojos.

—Perdón... no quise... yo. —le dije con la voz entrecortada y jadeando mientras trataba de recuperar el aliento, estaba avergonzado. — ¿Te hice...daño?—murmuré, negó con la cabeza en

silencio.

Salí de la habitación y me dirigí a la ducha, necesitaba un baño de agua fría y tendría que liberarme nuevamente solo bajo la regadera. Eso era lo que sucedía cada mañana que me despertaba excitado a su lado sin poder hacer nada más, me metía debajo el agua y me masturbaba pensando en ella.

Emma

Miré el rostro de Alexander, en un segundo pasó de un abrazo y un beso apasionado, a estrellarme contra la pared. Sus ojos se tornaron oscuros y a pesar de mis suplicas no se detenía, parecía que su lado racional lo había abandonado, caí presa del pánico, nunca se había comportado así antes. Siempre se apartaba cuando se lo pedía, pero no lo hizo, hasta que me escuchó llorar.

Salió de la habitación descolocado y perturbado, por lo que pasó. Me acerqué a la cuna de Maia pero ella seguía dormida. No tenía idea cómo iba a manejarlo, los meses pasaban y sabía que esa reacción solo era una muestra de la desesperación por la que estaba pasando, en cualquier momento esa situación se podía salir de control.

Se convirtió en un buen padre y un esposo amoroso. Me consentía y se esforzaba por conquistarme, poco a poco lo comencé a mirar diferente, quería dejarlo entrar pero era muy difícil.

Ese sentimiento de traición permanecía en mí, me sentía culpable por acostarme con él, ¿Cómo era posible que después de tantos años de no permitir a nadie que me tocara, traicioné a Federico con tanta facilidad? Y lo que me carcomía las entrañas, era que lo había disfrutado, ¿Cómo podía ser feliz, cuando él murió salvándome?

Mi cuerpo reaccionaba con sus caricias, me acostumbré a su aroma, a sus besos y a sus brazos, pero mi cabeza me decía que no debía hacerlo. Dejé a Maia dormida y regresé a la habitación, él ya no estaba. Tomé el teléfono y le llamé a Helen, necesitaba salir de la casa, por lo que decidí que lo mejor era empezar de inmediato.

Le dije a Helen que quería ir a la florería para iniciar con el portal y se puso feliz. Así que me bañé y cambié. Habían pasado casi 8 meses desde que Maia nació. Perdí varios kilos y recuperé mi peso original. Aunque mis caderas eran ligeramente más amplias y mis senos seguían un poco más grandes de lo normal, no me podía quejar.

Me vestí con unos pantalones ajustados, un suéter de cuello alto y mis botas, ya que era

invierno en Estocolmo y en cualquier momento podía llover.

Luego de cambiar y abrigar a Maia, Helen llegó por nosotras. La fijamos en el portabebé en el asiento trasero del auto y salimos a la rumbo a la florería.

—Emma, te agradezco lo que estás haciendo por mi negocio.

—No tienes por qué agradecerme, es un placer ayudarte. Me estás haciendo un favor, me estaba volviendo loca encerrada.

La florería era linda. Estaba situada en un centro comercial, en el distrito de oficinas de Estocolmo. El local era amplio, tenían grandes ventanales y tenía un gran mostrador de madera, detrás se encontraba un área de refrigeradores llenos de flores.

Detrás de un gran mostrador, había una chica que tenía unas tijeras en la mano con las que limpiaba rosas blancas quitándole las espinas y recortando su tallo. Era muy bonita, alta, con el pelo rubio, los ojos azules, delgada, estaba en los treintas.

Nos acercamos hasta ella, llevaba a Maia en su carriola, estaba cubierta con una mantita afelpada.

—Susan, te presento a Emma, es la esposa de Alexander. Nos ayudará con el portal de la florería.

Levantó la mirada y me barrió de arriba abajo. Por su reacción me di cuenta que no estaba muy contenta con mi presencia.

—Mucho gusto. —le dije sonriendo.

—Igualmente.— definitivamente no era la persona mas elocuente.

—Bueno, vamos a trabajar. Hoy tenemos muchos pedidos, puedes empezar a fotografiarlos conforme los vayamos armando.

No iba a permitir que me afectara su actitud, tal vez solo estaba sensible. Un chico entró a la tienda y se nos acercó.

—Buenos días. —dijo con una linda sonrisa, era un tipo muy alto aunque no tanto como Alexander. Tenía el cabello castaño y los ojos cafés, no tenía más de 25 años.

Por un segundo cruzó miradas con Helen y me di cuenta, que le gustaba.

—Scott, te presento a Emma, es mi cuñada.

— ¿Tú eres la esposa de Alexander? — preguntó sorprendido.

—Sí, mucho gusto.

—Es un placer, te juro que pensé que nunca se casaría.

— ¡Scott! —chilló Helen. Solo me reí.

—Perdón, es que tu hermano es tan parco y tan agrio. Parece que siempre trae un palo en el tras...

Helen, lo golpeo en la cabeza antes que terminara la frase, me reí como hacía mucho no lo hacía.

—Es que no lo has visto, está irreconocible. — dijo Helen, sonriendo.

—Y esta bebé tan hermosa, ¿De quién es?— preguntó mientras se inclinaba en la carriola.

—Es mi hija se llama Maia.

— ¿Esta bebé es de Alexander?

—Sí.

—Qué bueno que se parece a ti. —dijo bromeando.

— ¡Oye!, Es mi hermano, deja de insultarlo. —chilló Helen.

Alguien azotó la puerta detrás de nosotros. Esa fue Susan que nos miraba con el ceño fruncido. Ahora sí no era mi imaginación, definitivamente no le caí bien, pero su reacción fue el de una mujer celosa o despechada. Helen negó con la cabeza.

—Scott se encarga de las entregas.

—Entonces vamos a trabajar juntos. — exclamó Scott, me cayó bien de inmediato, con él no tendría ningún problema, pero Susan era otra historia.

Las horas pasaron rápidamente, cada vez que terminaban un arreglo le tomaba fotos en diferentes ángulos. Estuve buscando templates de sitios y luego de darle más de diez opciones a Helen por fin escogió uno. Tenía mucho trabajo por delante, pero me mantendría ocupada.

Estábamos en su oficina trabajando en silencio, pero tenía el gusanito de la duda, tenía que preguntarle por Susan.

—Helen, ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

— ¿Cuál es la historia entre Susan y Alexander?— dejó de escribir en su computadora, se enderezó en la silla y me miró sorprendida.

— ¿Cómo te diste cuenta?

—Su hostilidad es palpable. —le dije riendo. Suspiró airadamente.

—No hay historia en realidad. Susan ha estado enamorada de Alexander desde hace mucho tiempo, pero él nunca le ha hecho caso. Es una buena empleada, no te preocupes por ella, además mi hermano está muy enamorado de ti.

—No quiero pecar de soberbia, pero no me preocupo por Alexander, me preocupo por ella. Sentí su rechazo en cuanto crucé por la puerta.

—Se le pasará. Tiene que acostumbrarse. Sé que en el fondo guardaba alguna esperanza, así que verte fue una dosis de realidad. Por cierto, voy a salir con Scott, tenemos una entrega importante, iré personalmente.

No pude evitar sonreír. —Le gustas. —le dije torciendo la boca juguetonamente. Hizo una mueca de molestia ante mi comentario.

—Lo sé. Me lo dijo hace meses, pero tengo 33 años y él tiene 25, la diferencia es muy grande. Yo soy una mujer divorciada con dos niñas que cuidar y no puedo darme el lujo de andar con un jovencito.

— ¿Pero qué tiene de malo? No siempre la mujer debe ser menor que el hombre, además está de moda andar con chicos menores que tú.

—Alexander te lleva casi 8 años. —me dijo rodando los ojos.

—Bueno, las circunstancias son diferentes. —le dije encogiéndome de hombros.

—Regreso en dos horas, Susan estará aquí.

—Es un alivio quedarme con ella. — exclamé sarcásticamente.

—Dale tiempo, se acostumbrará, no es una mala persona.

Ella y Scott, salieron después de cargar todos los arreglos que entregarían en un evento

importante, en un hotel cerca de ahí.

Capítulo 8

Emma

Miraba la pantalla con detenimiento, tratando de igualar el bendito color que había elegido Helen para el portal y los jodidos botones no se veían nada bien, inmersa en mi tarea ignoré a la presciencia que se paró a mi lado. Hasta que se dirigió hacia mí con una voz dulce y suave.

—Emma, me puedes hacer el favor de estar en el frente por un momento, tengo que salir, pero regreso rapidísimo.

La miré levantando una ceja, definitivamente cuando uno quiere algo, puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero no hablo sueco. — le dije exasperada. Era tan frustrante, era un idioma tan incomprensible para mi cerebro que de plano se negaba a procesarlo. Miró su reloj, casi eran las 12 del mediodía.

—No creo que venga nadie, a estas horas todos están en su descanso. Es solo por si acaso.

— ¿Y si llega alguien?, ¿Qué le voy a decir?

—No te preocupes, la mayoría habla inglés. — la miré incrédula. — Es muy importante, si no te lo pediría. — ¿Dios por qué no podía negarme?, Pero no estaba en mi naturaleza ser una perra.

—Está bien, voy al frente, pero por favor no te tardes.

—Muchas gracias. —me dijo sonriendo, después de todo serviría para mejorar el trato.

Tomé la laptop y la puse sobre el mostrador de la tienda, jalé a Maia que seguía dormida en su carriola, luego de tomarse su biberón. Aunque la no la llevé hasta el frente por el frío de los refrigeradores.

Seguí buscando fondos y patrones para la página, cuando escuché el sonido de la campana que anunciaba que entraba alguien a la tienda.

Un hombre entró y se acercó al mostrador, por su vestimenta se notaba que tenía dinero, era obvio desde los zapatos italianos hasta el abrigo que llevaba puesto.

—Buen día. —le dije sonriendo. Me miró ladeando la cabeza con una sonrisa resplandeciente. Vestido pulcramente con un traje azul marino con líneas blancas muy delgadas y corbata guinda, definitivamente era un hombre de negocios. Era rubio y casi tan alto como Alexander pero con ojos color miel, por las líneas de expresión que se reflejaban en su rostro, era fácil adivinar que estaba cerca de los cuarenta.

—God morgon. — me dijo con un acento profundo, sin perder esa sonrisa encantadora. Negué con la cabeza.

—Perdón, pero no hablo...

—Jag vill bara ha några vita rosor.

Lo miré sorprendida, y solo me encogí de hombros. Joder, ¿Por qué no se me grababa una sola palabra?

—No te entiendo.—le dije avergonzada, me sentí tan inútil en ese momento.

Se sonrió ampliamente. Me gustó para Helen aunque ella estaba enamorada de un chico moreno de ojos azules un poco desgarbado por mas que no lo aceptara.

—Rosas blancas.

—¿Quieres unas rosas blancas?—mientras apuntaba en la vitrina en donde estaban las flores.

Asintió. Pero no tenía ni idea de cuantas quería, ni como se las entregaría. ¿Por qué demonios no llegaba Susan?

Pero un idioma no me detendría, al fin de cuentas era un cliente y no saldria de ahí sin que intentara ayudarlo. Abrí un traductor de internet y escribí. Giré la pantalla y le mostré la pregunta. Levantó las manos y me indicó que quería una docena.

—Una docena, perfecto. —chillé.

Ahora el problema era que en mi vida había hecho un arreglo floral. Pero gracias al cielo en ese momento entró Susan.

— ¡Gracias a Dios que llegaste! Este señor quiere una docena de rosas blancas, pero no le entiendo.

Se acercó y comenzó a conversar con él, le explicó lo que quería e inmediatamente se puso a trabajar. Como Susan ya estaba manos a la obra y se hizo cargo de la situación, agarré mi laptop

dispuesta a volver a la oficina para seguir trabajando.

—Espera. —giré y lo miré inclinando la cabeza sorprendida.

— ¿Sí?

—Gracias. —me dijo sonriendo pícaramente. —Nikolaus.

—Emma.

Susan en unos minutos armó un arreglo hermoso sobre el mostrador. Escuché risas de complicidad mientras le cobraba.

Di la vuelta y ella seguía platicando con él, pero no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, así que me alejé. Maia estaba despierta, me acerqué y le revisé su pañal, tenía que cambiarla, era una niña tan buena, eso me asustaba, mi mamá decía que mi hermana de bebé era un ángel pero después de los dos años, no sabía qué hacer con ella.

La estaba terminando de cambiar cuando entró Susan, con una sonrisa que parecía una mueca. Se acercó y me entregó una tarjeta de negocios, la tomé y leí el nombre de Nikolaus Axelsson.

— ¿Y esto que significa? — le dije entrecerrando los ojos.

—Me dijo que te la entregara.

— ¿Por qué?

—Parece que lo impresionaste. — su voz estaba cargada de sarcasmo.

—No puedo aceptar esto, nada más lo ayudé.

—Yo cumplo con entregártela. — la muy desgraciada, me dejó con la palabra en la boca y se fue. Y yo de idiota ayudándole, eso me pasaba por blandengue.

Una hora después regresó Helen, se miraba irritada y agotada, habían entregado más de tres docenas de arreglos para un evento muy importante. Desde que salió estaba preocupada por el traslado de las flores.

— ¿Cómo te fue?—le pregunté sonriendo.

—Muy bien, pero me la pasé peleando con Scott. Por más que lo intento, me saca de quicio.

—Ten cuidado, del odio al amor solo hay un paso. — se acercó al escritorio y tomó la tarjeta que me había entregado Susan.

— ¿Y esta tarjeta de negocios?— suspiré airadamente.

—Hace rato me quedé sola porque Susan salió y vino un señor a comprar flores, pero llegó hablando en sueco, ¡Imagínate! No le entendí ni una palabra, así que tuve que usar hasta el traductor para preguntarle que quería. — me miró arrugando la nariz incrédula por lo que le decía. — Pero gracias a Dios Susan regresó y salvó la situación. Luego vino y me entregó la tarjeta, no pudo explicar porque me la dejó, solo la puso en el escritorio.— giró la tarjeta y me miró frunciendo el ceño.

—Creo que te tomaron el pelo.

— ¿Por qué dices eso?

—Este tipo es abogado Emma.

— ¿Y?

—Si es abogado, debe hablar inglés.

— ¿Entonces por qué me dejó que hiciera el ridículo?— un calor desagradable me atravesó de la cara hasta los pies, pero que imbécil.

—No sé, la gente es extraña, además escribió detrás de la tarjeta llámame y tiene un número de celular.— le arrebaté la tarjeta y la miré furiosa.

— ¡Que idiota!, Me alegro saber que se divirtió conmigo. No puedo creer que hasta me gusto para ti. — exclamé exageradamente. Rompí la tarjeta en pequeños pedazos y la arrojé al bote de basura.

— ¿Para mí?

—Era un hombre bastante guapo y vestido con un traje a la medida. — le dije encogiéndose de hombros. — Aunque ya sé que a ti te gusta Scott.

—Voy a dejar pasar tu comentario, por el mal rato que te hicieron pasar, pero no vuelvas a decir eso y deja de andar de celestina conmigo. — me dijo con un tono severo conteniendo una sonrisa.

—Está bien, no te enojés. — cerré mi laptop y la comencé a guardar en mi bolsa, Helen me miró mordiéndose un labio con cara de preocupación.

—Sé que te dije que te llevaría a tu casa a esta hora, pero me surgió un imprevisto, ¿Me

puedes dar una hora? Prometo que en cuanto termine nos vamos. —me dijo suplicando.

—No te preocupes, me puedo ir en taxi.

— ¿Estás loca?, Alexander me mata si te mando en taxi. Te propongo que vayas a la tienda para bebés que está a la vuelta. Sé que quieres comprarle un vestido a Maia por su cumpleaños ¿Por qué no vas a ver si te gusta alguno? Y cuando regreses nos vamos.

—Está bien, sirve que saco a mi bebé. La pobre ha estado toda la mañana encerrada.

Salí de la florería empujando la carriola de Maia, caminé por el centro comercial hasta que encontré la tienda. Tenían una gran variedad de vestidos para niña, pero aún faltaban varios meses para su cumpleaños, así que no lo compré, pero estando tan cerca podía regresar cuando quisiera. Después de revisar uno a uno los diferentes modelos, salí con la necesidad de caféina.

Me dirigí a la cafetería que estaba a un lado, ordené un late y salí a la pequeña terraza, esperando que pasara el tiempo para regresar a la florería. Agarré a Maia y la senté sobre mis piernas.

—Buenas tardes, puedo acompañarte. —levanté la vista y era el tipo de la florería. Lo miré entrecerrando los ojos.

—No gracias. —le dije en tono seco. Jaló la silla y se sentó. Inmediatamente se percató de mi molestia.

—Discúlpame por lo de hace rato, no quise portarme como un idiota.

— Pues lo hiciste, ¿Por qué no me dijiste que me entendías?

—Me pareció divertido al principio, luego te esforzaste mucho y no quise decepcionarte. — me dijo con una sonrisa.

— ¿Te puedo preguntar por qué me dejaste tu tarjeta con tu número?

—Tu amiga me dijo que hacías en la florería, y me interesó...mucho tú...trabajo.

— ¿En serio?

—Por supuesto. Aunque no podía creer cuando me dijo lo que hacías.

— Muchos me han dicho eso, pero soy muy buena en lo que hago, no me juzgues por mi apariencia. Pero lo que hago en la florería no es mi trabajo habitual.

— ¿Y entonces por qué lo haces?

—Estaba aburrida y me surgió la oportunidad.

—Bueno es una excelente forma de entretenerte. —me dijo con una sonrisa misteriosa. Para mí lo era, normalmente no hacía páginas, pero era por Helen.

— ¿Y a ti te interesa el mismo trabajo que el de la florería?, ¿Con fotos y todo?—le pregunté sonriendo. Me imaginé que quería un portal para su negocio.

—Bueno las fotos serían un extra maravilloso, y ¿Cómo cobras?

—Pues normalmente cobro por hora, no sé cuál es el precio del mercado aquí. Eso sí, no te voy a cobrar si no estás satisfecho con mi trabajo, tú tienes necesidades específicas y cada cliente es diferente.

Le dije encogiéndome de hombros, no tenía ni idea que podía necesitar un abogado, así que no estaba segura del resultado.

—Me gusta alguien tan directo. ¿El bebé es tuyo?

—Sí, se llama Maia.

—Es hermosa, se parece a ti.

—Gracias, ella es una bebé adorable.

— ¿Entonces tenemos un trato?

—Sí, pero tengo que hacerme un espacio y primero tengo que hablarlo con Helen para saber si está de acuerdo.

— ¿Y ella por qué?

—Porque estoy en su florería.

— ¿Entonces qué te parece que me confirmas si el viernes nos podemos ver para la primera sesión?— me preguntó con entusiasmo. Lo pensé, ya sería una semana, tendría tiempo.

—Puede ser, ¿No crees que con una sesión será suficiente?

—No lo creo.

—Bueno eso lo veremos después de la primera. Solo trabajo hasta la una de la tarde luego

debo regresar a mi casa, que te parece si nos vemos a las 10 de la mañana tentativamente, te envío un mensaje confirmando. — me levanté colocando a Maia en su carriola.

—Permíteme revisar mi agenda. —sacó su teléfono y luego me dijo.

—A las diez es perfecto.

— ¿En tu oficina? — me miró sorprendido.

—Donde tú quieras y te sientas más cómoda.

— ¿Puedes darme tu teléfono?— murmuré.

—Claro. —le dije mi teléfono y me avergoncé por pensar mal de él. —Por cierto perdí tu tarjeta. — le dije despacio.

— ¿La perdiste o te deshiciste de ella?

Solo hice una mueca, con una media sonrisa. Sacó otra de sus tarjetas, la giró y escribió un número telefónico.

—Fue un placer Emma. Estaré esperando ansiosamente.

—Nos vemos el viernes.

Me pareció demasiado entusiasta, pero quizá si le urgía un portal. Regresé a la florería y miré a Helen detrás del mostrador.

— Hola, te tardaste un rato.

—Sí, me estaba tomando un café, cuando el hombre de la mañana pasó por ahí y se sentó a platicar conmigo.

— ¿Él de la tarjeta?

—Él mismo, estaba pensando mal, quiere un trabajo como el que estoy haciéndote a ti, me dijo que le urge.

— ¿Y lo vas a ayudar?

—No pude decir que no, además se disculpó por lo pasó. Me cayó bien, quiere fotografías, me imagino que de su despacho.

—Le vas a decir a Alexander.

—Se lo diré después, no tiene caso pelear por qué voy a ir a la oficina de un abogado para tomar fotos y que me explique qué quiere mostrar en su portal. Alexander es muy exagerado con todo.

—Querrás decir que es jodidamente celoso y posesivo contigo. Y con la cara de pocos amigos que se carga, tienes razón no le diremos nada.

Maia cayó rendida, así que me dispuse a preparar la cena. Alexander regresaba siempre a las 6 de la tarde y me gustaba esperarlo con la comida lista. Fue un día muy largo, pero no podía olvidar lo que había sucedido en la mañana y al parecer el tampoco, su mirada era sombría. Cociné su comida favorita, tratando de suavizar la situación. Para que atormentarlo con mis reproches.

—Buenas tardes, ya está la cena. — le dije sonriendo. Caminó hacia mí con pasos sigilosos, preocupado de mi reacción, pude ver que estaba avergonzado.

—Buenas tardes. —murmuró.

— ¿Tienes hambre?— asintió, se sentó en la mesa, se mantuvo serio y sin decir una palabra. Tomé mi plato con ensalada y me senté con él. Intentando deshacer la tensión que flotaba en el ambiente, le pregunté sobre el caso.

— ¿Hay alguna noticia sobre las últimas pruebas que te entregué?

—Ya las recibieron y están analizándolas. — era desesperante no tener idea de lo que pasaba con las pruebas que enviaba, Alexander nunca me decía nada claro. A pesar de colaborar con ellos, me tenían ajena a la evaluación de la investigación.

— ¿No me vas a decir nada?

—Sabes que no puedo, mejor dime, ¿Cómo te fue en tu primer día?

—Muy bien. — exclamé entusiasmada. — Helen escogió la imagen del portal y tomé muchas fotografías para armar su álbum.

—Me alegro que te haya ido bien, ¿Cómo se portó Maia?

—Mejor de lo que esperaba. Le di su biberón y durmió por horas.

— ¿Todos los días vendrá por ti Helen?

—Sí, no te preocupes. Por cierto conocí a Susan. —le dije en tono juguetón.

— ¿Sigue trabajando con Helen?

—Sí, al principio se portó un poco hostil, pero luego fue muy amable, por cierto, es muy bonita. — me miró entrecerrando los ojos.

— ¿Helen te contó? — murmuró en tono acusatorio.

—Sí. Me contó algo... ¿Por qué nunca saliste con ella?

— ¿En serio?— me miró muy serio.

—Solo es curiosidad.

—Muy fría para mi gusto, además no es mi tipo. Nunca saldría con una mujer como ella.

— ¿Cómo es ella?— no entendí a que se refería con esa frase.

—Una mujer que inventa historias que ella misma termina creyendo y miente con facilidad, aunque Helen no quiera aceptar porque le ha tomado cariño.

— ¿Cómo puedes saber eso?

—Créeme lo sé. — me dijo encogiéndose de hombros, mientras cortaba la carne con su cuchillo.

— ¡Oh!— ya no tuve nada que decir sobre ella, tenía que tener cuidado con esa mujer después de todo a mí tampoco me había dado confianza. — También conocí a Scott, ese chico está enamorado de tu hermana y creo que a ella también le gusta.

— ¿Sigue trabajando con ella?— preguntó sorprendido.

—Solo medio tiempo, ¿Por qué la pregunta?

—Porque entró a trabajar para Helen cuando estaba en la universidad y ya terminó.

—Eso sí me impresionó. Ahora estoy convencida que está enamorado de ella. Sería lindo que terminaran juntos.

—El divorcio de mi hermana fue difícil y es muy terca. No creo que le dé una oportunidad. — murmuró.

Terminamos de cenar, luego de lavar los platos salí al patio trasero. Me encantaba sentarme para ver el atardecer, la vista era impresionante y los barcos se miraban a lo lejos. Alexander se acercó en donde me encontraba con Maia.

— Puedo sentarme. — me preguntó con voz grave.

—Por supuesto. — me recorrí para que se sentara a mi lado. Maia comenzó a hacer ruidos hacia él, quería que la agarrara.

— ¿Cómo está mi princesa?—le dijo con voz graciosa, mi bebé comenzó a reírse, no podía negarlo, éramos una familia. Se aclaró la garganta.

—Amor, perdón por lo de la mañana...no fue mi intención.

—Te entiendo, en serio lo hago...bueno trato de hacerlo. — le dije suspirando. Era verdad, comprendía que había sido un hombre paciente, que a pesar de sus necesidades, aguantaba mi rechazo de acostarme con él. Pero no podía hacerlo, aunque había pasado casi un año de estar juntos, en mi mente y mi corazón no se sentía correcto. Aunque respondiera a sus caricias no cedería. No sé si necesitaría más tiempo o de plano nunca podría tener una verdadera relación con Alexander.

—Gracias por ser tan comprensiva. — recargué mi cabeza en su hombro y me relajé.

Capítulo 9

Emma

La semana se pasó volando, trabajé todos los días arduamente, pero para el jueves teníamos un catálogo bastante amplio el cual era más que suficiente. Compramos un dominio y publiqué el sitio, además Helen mando hacer nuevas tarjetas en donde venía la dirección, entramos a Facebook y comenzamos a distribuir la dirección del portal. Cada vez que alguien se llevara un arreglo tendría toda la información, la intención era que pudieran hacer su pedido y escogieran un arreglo del catálogo que estaría en línea.

Dos días antes confirmé la cita del viernes con Nikolaus. En la florería siempre vestía lo más cómoda posible, pero como iría a una oficina, me vestí adecuadamente. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Me puse una falda negra a la rodilla, medias con zapatos altos y una blusa blanca de botones. Tomé un juego de collar y aretes de perlas. Me peiné y me maquillé como solía hacerlo.

Me miré en el espejo, parecía que no había pasado el tiempo. Lucía igual que cuando iba a trabajar en... cerré los ojos y suspiré, no quise recordarlo, era doloroso.

Tomé mi abrigo y bajé las escaleras. Alexander salió de la casa una hora antes de lo normal, ya que tendría una reunión muy temprano, por lo que no estaba. Helen ya me esperaba en el auto.

— ¡Mírate! Te ves como toda una profesional. — me dijo sonriendo.

—Gracias, voy a ir a una oficina. No es por ofenderte, pero no voy a llegar en pantalones de mezclilla.

— ¿Puedo dejar a Maia en la florería?

—Por supuesto, el día de hoy no voy a salir en todo el día.

—Te lo agradezco, no creo que tarde más de dos horas. —le dije encogiéndome de hombros.

Llegamos a la florería e instalé a Maia en la oficina de Helen. Scott se ofreció a llevarme a las oficinas de Nikolaus, faltando 15 minutos me bajé frente al edificio. Sus oficinas estaban en el piso 10, cogí el elevador y comencé a subir. Estaba un poco nerviosa, era lo más cercano a tener un

trabajo casi real.

No me había dado cuenta, cuanto extrañaba levantarme, arreglarme y llegar a una oficina. Revisé la tarjeta que me dio y caminé hacia la recepción, la secretaria parecía amable.

—Buen día, tengo una cita con el señor Axelsson.

—Un momento por favor. — levantó el teléfono y llamó, me miró sonriendo.

—Pase por favor, la está esperando.

—Gracias.

Abrí la puerta y el lugar me sorprendió. Su oficina era muy grande, tenía un gran escritorio de madera y una sala de piel al fondo. En las paredes colgaban muchos títulos y certificaciones.

—Emma, que bueno que viniste. — dijo efusivamente.

— ¿Lo dudaste?

—Sí, pero me alegra que no hayas cambiado de opinión. Te ves hermosa, me encanta como vienes vestida, esto es mejor de lo que pensé.

Me dijo sonriendo, mientras pasaba su pulgar sobre sus labios, eso me desconcertó, su comentario se me hizo fuera de lugar. Le sonreí, pero no lo miré a los ojos, me hizo sentir incomoda.

— ¿Entonces empezamos? — le pregunté sonriendo.

—Vamos a la sala, es más cómodo.

Me acerqué al sofá, puse mi bolso en el piso y me agaché para sacar mi laptop, antes que pudiera tomarla sentí un cuerpo que se pagaba detrás de mí. Una de sus manos me rodeó por la cintura, la otra tomó uno de mis senos y se restregó contra mi trasero. Sentí su aliento en mi cuello y mi sangre se congeló.

— ¡Dios! ¿Qué estás haciendo?— exclamé y lo miré horrorizada.

— ¿Qué?, ¿Cuál es el problema? — murmuró nervioso y tan impresionado como yo.

Me alejé de él, pero me tropecé con la mesa. No pude evitar caer de rodillas, me lastimé el maldito tobillo, solo eso me faltaba para hacer un drama mayor. Lágrimas comenzaron a caer por mi rostro. Se acercó y trató de ayudarme.

— ¡No me toques! —le grité furiosa.

— ¿Qué hice mal?—me preguntó sorprendido con un hilo de voz.

Me quité los zapatos, me apoyé en el sillón que estaba frente a mí, hice una mueca de dolor pero logré ponerme de pie.

— ¿Por qué hiciste eso? — le pregunté confundida, no entendí que lo llevó a comportarse así. Se pasó la mano por el pelo desconcertado.

— No entiendo tu pregunta, ¿A eso viniste, qué no? — de repente todas las piezas comenzaron a caer en su lugar.

— ¿Qué crees que vine a hacer aquí?—le pregunté ladeando la cabeza, desconcertada. Me miró apenado.

—A tener sexo conmigo. —murmuró despacio. Abrí los ojos impactada.

— ¿Qué?, ¿Pero por qué?

—Te pregunté por tu trabajo y tú aceptaste.— negué con la cabeza, en ese momento recordé que Susan fue la que le dijo en lo que trabajaba.

— ¿Que te dijo Susan en la florería?

—Que eras...—metió las manos a los bolsillos.

— ¿Qué era qué?—chillé.

—Que eras prostituta.

No lo podía creer, me dejé caer en el sillón y llevé mis manos a la boca mientras lloraba. Me sentí tan humillada y en toda la plática que mantuve con él nunca entendí, ¿Cómo pude ser tan idiota? Hubiera deseado que en ese momento se abriera la tierra y me tragara.

— ¿No me encontraste por casualidad en la cafetería? — le dije entre dientes muy afectada.

—No...me gustaste cuando te vi...luego ella me dijo que te dedicabas...nunca había intentado algo así antes te lo juro. Pagar por tener sexo con alguien. Hablé contigo y me confirmaste la historia, bueno eso pensé. — no lo podía creer, esa mujer me las iba a pagar.

— Helen es mi cuñada, estoy casada. —le dije levantando mi mano y mostrándole el anillo.

—Bueno...tú dijiste que lo hacías porque estabas aburrida.

—Sí, aburrida de no trabajar, estoy haciéndole un portal a la florería, hago sistemas, pensé

que me hablabas de eso. —chillé, me miró perplejo. Se sentó en el sillón de enfrente.

— ¿Pensaste que te hablaba de un portal para mi negocio?

— ¿No puedo creer que soy tan estúpida?

—Perdóname, estoy muy apenado, me siento muy mal...

—No tienes la culpa, fue la empleada de la florería, no puedo creer que Susan me hiciera algo así. —dije mientras cerraba los ojos. —Pensé que había pasado por todas las humillaciones posibles, pero la vida me sigue sorprendiendo. — negué con la cabeza.

—Déjame ayudarte.

—Solo quiero irme, esto es bastante vergonzoso.

—Te lastimaste el tobillo. — se acercó lentamente. —Te prometo que solo quiero ayudarte, no soy una mala persona. — me tomó el pie con las dos manos, cuando presionó mi tobillo sentí un dolor agudo.

—Es un esguince, te pondré hielo y con eso se te desinflamará.

Acercó la mesa y puso mi pie sobre ella. Entró al baño y luego salió con una toalla con hielo adentro. Me colocó la compresa en el tobillo y salió de la oficina. Regresó con una taza humeante en las manos.

—Toma esto, te hará sentir mejor.

—Gracias. — cogí la taza y le di un sorbo, era té de manzanilla.

—Relaja el pie, estarás bien.

—En cuanto pueda ponerme el zapato me voy.

— ¿De dónde eres?

—De México,

— ¿Qué haces tan lejos de tu casa?

—Mi esposo es de aquí.

— ¿Cuánto tiempo tienes de casada?

—Dos años, tengo un año aquí en Estocolmo.

—Eres muy diferente a las mujeres de aquí.

— ¿Eso es bueno o malo?

—Créeme que es bueno— ante sus palabras no supe que decirle, así que mejor le preguntaría sobre él.

— ¿Tú eres casado?

—No, soy divorciado.

— ¿Tienes hijos?

—No, mi exesposa no quería tener hijos, esa fue una de las razones por las que nos separamos. Sin olvidar la incompatibilidad entre nosotros. Fue una ruptura complicada. —me dijo con una mueca.

—Lo siento. —murmuré.

Platicamos de su trabajo, era abogado y le iba muy bien. Era una persona muy agradable, dejé que hablara sobre él y su trabajo del cual era un apasionado. Sin darme cuenta había pasado más una hora. Revisé mi pie, quité el hielo y lo apoyé en el piso. Ya no dolía tanto, tomé mi zapato y me lo puse. Me levanté con cuidado.

— ¿Puedo usar tu baño?

—Claro es la puerta del fondo.

Me miré en el espejo, mi rostro era un desastre. Se me corrió la mascara por mis lágrimas, no podía irme con ese aspecto. Limpié mi cara y me retoqué el maquillaje, luego arreglé el cabello. Tomé mi bolso y caminé a la puerta, necesitaba salir de ahí con lo poco de dignidad que me quedaba.

—Permíteme que te lleve. — susurró preocupado.

—No gracias, tomaré un taxi. — primero el infierno se congelaría antes de que me subiera a un auto con él.

—Déjame acompañarte al menos. — caminamos hasta los elevadores y salimos a la calle, en donde detuvo un taxi.

— ¿Puedo volver a verte?

—No lo creo. No es una buena idea.

—Te invito a comer. Podemos ser amigos, tenía mucho que no charlaba con nadie como contigo. Todo fue un mal entendido... ¿Podemos hacer como que nada de esto pasó?

—Eres un buen hombre, pero estoy casada. Sin mencionar que hace menos de una hora, querías pagarme para que me acostara contigo.

—No puedes perdonarme.

—No soy nadie para perdonarte, pero no me siento cómoda y no creo que mi esposo este de acuerdo.

—Te entiendo, realmente lamento lo que pasó.

Subí al taxi y le di la dirección de la florería, comencé a cojear nuevamente, pero eso no me detendría, que Dios me ayudara porque Susan me iba a escuchar. Llegué hasta la oficina y me la encontré con Maia en los brazos. Eso me enfureció, ya era suficiente de no defenderme y dejar que siguieran lastimándome. Verla con mi bebé me desquició. Si querían que actuara como una perra lo haría.

— ¡Dame a mi hija! —le grité molesta.

—Perdón, Helen salió un momento...estaba llorando por eso la cargué. — contestó tartamudeando y nerviosa.

—Me importa un carajo tus estúpidas explicaciones, dámela ahora mismo. — estaba furiosa. Se acercó y me la entregó, sin entender porque estaba tan enojada.

—No quiero que te vuelvas a acercar a mi hija, ¿Entendiste?

— ¿Pero qué te pasa?, ¿Por qué estás tan molesta?

— ¿Me preguntas por qué estoy molesta?— bajó la mirada al piso y se frotó las manos.

— ¡No estoy molesta! Estoy furiosa. — chillé. —El tipo que vino el lunes, me siguió por el centro comercial, y me dijo que le interesaba mi trabajo. Que tú le explicaste que hacía en la florería. —le dije gritando. —Pero como soy una estúpida, creí que hablaba de un puto portal, y ahí voy de idiota a su oficina. ¿Y qué crees? Resulta que me presenté en su oficina, me recibió más que entusiasmado, imaginarás mi sorpresa cuando me abrazó por atrás me agarró las tetas y se restregó contra mi trasero. —le grité. Abrió los ojos asustada y comenzó a sollozar.

—Me dijo que tú le dijiste que era una prostituta. ¿Por qué hiciste eso?, ¿Qué te hice?

—Era una broma. Estaba molesta cuando te vi entrar por la puerta. Siempre he estado enamorada de Alexander y llegas tú de repente embarazada y casada con él. —me gritó.

—Eres una hija de puta. —chilló una voz detrás de Susan, era Helen. —Quiero que te largues. Estás despedida.

—No puedes hacerme eso, tengo años trabajando para ti.

—Por eso quiero que te vayas, ¿Cómo pudiste ser tan perra? Me alegra que mi hermano nunca se haya fijado en ti, eres una desgraciada.

Abandonó la oficina, dejándonos solas. Maia comenzó a llorar.

—Ya amor, no llores, te voy a dar tu biberón, todo va a estar bien. — me senté y la acurruqué en mis brazos mientras le daba de comer. Helen, se acercó y se sentó a mi lado.

—Lo siento Emma, no pensé que fuera capaz de hacer algo así.

— ¿Escuchaste todo?— suspiré pesadamente.

—Sí, lamento por lo que pasaste.

—Dios, parece que tengo un imán para que traten de aprovecharse de mí. — le dije con la voz cortada y comencé a llorar otra vez.

— ¿Te hizo daño?— negué con la cabeza.

—Cuando le aclaré todo, estaba avergonzado. Me dijo que le gusté y cuando Susan le dijo lo que hacía me siguió a la cafetería. El día que platicamos pensé que me estaba preguntado de tu portal, así que mi charla con él, solo confirmó lo que pensaba. —sollocé. —Soy una idiota.

—No lo eres, Susan fue la que te hizo una bajeza. — se acercó y me dio un abrazo. — Vamos a casa, te vas a sentir mejor. — murmuró.

Luego de un rato nos separamos, me levanté para coger mis cosas y salir de ahí. Recordé a Alexander, no quería que se enterara, primero por la vergüenza y segundo porque no quería que se metiera en problemas. A pesar de su calma aparente, para haber trabajado de encubierto con matones a sueldo, tenía que ser un hombre violento.

—Helen, no le digas a Alexander por favor.

—Debes contarle.

— ¿Para qué?, Fue un malentendido. Se pondrá furioso y es capaz de buscarlo, no le digas nada por favor. — le dije suplicando.

—Está bien, pero no me gusta mentirle. Soy muy mala para eso.

—Te prometo que se lo diré pero no en este momento.

Bajé del auto con los zapatos en la mano, cojeado ligeramente y Helen me ayudó con Maia. Tomé una ducha y me vestí con ropa cómoda. Antes de las cinco de la tarde, llegó un mensajero con un gran ramo de rosas blancas, eran más de dos docenas, le permití pasar y las dejó en la mesa de la sala.

Debían de ser de Alexander, no era un hombre detallista, por lo que me sorprendió. Tomé la tarjeta y me quedé helada cuando la leí, eran de Nikolaus, solo tenía una frase, discúlpame por el incidente. ¿Cómo demonios consiguió mi dirección?

Luego de ese ramo, todos los días llegó uno diferente, no quería hablarle pero tendría que hacerlo. Cuando Alexander me preguntaba le decía que me las enviaba Helen, para que siguiera armando su portal. Pero esa mentira no podría sostenerla por mucho tiempo.

Alexander

Los ramos de flores comenzaron a aparecer por toda la casa, mi hermana estaba exagerando con eso de armar un catálogo para la tienda. Así que decidí llamarla, no era alérgico pero era demasiado.

—Hola Helen buen día, ¿Cómo estás?

—Hola hermanito, muy bien. Con mucho trabajo gracias a tu esposa.

— ¿Así que el portal está funcionando?

—Mejor de lo que pensé.

— Me alegro oír eso, pero te voy a pedir, que por favor, ya no envíes más flores a la casa.

— ¿De qué flores me hablas?— me contestó confundida. Me enderecé en el asiento, sentí una

corriente eléctrica que recorrió mi columna.

—Las flores que Emma ha recibido las últimas dos semanas.

— ¡Ah!, Esas flores. —balbuceó nerviosa. — ¿No te gustaron?

Conocía cuando mentía fácilmente, así que le pregunté algo que me confirmaría que lo estaba haciendo.

—Sabes que odio los girasoles. —por supuesto que nunca recibimos putos girasoles.

—Pero si son hermosos, aunque si te molestan, no los volveré a enviar.

—Te lo agradezco. —le dije apretando la mandíbula, esas malditas flores ¿De quién demonios eran?

—Nos vemos el fin de semana.

—Claro que sí, saludos.

Colgué, agarré mi sacó y salí hecho una furia de la oficina, Emma me debía muchas explicaciones.

Me estacioné en el frente de la casa y me bajé del auto. Ella estaba en la cocina. Y ahí me encontré con otro maldito ramo sobre la barra. Se lo acababan de llevar, era un arreglo de tulipanes rosados, bajé la mirada y vi una tarjeta que colgada de un listón. Tomé la tarjeta, abrí la leí:

Emma,

Por favor perdóname por lo que te hice, estoy arrepentido. Dame otra oportunidad.

Además de hermosa eres una mujer extraordinaria.

Nikolaus A.

La ira me dominó. Levanté la vista, un gesto de preocupación y congoja cruzó por su cara desencajada. Sus expresiones siempre mostraban abiertamente sus emociones sin poder disimularlas.

—Te exijo que me digas, ¿Qué significa esto? —le dije con la tarjeta en la mano.

—No escuché cuando llegaste.

—Estoy esperando una explicación.

—No es lo que piensas. —murmuró.

—Entonces ¿Qué es?, ¿Cómo es posible que mi esposa haya recibido flores por dos semanas de un desconocido?

—Yo...

—No me mientas. Estas malditas flores no te las envió Helen, hablé con ella hoy y me di cuenta.

—Fue un mal entendido.

— ¿Un malentendido?, Este tipo ha gastado un dineral en flores. Todos los días te envía un ramo diferente, y me dices que es un malentendido. Eso es pura mierda, ¿Quién es ese hijo de puta? —le grité encolerizado.

—No te lo conté porque es demasiado vergonzoso. —me dijo llorando.

Caminó hacia la sala y se sentó en el sofá, mientras se abrazaba a sus rodillas, algo le pasó, pero no me lo había dicho. Me acerqué y me arrodillé frente a ella.

—Amor, por favor dime que te pasó.

La tomé de las manos y le di un beso en la frente, me levanté y me senté abrazándola, por más furioso que estuviera tenía que tranquilizarme y escucharla.

Luego que se calmó, comenzó a contarme lo que le ocurrió. Como Susan le dijo a ese hombre lo que hacía, que se justificó diciendo que había sido una broma. Como se puso en peligro con un extraño el cual no tenía buenas intenciones, estaba asombrado por sus palabras y enfurecido con esa perra frígida. La jalé a mis brazos, mientras lloraba inconsolable, se tranquilizó luego de un largo rato.

— ¿Por qué no me dijiste?

—Por vergüenza, por ser tan estúpida y confiada. — le miré sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Prométeme que no te vas a exponer otra vez así.

—Te lo prometo. —murmuró avergonzada.

— ¿Helen sabía?

—Sí. No le digas nada, le pedí que no te dijera.

— ¿Lo has visto otra vez?

—Claro que no. Voy a llamarle para pedirle que no me vuelva a enviar flores. Pensé que se cansaría, pero no lo ha hecho.

—No, yo voy a hablar con él.

—No quiero que te metas en problemas.

—Emma, soy policía.

—Él es abogado y no es mala persona.

—No, solo quería pagarte para tener sexo contigo. — exclamé en un arrebato de furia, el que se haya atrevido a tocarla, el idiota me escucharía. Bajó la mirada apenada, mientras se tallaba las manos.

—Lo siento, no quise decir eso. Solo iré a hablar con él. ¿Está bien?— asintió lentamente.

A la mañana siguiente, me presenté en las oficinas del abogado. Llegué con su secretaria.

—Busco al abogado Axelsson.

—Un momento, ¿Quién lo busca?

—Alexander Lindström.— levantó el teléfono y se comunicó con él.

—Puede pasar.

—Gracias.

Abrí la puerta y caminé por la oficina, un hombre que rondaba los cuarenta años se levantó. Con una sonrisa en los labios. Lo miré con odio y coraje, que hizo que su semblante palidciera.

—Señor Lindström siéntese por favor, ¿En qué puedo ayudarlo?— solemnemente. Me senté cruzándome de brazos.

—Solo vine a pedirte, que dejes de enviarle flores a mi esposa. — le dije apretando los dientes.

— ¿Emma es tu esposa? —me dijo abriendo los ojos.

—Así es. Se todo lo que pasó. —saqué mi placa y la puse sobre el escritorio. Bajó la mirada y la vio asustado.

—Yo...no sabía.

— ¿Sabes que pagar por sexo es un delito?, Me imaginó que sí, porque eres abogado.

—No quiero problemas...

— ¿Entonces porque le sigues enviando flores?, Leí tu última tarjeta.

—Amigo lo siento, no fue mi intención...

—No soy tu amigo y me importa una mierda tus intenciones. Aléjate de mi esposa y no la vuelvas a buscar. No te parto la cara porque me metería en un gran problema en mi trabajo, pero si intentas ponerte en contacto con ella, te vas a arrepentir.

Me levanté de la silla y salí de la oficina, dejándolo atónito con mi amenaza. Tuve que contenerme y controlarme, porque hubiera sido gusto romperle las manos al idiota.

Capítulo 10

Alexander

2 meses después...

El día de mi cumpleaños se acercaba, cada día me volvía loco durmiendo con Emma a mi lado. Luego que un imbécil apareció de la nada, me sentí muy inseguro, la relación se me escapaba de las manos y no encontraba la forma de avanzar con ella.

Tenía que poner remedio a esa situación, me había portado como un santo pero ya no me era posible seguir sin hacer nada al respecto.

Ella respondía a mis caricias, pero no me dejaba avanzar por más esfuerzos que hacía, cuando trataba de pasar de cierto punto se reprimía y me rechazaba, así que tenía que hacer algo para que dejara de pensar y le diera el valor que necesitaba.

No me arrepentía de tomar la decisión. Tenía que hacer algo, aunque fuera egoísta. Preparé todo para ese fin de semana, la llevaría a cenar y luego nos quedaríamos en un hotel que reservé. Me puse de acuerdo con Helen para que cuidara a Maia.

Esperé en la sala mientras Emma se arreglaba, me sentía como la mierda por lo que iba hacer, pero estaba más que convencido que era por el bienestar de mi familia. Tenía derecho de estar con ella, era mi esposa y había pasado casi un año desde que Maia había nacido.

Merecía ser feliz completamente y era la única opción, a la larga me lo agradecería, por liberarla de su recuerdo.

Escuché el sonido de los zapatos mientras bajaba los escalones, me quedé con la boca abierta cuando la vi. Llevaba puesto un vestido negro que marcaba sus curvas, doblé mi pierna dando amplitud a mis pantalones, toda la noche sería un maldito martirio.

Me sonrió tímidamente, a duras penas la convencí de acompañarme esa noche. Me levanté y me acerqué a ella.

—Te ves hermosa. —le dije con una sonrisa.

—Gracias, ¿A dónde vamos?

—A un restaurante muy bonito, te va a gustar, es comida italiana y la vista es increíble.

— Me encanta la comida italiana. — chilló.

El restaurante al que nos dirigimos se encontraba dentro del Hotel Blu Strand, la intención era tener un cena agradable y luego quedarnos el fin de semana. Aunque ella no lo sabía. El lugar tenía una vista espectacular al mar, la atmosfera era cálida, con velas en las mesas, los pisos de madera con ventanales que mostraban los barcos a lo largo de la costa, el lugar perfecto para una cena romántica.

—Esto es precioso. —me dijo emocionada.

—Me alegra oír que te gusta.

Asintió, la tomé de la mano mientras caminábamos a nuestra mesa, que ya estaba lista. Pedimos la cena, platillos típicos italianos y carnes, a ella la comida sueca no le terminaba de gustar, por eso escogí este lugar, además de la conveniencia que estuviera dentro del hotel.

— ¿Qué te pareció?

—La comida estuvo excelente, tenía mucho que no probaba un pan de ajo tan rico. —me dijo sonriendo. — Voy al baño, me la he pasado muy bien, pero creo que deberíamos irnos, estoy preocupada por Maia. — murmuró.

—Está bien amor.

Pero de ninguna maldita manera nos iríamos, era tiempo de seguir con lo que tenía planeado. Saqué del bolsillo de mi pantalón un pequeño envoltorio, pedí una limonada para ella y vertí el polvo en su vaso, ahora no había vuelta atrás, le induciría un estado de relajación y predisposición para que aceptara lo que yo quisiera.

Estaría completamente a mi merced, luego de varios años de trabajar de infiltrado en organizaciones criminales, conocía muy bien todo tipo de drogas que se utilizaban para obtener información de una persona o plantarle una idea convenciéndolo que era una verdad absoluta.

Me levanté y abrí la silla para ella. Por más que insistí durante la cena no quiso tomar vino, bueno eso cambiaría en unos minutos.

—Te pedí una limonada. — deslicé el vaso, para que lo tomara.

—Gracias. — lo cogió y le dio el primer trago. La observé detenidamente, esperando la reacción que tendría la droga en ella.

—Muchas gracias por venir conmigo y festejar mi cumpleaños.

—No tienes por qué agradecermelo, es un día especial. ¿Cuántos años cumples?—me preguntó con una sonrisa.

—Cumpló 36 años, sé que soy un viejo a tu lado. —le dije con una mueca.

—No exageres voy a cumplir 28 en 6 meses.

—Me gustaría llevarte a París para festejar tu cumpleaños. —le dije con una sonrisa, sería un viaje memorable.

—Pero Maia está muy pequeña para viajar.

—Bueno en seis meses ya tendrá más de un año, se puede quedar con Helen o con mi mamá.

— ¿Qué no se supone que no podemos viajar?

—Faltan 6 meses, todo puede pasar, además seguiríamos en Europa.

Luego de 15 minutos, me di cuenta que su actitud cambio, sus mejillas estaban coloradas, sus pupilas se dilataron, ya le estaba haciendo efecto la droga. Así que me atreví a dar el primer paso, le serví una copa de vino y se la ofrecí.

—Amor vamos a brindar. — asintió y tomó la copa en sus manos.

— ¿Por qué quieres brindar?

—Por nosotros, por nuestra familia.

Le dio un gran trago a la copa de vino. Le tomé la mano y pasé mi dedo por sus nudillos, mientras hacía círculos suavemente, esperando que sintiera mi roce. Solo esperaba la señal adecuada.

Respondió ante mí toque. Abrió la boca, su pecho subía y bajaba, todo estaba listo. Me acerqué y le di un beso suave, metí mi lengua en su boca, estaba muy excitada. Además de dócil y manejable, la droga provocaba un efecto parecido al éxtasis.

Pedí la cuenta y salimos del lugar. Caminamos hacia los elevadores hasta la habitación que reservé. Entramos dando tumbos, estaba colocada pero era consciente de lo que estaba haciendo.

Tenía que recordarlo todo, era lo más importante.

Le bajé el vestido dejándola solo en ropa interior, la acosté, rompiendo la tanga que tenía puesta. Desesperado, bajé mis manos entre sus piernas y la comencé a tocar mientras ella se retorció, me desnudé lo más rápido que pude y me abalancé sobre ella.

Era un jodido sueño hecho realidad. Le penetré sin detenerme y sin cuidado, lo quería y lo necesitaba. Comencé a entrar y salir frenéticamente, tenía que tomarla con rudeza, tanto tiempo de abstinencia me estaba matando, ese fin de semana saciaría esos meses en los que casi perdí la cordura.

Tendría muchas oportunidades de tener sexo dulce y gentil, pero ahora lo que deseaba era hacerlo fuerte y posesivamente, era mi esposa y estaba en todo mi derecho. Mis embestidas eran firmes y profundas. Mis jadeos y gruñidos llenaban el ambiente.

—Amor, no sabes lo que he esperado este momento.

Solo gemidos salían de sus labios. Me miraba perdida, era un egoísta hijo de puta pero no me importó, ella me deseaba, solo le di la motivación que necesitaba, tenía que hablarle y decirle lo que quería que se grabara en su mente.

—Recuerda tú quieres esto tanto como yo, te amo. — asintió lentamente con los ojos cerrados y la boca abierta, era una imagen hermosa.

—Federico está muerto, déjalo ir, ya nunca regresará, ahora eres mi esposa, eres mía, ¿Me entiendes?, De hoy en adelante dejarás que te toque donde y cuando quiera.

Estaba sin aliento, chorros de sudor corrían de mi espalda, pero no podía dejar de hablarle.

—Es lo que él hubiera querido, que te dieras otra oportunidad de ser feliz, no es tu culpa que muriera. Ahora somos una familia y seremos felices juntos para siempre.

Terminé con un grito que salió de mi garganta, ahora si me tomaría mi tiempo para poseerla, bajé mi cabeza sobre su hombro, mientras recuperaba el aliento. Sentí como se convulsionaba debajo de mí y temblaba por el orgasmo. Levanté la cara y miré que lágrimas corrían por su rostro. Me acosté de lado y la jalé en un abrazo.

—No llores amor, todo va a estar bien. — le susurré al oído.

Nunca creí que pudiera querer y necesitar tanto a alguien, esos meses que me negó su cuerpo, solo hizo que la deseara más. Toda la noche fue un maratón sexual, tuve el control completo sobre su

voluntad y sobre su cuerpo. Ese fin de semana sería el primer paso para continuar con nuestras vidas.

Me desperté solo en la cama, en el piso todavía estaba nuestra ropa, tomé el teléfono y pedí el desayuno. Me levanté desnudo de la cama y entré al baño, sabía que se sentiría muy mal cuando la droga comenzara a salir de su organismo, pero estaba preparado con algo que la ayudaría a sobreponerse.

Abrí la puerta de la ducha. Emma estaba bajo el chorro del agua caliente y lloraba en silencio. Me acerqué por detrás y la abracé.

— ¿Te sientes mal amor?

—Me duele todo como si hubiera bebido mucho y tengo un dolor en el pecho que siento como si me ahogara.— la giré y tomé su cara entre mis manos.

—Shhh, todo va a estar bien, solo estás cansada.

Asintió y me abrazó con fuerza, sabía que se sentía vulnerable pero ahí estaba yo, para darle esa seguridad y amor que necesitaba.

La enjaboné con cuidado y me lo permitió. No fue honorable lo que le hice, pero era por un bien mayor. Salimos de la ducha y la envolví en una toalla afelpada, actuaba como si no tuviera voluntad, pero era completamente normal. Me enredé una toalla en la cintura, cuando tocaron la puerta de la habitación.

—Es el desayuno.

—No tengo hambre. —murmuró sin verme.

—Tienes que comer algo, aunque sea fruta y un jugo. Te espero afuera.

Salí y recibí el desayuno, busqué en mi pantalón y encontré otra bolsita con una pastilla dentro, la trituré con una cuchara y la vertí en su jugo de naranja. Eso la relajaría y evitaría los efectos que dejaba cuando comenzaba a dejar su sistema. Lo que le di, era una droga potente para causar ese tipo de estado mental. Emma salió, en vuelta en una bata de baño. Le ofrecí el vaso con jugo y lo aceptó.

—Tómalo te vas a sentir mejor, si te sabe raro es que tiene un analgésico para el dolor de

cabeza.

—Gracias. —le dio un sorbo. —No recuerdo que haya tomado tanto.

—No, pero tenías mucho que no tomabas, es normal.

Nos sentamos en la cama y desayunamos, la comida fue simple fruta. No podía ser algo más pesado, le caería mal al estómago.

Se tomó todo el jugo y sus ojos se comenzaron a cerrar, rápidamente se quedó dormida. Retiré la charola de la cama y la jalé a mis brazos, necesitaba descansar. Teníamos tiempo todavía para hacerle el amor, todo había salido perfecto.

Emma

Desperté y abrí los ojos lentamente, me dolía la cabeza y todo me daba vueltas. Sin contar que estaba adolorida entre las piernas, habían pasado casi dos años desde la última vez que tuve relaciones con alguien, y había sido con él.

Los recuerdos me llegaron de golpe, de estar terminando de cenar a entrar a la habitación, quitándonos la ropa desesperados. Me sentí eufórica, el vino normalmente me predisponía para el sexo, pero nunca experimenté ese nivel de excitación, mi vientre palpitaba y lo único que quería era sentirlo dentro de mí, pero era más como una necesidad primitiva que no podía controlar.

Alexander, me miró con amor, pero de forma agresiva, violenta, posesiva y así fue toda la noche, recuerdo que lo quise tanto como él o eso creí, ¿Entonces por qué tenía ese sentimiento de haber sido forzada a hacer algo que no deseaba?

A pesar de recordar todo lo que hicimos, todo se repetía en mi mente como si fuera el espectador de una película. Sabía lo que había pasado pero al mismo tiempo era irreal.

Tenía que ser la culpa, pero algo en mi cabeza cambió. Juraría que podía escuchar una voz diciéndome que siguiera adelante, que era lo que quería y necesitaba, algo dentro de mí se convenció de eso, todo parecía brumoso a mi alrededor.

¿Me estaría volviendo loca?, Tenía que darle una oportunidad, hacía feliz a mi bebé y él se

merecía serlo, pero soltar el recuerdo de Federico era muy difícil. Él sería inolvidable e irremplazable en mi corazón, pero después de casi dos años de perderlo, quizá era hora de dejarlo partir, llorarle tanto era egoísta de mi parte.

Lo miré acostado a mi lado, dormía tranquilamente, su pecho subía y bajaba pero su respiración era relajada, era tiempo de aceptar mi nueva vida y realidad. Me levanté con cuidado, para no despertarlo, abrí la regadera y me metí bajo el chorro de agua caliente. Puse mis manos alrededor de mi cintura y comencé a temblar, mientras lloraba tratando de no hacer ruido, cerré los ojos e intenté de liberar ese dolor que sentía. No solo me dolía el cuerpo también me dolía el alma.

Escuché el ruido de la puerta cuando se abrió y luego sentí sus brazos a mí alrededor, le agradecí que no me tocara de forma sexual. Estaba ahí para mí, como si supiera que necesitaba su amor y protección. Estaba agobiada, abrumada y me sentía vulnerable.

—Buenos días, ¿Estás bien?—me preguntó suavemente mientras me apretaba a su pecho.

Le contesté brevemente y luego comenzó a enjabonarme, sentí sus manos sobre mi piel pero no me molestó, porque a pesar de ser algo tan íntimo, no me hizo sentir sucia, solo estaba cuidando de mí.

Después de tomarme un jugo de naranja y comer algo de fruta, me quedé dormida, caí en un sueño relajante, el dolor muscular y la angustia que sentía se fueron, solo me quedó un sensación de paz. Lo que me dio, realmente me ayudó. Horas después desperté, abrí los ojos y Alexander me miraba fijamente. Le sonreí de regreso.

—Buenas tardes, ¿Estás mejor?—me dijo sonriendo.

—Sí, no sé qué me diste, pero nunca había tomado un analgésico tan efectivo.

—Me alegra saberlo.

—¿Vamos a regresar?

—Vamos a un lugar lindo y luego iremos por Maia.

—Gracias por hacerme sentir mejor.

—Siempre estaré para ti amor. —me dijo suavemente.

Lo abracé y seguimos acostados, Maia estaba con Helen y confiaba en ella, así que dejaría que me consintiera, regresaríamos por la tarde. Volvimos a hacer el amor, pero esta vez fue dulce y tierno, aunque intenso.

Capítulo 11

Alexander

Toda la investigación fue enviada a Estados Unidos y dos meses después, pactaron una reunión en Londres. El informe se daría conjuntamente entre la DEA y la Interpol, los involucrados en el caso participaríamos. Se mostrarían los resultados del esfuerzo conjunto que realizamos por meses.

Bajé las escaleras y entré a la cocina en donde estaba Emma haciendo el desayuno, Maia estaba sentada en el piso sobre un tapete, jugando con sus cubos de plástico.

—Hola amor, buenos días. —le dije dándole un beso.

—Buenos días, ¿A qué hora sale tu vuelo?

—Tengo tiempo, faltan unas horas.

Me acerqué a mi princesa, la levanté en mis brazos y le di un beso, ahora que ya tenía un año se parecía aún más a su mamá.

—Hola princesa. — me tomó de la cara y me mordió la barbilla.

—Papi. —me dijo con su vocecita, esa niña me tenía en sus manos.

— ¿Ya desayunó?

—No, pero ya está listo. Siéntala por favor.

La subí a su sillita y la acerqué a la mesa junto a mí. Emma me sirvió el desayuno y colocó el platito de Maia. Tomé su cuchara y le empecé a dar de comer, ella se sentó frente a mí.

— ¿Ya está todo listo para la fiesta?

—Sí, ya tengo todo organizado, Helen me va a ayudar con los preparativos.

— ¿Le dijiste que se quedara aquí?

—Sí, no te preocupes.

—No quiero que te quedes sola. Regresaré el sábado por la mañana.

— ¿Quieres que vaya por ti al aeropuerto?

—No gracias, tomaré un taxi. Sé que estarás ocupada, no quiero darte más trabajo.

Terminamos de desayunar y subí las escaleras con Maia en mis brazos. Emma la baño y luego de cambiarla, la acostó en su cuna, siempre que tomaba un baño se quedaba dormida. Pasaron meses hasta que pude tocarla, ella que se sentía mal por Federico, pero tenía que entender que él estaba muerto.

El día de mi cumpleaños todo cambio, la relación mejoró, me sentía como adolescente insaciable, que no podía mantener mis manos alejadas de ella. Se metió en la ducha y la seguí. La abracé por atrás acariciando sus pechos y comencé a besarle el cuello, mientras me restregaba contra su trasero.

— ¿Te voy a extrañar?—le dije.

—Yo también, pero estaremos bien.

La giré contra mí, la levanté de las caderas y estrellé mi boca contra la suya, la pegué contra la pared, mientras mecía mis caderas, sentí la humedad entre sus piernas y entré en un solo movimiento.

Era mi lugar favorito, estar dentro de ella era glorioso, solo se escuchaban nuestros jadeos en la regadera, bajé mi cara y lamí sus pezones haciendo círculos con mi lengua.

Mis embestidas eran cada vez más aceleradas y profundas, esperé que terminara para seguirla, tratando de ahogar un grito pegué mi cabeza contra su hombro. Luego que nuestra respiración se normalizó, terminamos de bañarnos.

Nos cambiamos y cuando salimos Maia estaba sentada en el centro de su cuna. Se paró agarrándose del barandal y levantó sus manitas en mi dirección.

—Mira la que estaba dormida. —le dije juguetonamente.

—Es una sinvergüenza. — me dijo sonriendo.

—Por cierto, quiero regresar a la escuela, ahora que terminé el portal de la florería. Necesito ocuparme en algo, me gustaría estudiar sueco, se me dificultan muchas cosas por no conocer el idioma. Maia ya tiene un año, ya la puedo llevar a una guardería. —me dijo.

—Yo puedo ser tu profesor, no tienes que ir a la universidad. —le dije sonriendo.

—También es un pretexto para salir, no me malinterpretes, pero creo que es tiempo de que pueda valerme por mi misma.

—Está bien, cuando regrese platicamos.

—Gracias.

Bajamos las escaleras y quince minutos después entraba mi hermana con toda su descendencia.

—Hola hermanito. —me dijo sonriendo.

—Hola Helen. —me acerqué, le di un beso y la abracé. —Gracias por quedarte con mi esposa.

—Emma, ¿Qué hiciste con este hombre?, ¿Estás seguro que es mi hermano?—dijo sonriendo.

—Muy graciosa. —le dije con una mueca.

— ¿Cómo están mis hermosas hoy?— chilló Emma, mis sobrinas Hanna y Rose, llegaron corriendo a abrazarla.

—Hola tía Emma. —gritaron a la unísono. Era demasiadas mujeres para mí solo.

—Señoras las dejo, voy a subir por mi maleta.

Me acerqué a Emma, la jalé a mis brazos, besándola apasionadamente, no sabía cómo iba a estar sin ella una semana.

—Voy a pedir un taxi.

— ¿No quieres que te lleve?

—No, si te veo en el aeropuerto no me voy a poder ir. —le dije sonriendo, y era la verdad.

—Está bien, ve por tu maleta.

—Por cierto tu madre viene para acá. —me dijo mi hermana.

—Sí, yo la invité, vamos a hacer las bolsas de dulces para los niños. — dijo Emma. La miré ladeando la cabeza.

— ¿Bolsas de dulces?

—Ay, Alex, es una tradición mexicana. —me dijo rodando los ojos.

—Ahora eres experta en tradiciones mexicanas.

—Pues desde que te casaste con una, estoy aprendiendo.

Negué con la cabeza y subí por mi maleta, mientras bajaba las escaleras, entró mi mamá. Me dio mucho gusto verla

—Hola madre. — la abracé y le di un beso en la mejilla.

—Emma ¿Qué hiciste con mi hijo?—chilló mi mamá.

— ¿Qué les pasa a ustedes dos?— ¿Era tan extraño mi comportamiento?, o ¿Estaban exagerando?, Emma se rio.

—Hijo es que la última vez que me abrazaste fue en mi cumpleaños. Normalmente no eres muy cariñoso.

—Bueno es que ahora que soy papá, las cosas cambian. —le dije sonriendo. Abracé a Maia, y le di besos por toda su carita, empezó a carcajearse, su risa era tan limpia y pura.

—Adiós princesa, papi se va a ir, pero va a regresar pronto.

—Papi, papi. —era lo único que decía aparte de palabras incomprensibles.

— ¿No lo puedo creer?, El hermano gruñón y parco, domesticado. —mi hermana se rio.

—Mejor me voy.

—Dámela hijo, para que te despidas de tu esposa. —mi mamá adoraba a mi hija. —Gracias mamá. — la tomó de mis brazos y se fue a la sala con el otro par de demonios, que eran mis sobrinas.

Agarré a Emma de la mano y caminamos fuera de la casa. Cuando estuvimos solos la abracé contra mi pecho.

—Amor, prométeme que me vas a llamar si llegaras a tener cualquier problema.

—Te lo prometo, pero no te preocupes, no nos va a pasar nada.

—Cuídate mucho y cuida a mi princesa.

—Así lo haré, por favor háblame al llegar, para saber que estás bien.

Un mal presentimiento se apoderó de mis entrañas, no pude evitar un sentimiento de pérdida, solo me iría una semana, pero ese viaje me tenía inquieto. El taxi llegó y me alejé rumbo al

aeropuerto, aunque algo dentro de mí me decía que no me fuera.

Recibí una llamada telefónica de Jim, estaba emocionado cuando me habló, su voz cargada de optimismo me narraba como por fin toda la red cayó, gracias al trabajo que hicimos, tanto la interpol como la DEA, capturaron a la mayoría de los responsables y otros estaban muertos.

Le dediqué tres años de mi vida a este caso, pero por fin tendría un cierre. Si todo resultaba como lo esperaba, Emma podía contactar a su familia, aunque no iba ser tan fácil como levantar el teléfono y soltarles que estaba viva después de dos años de su supuesta muerte, pero tarde o temprano desearía decirles la verdad.

No tuve el valor de decirle todavía que la investigación terminó, necesitaba tiempo, además tenía que asegurarme que no correría ningún peligro.

Llegué a Londres por la noche, estaba frío y lluvioso. Tenía más de un año que no me presentaba en las oficinas centrales, todo mi trabajo lo pude realizar desde Estocolmo. Decidí alojarme en un hotel, aunque tendría que ir al piso que rentaba en algún momento antes de regresar.

Me registré en el hotel y me fui directamente a la habitación, pediría servicio al cuarto, no tenía ánimos de salir. Una vez instalado marqué a casa.

—Hola amor.

— *¿Qué tal tu viaje?*

—Bien, ya estoy en el hotel. Estoy preparándome para cenar.

— *Qué bueno que llegaste bien. Por cierto Maia hoy dio sus primeros pasos sin agarrarse de nadie. — me dijo emocionada.*

No lo podía creer, precisamente hoy lo tuvo que hacer y me lo perdí.

— *¿La grabaste?*

— *Sí, te lo enviaré en un mensaje.*

—Te extraño. —le dije suspirando.

— *Yo también, cena rico y descansa.*

—Tú también, le das un beso a mi princesa.

—*De tu parte, tengo que colgar, debo acostar a las niñas, cuídate, adiós.*

Se escuchaban risas y gritos, esa casa tenía que ser una locura. Al día siguiente, fui a la oficina de mí jefe, planearíamos las reuniones que se llevarían toda la semana.

—Buenos días Robert.

—Hola Alexander, que gusto verte. —me contestó, con su voz ronca de fumador empedernido.

Era un hombre que estaba cerca de jubilarse, como jefe era inmejorable, muy justo y me apoyó muchas veces, además él fue el que hizo posible que trajera a Emma a Estocolmo, le estaba muy agradecido.

—Lo mismo digo, me alegro de verte.

—Jim no tarda en llegar fueron a recogerlo al aeropuerto, viene directo para acá. ¿Quieres un té?

—Un café por favor, ya perdí la costumbre del té.

—Unos años viviendo en Estados Unidos y te perdimos. —me dijo riendo.

Levantó el teléfono y habló con su asistente. Diez minutos después nos llevaban una charola con una tetera y una taza de café. Tocaron a la puerta y entró Jim. Me levanté y le di un abrazo.

—Me alegra verte Jim.

—Lo mismo digo Alexander, pasó más de un año. — el tiempo se fue volando.

— ¿Qué tal tu viaje?

—Largo, pero descansé, gracias a que no me enviaron en clase económica. —me dijo riendo.

—Bueno amigo, vienes a cerrar un caso importante, así que no escatimaron. Robert, él es Jim Thompson de la DEA.

—Mucho gusto y bienvenido Robert Stockton Sub-Director de la Interpol.

—Mucho gusto señor. —le dijo solemnemente, mientras le daba la mano.

—Tengo una reunión, tendré que dejarlos, pero siéntete con la confianza de pedir lo que

necesites, regreso en veinte minutos.

—Gracias.

—Aquí esperamos Robert, tenemos muchas cosas que platicar. — salió de la oficina y nos dejó solos.

—Vamos a sentarnos. —le dije. — ¿Algo de tomar?

— No gracias. Pero cuéntame ¿Cómo esta Emma y la bebé?— saqué mi celular y se lo entregué mostrándole el álbum fotográfico.

—Muy bien, mírala tú mismo, se llama Maia.— una a una vio las fotos, todos los días le tomaba fotos, verla crecer era un regalo de la vida.

—Emma está más hermosa que antes. —me dijo sonriendo, pero sabía que lo decía con la mejor de las intenciones.

—Amigo, cuidado con tus comentarios. —le dije gruñendo de forma divertida.

—Lo digo como un cumplido, la niña es hermosa, se parece a su mamá. ¿Supiste quién es?...

—No y no me interesa. —le dije encogiéndome de hombros. —Lo único que sé es que es mi princesa. —le dije con una sonrisa.

—No te reconozco, hablando así, ¿Dónde está el hijo de puta despiadado que conocí?— me dijo riendo.

—Jim, era mi trabajo, no lo olvides, esta es mi familia.

—Tienes razón, ¿Le contaste a Emma?— negué con la cabeza.

—No, preferí esperar a conocer todos los detalles.

—Inteligente de tu parte, tenemos mucho que hacer esta semana, hay informes pendientes que elaborar en conjunto, mis jefes quieren este caso cerrado. Fue un gran golpe, necesitan que todo este atado y arreglado antes de cacarearlo.

—Te entiendo, aquí pasa lo mismo.

Robert, regresó después de su reunión, acordamos la agenda que seguiríamos durante la semana, el viernes por la tarde, se llevaría a cabo una reunión de cierre del caso, y esperaban que llegaran otros involucrados, pero todo se mantenía muy hermético, no nos informaron quienes nos

acompañarían para la entrega del informe final.

Después de trabajar toda la semana, más de diez horas diarias, por fin terminamos todos los malditos informes que nos solicitaron, jodida burocracia, resumir más de tres años de trabajo no fue sencillo.

Llegamos puntuales para la reunión en donde se presentaría todo el caso. Entramos a la sala, y ya estaban las luces apagadas. Nos sentamos en la parte delantera del lugar, quedando a nuestras espaldas lugares vacíos.

Minutos antes que iniciara la presentación, entraron los últimos asistentes. Después de más de dos horas de exposición en donde vanagloriaron la colaboración entre la interpol y la DEA, se dio un resumen de todas las aprensiones que se llevaron a cabo en los diferentes países, el dinero decomisado y los cargamentos detenidos.

Carlos Malfacini murió en un atentado en Brasil, el cual se especulaba fue planeado por su socio Mario Rodríguez. Sin embargo, unas semanas después Rodríguez fue capturado en Bogotá para ser extraditado, lamentablemente el cabrón se suicidó en el avión, sabía que una vez que entrara a una cárcel de máxima seguridad en Estados Unidos no vería el sol otra vez.

Su hija desapareció, se suponía que estaba en Canadá, aunque como no encontraron nexos con los negocios de su padre, no hicieron nada por detenerla.

Y así uno a uno fueron cayendo los implicados en toda la red de drogas y corrupción que se había tejido alrededor del caso. Toda la información que obtuvieron para localizar los contenedores que transportaban la droga y las rutas exactas, fue proporcionada por un testigo protegido, del cual no teníamos conocimiento ni Jim ni yo. Con esa información más la que Emma consiguió, dieron el golpe final. Las luces se encendieron, el Director y otros altos mandos de la DEA pasaron al frente.

—Quiero felicitar a nuestras organizaciones, porque gracias a un trabajo conjunto pudimos resolver este caso tan importante, que involucraba una red que se extendía desde Sudamérica hasta Oceanía, después de tres años de mucho trabajo y bajas de agentes muy valiosos. Pero hoy podemos decir que su muerte no fue en vano, su sacrificio rindió frutos. También debemos agradecer la colaboración de varios testigos protegidos que en el proceso no murieron pero perdieron su identidad, hoy puedo decirles, que es seguro que regresen a sus casas con sus familias.— tomó un

trago de agua y se aclaró la garganta.

—Es importante reivindicar el nombre de un hombre, que fue víctima de las circunstancias, Estados Unidos y Brasil lo exonerará de todos los nexos que pudiera tener con los responsables. — sentí que mi sangre se me iba a los pies, no podía ser tanta mi puta mala suerte.

—Me refiero a Federico Malfacini, un hombre que casi perdió la vida, pero que gracias a su colaboración fue posible realizar el enlace entre su información y la obtenida por nosotros.

¿Era una maldita broma?, ¡Federico estaba vivo!, todos lo dimos por muerto, me quedé paralizado. Quería salir corriendo de ahí, pero parecía que mi mente se desconectó de mi cuerpo. No pude evitar preguntarme, ¿Qué iba a pasar cuando Emma supiera que no estaba muerto?

Después de tomarse la foto y firmar un acuerdo de colaboración para casos futuros, la sala fue quedando vacía. Jim se sentó a mi lado.

—Amigo lo siento, no estaba enterado. — giré y lo miré, negando con la cabeza.

—Nadie lo sabía, nos ocultaron esa información. —maldita sea, esa noticia llegaba en el peor momento. Robert se acercó muy serio, a mí, su actitud me pareció sospechosa, estaba nervioso.

—El director quiere hablar contigo, me pidió que fueras a su oficina.

— ¿Qué quiere?—murmuré, pero sentí que los músculos de mi quijada no podían moverse.

—No me lo dijo, solo que fueras inmediatamente.

Caminé por el pasillo con un sentimiento de desolación, esperaba lo peor. Toqué la puerta y escuché una voz que me indicaba que entrara. Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Federico sentado frente al gran escritorio del director.

Capítulo 12

Federico

17 meses antes...

El sonido de un bip me despertó. Estaba en la habitación de un hospital, abrí los ojos lentamente, tenía una mascarilla de oxígeno puesta, y una intravenosa en mi muñeca. A los pies de mi cama, estaba un tipo parado, sonriéndome.

—Hola señor Malfacini.

Mi garganta me dolía, tenía la boca seca, abrí la boca pero no pude decir una palabra. Una enfermera se acercó y me pasó un hielo por los labios, los sentía agrietados.

—No trates de hablar, hace unas horas te desentubaron, tienes la garganta lastimada. Eres un cabrón con suerte, estuviste dos meses en coma.

¿Dos meses? Era muchísimo tiempo, ¿Qué había pasado con Emma? Moviendo los labios le pregunté.

—Emma...

—No sabemos, logró escapar, pero no la han encontrado. — sentí que lágrimas surcaban mi rostro, lo logró, pudo escapar, era lo único que importaba.

—Ahora los dos oficialmente están muertos, necesitamos que cooperes con nosotros para atrapar a tu tío y a su socio.

—Te aseguro que no hay otra cosa que desee más que ver que jodan a mi tío y a Rodríguez. — susurré con la voz rasposa, se sería mi objetivo, acabar con los hijos de puta, que destrozaron mi vida, y luego de que lo lograra, la buscaría.

Mi recuperación fue lenta y dolorosa. Mi pulmón izquierdo colapsó cuando fue perforado por una bala y luego de estar entubado por tantos meses, mis funciones no estaban recuperadas completamente. Los ejercicios eran extenuantes, pero necesitaba rehabilitarme, así que puse toda mi alma y mi coraje en seguir todas las indicaciones de los doctores.

Hasta después de un mes, pude salir del hospital, todos decían que fue un milagro que sobreviviera. Me asignaron un oficial, estaría bajo su custodia mientras el caso estuviera abierto, era muy valioso para ellos, sospechaban que agentes de la DEA colaboraban con el cártel de Rodríguez por eso me mantendrían oculto, ni si quiera los agentes que participaban en la investigación sabrían que estaba vivo.

Me trasladaron a una casa de seguridad en la ciudad de Nueva York. Me proporcionaron el equipo necesario para seguir trabajando, en cuanto pude revisé mis cuentas de correo. Mi corazón se estremeció cuando encontré un correo de Emma, el título decía Perdóname, así que lo abrí.

Querido Federico

Las despedidas no son sencillas, nunca me he considerado buena para expresar mis sentimientos, pero trataré de hacerlo, porque sé que no te volveré a ver, por más doloroso que sea aceptarlo.

Por medio de estas letras quiero pedirte perdón. Perdón por desconfiar de ti. Perdón por dejar que mi miedo y mi sufrimiento me hicieran dudar de tu honestidad.

El día que te perdí en Carmel, viví las peores horas de mi existencia. El no saber en dónde estabas casi me vuelve loca, pedí ayuda pero nadie me escuchó.

Horas más tarde me secuestraron. El dolor físico del maltrato y golpes que mis captores me infringieron no sé comparan al dolor que sus palabras provocaron en mi alma. Me aseguraron una y otra vez que me abandonaste, que huiste dejándome a mi suerte, que solo me usaste y que no tenía por qué guardarte lealtad cuando tú no lo habías hecho. Aun cuando en mi interior no podía creer que fuera posible, mi lado racional hizo que dudara de ti.

Te acusaron de robarle a tu tío, de desviar millones de dólares de las cuentas de la empresa y a mí de ser tu cómplice. Por lo que mi misión fue sobrevivir el mayor tiempo posible para demostrar nuestra inocencia, consiguiendo las pruebas que nos librarían de esa mentira.

Invertí muchas horas de investigación tratando de encontrar alguna pista que desenmarañara toda esta historia que parecía sacada de una pesadilla, pero valió la pena porque encontré lo que buscaba.

Tu tío Carlos, te traicionó. Él y Santos están lavando dinero utilizando los embarques que salen hacia Oceanía, por eso se negaba tanto a que le instaláramos el sistema. Junto a este correo te anexo varios archivos que contienen todas las evidencias, en donde detallo los números de

embarques y las cuentas a las cuales están enviando el dinero.

Sé que no saldré viva de este lugar en donde me tienen encerrada, aunque estoy a cargo de un hombre que resultó no ser tan malo y me protegió de los hombres que me hicieron daño. Ayer sin querer escuché al tipo que me lastimó que le decía a un compañero que terminaría lo que empezó, ya que su jefe se había ablandado, sus órdenes son claras, debe deshacerse de mí.

Desde lo más profundo de mi alma, espero que esta información te sirva para limpiar tu nombre y meter a tu tío en la cárcel. No te culpes por lo que me pase, no eres responsable, tú también eres una víctima de la maldad y la avaricia de tu tío.

Eres un hombre extraordinario y un maravilloso ser humano, nunca lo dudes. Tuve mucha suerte de encontrarte, la vida me puso en tu camino y debo agradecerle a Dios por ello. Gracias a ti conocí el amor y lo que me diste no lo cambiaría por nada del mundo. Compartí contigo los mejores meses de mi vida aunque hayan sido tan pocos.

Deseo que recuperes tu vida y se haga justicia. Que encuentres a una mujer que te haga feliz y te de la familia que mereces. Eres el amor de mi vida y pase lo que pase, siempre te amaré y te llevaré en mi corazón.

Con amor Emma.

Sin darme cuenta, lloraba a mares. Mis lágrimas mojaban mi rostro y corrían por mi pecho, el que sentía que me explotaría, parecía que por más que lo intentaban mis pulmones se hubieran cerrado y fuera incapaz de respirar. Estaba furioso con mi tío, estaba furioso conmigo por permitir que sufriera el horror y los abusos.

En un arranque de cólera y desesperación, arremetí contra la pared hasta que mis manos comenzaron a sangrar mientras gritaba desgarradoramente. No pude más y caí de rodillas en el piso, sollocé avergonzado con la cabeza hundida, estaba derrotado. Le fallé a la mujer a la que juré proteger, ¿Qué clase de hombre era? Oscar entró a la habitación corriendo agitado.

— ¿Qué demonios haces?— exclamó asustado, no podía verlo a la cara. Era demasiado horrible enfrentar la realidad.

—Todo fue mi culpa. — mi voz era hueca y vacía. Mi corazón y mi alma estaban desgarrados.

— ¿De qué hablas?

—Todo lo que sufrió fue mi culpa, por mi arrogancia. Ignoré las amenazas de mi tío, permití que le hicieran daño y no supe protegerla. Mi estúpido complejo de superioridad hizo que me sintiera intocable. Le di la espalda a un hombre cruel y despiadado, subestimé su poder, haciendo caso omiso a sus advertencias. Nadie podía decirme que hacer ni cómo hacerlo, además no estaba dispuesto a perderla, pero fui un maldito egoísta... — temblaba de dolor y de impotencia, y por primera vez reconocí que fue un estúpido altanero que había recibido una lección, lo que me jodía era que las consecuencias no las había padecido yo, se ensañaron con una mujer inocente que lo único que hizo fue confiar en mí.

—Ey amigo, tú no tienes la culpa.

—Tú no sabes Oscar, me dieron muchas oportunidades para hacer lo correcto, debí alejarme de ella y no arrastrarla en mis problemas.

—No está muerta, todavía hay esperanza.

—No lo está, pero no viste las fotos que me enviaron. Estaba golpeada, desmayada en el piso llena de sangre. Ella es una chica dulce e inocente, no tenía que pasar por esa pesadilla por mi culpa. No quiero ni pensar en lo que le hicieron...

—No te atormentes pensando lo que no es...—murmuró.

—¿A qué te refieres?

—Sé que no la violaron. — su voz fue como un susurro casi inaudible, giré y lo miré pasmado.

—¿Cómo lo sabes? — le reclamé, pero se quedó callado y se cruzó de brazos.

—Oscar por favor dime ¿Cómo lo sabes? — le pregunté marcando cada palabra. Suspiró mientras negaba con la cabeza.

—No debería decirte esto...

—Te lo suplico, dime que pasó.

—Está bien, te voy a contar, pero levántate para curarte las manos, estás sangrando.

Salimos a la cocina y me lavé las manos en el fregadero, Oscar entró con gasas, alcohol y agua oxigenada, colocándolos sobre la pequeña mesa.

—Yo lo haré, gracias. — agarré al agua oxigenada, dejé correr un chorro sobre mis nudillos.

Tomé una gasa y la remoqué en alcohol, el escozor no se hizo esperar. Al terminar de limpiarme, me senté frente a Oscar, que aguardaba paciente. Sus dedos se movían, tamborileando sobre la mesa.

—Ahora cuéntame todo lo que sepas. — se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

—Teníamos un agente encubierto en el grupo que la secuestró.

— ¿Y por qué permitió que la golpearan?— sentí como si hubieran vaciado un cubo de agua fría, del estupor que me provocó saber que les había importado muy poco que la hirieran de esa forma.

—No podía detenerlos, él no estaba a cargo del grupo. Solo era un hombre más que recibía órdenes. Un tal Ian fue el tipo que se entrevistó con tu tío en sus oficinas en Río y al que le encargaron secuestrarlos a los dos...pero por obvias razones solo se llevaron a Emma. Ian en realidad es una agente de la Interpol. Como venía de Brasil le encargó a Sam el segundo al mando que la interrogara y le sacara la información que necesitaba.

— ¿Él fue el que la golpeo?— asintió lentamente, pero sus ojos no me miraban.

—Sam y otro tipo llamado Iván lo hicieron. Sam fue el hombre que te disparó e Ian fue el que te salvó.

— ¿Así que aparte de todo tengo que estar agradecido con el hijo de puta por salvarme la vida?

—Tienes que entender que no siempre podemos salvarlos a todos. Sus vidas estaban en peligro. Jim nos dijo que los primeros dos días solo la golpearon para asustarla, pero no dijo nada. Solo repetía una y otra vez que no eras culpable...— me levanté exasperado, malditos imbéciles.

— ¿Cómo diablos les iba a decir algo que no era verdad?

—Pero ellos no lo sabían, tu tío fue el que les dijo que estaban robándole y quería saber en dónde estaba ese dinero.

—Maldito hijo de puta, solo quería joderla el desgraciado. — todo el tiempo estuvo jugando conmigo, haciéndome creer que le importaba, cuando él había orquestado todo.

—Ahora sabemos que si...como no obtenían las respuestas que querían, Sam e Iván la azotaron violentamente con intenciones de violarla una vez que terminaran. Pero eso no pasó. Gracias a Jim y a Ian que lo impidieron. No evitaron que la golpearan pero la salvaron. Cuando la viste en esas fotos, ya no era su sangre, fue un montaje solamente, Jim le administró medicamento

para el dolor, por lo que prácticamente estuvo sedada hasta que se recuperó. — pero sus explicaciones no me hacían sentir mejor.

—Sabemos que Ian le consiguió tiempo con tu tío, porque él quería que la mataran inmediatamente. —me dijo encogiéndose de hombros. Suspiré violentamente. Mi tío era el hombre más despreciable que había conocido, y se merecía el peor de los castigos.

—Me envió un correo a mi cuenta con la evidencia que encontró mientras estuvo secuestrada y me escribió una carta. Sabía que la matarían y aun así se preocupó por limpiar mi nombre, me pide disculpas en la maldita carta y me dice que no es mi culpa, que merezco ser feliz. — me reí con amargura. Mis ojos se nublaron por las lágrimas. —Me siento como la mierda, después de lo que leí, ¿Cómo no me odia después de lo que sufrió?

—Porque te ama y eres un cabrón afortunado, gracias a las pruebas que encontró, puedes salir de esta maldito lio. Ella huyó Federico. Puedes hundirte en un pozo de autodestrucción o puedes luchar para que se aclare todo esto. Ella va a aparecer tarde o temprano, la vamos a encontrar, además no olvides que arriesgaste tu vida para ir a buscarla y casi mueres en el intento. — asentí lentamente Oscar tenía razón, pero no era heroico de mi parte, si después de todo era la consecuencia de mis actos o más bien mis omisiones.

Con la información que me envió, más mis accesos a los sistemas de la empresa, colaboré con la DEA. Trabajé día y noche, con mi objetivo siempre en mente. Todo lo que me mantenía de pie, era comprobar mi inocencia, para poder buscarla, pero para eso tenía que librarla de los hombres que trataron de matarla y que seguían amenazando su vida.

Pasaron meses hasta que tuve noticias de ella. Oscar entró al departamento con una caja de pizza en las manos y con una sonrisa socarrona.

— ¿Otra vez pizza?—le dije resoplando, joder me gustaba la pizza, pero luego de comer pizza casi todos los días, estaba asqueado.

—Lo siento, pero mi presupuesto es limitado. Sé que no estás acostumbrado a comer esta mierda, pero no hay de otra.

—Oyes tengo que correr dos horas diarias, por la porquería de comida que me das.

—A un hombre no le preocupa su físico, ¿Qué te pasa amigo?

—Pues a mí me preocupa morir por que se me tapen las arterias. — se rio estrepitosamente.

—Bueno, ahora no te voy a decir quien viene a Nueva York. —me dijo levantando las cejas.

— ¿La encontraron?— casi había perdido la esperanza de que apareciera. Habían pasado 8 meses y parecía como si se la hubiera tragado la tierra.

—Sí, pero no solo nosotros la encontramos, Rodríguez también la encontró.

— ¿Está bien?, ¿Le hicieron algo malo? — no podía soportar la idea de que la hubieran lastimado otra vez.

—La rescataron cuando un grupo de hombres armados que trabajan para Rodríguez se la iba a llevar a Colombia, afortunadamente se encuentra bien, ¿Por qué le tienen tanto coraje a esa pobre chica?

—Por mi culpa, se suponía que me casaría con la hija de Rodríguez pero me negué.

— ¿Es una maldita broma?

—No, desgraciadamente no. — incliné la cabeza a un costado y lo miré entrecerrando los ojos, algo no estaba bien.

— ¿Por qué viene a Nueva York?

—Ahora está bajo la protección de la interpol, la van a sacar del país.

— ¿Quién?

—Su nombre es Alexander Lindström alias Ian.

— Ese malnacido hijo de puta, ¿Pero a dónde demonios se la va a llevar?—le grité cargado de frustración.

—No sabemos, solo nos pidieron ayuda con el traslado, por eso sabemos que viene para acá, pero es obvio que van a Europa, sus oficinas están en Londres.

— ¿Por qué se lo permiten?

—Ella eligió irse con él. —me dijo encogiéndose de hombros.

— ¿Ella piensa que estoy muerto?

—Sí, lo siento amigo.

—Gracias Oscar...el saber que está viva...me tranquiliza, quizá no sea tan malo que se vaya lejos. Lo que me jode es que se vaya con él. Discúlpame por decirte esto, pero la DEA apesta, es un maldito desastre no saber para qué bando trabajas.

—Lo sé, el dinero es una tentación muy grande. —dijo mientras negaba con la cabeza. —Jim Thompson, es el contacto que trabaja con la Interpol, es todo lo que sé. —se rascó la parte trasera de la cabeza y me miró haciendo una mueca. —Por cierto...está embarazada.

— ¿Qué?, ¿Estás seguro?

— Si, es muy notorio. Mi contacto me dijo que por el tamaño de su estómago debe estar en los últimos meses.— me senté conmocionado por la noticia.

—Oscar, voy a ser papá. — exclamé emocionado.

—Felicidades hombre.

— Si se entera mi tío o Rodríguez sería un jodido desastre. Necesito verla Oscar, por favor ayúdame. — nunca antes había pensado en tener una familia, pero con ella lo quería todo, aunque no eran las mejores circunstancias en las que nos encontrábamos, no podía dejar de ilusionarme, un hijo era una bendición. Solo esperaba que Rodríguez no lo tomara como una afrenta mayor.

—No puedes, ella y los agentes que participan en este caso piensan que estás muerto. No podemos arriesgarnos. Sé que esta situación es una mierda, pero cuando todo termine podrás buscarla sin ponerla en peligro.

—Sé que sería irresponsable de mi parte acercarme, pero la extraño. Te juro que he aguantado todo esto solo por ella. Al menos podrías conseguirme una fotografía, quisiera ver como se mira embarazada.

—Enviaré a alguien, para que la espere en la pista cuando baje del avión.

—Muchas gracias.

—Vamos a comer.

Terminamos de cenar y me fui a la habitación, tomé una ducha y me vestí con unos pantalones sueltos, una camiseta sin mangas y una sudadera con capucha. Mi mente revoloteaba inquieta. Trataría de descansar y luego me subiría a la caminadora que estaba en la esquina de la habitación,

correr me mantenía cuerdo.

Me acosté sobre la cama, y cerré los ojos, su cara apareció ante mis ojos, la recordaba con sus pantalones cortos y su blusa floreada que llevaba el día que la perdí. Pero no me era posible imaginarla con un vientre abultado por el embarazo, me quedé dormido. Los golpes en la puerta me despertaron.

Tenia que se Oscar, abrí de inmediato y lo encontré en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Sé que son las cuatro de la mañana, pero pensé que estarías ansioso por verla.

— ¿Te enviaron las fotos?

—Sí, me las mandaron al celular. —estiró su mano y me entregó su teléfono.

—Gracias.

—Descansa, mañana platicamos.

Me senté en la cama, mi corazón estaba acelerado, iba a verla luego de meses. Deslicé la pantalla y encontré el correo que traía más de 20 fotografías. Tenían una excelente calidad, debían de haber sido tomadas con una cámara profesional y con un gran lente telescópico.

En la primera foto, la miré bajando del avión, no llevaba maquillaje, vestía unos pantalones de yoga y una sudadera, pero su estómago era muy notorio. Tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado y círculos negros alrededor. Sin embargo se miraba radiante, era algo especial, un brillo en su rostro, debía ser el embarazo, se miraba hermosa.

Fui revisando las fotografías, una a una, Ian que resultó ser Alexander, era un hombre muy alto, Emma a su lado se miraba pequeñita. Por sus gestos y sus posturas sobreprotectoras, pude notar que sentía algo por ella.

Al llegar a una de las últimas fotos, sentí que mi sangre abandonó mi rostro. En la imagen él le colocaba un anillo en su dedo y ella le sonreía. Sabía que era parte del camuflaje para sacarla del país, pero verlo me dolió inmensamente.

En la fotografía final, se miraban de espaldas y él la rodeaba con su brazo pegándola a su costado. Pero era evidente porque se la había llevado y aunque sintiera la rabia hirviendo en mi interior. No podía perder la calma, lo importante era que estaba viva

Capítulo 13

Carlos

Río de Janeiro, Brasil...

Abrí el minibar que estaba enclavado en mi escritorio, agarré la botella de mi mejor coñac y me serví una copa. Los últimos meses prácticamente vivía en mi despacho. A raíz de la muerte de Federico, todo se convirtió en un caos en las oficinas de Estados Unidos, tuve que enviar un administrador para que lo sustituyera y que no permitiera que todo se fuera al carajo.

No podía creer que estuviera muerto, muchacho estúpido. Tiró su vida por la borda y todo por una maldita mujer. Todavía albergaba la esperanza que lo estuvieran ocultando, luego de enterarnos que ella estaba viva podía ser el mismo caso con él.

Pero todo lo que quería era verla sufrir, por su culpa se frustraron mis planes y estaba metido en un gran lío con Rodríguez, era un hijo de puta rencoroso. Era bien sabido por todos que no perdonaba los errores y mucho menos soportaba mierda de nadie.

El sonido de un teléfono móvil, me estremeció, era la línea por la que solo hablaba con Rodríguez.

— ¿La encontraron?

— *No pueden localizarla.*

— ¿Qué pasó con tú informante? Ya pasaron más de 10 meses desde que salió del país. No puedo creer que no puedan conseguir su ubicación. —chillé.

— *El informante que tengo dentro de la DEA, me dijo que los hijos de puta de la Interpol no han dado la información.* —gritó.

— ¿Cómo es posible?, Estamos pagándoles bastante dinero a esos cabrones.

— *¿Que no oyó que la Interpol está involucrada?, ¿Sabía que Ian es un agente que trabaja para ellos?, Nunca me gustó ese sapo, se lo dije muchas veces.*

—No. — ese maldito, trabajó más de dos años conmigo y se ganó mi confianza, engañándome el desgraciado.

—*Es usted un imbécil, por eso no contrato a esos huevones, porque son unos perros traidores.*

—No creo que Federico esté muerto.

—*Ni yo tampoco, la aparición de esa mujer lo confirma. Por cierto, estaba embarazada y a estas alturas ya debió de haber parido.*

— ¿Quién te dijo eso?

—*Pedro, me llamó cuando la llevaron a la pista, estaba hablando con el cuándo empezó el ataque, me dijo que él bebé es de Federico.*

— ¿Cuándo pensabas decirme?, ¿Por qué me lo ocultaste?—chillé, si Federico está muerto él sería el único heredero del apellido Malfacini, tenía que poner mis manos en ese bebé.

—*Por que esperaba que esa información me sirviera para algo.*

—Quiero a ese niño.

—*Me importa una mierda lo que quiera pendejo, si cojo a esa puta, la mataré con mis propias manos y ese niño tendrá una muerte dolorosa.*

—No puedes hacer eso maldito. — le grité.

—*Claro que puedo, así que prepárese, esta vaina se acabó, ya aguanté bastantes estupideces de su parte y del sapo de su sobrino, pero ya me cansé.*

—Eres un hijo de puta.

—*Si el malparido de tu sobrino no está muerto, pronto lo estará, me aseguraré que el apellido de tu familia se acabe. Todo esto es por ese hijo de puta arrogante, con sus aires de superioridad, no consideró suficientemente buena a mi hija.*

—No fue por tu hija, te lo dije muchas veces, ni si quiera la conocíó.

—*Pues esto se jodió, como le dije, ahí se lo agradece cuando se reúna con él en el infierno.*

—Tus amenazas me importan una mierda, imbécil. — dije entre dientes, pero era mi sentencia de muerte.

—*Yo no amenazo, soy un hombre de palabra, le dije que si jodía conmigo le iba a destruir, así que púdrase.*

Cortó la comunicación y me quedé congelado por sus palabras, ese hombre no estaba jugando, tenía que salir del país inmediatamente. Le hablé a mi jefe de seguridad desesperado.

—Dígame señor.

—Necesito salir del país hoy mismo.

—¿Quiere que hable al aeropuerto para preparar el avión?

—No, es lo que esperan que haga, saldré en barco, pero no puedo usar el mío, contrata uno comercial.

—¿A dónde iremos?

—Te lo diré en su momento, necesito más seguridad, me habló Rodríguez, piensa matarme, necesito desaparecer rápido.

—Tienes 4 horas para arreglar todo, no voy a salir de las oficinas hasta que tengas todo listo.

—¿Va a ir a su casa?

—No necesito nada de mi casa, lo que quiero es largarme de aquí. —le grité.

Estaba nervioso, convoqué a una reunión con mi abogado, tenía que infórmale que me iría. Fernando entró a mi oficina, su mirada era sombría, igual que mi puto estado de ánimo. Le hice una seña con la mano, indicando que se sentara.

—Gracias por venir tan rápido, ¿Traes los papeles que te pedí?

—¿Qué pasa Carlos?, Esto que me pediste es una locura.

—Tengo que salir del país y no sé cuándo pueda regresar. Necesito a alguien al frente de la compañía, voy a dejar a Guillermo Santini.

—Pero si ese hombre no te cae bien.

—Es un maldito santurrón, pero no me queda duda que es honesto y necesito dejar el control de todo a alguien que sea confiable, en caso de que me pase algo sé qué hará lo correcto, además necesita autorización del consejo.— tomé los documentos y los firmé.

—Me asustan tus palabras.

—A mí también créeme. — me levanté y le di la mano.

—Amigo confió en ti, en caso de que me pase algo te dejo este sobre, aquí están todas mis cuentas y una carta, es para Federico.

—Carlos, Federico está muerto.

—No lo creo, pero si muero y él no aparece después de un año solo destrúyela por favor.

—No te preocupes, lo voy a hacer.

—Fue un placer trabajar contigo.

Salió en silencio de la oficina, la posibilidad de sobrevivir era muy pequeña, pero tenía que intentarlo. Rodrigo regresó casi cuatro horas después.

—Está todo preparado señor.

—Muy bien, voy a tomar mi portafolios y nos vamos.

Me puse el saco de mi traje, me arreglé la corbata, abrí un cajón de mi escritorio y saqué una pistola, no podía confiar en nadie una vez que abandonara el edificio, caminé fuera de la oficina, un auto nos esperaba en el estacionamiento.

—Rodrigo, acompáñame por favor.

—Pero señor...voy en la camioneta que la escoltará. — lo miré sorprendido, su cara asustada no me gustó.

—No es necesario, traemos más de diez hombres armados en tres vehículos, no creo que hagas la diferencia. — asintió y se subió conmigo al auto.

Dejamos el estacionamiento y nos dirigimos a Saude, donde nos estaban esperando. Se miraba nervioso, sudor corría por su frente, no era su comportamiento habitual, iba en el asiento del copiloto y de vez en cuando me miraba por el espejo retrovisor, eso confirmó mis sospechas.

Pude ver a lo lejos la entrada a la terminal marítima, escapar ya no era una opción, me estarían esperando.

— Así que dime Rodrigo, ¿Cuánto te pagaron para que me traicionaras?

—Señor, ¿No sé de qué me habla?, Nunca lo traicionaría por dinero...

Sus palabras fueron muy claras.

— ¿Entonces que te dio a cambio?

Saqué la pistola que llevaba en mi maletín y la coloqué detrás del asiento en donde estaba sentado.

— ¿Dime hijo de puta que te dieron?

—Nada—gritó. —Tienen a mi familia, lo siento.

Apreté el gatillo y descargué la pistola sobre su espalda. Un carro nos envistió antes de poder entrar al puerto, todo se estaba acabado.

Rodríguez

Bogotá, Colombia...

Estaba desayunando en la terraza de mi casa, Paola me crispaba los nervios con el tema de la amante de Federico. Pero era mi princesa y no permitiría que nadie la despreciara, Federico iba a pagar un precio muy alto por hacerla quedar en ridículo. Estaba tomando un café cuando se sentó a la mesa para tomar el desayuno.

—Hola mi amor, ¿Cómo amaneció?

—Pues molesta papi, porque no me ha dicho si ya encontraron a la zorra, dijiste que la encontrarías y la matarías. —chilló.

—Estoy trabajando en eso, los gringos la encontraron, pero se escapó.

—La quiero muerta, soy el hazme reír de todo Colombia y Brasil por culpa de esa sapa trepadora, además usted no queda nada bien parado papi, ¿Dónde está su poder y su autoridad? Dejó que una muerta de hambre nos arruinara los planes.

—Mija, no se altere, le juro que lo estoy solucionando, los muchachos están preparados para esa vuelta, en cuanto la encuentren la traerán pa acá.— me sonrió levantando una ceja.

—Quiero que sufra y quiero a su hijo muerto.

—Mija, no se preocupe.

—Gracias, por eso te adoro papi, me voy al club, si tiene noticias me avisas por favor.

—Claro princesa.

Paola se alejó. Una semana antes, envié un grupo de hombres armados para que mataran a Carlos, y no fallaron. Su hombre de confianza lo traicionó, aunque no tuvo opción. Fiel a mi palabra, liberé a su familia y les di dinero para que vivieran ahora que estaba muerto. Uno de mis hombres llegó hasta donde me encontraba y con cara de molestia y preocupación.

—Patrón, tenemos un problema.

— ¿Qué demonios pasa?

—La policía y la DEA traen una orden de arresto.

—Es una puta broma, ¿Pero que se creen esos huevones? Bastante caro me sale pagarles a los malparidos mensualmente, para que me salgan con esta idiotez.

—Por eso vine.

— ¿Paola se fue?

—Sí, salió en su coche y no trataron de detenerla.— tomé el celular y llamé a mi contacto.

—Smith.

—*Rodríguez.*

— ¿Qué demonios se cree su gente?, Están tocando mi puerta con una orden, ¿Pero qué pasa?, si tenemos un trato. — le dije alterado.

—*No pude detenerlo, deja que te arresten, será fácil liberarte, pero no los ataques o será peor.*

—Está bien, pero si algo sale mal, le corto la cabeza. — colgué molesto.

—Déjalos pasar.

—Sí patrón.

Un tipo alto y rubio se acercó, hasta donde estaba, más de 20 agentes rodearon la terraza en donde estaba desayunando.

—Señores, pero que sorpresa, ¿Vinieron a visitarme? —les dije sonriendo. — ¿Quieren desayunar?

—Rodríguez, estás arrestado.

—Soy un empresario respetado, están cometiendo una injusticia. — caminé calmadamente a la salida sin resistirme, esos idiotas no sabían con quien se estaba metiendo.

Jim

Llegamos a Bogotá en un vuelo especial directamente de Los Ángeles, conseguimos las órdenes de arresto para Mario Rodríguez, gracias a que se le relacionó con la muerte de Carlos Malfacini y las pruebas que nos entregaron.

Se firmó un acuerdo, entre los dos países, Colombia accedió a la extradición inmediata, así que entraríamos por él y lo llevaríamos directamente al hangar de regreso al avión, donde volaríamos a Florence en Illinois, una cárcel de máxima seguridad de donde no saldría nunca.

Era tan cínico que ni siquiera trató de escapar, el idiota se creía intocable en Sudamérica. Contaba con la protección de la policía, pero ahora sería imposible detenernos, nunca se mencionó a nadie que teníamos intenciones de extraditarlo, para que se confiara, sabíamos que no intentaría correr, ya que pensaría que saldría fácilmente, como siempre lo hacía.

Un auto convertible Mercedes Benz color rojo salió de la propiedad, era la hija de Rodríguez, era una mujer muy hermosa, lástima del padre que tenía.

Era una mansión de que rayaba en el exceso y el mal gusto, hombres armados vigilaban el perímetro, pero llegamos más de 50 efectivos.

Un hombre nos recibió y Rodríguez se entregó pacíficamente era un imbécil arrogante, pero cayó en nuestra trampa. Lo subimos a un auto blindado y salimos rumbo al aeropuerto, conforme nos acercamos, se dio cuenta.

— ¿Por qué demonios estamos en el aeropuerto?—gritó, me reí burlándome del imbécil.

—Porque te vamos a extraditar a Estados Unidos.

—No pueden hacer eso.

—Claro que sí, tu gobierno está de acuerdo.

—Voy a disfrutar matándolo perro a usted y a toda su familia.

—Cállate, ¿Aparte quieres cargos por amenazar a un agente de la DEA?

Llegamos a la pista de aterrizaje y un Boeing nos esperaba. Subimos y lo sentaron esposado al asiento, era imposible que se escapara. El avión despegó inmediatamente, fui y me senté unas filas después. Pasaron unas horas cuando Rodríguez empezó a quejarse, me levanté y me acerqué.

— ¿Qué demonios quieres?

—Necesito entrar al baño.

—Eban, quítale las esposas y acompáñalo por favor. — regresé a mi asiento y le llamé a mi jefe.

—Hola señor.

— *¿Cómo salió todo?*

—Sin contratiempos, ya vamos en el avión.

—*Muy bien, cuando aterricen los estarán esperando para trasladarlo a la prisión, felicidades.*

—Gracias, señor, pero fue un trabajo de todos.

Colgué y me giré para ver que Rodríguez todavía no salía del baño, le di tiempo pero luego de 15 minutos, me levanté.

—Eban, porque dura tanto. — negó con la cabeza.

—Rodríguez, abre la maldita puerta. — golpeé varias veces, pero no contestó, la puerta estaba cerrada por dentro.

— ¡Maldita sea Eban!, necesito que abran esa puerta inmediatamente.

Trataron de abrirla pero algo estaba obstruyéndola, luego de casi desarmarla, por fin se abrió, cuando lo vi en el piso, me quedé estupefacto.

—Maldito hijo de puta, ¿Cómo hizo eso? — Llegaron corriendo otros agentes.

— ¿Qué pasó?

Apunté al piso en donde yacía Rodríguez, lleno de sangre, se cortó el cuello con una parte del puto baño, eso era una mierda, ahora que cuentas iba a dar.

—Mierda. —chilló Eban detrás de mí. Se acercaron a revisarlo, pero estaba muerto.

Capítulo 14

Federico

Me levanté, temprano y me subí a la cinta de correr, tenía que liberar todo el estrés que tenía encima. Dos semanas antes la investigación terminó, enviamos todo lo que encontramos, solo quedaba esperar a que la DEA y la Interpol actuaran.

Luego de correr me metí a bañar, dejé que el agua corriera por mi espalda, recliné la cabeza disfrutando del agua caliente, esperaba que por fin estos meses de espera terminaran. No podía dejar de pensar en Emma y él bebé que para estas fechas ya debía haber nacido, ¿Qué sería un niño o una niña?, Me atormentaba pensar que hubiera continuado con su vida y que me hubiera olvidado.

Estar encerrado, me estaba trastornando, así que ahora aparte de correr hacia una rutina de pesas, gracias a Oscar que me consiguió una barra y unas mancuernas. Era vergonzoso reconocerlo, pero cuando me bañaba me masturbaba imaginando que ella era la que me tocaba, pero era lo único que podía hacer.

Salí a la sala del departamento y me lo encontré hablando por teléfono. Tenía el ceño fruncido y se tallaba el frente, desesperado.

Me senté en el sillón y lo observé, me intrigaba saber con quién hablaba, bueno ¿A quién demonios escuchaba? Porque no emitía una palabra. Cortó la llamada mientras negaba con la cabeza.

—Tengo algo que decirte. — me dijo con calma en su voz, pero su semblante decía lo contrario, estaba nervioso.

— ¿Por qué me siento como la novia a la que van a terminar? —le dije riéndome, tratando de suavizar el momento.

—Bueno, no podría encontrar mejores palabras. Eres libre de mí. —me dijo encogiéndose de hombros.

— ¿Qué significa eso?

—Ya puedes regresar a tu casa, el caso se acabó.

— ¿Los agarraron?— No podía creerlo, por fin se había acabado esta pesadilla, luego de

dos años de mi vida perdidos. Negó con la cabeza.

—No precisamente, tu tío murió dos semanas atrás y Rodríguez murió ayer.

— ¿Cómo murieron?

—Rodríguez mando matar a tu tío, luego fue arrestado. Se confio porque pensó que lo meterían a la cárcel en Colombia, pero cuando se dio cuenta que lo iban a extraditar se mató en el baño del avión.

— Lo siento por mi tío...pero se lo merecía. — no quería sonar insensible, pero no me compadecí de mi tío, fue el aliado del hombre que casi me destruyó.

—Sí, es una mierda.

— ¿Ahora que va a pasar?

—Vamos a regresar a Los Ángeles, tú a tú vida de empresario exitoso y yo a otra asignación.
—me dijo resignado.

—Amigo, pero tienes meses quejándote que no quieres seguir trabajando en esto.

— ¿Pero qué más puedo hacer?, Tengo años haciéndolo y no se hacer otra cosa.

—Trabaja para mí.— me miró sorprendido

— ¿Haciendo qué?

—Puedes ser mi jefe de seguridad. Me dijiste que necesitaría protección cuando regresara y estoy siguiendo tu consejo.

— ¿Lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio.

—Bueno, lo primero es regresar y averiguar si todavía tienes dinero. —me dijo riendo.

—Tienes razón, aunque me destroza saber que no serías capaz de trabajar de forma gratuita.

—Estás jodido si crees que sería capaz de hacer eso. —me dijo con una sonora carcajada.

Esos meses que estuve recluido, aprendí a confiar en él, ahora sabía con certeza, que no le confiaría mi vida y la de Emma a nadie más. Esa noche tomamos un vuelo directo a Los Ángeles, luego de 18 meses por fin regresaría a tratar de levantar los pedazos que quedaban de mi vida.

Aterrizamos amaneciendo en el aeropuerto, sorteamos las salas, cuando salimos al estacionamiento, un auto ya nos esperaba, este nos llevaría directo a las oficinas de la DEA en donde nos entrevistaríamos con el jefe de Oscar. Entramos al edificio y subimos hasta su oficina.

En hombre corpulento que rondaba los cincuenta años nos recibió. Parecía un tipo bastante duro, lo único que oír era que podía buscarla.

—Señor Malfacini, siéntese por favor, soy el agente Sorensen.

—Mucho gusto.

—Como Oscar te informó, este caso se considera cerrado. Vamos a trabajar un par de meses con nuestros amigos de la Interpol, ya que ahora ellos cerraran la parte que les corresponde.

—Emma... ¿Dónde está?— era mi prioridad encontrarla, no me importaba otra cosa.

—Todavía no le puedo dar esa información, hasta que ellos cierren el caso no expondrán su paradero.

—Pero eso no tiene sentido. — repliqué alterado y molesto.

—Son sus reglas. —me dijo con una mueca.

— ¿Cuánto tiempo tendré que esperar para buscarla?

—Solo hasta oficialmente den por concluida la investigación, nos informarán en cuanto lo consideren oportuno.

—Eso es pura mierda. —grité, mis esperanzas se desvanecieron de un tajo. Oscar intervino.

—Cálmate, has esperado por meses, unos más no harán ninguna diferencia.

—Lo sé, ¿Pero pensé que esta maldita espera se había acabado?

—Ahora que no corre peligro, algo podremos hacer para localizarla. —murmuró Oscar mientras le sonreía al agente, que nos observaba entrecerrando los ojos.

—Puede ser, pero no se acerquen a ella. —nos dijo con firmeza en su voz. — No quiero problemas con la Interpol.

—Gracias. —le dije mientras respiraba tratando de calmarme, por lo menos podría enviar a alguien que la viera de lejos.

—Te lo digo en serio Oscar.

—Sí, señor no se preocupe, no haremos nada estúpido.

— ¿Puedo regresar a mi casa?

—Sí puedes hacerlo. Estás libre de cualquier cargo. Se aclaró en la investigación que no fuiste partícipe de los delitos, la empresa no está comprometida, las cuentas que se congelaron fueron las de tu tío pero las tuyas siguen intactas. Pero no puedes hablar de Emma con nadie, ella sigue muerta oficialmente.

—A mí también me hicieron pasar por muerto, ¿Puedo regresar de la tumba como si nada?

—Eso se arreglará, contacta a tus abogados y que se comuniquen conmigo.

Se dirigió a Oscar mientras le entregaba un folder con un expediente.

—Oscar, te vamos a asignar a otro caso. Repórtate con Gloria, ella tiene el resto de los documentos de tu asignación.

—Voy a renunciar.

— ¿De qué demonios hablas?

—Que dejo de trabajar para la DEA, estoy cansado, ya no quiero seguir haciendo esto.

—Esto no me lo esperaba. —le dijo mientras pasaba su mano por su barbilla frotándola. — Es una lástima que tomes esta decisión, eres un excelente agente.

—Gracias por pensar eso de mí.

Inclinó la cabeza en señal de aprobación, era un hombre atemorizante.

—Mucha suerte para los dos.

—Gracias.— luego que salimos de la oficina, miré a Oscar sonriendo.

— ¿Pensé que no dejarías tu trabajo?

—Te dije que estaba hartito.

—Préstame tu celular, voy a llamar a un amigo, espero que no le dé un infarto cuando me escuche. — le hablaría a Rick, era el único amigo que tenía.

—Debería hablar con él, digo para evitar que muera antes que venga por nosotros. — me dijo con una sonrisa de ironía.

—Tienes razón, es mejor que tú hables con él.

Le di el número de su casa y le llamó. Le pidió que fuera a las oficinas de la DEA, que tenía noticias sobre mí, media hora después Rick llegó, entró a la oficina, estaba dentro del baño esperando la señal de Oscar.

—Pasa por favor.

—Dime que información tienes de Federico. —murmuró Rick, con tono de ¿Qué demonios me piensas decir que no sepa?

—Bueno esto no es sencillo, siéntate por favor. — escuché el sonido de una silla que era arrastrada, Oscar se aclaró la garganta. — Federico no está muerto. —le dijo tranquilamente.

— ¿Es una maldita broma?

—No hombre. Te estoy diciendo la verdad.— abrí la puerta y salí caminando despacio.

—Hola Rick.

Se giró y me miró sorprendido, prácticamente estaba viendo un muerto.

—Mierda, ¿¡Estás vivo!?!—gritó.

—Pensé que te emocionarías, pero no de esta forma. —le dije torciendo la boca divertido.

— ¡Maldita sea Federico!, no puedo creerlo. — se levantó y me dio un abrazo.

—Me da gusto verte.

—A mí también.

— ¿Cómo es eso posible?

—Es una historia complicada, ¿Puedes llevarme a mi casa?, Sé que ha pasado mucho tiempo...

—Todo está igual como lo dejaron Emma y tú. — me dijo bajando la mirada. — ¿Emma está viva?

Asentí, el no poder ir a buscarla, me tenía jodido, ahora debía esperar a que cerraran el

maldito caso, como si todos estos meses de agonía no hubieran sido suficientes.

— ¿En dónde está?

—No lo sé todavía, pero voy a averiguarlo. Estuve bajo la protección de la DEA y Emma salió del país protegida por la Interpol, solo sé que está en Europa. —le dije con una mueca. —Por cierto nadie puede saber eso, es confidencial.

—Cuenta con mi discreción. —suspiró conmovido. —Esto parece, sacado de una película.

—Sí, pero de terror amigo no tienes ni idea.

—Vámonos a tu casa, tenemos mucho que hablar.

Dejamos las oficinas con rumbo a Santa Mónica, compramos algo de comida antes de llegar a mi casa. No desayunaba todavía y me moría de hambre. Hicimos una parada en una cafetería que se encontraba cerca, Rick bajó y cogió los paquetes.

Parecía que el tiempo se había detenido, todo seguía igual. Rick caminó hacia la cocina, mientras que me dirigí a la sala. Levanté el portarretrato que estaba sobre la chimenea, era una foto que le tomé a Emma en la playa, en un día soleado, sonreía mientras posaba para la cámara. Se miraba tan hermosa, no podía creer que habían pasado casi dos años desde la última vez que la vi.

Mis ojos se humedecieron, necesitaba que encontrarla, Rick se acercó y me dio una palmada en la espalda.

—Amigo, la vas a encontrar. —me dijo tratando de reconfortarme. No tuve necesidad de decir una palabra, agradecí que mi amigo estuviera conmigo en esos momentos.

—Ahora entiendo porque te quejabas tanto cuando vivíamos en Nueva York. —dijo Oscar mientras sus ojos inspeccionaban mi casa, su comentario acabó con el momento de tristeza. Rodé los ojos y me volteé para verlo.

—Rick, él es Oscar, ahora es mi jefe de seguridad.

— ¿Viviste con el todo este tiempo?—preguntó Rick, con una voz de burla.

—Estuve bajo su protección en Nueva York por casi 18 meses.

—Pensé que habías cambiado tus preferencias. — dijo Rick bromeando.

—Imbécil. —le dije con una sonrisa forzada.

—Al principio me alarmé. ¿Imagínate cómo reaccionarías con un hombre que se preocupa por comer pizza? Corría y hacia ejercicio, ¿Es una maldita broma?, ¿Quién hace eso? —dijo Oscar fingiendo conmoción en su voz.

—Ese es mi amigo. —dijo Rick.

—Solo faltó que por las noches se pusiera cremas en la cara.

Rick y Oscar se comenzaron a reír estruendosamente.

—Váyanse a la mierda los dos, son unos imbéciles. —les dije sonriendo.

Luego de ese momento relajado, nos sentamos, Oscar conocía la historia, pero le narré a Rick con lujo de detalle por todo lo que pasé mientras estuve secuestrado, como estuve a punto de morir y el tiempo que me ocultaron para protegerme. Contarlo resultó ser liberador, como si purgara mi alma, ahora estaba listo para seguir adelante.

Esa noche, Marie fue a la casa y nos hizo de cenar. Me bombardeó con preguntas sobre Emma que no pude contestar. Mi frustración crecía por no saber dónde estaba, aunque compartir con mis amigos fue maravilloso, ella me faltaba.

Me comuniqué con mis abogados, se encargarían de arreglar mi estatus con la DEA, ya que hasta existía un acta de defunción, cuatro días después tenía una cita en las oficinas de Long Beach. Necesitaba saber cuál era el estado de la empresa, además el abogado de mi tío vendría a la ciudad porque quería hablar conmigo.

Me vestí con uno de mis trajes habituales que usaba para ir a la oficina, después de meses de solo usar pantalones de mezclilla y camisetas, fue un gran cambio, pero me agradó sentir que estaba regresando a mi vida, por lo menos en ese sentido.

Llegamos a las oficinas y entramos al estacionamiento subterráneo, cuando Oscar se estacionó, me miró divertido.

— ¿Qué?, ¿Quieres que te abra la puerta?—murmuró, bromeando, solo estaba aliviando la tensión que sentía.

—Eres un idiota, ¿Lo sabías?

—Me lo han dicho algunas veces. —me dijo con una mueca.

Tomamos el elevador y subimos hasta el piso en el que se encontraba la recepción de las oficinas. Nos recibió una chica pelirroja, era nueva, nunca la vi antes.

—Buen día señor ¿En qué le puedo ayudar?— le sonreí.

—Soy Federico Malfacini.

La chica palideció de la impresión al verme, era normal que no me reconociera, ya que ella no era la recepcionista cuando me fui.

—Lo siento, yo no...

— ¿Me están esperando?

—Sí señor, en la sala de juntas de finanzas.

—Gracias, se dónde está.

—Por supuesto. —murmuró apenada.

Caminamos por el pasillo hacia la sala de juntas. Todos miraban en mi dirección sorprendidos mientras murmuraban. Parecía que miraban un fantasma, bueno hasta cierto punto lo era.

Me encontré a Ross casi al llegar, estaba igual como la recordaba, con el mismo traje sastre y su cabello impecable.

—Hola Ross, ¿Cómo estás?

—Dios mío señor, ¡Está vivo! — le sonreí, me sorprendió cuando se acercó y me abrazó efusivamente.

—Lo siento... me da mucho gusto verlo.

—Me alegra darme cuenta que a pesar de ser un ogro contigo me aprecies. —le dije con una mueca.

—No era tan malo, solo tiene su carácter. —me dijo con una sonrisa. —Lo hemos extrañado.

—Gracias.

— ¿Va a regresar?

—Sí, tengo una reunión con mis abogados y el consejo.

—Bienvenido. — le agradecería a esta mujer por todos los años que soportó mis desplantes y sin embargo siempre fue muy paciente conmigo.

Caminé al interior de la sala de juntas, el consejo ya sabía que estaba vivo, aunque los abogados les informaron con antelación, no dejaron de asombrarse. Me informaron el estado general de la empresa, mostrando un histórico de lo que ocurrió en el tiempo que no estuve, conocí al administrador que envió mi tío cuando le avisaron de mi muerte.

Pero todo siguió funcionando igual, como si no me hubiera ido. En esos momentos es cuando uno se da cuenta, que la vida sigue y que nadie es indispensable, la empresa no detuvo su operación y las cosas marchaban sin mayores problemas.

Me sorprendí gratamente cuando me informaron de las oficinas de Oakland, las cuales entraron en operación cumpliendo con lo que planeé antes de que desapareciera, aunque percibí detalles que no me gustaron, ya tendría tiempo de arreglarlos.

Después de anunciarles, que retomaría el control de la empresa, el nuevo administrador palideció, no podía tener a un empleado que fue enviado por el hombre que me traicionó.

Necesitaba a alguien de confianza que me ayudara con la transición, así que pensé en Robert. Era perfecto para que recibiera el puesto, ese hombre estaría despedido en cuanto entregara la oficina, no me importaba lo que le tendría que pagar.

Salieron de la sala de juntas, pero los abogados no lo hicieron, ahora vendría la peor parte.

—Federico, ya está aquí el abogado de tu tío.

—Está bien, que pase. — Fernando da Silva, era el abogado de mi tío, y aunque nunca se portó mal conmigo, solo de relacionarlo con él era suficiente para que desconfiara.

Abrieron la puerta y entró tomando uno de los asientos cercanos de donde me encontraba.

—Federico, me da gusto verte.

—Me gustaría poder decir lo mismo de ti.

Le dije en todo seco. ¿Qué demonios quería? Sí, mi tío estaba muerto, pero después de lo que intentó hacerme por estropearle sus planes, no creí que fuera una persona muy grata para él.

—No sé exactamente lo que hizo tu tío, pero sí sé que fue muy malo y lo siento.

—Perdón por ser tan hostil, ¿Qué es lo que quieres tratar conmigo?

—Como sabes hace tres semanas tú tío murió, el día que lo mataron me reuní con él en su oficina, giró instrucciones para que alguien se encargara de su puesto y me dejó esto para ti.— me dijo mientras me entregaba un sobre bastante grueso y sellado.

— ¿Qué es?

—No sé, a mí me lo entregó cerrado, me dijo que te lo entregara, él sabía que estabas vivo. —me dijo encogiendo los hombros.

Tomé el sobre y lo abrí, dentro encontré dos cartas, una dirigida a mí y la otra para su abogado, así que se la entregué, mi carta no pude abrirla, saqué los papeles del interior y los puse sobre la mesa.

Fernando abrió la carta y la leyó entrecerrando los ojos. Lo miré esperando que me dijera de qué se trataba.

—Me está dando instrucciones de abrir su testamento y otros documentos que eran confidenciales.

— ¿Por qué?

—Tú eres su heredero universal.

— ¿Pero de que herencia hablas?, ¿Que no incautaron sus bienes?

—Solo unos cuentas específicas, pero el resto no, todos sus bienes están intactos, cuentas que tenía en Brasil y las empresas.

— ¿Qué empresas?—le pregunté sorprendido.

—Además de ser el socio del 80% de las acciones de International do Brasil, es dueño de otras 3 empresas, la herencia es muy grande, vas a tener que ir a Brasil para que te entregue todo. — negué con la cabeza, no logró hacerme regresar en vida y no lo haría muerto.

—No voy a regresar, ve a Brasil y envía todo lo que necesites, pero no iré.

—Lo sepultaron en el mismo cementerio que a tus padres.

—No me importa donde carajo lo sepultaron, si regreso a Brasil no será por él. —le espeté molesto.

—Está bien, regresaré en una semana, daré lectura al testamento, si no fuera porque ya lo tienes en tus manos, tendrías que ir, pero como el mismo te lo entregó no hay necesidad. En los documentos anexos viene el listado de las cuentas y de los bienes.— tomé las hojas y se las entregué a Michael, le tenía mucha confianza.

—Confió en ti Michael, encárgate por favor.

Se levantaron para dejar la sala de juntas y le pedí a uno de los abogados que le dijera a Ross que quería hablar con ella. Luego de unos minutos entró.

—Dígame señor.

—Ross, quiero mi oficina de vuelta, pero no pienso hacer la transición con el empleado que envió mi tío, dile a Robert que venga necesito hablar con él.

—Sí señor, en un momento, ¿Quiere algo de comer o de tomar? — En mi reloj, eran casi las dos de la tarde.

—No gracias, solo hablo con Robert y me voy a ir. — Roberto entró a la sala de juntas y me miró entrecerrando los ojos.

—Siéntate por favor, necesito hablar contigo.

— ¿Dónde está Emma?— me dijo exigente.

—No puedo hablar de eso contigo, te llamé por trabajo. —le dije cortante.

— ¿En qué le puedo ayudar señor?—me dijo sarcásticamente.

—Quiero que te encargues de recibir mi oficina y audites todo lo que te entregue el administrador actual.

Me miró con los ojos abiertos.

— ¿Por qué yo?

—Porque aunque no lo creas te tengo confianza.

Se ríó irónicamente.

— ¿Cuándo tiempo tengo?

—Tienes una semana, envíame todos los informes del último trimestre voy a revisar todo detalladamente, desde los estados financieros hasta lo operativo. Voy a ir Oakland, en la reunión me

dieron el estado de esa oficina, detecté irregularidades, por lo que voy a visitarlos.

—Cuenta con ello.

Se levantó para irse y lo detuve.

—Dame tiempo para poder darte las respuestas que quieres.

Asintió y salió de la sala de juntas, suspiré mientras me levantaba para también abandonar la empresa, abrí la puerta y miré a Oscar en el pasillo.

— ¿Quieres ir a comer?

—Demonios, sí, me muero de hambre, pensé que nunca saldrías.

—Vámonos, también tengo hambre.

Caminamos hacia la recepción, mientras todos nos observaban, cuando llegamos al auto, subí y me quité la corbata, sentí que me ahogaba, recargué la cabeza en el asiento y cerré los ojos tratando de relajarme.

— ¿Qué pasó?, ¿Perdiste tu dinero?

—No, al contrario. —le dije molesto.

— ¿Y eso te molesta?

—El maldito de mi tío me dejó una enorme herencia, nunca quise nada de él.

— ¿No le congelaron todos sus bienes?

—No, solo algunas cuentas, fue muy astuto, parece que es jodidamente rico, bueno era. Su abogado se presentó en la oficina, traía su testamento, una carta con instrucciones para el abogado y una carta para mí.

Le dije mientras la miraba detenidamente.

—Eso fue inesperado, pensé que la Interpol se iría como perro sobre su dinero.

—Yo también, pero no lo hicieron.

— ¿Así que irás a Brasil?

—No, le dije que trajera todo para acá, así que en una semana regresarán todos los abogados

para empezar con la transición.

—Te tengo noticias, por cierto.

Me dijo sonriendo.

— ¿Que noticias?

—Hablé con un contacto, me conseguirá la ubicación de Emma.

Giré y lo miré sorprendido, era la mejor noticia de todo el maldito día.

— ¿Estás hablando en serio?

—Sí, me pidió una semana, recuerda que no puedes ir a buscarla, si lo haces me vas a meter en un gran lío.

—No lo haré, te lo prometo, solo quiero saber en dónde está y si está bien.

—Confió en ti.

—Gracias amigo.

Quizá no podría ir a buscarla, pero podía enviar a alguien. Tenía curiosidad por saber en dónde vivía, conocer que había hecho ese tiempo lejos de mí y lo más importante, era saber que estaba bien.

Capítulo 15

Federico

Una semana después, fiel a su palabra el contacto de Oscar nos dio la dirección de Emma. Todo este tiempo estuvo en Estocolmo. Tuve que usar de todo mi autocontrol para no tomar un avión y buscarla, pero le di mi palabra a Oscar y la cumpliría.

Me conformé con enviar a un investigador para que le tomara fotografías a lo lejos, a donde iba la seguían y las fotos me las enviaban a mi cuenta de correo todos los días.

Cuando se fue con el agente de la interpol, la hizo pasar por su esposa, por lo que cambio su apellido ahora era Emma Lindström, eso hizo que se me revolviera el estómago, era la esposa de otro hombre, cuando tenía que ser la mía.

Me enviaron fotografías de ella paseando en un parque con un bebé en brazos y de la mano de Alexander. Sabía que cuando salió del país estaba embarazada, pero verlos como una familia me perturbó y esa era mi familia no la de ese imbécil.

No quería ni pensar que ahora estaba con él, que ahora dormía con él, imaginármela en los brazos de otro era mi peor pesadilla. El mismo hombre que irónicamente me salvó la vida ahora se estaba usurpando mi lugar.

No podía culparla, ella pensaba que estaba muerto, dos malditos años habían pasado, pero esos pensamientos me destrozaban. Sin embargo ella me amaba, no me daría por vencido y no descansaría hasta recuperarla.

Fernando regresó de Brasil con un ejército de abogados. Realizar la transferencia de bienes y arreglar todo lo legal duraría meses. Lo más rápido fue arreglar las cuentas en efectivo, pero las cuentas que estaban en Europa era más complicado, el maldito tenía cuentas en Suiza y para recuperar ese dinero tenía que presentarme personalmente.

La carta de mi tío, no me dio las respuestas que esperaba, se arrepintió antes de morir, pero eso no me servía de nada. Lamentablemente como lo temí, no solo heredé su dinero, también heredé a sus enemigos, la noticia que estaba vivo corrió como la pólvora en Sudamérica y que ahora era

dueño de todo.

Luego de dos meses, tuve que detener el proceso de la recepción de los bienes, después de recibir la noticia que el caso se cerraría oficialmente en Londres. Preparé todo para salir a buscarla.

Oscar tuvo que contratar más seguridad. Lo que traté de evitar por tantos malditos años alejándome de mi casa y mi país, me alcanzó y ya no podía correr a ningún lado.

—Está todo listo, mañana salimos en un vuelo a primera hora. —le dije a Oscar.

— ¿Que vas a hacer cuando lo tengas en frente?

—Se lo que quiero hacerle...pero no tengo la más puta idea de lo que haré. — le dije estoicamente.

Respiré profundamente.

Al fin estaría cara a cara frente a él, gracias a mis contactos y dinero investigué a Alexander, le estaría agradecido eternamente por salvar a Emma, pero también descubrí que la manipuló desde el principio, era un tipo muy peligroso.

Llegamos a Londres por la noche, durante todo el viaje miré una y otra vez las fotografías que recibí de ella en los últimos meses.

El clima era frío y sombrío, sin embargo no afectó mi estado de ánimo, mi ansiedad y mi excitación crecía con cada hora que transcurría.

Cruzamos el puente de Londres y llegamos al hotel Corinthian, nos encontrábamos a solo una cuadra de Trafalgar Square, escogimos el hotel por la ubicación, se encontraba muy cerca de las oficinas de la Interpol.

Caminamos por el lobby del hotel, los pisos en mármol blanco eran resplandecientes, un hotel de un estilo inglés muy clásico. Nos registramos y subimos al pent-house que Ross reservó, subieron nuestro equipaje y esperamos que el botones saliera de la habitación.

Me acerqué al bar y tomé un vaso vertiendo whisky en él. Me senté en el sillón y le di un gran sorbo.

— ¿Cuándo voy a poder hablar con Alexander? — le pregunté a Oscar haciendo una mueca.

—Alexander y todos los de la DEA que vinieron al cierre, llegaron desde el lunes, pasado mañana se llevará a cabo la reunión, hasta entonces puedes presentarte.

— ¿Así, que Emma está sola en Estocolmo?— le dije levantando una ceja.

—Sí, ¿Qué quieres hacer?

— ¿Siguen vigilándola?— mi tono era áspero y molesto.

—Sí. Pero solo por algunas horas, esta semana no ha salido de su casa.

—Bueno, quiero que la vigilen las 24 horas. Me preocupa la reacción de Emma cuando se entere que no estoy muerto, no quiero causarle más angustia. — suspiré mientras me frotaba el mentón. — Hablaré con Alexander de frente, le voy a dar la oportunidad de que se redima y hable primero con ella, pero no confió en ese imbécil.

—Mañana mismo me encargo de eso.

—Gracias. Voy a bañarme, ¿Quieres ir a cenar? —le pregunté a Oscar.

—Sí, tengo hambre.

—Tu habitación es la del fondo, la mía está arriba. —le dije señalándola.

—Bueno, también voy a bañarme.

Luego de ducharme, regresé al área común de la suite, Oscar estaba parado viendo por la ventana, cuando se percató de mi presencia, se volvió y nos fuimos a cenar a un restaurante dentro del hotel.

El lugar era muy lujoso, The Northall tenía un menú bastante variado y lo único que me apetecía era un buen corte de carne.

Nos llevaron a la mesa y le pedí al mesero una botella de vino, después del ritual de probarlo me sirvió una copa.

— ¿No crees que estás tomando demasiado?— murmuró Oscar. Levanté la mirada y lo vi con molestia.

—Lo sé, pero lo necesito. — le dije entre dientes.

— ¿Dime que te molesta?

—No solo es molestia, es temor, es angustia y una profunda rabia ante esta jodida situación. — le contesté sin poder verlo a los ojos. Tomé la copa y me terminé el resto del vino sirviéndome más. — Si nada de esto hubiera ocurrido, no tendría por qué soportar ver a mi mujer con otro

imbécil.

—No te atormentes con esos pensamientos.

—Quisiera no hacerlo, pero no puedo evitarlo. Cierro los ojos y la imagino con él, en su cama, entre sus brazos...solo de pensarlo siento que mi sangre hierve. — le dije negando con la cabeza.

—Si quieres tener una vida con ella, tienes que dejar todo en el pasado.

—Mi parte racional lo entiende, pero el hombre posesivo y celoso no puede dejar de pensar en ello.

—Inténtalo, por tu salud mental y el de ella.

Seguimos charlando, Oscar realmente me entendía, agradecí tenerlo a mi lado en esos momentos. Ordenamos la cena y pedí otra botella. Estaba callado, seguía con pensamientos dolorosos, parecía que me gustaba atormentarme pero imposible no hacerlo.

—Suéltalo, ¿Ahora qué demonios piensas?

— ¿Y si me olvidó?, ¿Qué pasa si quiere quedarse con él?— murmuré, era mi peor temor. Mi vida sin ella no tenía sentido, ¿Cómo diablos iba a seguir adelante si escogía quedarse con él?

—No lo creo. No saques conclusiones apresuradas, solo estás especulando. Amigo esa mujer te ama y creo que te lo demostró con creces.

—Tienes razón, es que estoy desesperado.

—Primero habla con ella y no te adelantes a los hechos. Y por favor deja de tomar así, te lo digo en serio.

—Está bien, solo esta botella y será todo ¿Contento?

—Oye no quiero cargarte hasta la habitación, no me pagas por ser tu niñera. — me dijo con una sonrisa burlona.

—Tampoco para ser mí conciencia.

—Eso lo hago gratis.

Me dijo con satisfacción, me crucé de brazos y sonreí torciendo la boca. Tenía que reconocer que Oscar, se convirtió en mi soporte.

—Idiota.

El viernes por la tarde me recibió el director de la Interpol, luego que la presentación terminó, a esas horas, Alexander ya sabía que estaba vivo.

—Sr. Malfacini, tome asiento por favor.

Desabroché el botón de mi saco y me senté cruzando una pierna, mientras recargaba mis codos en el descansabrazos de la silla.

—Gracias Sr. Wilson. —le dije solemnemente.

—Espero que haya recuperado su dinero y su empresa.

—Así fue, recuperé todo lo que es mío, incluyendo la herencia de mi familia, pero no he recuperado lo más importante, por eso necesito su ayuda. —le dije en tono muy serio. Me miró extrañado.

—Dígame en que puedo ayudarlo, después de todo gracias a su colaboración dimos este golpe tan grande.

—Mi novia. Ustedes la sacaron de Estados Unidos, específicamente lo hizo Alexander Lindström.

—Él está aquí, pertenece al equipo de agentes que trabajo en el caso.

—Lo sé, necesito hablar con él.

—Entiendo. — se aclaró la garganta. — Voy a arreglar para que venga.

—Se lo agradezco.

Levantó su teléfono y dio instrucciones para que fuera a la oficina. Minutos después tocaron a la puerta.

—Adelante.— escuché los pasos provenientes de la puerta, pero se detuvo.

—Nos podría dejar solos por favor, lo que tengo que hablar con él es personal. — asintió y salió de la oficina, dejándonos solos.

Me levanté de la silla en el que me encontraba y lo miré. Realmente estaba sorprendido, no esperaba que estuviera vivo.

—Te podría decir que es un placer, pero sería hipócrita.

—¿Qué quieres?—murmuró nervioso, negué con la cabeza.

—Tú sabes lo que quiero. —le dije mientras me cruzaba de brazos. Sus nudillos se ponían blancos, de lo apretado que tenía sus puños, sus ojos destilaban odio hacia mí.

—Eso no va a pasar. —me dijo molesto.

—Creo que eso no lo vas a decidir tú, Emma tiene el derecho de saber que estoy vivo. — le dije furioso.

—No voy a permitir que te acerques ni a mi esposa ni a mi hija. — me gritó.

—No lo puedes impedir, estoy portándome como un caballero, hablándote de frente. Pero sé en donde viven, hubiera sido muy fácil ir y tocar tu puerta mientras estabas en esta reunión. — me miró horrorizado.

—No te atrevas.

—Tú no me vas a decir lo que puedo o no puedo hacer, solo te estoy dando la oportunidad que te portes como hombre y hagas lo correcto.

—Ellas son mi vida, no me las puedes quitar. —me gritó, así que sabía que si tenía que elegir no lo elegiría a él.

—A pesar que te portaste como un cobarde con ella y la manipulaste para que se fuera contigo, te estoy agradecido por salvarle la vida. Pero no me pienso cruzar de brazos e irme sin luchar por ella, la amo. Hice todo lo que hice, pensando que cuando todo esto terminara regresaría por ella.

Me miraba sin dar crédito a mis palabras, pero continúe hablando.

—Voy a viajar a Estocolmo, pero no me acercaré hasta que no hables con ella, solo te doy una semana para que lo hagas, pero si no lo haces, atente a las consecuencias. No creo que quiera seguir contigo después que le diga que tú aun cuando eras policía, permitiste que la golpearan y casi violaran, luego la drogaste y le tomaste fotos para enviárselas a mi tío. Esas fotos me las enviaron a mí.

Bajó la mirada avergonzado, pero me importaba un carajo su arrepentimiento. Le dije negando con la cabeza.

—La elección será de ella, si se va conmigo o se queda contigo, pero tienes que dejarla que decida.

—Maia, puede ser mi hija.

Sentí que me control se rompía en mil pedazos, quería matar al hijo de puta por sus palabras, eso solo significaba, que se acostó con ella cuando la tenía secuestrada. Mi cuerpo se tensó en respuesta.

—El hecho que te acostaras con una mujer indefensa, mientras la tenías secuestrada, no creo que deba darte orgullo. Pero el que no tengas la certeza que sea tu hija, me dice que yo puedo ser el padre, ¿O me equivoco?

Mi respuesta le afectó más a él que a mí. Eso me lo demostró porque no me contestó, solo me miró con furia.

—Recuérdalo, solo te doy una semana, si no me llamas iré a buscarla. Y ni se te ocurra tratar de huir, con la muerte de mi tío, ahora soy un hombre muy rico, tengo todo el dinero y los medios para localizarte a donde vayas.

Saqué una tarjeta y la coloqué sobre el escritorio. Dejé las oficinas de la interpol, Oscar me esperaba en un auto en la calle, me subí sin decir una palabra, recargué mi cabeza en el asiento. Estaba furioso, ese malnacido hijo de puta.

Oscar me sacó de mis pensamientos.

—¿Hablaste con él?—murmuró.

Abrí los ojos y miré que me veía por el espejo retrovisor, sus ojos mostraban preocupación.

—Sí, hable con él. —murmuré con la mandíbula apretada.

—¿Qué te dijo que te afectó tanto?

—Me dijo que el bebé puede ser de él. —le dije con una mueca.

Abrió los ojos.

—Sí, se acostó con él cuándo estaba en la casa de seguridad, ese hijo de perra.

—Sé que es jodidamente doloroso, pero él se aprovechó de la situación.

—Lo sé, eso es todavía peor, maldito infeliz. Tuve que salir de ahí antes de cometer una estupidez. Me hubiera gustado matarlo.

—No hubiera sido muy inteligente de tu parte si lo hubieras hecho. — me dijo negando con la cabeza. —Además ¿Eso te importa?

Negué lentamente, pero si me importaba, maldita situación de mierda.

—La amo, pero no puedo negar que me dolió saberlo de él, el idiota me lo restregó en la cara, muy orgulloso.

—Te entiendo, pero si ya tomaste la decisión de seguir adelante y buscarla sin importar lo que haya pasado, no le des vueltas a las cosas y no te obsesiones con eso. Ella no se lo merece, y no sería justo que la hicieras sentir mal por algo que pasó en un situación en donde ella era la víctima.

—Tienes razón, pero soy un cabrón egoísta y se me revuelve el estómago de solo pensarlo.

—Amigo, sé que no eres directamente responsable de lo que pasó, pero la expusiste a más mierda de lo que la mayoría de la gente puede soportar, la golpearon y la torturaron, casi la matan. ¿Y estás molesto porque se acostó con otro?, Tiene que ser una puta broma.

—No lo he olvidado, pero no lo repitas otra vez por favor. — le dije con una mueca.

— ¿Cómo te controlaste para no partirle la cara?— me preguntó con curiosidad.

—Por su reacción, cayó en pánico cuando me miró y luego se puso furioso gritándome que no permitiría que me acercara a ella. Él sabe que no lo ama, puede que esté con él, pero es porque piensa que estoy muerto. Sabe que si ella tiene que escoger no lo elegirá. Me dijo que era su esposa y su hija.

—Tienes que tener cuidado con él, ese hombre es peligroso.

— Eso me preocupa. No quiero ni pensar lo que haría si le hace daño. — deslicé mi dedo pulgar sobre mi labio. — ¿Ya están afuera de su casa?

—Sí.

—Que no la pierdan de vista ni un puto momento.

Regresamos la hotel, ahora todo lo que tenía era esperar, le di mi palabra y la cumpliría.

Capítulo 16

Emma

Me levanté temprano para iniciar con los preparativos de la fiesta, festejarle su primer cumpleaños me pareció una buena idea para mantenerme ocupada.

La fiesta sería algo sencillo, solo un pastel y unas bolsitas de dulces para los niños que estaban invitados. Todos eran compañeros de las sobrinas de Alexander, ellas se encargaron de invitarlos, eran unas niñas tan lindas y adoraban a Maia.

Estaba más que agradecida, mi hija estaba creciendo rodeada de una familia que la quería, algo que no hubiera tenido sola conmigo.

Me maquillé y peiné con mucha dedicación, con mi cuñada en casa, me pude tomar tiempo para mí, algo que normalmente no hacía. Me puse un vestido que compré unos días antes, con los hombros descubiertos en color coral, sobre la rodilla. Me puse un collar y aretes a juego.

Amanecí nostálgica y triste, tres años atrás conocí a Federico y desde que lo vi me deslumbró, sus hermosos ojos azules, su cálida sonrisa, era un hombre impresionante. A pesar del tiempo lo seguía amando con la misma intensidad, siempre lo llevaría en mi corazón, le debía mi vida y nunca sería reemplazado por nadie.

Alexander era un hombre increíble, me amaba y me lo demostraba todos los días, pero mi amor por Federico era muy grande, rezaba todas las noches a Dios pidiéndole que me diera fuerzas para seguir adelante y pedía por él, porque su alma descansara en paz.

En la cocina me encontré con Helen, traía en brazos a Maia, se miraba tan linda con su vestido color violeta.

— ¡Vaya!, te ves guapísima. —me dijo con una sonrisa, era una mujer extraordinaria.

—Gracias, hoy tuve tiempo de arreglarme, todo gracias a ti.

—Ya está todo listo, la sala está llena de globos, el pastel está en el refrigerador, y la comida la traerá mamá. Los niños llegarán a partir de las dos de la tarde.

—Me vas a mal acostumbrar con tanta ayuda.

Me sonrió.

Revisé el reloj de la pared iban a ser las 12.

—Voy a preparar unos aperitivos.

—Ya te dije que mi mamá traerá la comida.

—Solo son aperitivos, quiero ofrecerles algo antes de la comida. Voy a la cocina.

Me acerqué a la barra, saqué una vela y la encendí pensando en Federico. Dije una oración en silencio por su descanso. Mis ojos se nublaron por su recuerdo, podía cerrar los ojos y verlo sonriendo, esa sonrisa que hacía que me estremeciera, pero no debía llorar, era la fiesta de cumpleaños de mi bebé, tenía que ser fuerte, como siempre trataba de serlo.

Me até un delantal a la cintura, tomé dos charolas y luego fui al refrigerador por todo lo necesario. Prácticamente ya estaba terminando cuando escuché que habrían la puerta. La voz de Alexander se escuchó desde la sala.

Estaba limpiando cuando escuché su voz a mis espaldas, me di la vuelta para verlo, su aspecto era terrible y se veía cansado.

—Hola amor. —me dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos. No se afeitó, era algo raro en él.

—Hola, ¿Qué tienes?— le pregunté preocupada.

—Nada, solo estoy cansado. — murmuró.

Se acercó y me tomó de la cintura, pude oler su perfume, olía a limpio como siempre a pesar de que parecía que acaba de levantarse.

—Te ves hermosa con este vestido.

—Gracias.

Me pegó contra la barra de la cocina y me besó profundamente.

—Creo que me extrañaste. —me reí.

—No sabes cuánto.

Sus manos viajaron bajo mi vestido y me empezó a acariciar, metió sus dedo bajo mi tanga, eso me sorprendió, ¡Estábamos en la cocina!, ¿Qué diablos hacía?, su hermana estaba en la sala con

las niñas, además su mamá no tardaba en llegar.

—Alex, no es buena idea. —le dije tratando de separarme de él.

—Yo creo que sí. — me dijo jadeando.

Uno de sus dedos vagó en mi interior y di un brinco.

— ¡Tu hermana está en la sala! —le dije con un chillido.

—Me importa una mierda que esté en la sala. —me dijo con los dientes apretados, ¿Por qué se comportaba así?

—Pues a mí sí me importa. —le dije empujándolo, pero no pude moverlo ni un centímetro.

— ¡Ahora resulta que no puedo tocar a mi esposa, después de que tuve una semana de mierda! —me gritó con ira en su mirada.

No entendí que lo enfureció tanto.

—No es el lugar, entiéndeme...

Se giró en dirección a la vela encendida y miré que su nariz se dilataba mientras fruncía el ceño.

— ¿Qué demonios significa eso?— me dijo mientras me tomaba de la cara, de forma brusca, enterrando sus dedos en mi mandíbula. Lo miré con pánico.

—Es una vela nada más... —murmuré, con temor de su reacción, se dio cuenta de inmediato, maldita sea.

— ¿Me quieres ver la cara de idiota?, ¿Por qué mierda prenderías una vela?, Hace unos meses lo hiciste por la muerte de tu familia. ¿Pero está a que se debe?, ¿En honor a quién?

Mi sangre se fue a los pies, pero no le contesté.

— ¡Oh! , ¡Claro que sé para quien es!—me gritó.

—No es lo que piensas.

Se estiró, agarró la vela y la estrelló contra la pared. Di un grito llevándome las manos a la boca, lágrimas mojaron mi rostro.

Helen entró corriendo y me miró horrorizada.

— ¿Qué demonios te pasa Alexander?

Se separó de mí, llevándose las manos a la cabeza. Negó con la cabeza.

—No te metas en esto. —murmuró furioso.

—Claro que me meto, ¿Qué le hiciste?, ¿Por qué está llorando?

—No te preocupes, fue un mal entendido. — le dije tratando de sonreír. — ¿Maia está bien?

Helen asintió. Me agaché y comencé a levantar los vidrios rotos con las manos temblorosas.

—Emma, perdóname, perdí la cabeza. Lo siento. — sus palabras estaban cargadas de angustia, aunque asentí lentamente comprendiendo, pero no podía verlo. Se agachó y me tomó las manos.

—Levántate por favor, no quiero que te vayas a cortar, yo limpio.

Subí las escaleras y corrí al baño, me lavé las manos, limpie debajo de mis ojos, mi mascara estaba corrida y tenía mis mejillas negras. Me senté en la orilla y bajé la cabeza, respiré profundamente, hasta que logré tranquilizarme.

La puerta se abrió, supe que era él. Se paró en frente de mí y se arrodilló, me cogió las manos y se las llevó a la boca, besando mis nudillos, su contacto me estremeció, ¿En qué momento llegamos a este punto?

—Amor, discúlpame...

Lo miré a los ojos, suspiré, levanté mi mano y le tomé la cara. Nunca lo había visto así de enojado y lo peor era que no sabía por qué.

— ¿Qué pasa?

Bajó su cabeza y la puso sobre mis piernas, aferrándose a ellas, se miraba desesperado, todo era contradictorio.

—Fue una semana difícil, pero no tengo excusa, me porté como un patán.

Pasé mi mano por su pelo acariciándolo, ¿Dónde estaba el hombre cariñoso y protector en el que confiaba?

—Vamos abajo, no tarda en llegar tu mamá. — susurré. Me dio una sonrisa triste, algo le pasaba pero no me iba a decir.

—Ya miré a mi princesa, se ve hermosa.

—Te ha extrañado todas las noches.

Se levantó y me tomó de la mano, lo seguí hasta la cocina, mi suegra y mi cuñada se giraron, dándole una mirada asesina a Alexander. Les sonreí, él me abrazó con cuidado como si no quisiera romperme, me dio un beso suave en la frente

—Voy a la sala con Maia. — salió y nos dejó solas.

— ¿Qué pasó?—me preguntó mi suegra.

— ¿No sé?, Llegó muy raro, pero no quiero darle más importancia, hoy es el cumpleaños de Maia. — me encogí de hombros, no les podía dar más explicaciones. Helen me abrazó y me dio una sonrisa.

—Tienes razón. — el timbre sonó y comenzaron a llegar los invitados.

La fiesta fue todo un éxito, le tomamos las fotos con su pastel rodeado de niños, mi hermosa niña ya no era más una bebé.

Alexander, se portó toda la tarde como el esposo ideal, sé que se sentía culpable, por el arranque que tuvo, pero no lo olvidaría tan fácilmente, me mostró una cara que no conocía o al menos pensé que nunca iba a conocer.

Tomé una bolsa de plástico dispuesta a limpiar todo lo que estaba tirado en la sala. Levanté los platos y vasos que estaban regados por la casa. Cuando terminé Helen y mi suegra se marchaban.

—Gracias por todo. —les dije, Helen dio un paso acercándose y me abrazó.

—Es mi hermano, pero puede ser un imbécil, si necesitas algo llámame.

—No te preocupes, voy a estar bien.

Mi suegra se acercó.

—Helen tiene razón, es mi hijo y lo adoro, pero no le pases un desplante como ese, no está bien. — murmuró.

Se despidieron, y la casa quedó vacía, eso medio temor, me quedé sola con él, y en ese momento no quería que se me acercara.

Capítulo 17

Alexander

Me quedé paralizado, mientras Federico abandonaba la oficina, me tendió una emboscada el hijo de puta.

Sin embargo sus palabras calaron hondo en mi alma y mi conciencia. Salí de las oficinas, refugiándome en el bar del hotel, Jim me encontró cerca de las tres de la madrugada, estaba borracho.

— Tengo toda la maldita noche buscándote. — me dijo mientras se sentaba a mi lado.

— El bastardo de Federico va a buscar a Emma. — le dije haciendo una mueca. — Me dio un ultimátum, me dijo que hablara con ella o él lo hará, me advirtió que no descansará hasta recuperarla.

Levanté mi trago y bebí el whisky que quedaba en el vaso. Le hice señas al mesero para que me sirviera otro.

— Tranquilo, ya tomaste bastante.

Negué con la cabeza.

— No entiendes. — suspiré, mientras me llevaba una mano a mi frente. — Me va a dejar Jim, ella sigue enamorada de él.

— Lo siento, pero tiene derecho a saber la verdad.

— Lo sé, pero estoy desesperado, mi vida se cae a pedazos, si ella sabe que está vivo, todo se acabó.

— Habla con ella.

— Sé que debo... pero no quiero... la primera vez me acosté con Emma fue maravilloso, sabía que estaba vulnerable y que me estaba aprovechando de la situación, pero no me importó. Me enamoré de ella mientras estuvo conmigo en esa casa de seguridad, tan dulce, tan hermosa, verla luchar por Federico día tras día. Me repetía que no se la merecía, que por su culpa ella estaba en esa situación, que yo la podía cuidar mejor que él y no permitiría que nada le pasara... sé que soy un hijo de puta egoísta, pero cuando la encontré otra vez y supe que Federico estaba muerto me alegré. — le di una sonrisa cargada de amargura. — Fue la mejor noticia de mi jodida vida.

—Todos pensamos que estaba muerto.

—Fue una puta broma del destino, que viene que abofetearme en la cara. La vida me dio lo que más anhelaba, una familia a la que amo y ahora voy a perderla. —mis ojos se llenaron de lágrimas.

Jim me escuchó y me dio consuelo, subí tambaleándome a la habitación y tomé una ducha, horas después salí rumbo al aeropuerto con la adrenalina corriendo por mis venas y una resaca de los mil demonios. Tenía que regresar con mi familia, el tiempo que todavía la tuviera.

Al regresar a casa, encontré en la sala a mi hermana con Maia en brazos. Fui y la abracé, era mi princesa.

— ¿Qué cara hermano?—me dijo Helen.

Solo ignoré su comentario, no estaba de humor para escuchar comentarios estúpidos de nadie.

—Felicidades princesa.

Se colgó de mi cuello y me dio un beso. Después de hacerle cosquillas y besuquearla, la bajé al piso.

— ¿Dónde está Emma?

—Preparando unos aperitivos. —contestó mi hermana.

Me dirigí a la cocina y la vi de espaldas, la visión de su espalda desnuda me hizo perder la cabeza. Me acerqué, con la necesidad de tocarla, de poseerla, ella era mía.

—Hola amor. —le dije tratando de sonreír, pero me sentía como la mierda.

—Hola, ¿Qué tienes?—me preguntó preocupada.

—Nada, solo estoy cansado.

—Te ves hermosa, con este vestido.

—Gracias.

La pegué contra la barra, tomándola de la cintura y la besé deseando que ese momento fuera eterno, ella era la luz de mi vida.

—Creo que me extrañaste. —me dijo riendo.

—No sabes cuánto.

Tenerla cerca, detonó los sentimientos que tenía dentro de mí, angustia, desesperación por no tocarla otra vez y deseo. Mis manos viajaron bajo su vestido, era tan suave, froté mi mano entre sus piernas, buscando su calor.

— ¡Alex! No, no es buena idea. —me dijo tratando de alejarse de mí.

—Yo creo que sí. —murmuré molesto, necesitaba tocarla, y no me lo permitía, eso desató mi peor temor que era perderla.

La tenía arrinconada y me aproveché de mi fuerza, mi mano buscó entre sus piernas y empujé uno de mis dedos en su interior.

— ¡Tu hermana está en la sala! — chilló.

—Me importa una mierda que esté en la sala. —le dije apretando la quijada, solo quería tomarla ahí parada, no me importaba nada.

—Pues a mí sí me importa.

— ¿Ahora resulta que no puedo tocar a mi esposa, después de que tuve una semana de mierda? —le grité frustrado.

—No es el lugar, entiéndeme...

Giré tratando de calmarme, al mirar una vela encendida que estaba bajo una alacena. Fue la gota que derramó el vaso, desaté mi ira sobre ella.

— ¿Qué demonios significa eso?—le grité furioso.

—Es una vela nada más.

Sentí que mi respiración se cortaba, era por el imbécil de Federico, como si no fuera suficiente lo que me hizo pasar y ahora esto.

— ¿Me quieres ver la cara de idiota?, ¿Por qué mierda prenderías una vela?, hace dos meses lo hiciste por la muerte de tu familia. ¿Pero está a que se debe? —le espeté colérico.

Se puso pálida, mis sospechas estaban bien fundadas.

—Yo sé para quien es.

—Alex, no es lo que piensas.

Maldito y mil veces maldito, cogí la vela y la lancé contra la pared con todas mis fuerzas, se hizo añicos, hice lo que no podía hacerle a él, destruirlo de una vez por todas.

Estaba fuera de mí, la ira no me permitió ver que estaba lastimándola. Se hizo pedazos contra la pared, Emma dio un grito de terror, me giré y miré que lloraba.

Mi hermana entró corriendo a la cocina y me vio horrorizada.

— ¿Qué demonios te pasa?

¿Qué estupidez cometí?, ¿Cómo podía joder aún más las cosas? La miré entrecerrando los ojos y negué con la cabeza.

—No te metas en esto. —le dije a Helen, mi pecho subía y bajaba agitado.

—Claro que me meto, ¿Qué le hiciste?, ¿Por qué está llorando?

—No te preocupes, fue un mal entendido. — dijo Emma tratando de sonreír, pero tenía la cara roja y los ojos llenos de lágrimas. — ¿Maia está bien?

Había olvidado a mi hija, ¿Cómo actué como un patán con mi esposa?, Ella no se merecía eso. Helen asintió.

Emma temblaba, se agachó a recoger las piezas de vidrio de la base de la vela. La imagen de ella en el piso aun temblando y lastimada por mi culpa, me partió el corazón. Suspiré pesadamente.

—Amor, perdóname, perdí la cabeza, lo siento. —le dije tropezando con mis palabras, no tenía como expresar mi arrepentimiento, y aunque no eran suficientes las disculpas, ¿Qué más podía hacer?

Me arrodillé a su lado y la tomé de las manos, pero lo que más me destrozó, fue que no me vio a los ojos, estaba asustada.

—Levántate por favor, no quiero que te vayas a cortar, déjame limpiar. —pero el daño ya estaba hecho.

Subió las escaleras y me quedé en el piso de la cocina recogiendo los vidrios rotos. Me

senté en la barra y abrí una botella de agua. Cerré los ojos y traté de calmarme. Escuché que alguien se aclaró la garganta, abrí los ojos y era Helen para frente a mí con los brazos cruzados y una mueca en el rostro.

— ¿Hermano que te pasa?, ¿Por qué reaccionaste así?

—Fue una semana de mierda. —le dije dándole una mirada sombría.

—Eres un buen hombre Alexander, eres un padre cariñoso y adoras a tu esposa, no te portes como un hijo de puta abusivo.

Negué con la cabeza, pero no pude mirarla a los ojos, tenía toda la razón.

—Voy a buscarla.

Me levanté y subí las escaleras, Emma estaba sentada sobre la cama. Me acerqué y me arrodillé frente a ella. Le tomé las manos y las besé.

—Amor, discúlpame.

Me miró con sus ojos hermosos, me sentí miserable, me tomó de la cara y me acarició una mejilla.

— ¿Qué te pasó?—me preguntó.

Bajé mi cabeza sobre su regazo y abracé a sus piernas, ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Por un momento me aferré a ella, dejando que la culpa me inundara.

—Fue una semana difícil, no tengo excusa, me porté como un patán, por favor no me temas, nunca te haría daño. — pasó su mano sobre mi cabeza, consolándome.

—Vamos abajo, no tarda en llegar tu mamá.

Le di una sonrisa, era una persona bondadosa, que se preocupaba siempre por los demás.

—Ya vi a mi princesa, se ve hermosa con su vestido. —le dije sonriendo.

—Te ha extrañado todas las noches.

—Yo también las extrañé. — me levanté, tomé su mano y salimos de la habitación.

Capítulo 18

Federico

Pasaron seis días, y seguía sin tener noticias de Alexander, el tiempo se estaba terminando, cumpliría mi palabra, le di de plazo una semana para contarle todo a Emma, aunque no lo hacía por él, ella me preocupaba.

Estaba ansioso, quería verla y abrazarla, soñaba con ella todas las noches, me aferré a su recuerdo y a su amor.

Pero no confiaba en él, cuando salió de Londres a Estocolmo, envié dos hombres para que lo siguieran y me informaran de todos sus movimientos, además tenía hombres vigilando su casa las 24 horas, si intentaba dejar el país con ella, me enteraría inmediatamente.

Mientras, atendía los negocios remotamente. Ahora que era responsable por toda la empresa, se duplicó mi trabajo, tendría que encontrar rápido un CEO confiable que se encargara de las operaciones de Sudamérica, ya que no tenía intenciones de regresar a Brasil.

Mi celular sonó.

—Hola.

—¿Señor Malfacini?

—Sí ¿Me tienes alguna noticia?

—*Me dijo que le informara si salían de la ciudad.*

—Así es.

—*Salieron de su casa y llevaban maletas, en estos momentos los estoy siguiendo.*

—Ese hijo de puta. —grité, me pasé las manos por el cabello. —No los pierdan. Salgo en este momento para Estocolmo. A donde vayan los sigues, en cuanto aterrice te llamé.

—*Sí señor.*

Oscar entró a la habitación con una pistola asustado.

— ¿Qué pasa?, ¿Por qué demonios gritaste?—me preguntó alarmado.

Caminaba de un lado a otro como león enjaulado.

—Ese malnacido de Alexander, se llevó a Emma, salieron de la casa con maletas, no sabemos a dónde se dirigen.

Se guardó el arma dentro del saco y me miró incrédulo.

— ¿Qué quieres hacer?

—Nos vamos, necesito tomar el primer vuelo a Estocolmo, arregla todo.

En cuanto aterrizamos, llamé a Johan, pasaron casi cinco horas desde la última vez que hablé con él. El teléfono sonó dos veces y contestó.

— ¿Qué noticias me tienes?—le pregunté impaciente.

—*Estamos en Skarhamn.*

— ¿Qué demonios hacen ahí?

—*No tengo idea, tomamos un tren para llegar a Gotemburgo luego rentaron un auto para llegar aquí. Se alojaron en una casa que está a la orilla del mar.*

—Estamos en el aeropuerto de Estocolmo, vamos a tomar el tren, vayan a buscar un hotel, deja a alguien afuera vigilando la casa, te aviso cuando lleguemos a la ciudad.

—*Entendido.*

Suspiré profundamente y colgué el maldito celular.

— ¿Dónde están?—me preguntó Oscar muy serio.

—El muy imbécil, salió huyendo a una ciudad llamada Skarhamn, ¿No entiendo que piensa que conseguir escondiéndose?

—Está actuando como un hombre desesperado. —me dijo encogiéndose de hombros. —Lo que quiere es tiempo.

Bajamos del avión y salimos del aeropuerto, para tomar el tren. Llegamos a la estación

central y tomamos el siguiente tren, estuvimos de suerte, solo esperaríamos 30 minutos para salir. Caminamos al andén y subimos al vagón de primera clase.

Los asientos eran cómodos, había una mesa entre los dos sillones. Serían cinco horas de viaje y luego necesitaríamos rentar un auto para llegar hasta nuestro destino.

Una señorita se nos acercó ofreciéndonos de beber, necesitaba algo fuerte, así que pedí un whisky.

—¿Quieres comer?—me preguntó Oscar, pero tenía el estómago encogido.

—No. Odio la comida que dan en cualquier medio de transporte, es una mierda.

—Cálmate, no ganas nada con estar de mal humor.

—Perdóname, pero no tengo hambre, además lo que dije es cierto nunca como cuando viajo.

—Pues yo si tengo hambre.

—Suerte con la comida.

Se rio.

Pidió la carta y luego de revisarla varias veces, ordenó.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo que debí haber hecho hace 6 días. Pero no lo hice por idiota y esto ya se hubiera acabado.

—Date un poco de crédito, le diste una oportunidad, es una lástima que no hizo lo correcto.

El viaje se me hizo eterno, llegamos a Gotemburgo, rentamos un auto y salimos a la ciudad en donde estaban esperándonos.

Llegamos casi a media noche, nos dirigimos al hotel, no pude dormir, tomé una ducha y me vestí. Encontré a Oscar sentado en la sala de la habitación. Miré el reloj, apenas eran las 6 de la mañana.

—¿Tampoco pudiste dormir? —murmuró.

—No, no puedo esperar más, quiero ir a buscarla.

—Amigo son las 6 de la mañana.

—No me importa esperar afuera de la casa hasta que sea la hora adecuada, pero no puedo seguir aquí.

—Está bien, pero de camino quiero comprar un café.

—Hecho.

Emma

Una semana después del cumpleaños de Maia, seguíamos distanciados, iba a la cama hasta que se dormía. Necesitaba tiempo para superarlo, por primera vez me sentí insegura con él, me di cuenta lo fácil que sería que me forzara hacer algo que no quería.

Y gracias al cielo, se dio cuenta que necesitaba espacio, así que cuando me acostaba a dormir, no se acercaba ni trataba de abrazarme.

El jueves por la tarde, llegó, emocionado. Entró y me preguntó con temor.

— ¿Sigues molesta?

Negué con la cabeza.

—No estoy molesta, estoy desconcertada. — le dije mirando al piso.

—Vámonos unas semanas fuera de aquí, todo mejorará.

— ¿A dónde?— eso se me hizo raro.

—A Skarhamn, está en la costa occidental de Suecia, el lugar es precioso y es más cálido que aquí.

Me dijo sonriendo.

— ¿Y tu trabajo?— le pregunté sorprendida.

—No te preocupes, tengo todo arreglado, me deben meses de vacaciones ¿No sé?, Quizá podemos ir a Australia.

¿Lo miré extrañada?

— ¿Podemos viajar sin problemas?

—Sí.

— ¿Cuándo nos iríamos?

—Mañana mismo.

— ¿Por qué tan rápido?, El lunes es el festival de las niñas.

—Lo siento, tengo todo reservado, le diremos a Helen, que nos envíe el video. —me dijo haciendo una mueca.

—Prepararé las maletas entonces.

Hice las maletas y tomé todo lo necesario para Maia, viajar con bebés siempre era complicado. Cogí el teléfono y llamé a Helen, tenía que avisarle.

—Hola Helen.

—*Buenas noches Emma.*

—Hablo para disculparme, porque no podré asistir al festival el lunes, lo siento.

— ¿Pero por qué?, ¿Qué pasó?

Suspiré.

—Es que mañana salimos de viaje.

— ¿De viaje?, ¿A dónde? — me dijo sorprendida.

—A una ciudad llamada skar algo.

— ¿Skarhamn?—me preguntó.

—Sí, ahí.

— ¿Por cuánto tiempo?

—Alexander me dijo que unas semanas. Pero cuando estemos instalados te voy a llamar.

Algo no me gustaba, todo era muy precipitado.

—Se cuidan por favor.

—Claro que sí, me envías el video de la presentación por favor.

—*Lo haré sin falta.*

Me colgó y regresé a la habitación. Alexander estaba dormido con Maia en brazos. Era un excelente padre, se equivocó, pero no podía negar que estaba arrepentido, tenía que darle otra oportunidad, aunque no sería sencillo olvidar lo que pasó.

Después de más de cinco horas de viaje, por fin llegamos, Maia estuvo muy inquieta todo el camino, la pude calmar con muchas dificultades. La ciudad era encantadora, casas de madera con techos rojos se miraban a lo largo de la costa, con terrazas que daban al mar.

Llegamos al frente de una casa de dos pisos rodeada por una terraza de dos niveles, con escaleras que bajaban hasta la orilla del mar. Entramos al lugar, Maia estaba dormida, él la llevaba en brazos, la acostó en el sillón de la sala con cuidado para no despertarla. Toda la pared frontal eran paneles de vidrio, la vista era impresionante.

Abrí la puerta y caminé sobre la terraza hasta llegar al barandal. La luz del sol se reflejaba sobre las casas que estaban frente a nosotros, era un pequeño archipiélago. Él llegó por detrás y me dio un beso en la cabeza.

— ¿Te gusta el lugar?

—Es magnífico, el paisaje parece sacado de una postal.

—Voy por las maletas.

—En un momento entro. —murmuré.

Me quedé parada contemplando la vista, el aire era fresco, pero agradable, el olor al mar, se filtraba por mis fosas nasales, cerré los ojos y dejé que la paz y la tranquilidad me inundaran los sentidos.

Nos acomodamos en la casa y luego salimos al mercado local para hacer las compras, comimos en un restaurante. Paseamos por el muelle del pueblo y por la noche regresamos. Esa noche caímos rendidos.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, todavía no amanecía. Alexander seguía dormido y Maia dormía plácidamente en una cuna junto a la cama. Me puse unos pantalones de mezclilla, un suéter de cuello alto, mis botas resistentes al agua, tomé una chamarra impermeable y salí por la terraza.

Bajé los escalones hasta que llegué a las rocas que formaban la orilla del mar. Caminé hasta donde me fue posible, alejándome bastante de la casa. Perdí la noción del tiempo, cuando me di

cuenta, pasaron más de dos horas desde que salí de la casa

Tenía que regresar, probablemente Maia estaría despierta, apresuré mi paso, pero llegó un momento en que era imposible hacerlo por donde llegué. Después de dar varios saltos y brincar varias rocas, tendría que tomar otro camino para volver.

Subí por una colina hasta un camino que supuse debía llegar a la casa. Caminé cerca de media hora, pero todavía no la miraba, me había alejado demasiado. Seguí andando, cuando escuché a mis espaldas el sonido del motor de un auto que se acercaba, así que me hice a un lado del camino, para dejarlo pasar.

Bajé la capucha de mi chamarra y dejé que el viento moviera mi cabello, metí las manos en mis bolsillos y continúe andando. El ruido del vehículo se detuvo y escuché que las puertas se abrían, agaché la cabeza y caminé más rápido.

— ¡¿Emma?!— oí que pronunciaron mi nombre.

¡Dios esa voz!, Me paralicé cuando la escuché. No podía ser, tenía que estar soñando. Mi respiración se aceleró, mi pecho subía y bajaba descontroladamente. Me giré lentamente y comencé a temblar, ¿Cómo podía ser él?

Lo miré parado a menos de diez metros de distancia, no podía ser verdad, él estaba muerto. Me llevé las manos a la boca para acallar un grito ahogado, caí de rodillas sobre la calle, llegó hasta donde estaba, se arrodilló frente a mí y me abrazó con fuerza.

A pesar de tenerlo siempre presente en mi mente y mi corazón, no podía creer cuán vagos eran mis recuerdos sobre él. Llevé mis manos a su rostro y dibujé sus facciones con mis dedos, lo miré atónita. Parecía un sueño pero no lo era, gracias a Dios no lo era, sentirlo otra vez, aspirar su olor, era maravilloso.

El darme cuenta que era real desató en mi sentimientos acallados por más de dos años, sentimientos de pérdida, de dolor pero de una alegría inmensa, estaba vivo y era lo único que me importaba.

Meses recé por él, pidiéndole a Dios que no estuviera muerto, esperando que milagrosamente se hubiera salvado, pero poco a poco perdí toda esperanza de volverlo a ver.

—Cariño, no llores. —me dijo dulcemente, sus palabras tocaron mi alma, dos años sin saber de él y ahí estaba otra vez aferrada a él.

— ¿No estoy soñando?— sollocé.

Negó con la cabeza. Enterré mi cabeza en su cuello y dejé que me apretara contra su pecho, mientras lloraba en sus brazos.

—Me dijeron que estabas muerto. —balbuceé.

— ¡Mírame!... ¡Estoy vivo!— me dijo desesperado. — No pude buscarte porque estaba bajo protección de la DEA, tuve que esperar hasta que todo se terminara, pero ni un solo día dejé de pensar en ti.

—Algo que me decía que no podías estar muerto.— el recuerdo de Maia y Alexander regresaron a mi mente.

—Tengo regresar...Maia. —suspiré. —Tengo una hija...

Era algo que tenía que enfrentar. Tomó mi mano y la levantó mirando el anillo de bodas.

— ¿Te casaste?

—No, la Interpol me sacó de Estados Unidos, Alexander era un agente infiltrado y se ofreció ayudarme, me dio una nueva identidad como su esposa y registró a Maia como su hija. Ahora soy Emma Lindström...pensé que estabas muerto. — le dije llorando. —Si hubiera tenido... la más mínima esperanza...Hace dos meses comencé una relación con él, lo siento.

Me jaló a sus brazos y me besó. Sentí su lengua que invadía mi boca, añoraba su sabor, su olor. Nos separamos sin aliento, pegó su frente contra la mía.

—No tienes la culpa, yo fui el que te metí en todo esto, yo te puse en peligro.

—Tengo que regresar...No, no puedo hacerle esto, no se lo merece, se ha portado como un padre para Maia. — sentí que el aire abandonaba mis pulmones.

—Me reuní con Alexander en Londres. —suspiró. —Le pedí que hablara contigo, no fui a buscarte por estúpido, quería que él te explicara. Pero no lo hizo. — me dijo afligido.

No lo podía creer, era el motivo de su reacción violenta, por eso se enfureció, sabía que estaba vivo.

—Necesito hablar con él.

— ¿Ya no me amas?— murmuró dolido.

—Nunca he dejado de hacerlo, por favor no lo dudes. No es por eso...pero me debe una explicación, además no es correcto. — le dije negando con la cabeza, aunque no lo quería, yo acepté estar con él, no sería tan mezquina para hacerle algo así, sin darle una explicación.

—No me voy a ir a ningún lado, esperaré que hables con él, pero voy a ir a buscarte.

Salí corriendo hacia la casa, ¿Qué iba a hacer?, ¡Federico estaba vivo!, pero ¿Cómo le haría eso a Alexander? Toqué la puerta de la casa y me abrió. Entré a la casa llorando hasta la cocina, necesitaba explicaciones.

— ¿Amor que te pasa?

—Acabo de ver a Federico. — le dije con la voz entrecortada y agitada.

— ¿En dónde? — no se sorprendió, lo miré entrecerrando los ojos.

— ¿Sabías que estaba vivo y no me dijiste nada? —le reproché furiosa.

—Lo vi en Londres. — me dijo muy tranquilo. Se alejó y sirvió jugo de naranja en un vaso.

Caminé a la sala y me dejé caer en un sillón.

— ¿Por qué no me dijiste? — chillé.

Se acercó y me dio el vaso.

—Tómalo, te vas a sentir mejor, todo va a estar bien. — me dijo calmadamente.

Tenía la boca seca de correr y de llorar al mismo tiempo, así que tomé el vaso y le di un gran trago.

— Dime ¿Por qué me lo ocultaste?

—Emma, él está muerto, salió de tu vida dos años atrás, ¿Recuerdas que tienes que dejarlo ir?

Lo miré incrédula por sus palabras, ¿De qué demonios me hablaba?

— ¿De qué hablas?, Si te estoy diciendo que lo acabo de ver. — le grité, por Dios, sus palabras me cayeron de golpe, era la frase que me subconsciente se repetía una y otra vez como un mantra. Mis músculos se sintieron pesados, ¿Por qué me sentía así? Llevé una mano a mi frente, me sentí mal.

— ¿Qué me diste?— le dije asustada.

—Shhh, es solo un calmante, voy a cuidar de ti y de mi hija, Federico no nos va a separar.

El vaso se cayó de mi mano y comencé a perder el conocimiento, sentí que me levantaban del sofá, pero luego todo se volvió negro.

Capítulo 19

Alexander

Me desperté y Emma no estaba en la cama, revisé a Maia y seguía plácidamente dormida. Estaba agotada, el día anterior fue extenuante, era extraño que durmiera tanto tiempo.

Tomé una ducha y me vestí, fui a la cocina y prendí la cafetera, necesitaba cafeína. Emma debió salir a caminar, estaba triste y distante conmigo. Todo lo que gané unos meses antes con ella, lo perdí después de mi comportamiento estúpido.

Así que me preparé antes de salir de casa, conseguí la misma droga, si era necesario la utilizaría, funcionó muy bien la primera vez y esperaba que lo hiciera de nuevo, y aunque no quería hacerlo, no tenía opción. Saqué la bolsita plástica y la metí en mi pantalón.

Me serví una taza de café y esperé sentado en la barra de la cocina. Tocaron la puerta, debía de ser ella ya que no tenía llaves. Abrí y entró llorando a la casa. La miré con preocupación. La encontré, no había otra maldita explicación.

— ¿Amor que te pasa?—murmuré, tratando de sonar lo más calmado posible, pero estaba asustado.

—Acabo de ver a Federico.

— ¿En dónde?—sentí que mi sangre cayó a mis pies, no pensé que me encontraría tan rápido.

— ¿Sabías que estaba vivo?

—Lo vi en Londres. — abrí al refrigerador y saqué un bote de jugo y lo vertí en un vaso, mientras le daba la espalda, tomé la bolsita de mi pantalón y la vacié en el jugo de naranja.

Era por su bien y el de mi hija, si se iba con él nunca estaría fuera de peligro. Tenía que hacerlo, era mejor que Federico se largara y nos dejara en paz.

Él arruinó todo, pudo tener una familia pero por su culpa ella casi había muerto, no estaba bien, pero haría lo que fuera para protegerla aunque fuera de sí misma.

— ¿Por qué no me dijiste?—me dijo llorando mientras se sentaba en el sofá de la sala.

No le contesté, me acerqué y le entregué el vaso.

—Tómalo, te vas a sentir mejor, todo va a estar bien. —le dije suavemente.

Se miraba agitada, levantó el vaso y dio un gran trago al jugo, tenía que estar sedienta, luego de unos minutos, miré como su rostro se enrojecía y sus pupilas se dilataron, como no comió nada, la droga le hizo efecto más rápido.

— ¿Dime porque no me dijiste?

— Él está muerto. Salió de tu vida dos años atrás, ¿Recuerdas que tienes que dejarlo ir?— murmuré.

— ¿De qué hablas?, Si lo acabo de ver. — gritó, me miró confundida, se llevó una mano a la frente.

— ¿Qué me diste?—chilló.

—Shhh, es solo un calmante, voy a cuidar de ti y de mi hija, Federico no nos va a separar. — me acerqué y le acaricié el rostro.

Reaccionó como esperaba, se resbaló el vaso de sus manos y cerró los ojos, la levanté y la llevé a la recámara.

No sería tan fácil como la primera vez, pero no era imposible. Me acosté con ella en la cama y la jalé a mis brazos.

—Amor todo va a estar bien, Federico se fue, no regresará jamás y nosotros seremos felices. —era lo que quería creer.

Tenía que pensar que iba a hacer con Federico, como lo convencería de que Emma no lo quería ver y que era lo mejor para ella. Maia se despertó y fui a cargarla.

—Hola princesa, buenos días.

Comenzó a llorar, la revisé, cambie su pañal y bajé con ella en brazos a la cocina. Ella dormiría varias horas, se me pasó un poco la mano con la dosis, pero despertaría.

— ¿Tienes hambre?

Saqué una papilla del refrigerador y la calenté un poco. La senté en una silla alta y le coloqué su babero, después de darle de comer, salí a la terraza a con Maia y la puse en el piso para

que jugara. Se levantó y comenzó a dar pasitos.

Era maravilloso verla crecer, era mi princesa, jugué con ella unas horas, luego que la dejé tomando una siesta, fui a revisar a Emma. Seguía dormida, revisé su presión y era estable, la dejaría dormir.

Decidí comprar provisiones, cuando se despertara tendría hambre. Tomé a Maia y fuimos al mercado. Compré todo para la cena y el desayuno, regresé a la casa y bajé las bolsas del auto.

Maia se durmió, fui a la recámara, llevaba más jugo al que le agregué un sedante, necesitaba mantenerla así, mientras todo se arreglaba. La acosté en la cuna y la cubrí con una manta.

Me senté en la cama y ella abrió los ojos lentamente, pero tenía la mirada perdida.

—Alex...

—Shhh, tranquila amor.

—¿Qué pasa?—me preguntó muy despacio, estaba desorientada.

—Toma un poco de jugo, te sentirás mejor.

La senté y le di de beber, no opuso resistencia.

—¿Maia?

—Está bien, no te preocupes. —le dije y le di un beso en la frente.

Su cabeza cayó de lado y se quedó dormida. Le desnudé dejándola en ropa interior, me quité la camiseta y los pantalones. Me acosté a su lado, necesitaba sentirla.

Su respiración era lenta y acompasada, quité el cabello de su rostro, mientras la contemplaba, pasé mis manos por su estómago, a pesar del embarazo seguía igual de perfecta, como la primera vez que la vi desnuda.

Unas horas más tarde golpes en la puerta me despertaron. Me levanté y fui a ver quién demonios era, me puse los pantalones y bajé descalzo.

Abrí la puerta. Era Federico.

—Hola Alexander. —me dijo Federico entre dientes. —Me decepcionas, pensé que eras un hombre confiable.

—Me importa una mierda lo que tú pienses...

Intenté cerrar la puerta pero Federico la empujó.

— ¿Dónde está Emma?—me gritó.

—Cómo puedes darte cuenta estábamos ocupados. —le dije con una sonrisa de satisfacción.

—Quiero verla, no ha salido de la casa en todo el día.

—No puedes estar aquí, ella no quiere verte.

—No me voy a ir hasta que ella me lo diga a la cara.

—Lárgate de una vez. — le grité furioso. —No puedes regresar a su vida así nada más.

Maia empezó a llorar, a todo pulmón, maldita sea, tenía que ocurrir en ese momento.

—Tengo que ir a ver a mi hija, es mejor que te vayas.

Federico me miró, entrecerrando los ojos y me empujó entrando a la casa, corrió subiendo las escaleras. Corrí detrás de él, maldito idiota, no tenía que encontrarla.

Federico

Alexander se miraba nervioso, cuando lo vi sin camiseta y con los pantalones desabrochados mi sangre hirvió, era evidente que se acababa de vestir.

El llanto de un bebé hizo eco en la casa, lloraba desgarradoramente, pasaron más de cinco minutos y seguía llorando, algo no estaba bien, ¿Dónde demonios estaba Emma?, No era posible que permitiera que su hija llorara de esa forma.

Empujé a Alexander y corrí por las escaleras, tuve un mal presentimiento, busqué en las habitaciones de la casa, la encontré en la habitación que se encontraba al final del pasillo, lo que vi me horrorizó.

Emma estaba acostada sobre la cama en ropa interior dormida. Una niña estaba parada en una cuna y lloraba sin parar. Era imposible que no la escuchara.

Me acerqué a la cama y traté de despertarla.

—Cariño despierta. — le dije desesperado.

La moví pero no reaccionó, eso me asustó. Alexander entró a la habitación y levantó al bebé en brazos.

—Shh, cálmate princesa, tu papi está aquí. — sus palabras fueron como una patada en mi estómago, el imbécil nunca sería su papá. Ella le sonrió y pasó sus manitas por su cara. Verlos juntos me dolió, él disfrutó de algo de lo que yo me perdí.

— ¿Por qué no se despierta?—le grité, me miró, pero bajó la vista, algo no estaba bien.

—Estaba cansada le di un sedante.

— ¿Qué hiciste qué?

—Estaba muy alterada por verte, ¿Qué querías que hiciera?

—La drogaste imbécil. —la jalé a mis brazos. Estaba muy fría, la comencé a mecer, su cuerpo estaba laxo, ¿Qué demonios le hizo?, Saqué mi celular y le llamé a Oscar.

—Entra ahora, estoy en el piso de arriba, te necesito. —le dije desesperado.

— ¿Qué diablos crees que vas a hacer?

—Me la voy a llevar a un hospital.

—No te lo voy a permitir, ella es mi responsabilidad, es mi esposa.

La puerta se abrió y entró Oscar.

— ¿Qué pasa Federico?

—Emma no responde, me dijo que le dio un sedante.

Se acercó, le reviso el pulso y las pupilas, mientras negaba con la cabeza.

— ¿Sabes que es un delito lo que hiciste?—le dijo mientras miraba a Alexander, nunca lo había visto tan molesto. —Eres un hijo de puta.

Alexander, palideció y puso a Maia en la cuna.

— ¿De qué estás hablando?—le pregunté con temor.

—Tenemos que llevarla al hospital. —espetó Oscar.

—En unas horas se despertará, se lo que hago. —le dijo furioso.

—Trabajé en la DEA, reconozco el efecto de una droga, ¿Ya la tocaste?

Pero no le contestó.

—La drogaste y luego la sedaste, pero fue demasiado rápido idiota. — gritó Oscar.

Pasó sus manos por el cabello y su rostro se desencajó, se acercó a la cama y levantó la mano de Emma, vi pánico en sus ojos.

— ¿Cuántas horas tiene así?—grité.

—Todo el día. —murmuró, apretando la mandíbula.

—Dile a tus hombres que se quedan vigilando la casa y que no permitan que este desgraciado salga a ningún lado con la niña. —le dije a Oscar. —Hay que llevarla al hospital.

Caminó hacia el closet, sacó un pantalón y una blusa, se acercó a ella, pero le arrebaté la ropa de las manos.

—Ni se te ocurra tocarla. — le dije apretando los dientes.

Le puse los pantalones y la blusa lo más rápido que pude, la levanté y bajé las escaleras con ella. Llegamos al hospital más próximo y entramos emergencias. Una enfermera se nos acercó.

— ¿Qué le pasó?

—Parece que le dieron alguna droga.

La enfermera me miró, entrecerrando los ojos.

— ¿Puede decirme qué droga?

Oscar se acercó e intervino.

—Yo le puedo explicar. — la puse en una camilla y la metieron a un cubículo.

—Necesito que espere afuera. — salí y me senté en la sala de espera, al rato regresó Oscar sentándose a mi lado.

—Le van a lavar el estómago, pero hay que esperar, la droga ya está en su torrente sanguíneo.

— ¿Qué le dio?

—Creo que fue una droga que se usa para someter a una persona, a veces en los interrogatorios la usamos, sé que no es legal pero...—me dijo encogiéndose de hombros.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque le dio un sedante, los efectos secundarios son nefastos, así que el sedante es para que mitigue un poco la reacción. Recuerda que en la Interpol no son unos santos.

—Es inconcebible que le haya hecho algo así, ¿Pero de que le serviría?— le dije desconcertado.

—Una persona bajo ese efecto, puedes convencerla de muchas cosas. —suspiró. —Pedí que le hicieran exámenes de sangre para buscar rastros de esa droga a largo plazo, dura meses en la sangre.

— ¿Crees que no es la primera vez que lo hace?

—Sospecho que no y quiero averiguarlo. ¿Piensas denunciarlo?

—Emma es la que va a decidirlo.

Emma

Desperté, con un terrible dolor en todo el cuerpo, tenía los labios secos y una mascarilla de oxígeno sobre mi cara. En mi mano tenía un catéter, levanté la mano en la que no tenía ninguna manguera enganchada a ella y me la llevé a la cara desesperada, me quité la mascarilla y comencé a respirar aceleradamente, ¿Qué pasó?, ¿En dónde estaba?, Lo primero que se me vino a la mente fue mi bebé. Me asusté y caí en pánico, tenía que regresar a buscarla. Traté de levantarme pero un enfermero me detuvo.

—No te levantes.

— ¿Dónde estoy?

—En el hospital, en la sala de emergencias.

Lo miré sorprendida, ¿Cómo demonios llegué ahí?, No recordaba nada.

— ¿Qué me pasó?

—Te trajeron por un problema de drogas, tuvimos que lavarte el estómago. — su tono era de reproche.

Estaba conmocionada, ¿Drogas?, ¿Pero cómo era posible?

—No recuerdo nada.

—Voy a avisarle al doctor para que te revise.

Asentí y el enfermero se fue. Un hombre mayor regresó y me miró con cara de disgusto, ¿Qué era lo que pasaba?

— ¿Cómo te sientes?—me preguntó muy cortante.

—Muy mal, me duele todo.

—Bueno, considerando que pudiste haber muerto, creo que es el menor de tus males.

— ¿Por qué me habla así?—le dije afligida.

—No me gusta tratar problemas de drogas, hay mucha gente que realmente está enferma.

—Discúlpeme, pero no recuerdo que me pasó, yo no tomé nada por mi voluntad. — me miró levantando una ceja.

— ¿Entonces por qué no dice nada aquí en el informe?

—No sé, pero en mi vida en consumido drogas, ni siquiera fumo. — negó con la cabeza.

—Pues tu examen toxicológico muestra un historial con drogas. — no podía creer lo que me decía.

—Debe haber un error. —chillé.

—Puedes irte en cuanto se acabe el suero que tienes, solo necesitas descansar, le avisaré al joven que te trajo.

Antes que pudiera decir otra palabra, salió del pequeño cubículo, dejándome sola. Cerré los ojos, mi cabeza era un enredo, no podía recordar el orden cronológico de los eventos, solo recuerdos aislados. Ver a Federico y luego regresar a la casa, pero después de eso todo era confuso. Escuché el

sonido que hizo la cortina cuando la deslizaron.

Abrí los ojos y miré a Federico parado a un lado de mí.

— ¿Cómo te sientes cariño? — me dijo con ternura, sus palabras hicieron eco en mi alma, así me decía siempre.

— Me siento fatal. ¿Cómo llegué aquí?

— Yo te traje. — murmuró, estaba más confundida que antes.

— ¿Pero qué paso?

— Fui a buscarte anoche, te desapareciste todo el día y me preocupé, te encontré en la cama inconsciente. — no podía creer lo que me decía.

— No puede ser, lo último que recuerdo fue cuando regresé a la casa y eran las 7 de la mañana. ¿Y hoy es otro día?

— Sí, Alexander te drogó. — dijo entre dientes.

— No es posible.

— Lo siento, pero es la verdad, te lavaron el estómago porque tenías una sobredosis, mezcló dos tipos de drogas diferentes.

Me solté llorando, Alexander era en el hombre al que confié mi vida y la de mi hija.

— ¡El doctor me acusó de consumir drogas! — exclamé con pesar.

— Te hicieron exámenes y salieron positivos, te tuvo que haber drogado antes.

— Maia, ¿Dónde está?

— Se quedó con él. — murmuró apenado. — Lo siento, pero tuve que traerte lo más rápido que pude, no reaccionabas.

— ¿Cómo pudo hacerme algo así?, No lo entiendo. — Federico se sentó en la cama y me llevó a sus brazos, mientras me consolaba.

— No es tu culpa, tú confiaste en él, te protegió de todos pero no te protegió de sí mismo. — sollocé, era demasiado doloroso.

— Oscar, me preguntó si meses atrás no tuviste un episodio de amnesia o de falta de control

de tu cuerpo. — me dijo sereno.

Suspiré, las imágenes de la noche de su cumpleaños regresaron a mi mente.

—Hace dos meses, el día de su cumpleaños...

— ¿Qué pasó?

—Fuimos a cenar a un lugar muy lindo, comimos y todo estuvo bien, pero después de solo dos copas de vino, recuerdo que sentí como si mi mente estuviera fuera de mi cuerpo, pensé que había sido el alcohol, tenía más de un año y medio sin tomar...

Le dije encogiendo los hombros.

— ¿Te hizo algo?

—Fue la primera vez que me acosté con él después de la noche que escapé. — mis palabras fueron apenas audibles. No podía mirarlo a la cara, Dios ¿Qué había hecho?

—Cariño, no te culpes por eso.

— Pero drogarme, ¿Por qué?

—Porque no conseguía lo que quería. —me dijo con una mueca de molestia.

Lo miré horrorizada, tenía que ir por ella.

—Necesito salir de aquí...tengo que ir por mi hija.

Salimos del hospital y regresamos a la casa, miré el reloj del auto y faltaban 15 minutos para la una de la tarde. El camino se me hizo eterno, la angustia y la desesperación me invadió.

—Tengo que hablar con él. —murmuré, no sería fácil, mi frustración se convirtió en ira.

—Voy a darte tu espacio, pero voy a entrar contigo, no te voy a dejar sola con él. — asentí, mientras miraba el paisaje por la ventana. Llegamos y bajé del auto deprisa, corrí desesperada buscando a Maia.

La encontré sentada en el regazo de Alexander en la terraza, se miraba tan feliz, ¿Por qué me hizo esto?, hubiera sacrificado mis deseos por la felicidad de mi hija, pero no podía tenerle confianza nunca más. Levantó la cabeza y me miró asustado.

—Dame a mi hija. — le espeté molesta.

— ¿Amor cómo estás?

— ¡No me vuelvas a decir amor! — le grité. Tomé de sus brazos a Maia y me alejé de él.

—Cálmate, no es lo que piensas...

— ¿No es lo que pienso?, Me trataron en el hospital como una adicta, casi tuve una sobredosis. Me lavaron el estómago y resulta que cuando me hicieron exámenes toxicológicos no era la primera vez que consumía drogas.

—Lo hice por tu bien. —dijo entre dientes.

— ¿Por mi bien?, ¡Me drogaste!

—Necesitabas dejarlo ir, no permitías que me acercara a ti, después de eso todo mejoró.

—Yo confié en ti...me engañaste y me manipulaste, eso no está bien. Me ocultaste que Federico estaba vivo y no me dijiste que ya no corría peligro. Que la gente que me perseguía estaba muerta. —le grité con coraje. Bajó la cabeza.

—Lo siento, actué de forma egoísta, pero tú y Maia son mi vida, no quiero perderlas. — se acercó a mí, pero di un paso hacia atrás, lo que menos quería era que me tocara, no lo podía soportar.

—Me mentiste, yo puse mi vida en tus manos.

—Lo hice por nuestra familia.

—No, no fue por nosotros. —le dijo llorando. — Fue por ti.

—Tú eres mi esposa, hice lo que era mejor para ti, es mi obligación protegerte. — me dijo levantando la voz.

—No voy a permitir que nadie me manipule, si me hubieras considerado tu esposa, habrías hablado conmigo. No soy tu prisionera, hice todo lo que me dijiste pensando en el bienestar de Maia porque estábamos en peligro, pero no estoy dispuesta a vivir así por más tiempo. Te agradezco que me salvaras más de una vez, pero no voy a dejar que me uses.

— ¿Me vas a dejar por él?

—No te voy a mentir, amo a Federico y eso tú lo sabías, te lo dije desde el principio, pero me asusta tu comportamiento, parece que nunca te conocí. —le dije con la voz rota.

—No me contestaste, ¿Te vas a ir con él?

Caminó hacia la puerta y me tomó de un brazo con violencia, su mano me apretó con fuerza excesiva.

— ¿Contéstame?— me gritó furioso.

—Suéltala imbécil. — miré a Federico que corrió en mi dirección impetuoso, su mandíbula estaba rígida y las aletas de su nariz se dilataban con fuerza.

—No te metas.

—Te dije que la soltaras.

Deja escapar un pequeño quejido de dolor, Alexander me miró a la cara y vio mis lágrimas que caían por mi rostro, al darse cuenta que me estaba lastimando me soltó. Maia comenzó a llorar y eso lo impresionó más. Abracé a mi bebé contra mi pecho e intenté tranquilizarla.

—Entra a la casa. — me dijo Federico, antes que el infierno se desatara abandoné la terraza.

Capítulo 20

Alexander

Pasé mis manos por mi cara, ¿Qué demonios hice?, En cuanto Emma entró a la casa con Maia en brazos, Federico se abalanzó sobre mí enardecido cayéndome a golpes.

—Eres un hijo de puta.

Tenía la razón, me sentí un miserable. Me dio un derechazo en la cara y un dolor cruzó mi rostro, sangre brotó de mi nariz. Me impactó varias veces mientras estaba en el piso y levanté las manos, pero no me defendí, no pude. Un hombre llegó a la terraza y me lo quitó de encima.

—Déjalo no vale la pena este imbécil.

— ¡Suéltame Oscar!, Este maldito perro no se merece mi compasión.

—Tranquilízate, aunque quieras matarlo no vale la pena.

Federico se alejó unos pasos de mí y se recargó en el barandal agarrando aire. El tipo no se fue se quedó parado en el umbral de las puertas corredizas vigilante.

Regresó y me miró con furia.

—Maldita sea Alexander ¿Por qué demonios le hiciste eso?

—Lo siento, sé que no es suficiente, pero lo hago. — le dije mientras me dejaba caer en un silla del comedor de la terraza, estaba derrotado. —Perdí, tú ganaste, nunca me quiso.

Federico se acercó, jaló la silla que estaba frente a mí, se sentó, tomé una servilleta de la mesa y me limpie la nariz que goteaba sangre.

—Te equivocas, aquí no se trata de quien gane o pierda, yo amo a Emma con toda mi alma y tú te aprovechaste de ella, de la forma más baja que puede existir...cuando me secuestraron, mi tío me hizo creer que si me alejaba de ella, le perdonarían la vida, así que acepté, preferí que estuviera viva aunque no fuera conmigo.

Nunca esperé esa reacción de él. Hizo una mueca mientras negaba con la cabeza.

—Luego me enteré que era un truco para que viajara a Colombia; pero que de todas formas la matarían, por eso fui a buscarla.

—Creí que habías muerto, nunca me dijeron lo contrario.

—Casi lo estuve. Los tres balazos que recibí por la espalda me pusieron en coma por dos meses, un mes después pude salir del hospital, me enviaron a una casa de seguridad custodiada por la DEA y ahí me escondieron durante casi dos malditos años. Solamente dos personas sabían que estaba vivo, no informaron al resto del equipo porque creían que había un informante de Rodríguez infiltrado.

—Te debo mi vida y salvaste a la mujer que amo, eso no tengo con que pagártelo. Pero esto que le hiciste hasta para un cabrón cobarde como tú es de lo más bajo y ruin. Pusiste su vida en peligro, pudo haber muerto por tu estupidez...Maia puede que sea tu hija, eso aún no lo sabemos, pero aunque lo seas, nunca la vas a volver a ver. Si lo intentas iré a la Interpol y te voy a denunciar. No descansaré hasta verte hundido y no es una amenaza es un promesa.

Federico se levantó y me dejó en la terraza, mis ojos se nublaron, estaba jodido, ya no quedaba nada para mí.

Emma

Dejé la terraza con la respiración entrecortada, con Maia en los brazos y seguía llorando.

—Linda, no llores, mami te va a cambiar y luego vamos a comer. Todo va a estar bien, amor.
—le dije sollozando, tenía que calmarme, mi llanto la asustaba más.

Después de cambiar a Maia, bajé las escaleras hacia la cocina. Me sorprendí cuando encontré a Federico en la barra tomando café, serenamente y sin nadie más a la vista. Me acerqué despacio hasta donde se encontraba, bajo la taza y se levantó sonriéndome, pero su rostro estaba tenso todavía.

— Es hermosa. —me dijo con una sonrisa, mirando a Maia fascinado.

— ¿Quieres cargarla? — asintió, la cargó nervioso. Sus ojos se iluminaron, era evidente que no tenía experiencia con los niños porque parecía que tuviera miedo de hacerle daño.

—Hola Maia, soy tu papá. —le dijo sonriendo, me emocioné con sus palabras, muchas veces me lo imaginé a con ella en brazos y llegué a pensar que eso nunca pasaría, por lo que ahora más que nunca era importante saber quién era el padre.

—Quiero hacerle una prueba de paternidad... — murmuré. Cogí a Maia de sus brazos y la puse en el piso de la sala, hasta donde él me siguió.

—Cariño, no tienes que hacer eso.

—Es necesario, es lo mejor para todos. — me senté en el sillón y recargué mis brazos en mis rodillas mientras contemplaba a mi bebé que jugaba con un cubo de colores de tela que hacia ruido y vibraba.

—Alexander, se fue. — se sentó a mi lado y me tomó de las manos, miré sus nudillos magullados y con sangre.

— ¿Qué te pasó en las manos?

—Lo que te hizo...es imperdonable.

El recuerdo de los meses anteriores, me cayó como un balde de agua fría, Federico siempre fue celoso y posesivo, ¿Sería capaz de aceptar y olvidar la relación que mantuve con Alexander?

—Lo siento...si no puedes verme igual que antes por lo que hice...yo lo entenderé...— le dije ahogándome con un nudo en la garganta, mis lágrimas caían sin cesar.

— ¿Cómo puedes pensar eso?, No podría vivir sin ti, nunca vuelvas a decir algo así, te amo y no pienso dejarte ahora que te encontré.

—Me salvaste la vida y yo te engañé. Te dejé atrás, he vivido con esa culpa todo este tiempo, perdóname. — mi voz era casi un susurró tembloroso.

—No te culpes por algo que yo provoqué, no te juzgo, no podría cariño, sobreviviste y eso para mí es suficiente. Yo soy el que tengo que pedirte perdón, por exponerte, por no saber protegerte, pensé que nada podía pasarme y me equivoqué...recibí tu correo. Tus palabras me destrozaron, me sentí miserable. Todo lo que soportaste fue por mi culpa, pero también esa carta me motivó para terminar con mi tío y su socio. Esos meses que estuve solo, nunca dejé de pensar en ti. Cuando llegaste a Nueva York, yo estaba en la ciudad, Oscar trabajaba para la DEA y él estuvo conmigo cuidándome, consiguió que te tomaran fotos cuando aterrizaste y me las entregó.

— ¿En serio?— sacó su teléfono y me mostró las fotografías. Todavía recordaba esa noche, fue una pesadilla.

—Me miraba enorme.

—Te mirabas hermosa embarazada. —me dijo con una sonrisa. Pasó su mano por mi rostro, acariciándome suavemente. —Podemos retomar nuestras vidas, no tenemos que escondernos más, ¿Quieres regresar a casa conmigo?

Levanté la cara y le di un beso, podíamos ser una familia, asentí con una sonrisa.

—Sí, quiero regresar contigo. — le dije emocionada. Volver a casa, parecía como un sueño.

Alexander no volvió, me enteré que abandonó la ciudad. A pesar de todo, dio a mi vida estabilidad y un hogar durante el tiempo que vivimos juntos. No pude dejar de sentir pena por él, pero no podía perdonarlo.

Regresamos a Estocolmo y nos alojamos un hotel, necesitaba recuperar mi pasaporte, nuevamente sería Emma Sáenz, oficialmente Maia era su hija por lo que firmó una autorización para poder sacarla del país y lo hizo sin oponer resistencia. Le dije que le haría una prueba de paternidad y que le enviaría los resultados.

Me despedí de la mamá de Alexander y Helen, tuvimos que decirles la verdad. Fue muy difícil, se convirtieron en mi familia y estaba agradecida por el cariño que me dieron durante el tiempo que viví en Suecia.

Federico

Emma y Maia estaban dormidas, Oscar la llevó a la casa de la hermana de Alexander para despedirse de la familia, le pedí que no la dejara sola ni un momento, tenía bastantes motivos para desconfiar de él.

Regresó con los ojos hinchados de llorar, sabía que los extrañaría. Aunque se equivocó en muchas cosas, le dio a Emma que necesitaba y eso me preocupó. Yo no podía darle algo igual.

Salí de la habitación y caminé a la sala, estábamos en una suite en uno de los mejores hoteles de Estocolmo, nunca les haría falta nada. Abrí el bar y me serví un trago. Oscar entró y se sentó.

— ¿Quieres un trago?

—No gracias, sabes que no bebo cuando trabajo.

— ¿Cómo estuvo el encuentro?

—Muy emotivo. Fue difícil para todos, las niñas de la hermana de Alexander, adoran a Emma, lloraron mucho cuando les dijo que se irían.

— ¿Él estuvo ahí?

—Sí, se mantuvo al margen, Emma no permitió que se le acercara, pero cuando se despidió de la niña, se quebró. — me dijo negando con la cabeza.

—Emma, me preocupa, vamos a regresar y estará sola. —murmuré. —Es momento que busque a su familia.

—Lo haremos en cuanto nos autoricen. ¿Le vas a decir de las amenazas que has recibido? — me dijo muy serio.

—No quiero asustarla y causarle una angustia innecesaria.

—El avión sale mañana temprano, nos estarán esperando en el aeropuerto de Los Ángeles.

— ¿Pediste escoltas extras?

—Sí, es parte del servicio. — Oscar, era un hombre muy precavido y podía confiar en su buen juicio.

—Quiero que contrates a tres guardaespaldas para que las cuiden permanentemente.

—Me encargué de eso también, me imaginé que lo querrías, por cierto el auto ya llegó con todo lo que pediste.

—Muy bien, ¿Todo está listo?

—Sí, debes decirle de las nuevas reglas entorno a la seguridad.

—Lo sé, cuando llegemos a casa voy a hablar con ella. — murmuré. —Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí, te has convertido en un gran amigo.

—No tienes que agradecerme por ser tu amigo, recuerda que vivimos juntos muchos meses, además me diste un trabajo alejado de la porquería de vida que tenía. — me dijo con una sonrisa.

—Ve a descansar, no vamos a salir el día de hoy, voy a pedir servicio al cuarto. — asintió y dejó la suite.

Regresé a la habitación. Me acosté a un lado de Emma y mi hija, porque Maia era mi hija, algo dentro de mí lo sabía.

Capítulo 21

Emma

Arribamos al aeropuerto de LAX por la noche, el vuelo no fue tan malo, Maia se portó increíblemente bien, para su primer viaje en avión. Federico bajó con ella en brazos, llevaba su cabeza recargada en su hombro, antes de aterrizar se quedó dormida y no hubo forma de despertarla.

Dos autos nos esperaban en la salida del aeropuerto, después que subieron nuestras maletas, salimos hacia Santa Mónica. Recuerdos se agolparon en mi mente, Federico se dio cuenta de mi ansiedad. Tomó mi mano tranquilizándome, Maia estaba acurrucada en su regazo.

—¿Estás nerviosa?— moví la cabeza y lo miré cansado, no había dormido, todo el viaje se la pasó en vigilia, algo le preocupaba, pero no me lo diría, al menos no todavía.

—Un poco, es solo que...se siente raro regresar. No me esperaba tanta seguridad. — le dije en un tono cansado.

—Es por precaución cariño. No quiero correr riesgos. Normalmente solo Oscar me acompaña. — asentí y recargué mi cabeza en su hombro, deleitándome con su cercanía.

Por fin llegamos a casa, se sentía tan extraño, todo seguía igual, tal como lo recordaba. Caminé detrás de él desconcertada cuando entró al que era su closet extra que estaba a un lado de la recámara principal.

Me sorprendió lo que vi, el closet ya no existía, ahora era una habitación completamente renovada, decorada hermosamente. Las paredes eran color beige, una cenefa con un patrón flores rosas rodeaba la habitación. En el centro estaba una cuna blanca con una colcha, edredón, rodapié y almohadas en diferentes tonos de rosa. Sobre ella había una araña de cristal. Al fondo estaba un closet con puertas blancas, una cómoda, un cambiador y una mecedora a juego.

—¿Te gusta?— me preguntó sonriendo.

—Me encanta, es hermoso, ¿Cuándo hiciste esto?

—Hace unos días Rick modificó y remodeló esta habitación.

—Es preciosa.

Me acerqué y levanté el edredón para que la acostara, la colocó de lado y la tapé. Me entregó un monitor de bebé y miré que había otro en una mesita a un costado de la cuna.

—Mañana por la tarde vendrán Rick y Marie. Están ansiosos por verte y conocer a Maia. ¿Deseas verlos?

—Claro que sí, me encantaría. Los he echado de menos. — Marie se convirtió en una buena amiga y confidente, ya que además de Robert no tenía ningún otro amigo.

— ¿Quieres tomar una ducha?

—Sí, la necesito. — luego de más de 10 horas de vuelo, estaba exhausta.

Entramos a la recámara y me dirigí al vestidor, mi ropa seguía ahí. Abrí uno de los cajones y saqué uno de mis pijamas. Me lo llevé a la nariz y olía a limpio. Cuando iba a preguntarle escuché que se rio.

—Antes que preguntes, sí lavaron y plancharon toda tu ropa.

—Espero que me quede algo todavía. —le dije tocándome las caderas.

—Te veo más delgada. Aunque necesito examinarte a conciencia para determinar si tus medidas cambiaron. — me dijo sonriendo. —Pero primero vamos a bañarnos.

Nos metimos al cuarto de baño y no hablamos, me sentí cohibida con él, había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvimos desnudos en la misma habitación. Después de una ducha deliciosa en donde dejé que me lavara y tallara, salimos a la recámara.

Ni si quiera pude ponerme la pijama, una vez que me sequé y me enrollé una toalla alrededor de mi cuerpo, me levantó y me llevó a la cama.

—No tienes ni idea de lo que te he extrañado. —murmuró con la voz ronca.

Me abrió la toalla y bajó sus manos sobre mi cuerpo lentamente, haciendo camino con sus dedos, mientras me besaba profundamente. Su lengua invadió mi boca. Estaba mojado y completamente desnudo. Puse mis manos alrededor de su cuello, mientras él seguía con su exploración. Cuando separó su boca de la mía, jadeábamos sin aliento.

—Yo también te he extrañé. — murmuré.

Bajó su cabeza hasta mis pechos y empezó a besar mis pezones, sin perder el tiempo me abrió las piernas y lo sentí entre ellas, lo deseaba tanto.

—Eres hermosa cariño. —tenía unas pequeñas estrías en el vientre bajo que dejó mi embarazo. Pasó sus dedos suavemente siguiendo su rastro.

— ¿Qué haces?— era difícil de ocultar mis marcas, pero no pensé que se diera cuenta tan rápido.

—Estoy memorizándote otra vez.

—Mi cuerpo no es el mismo...

—Claro que no. Tuviste un bebé y ahora eres más hermosa.

Besó mi cuello, mientras me levantaba de las caderas con sus manos, se movía frotándose contra mi sexo, puse mis piernas alrededor de su cintura, enredándome en sus caderas.

Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío, mientras me besaba devorando mi boca, había una necesidad palpable entre los dos, no era solo sexo, era amor, deseo y desesperación acumulada de tanto tiempo.

Bajó hasta llegar a mi cintura, hizo círculos con su lengua alrededor de mi ombligo y cerré los ojos en respuesta. Siguió su camino entre mis piernas y un escalofrío recorrió. Cuando sentí el calor y roce de su lengua abrí la boca tratando de tomar aire, pero mi respiración estaba desbocada. Cada toque de sus labios eran descargas de adrenalina que nublaban mis sentidos. Un calor abrazador me inundó y respondí como siempre lo hacía con él, pero lo quería sentir, lo necesitaba.

—Por favor. —le dije entre jadeos.

Me miró agitado, su mirada era profunda y oscura, estaba tan excitado como yo. Se levantó sobre sus manos y llegó a mi boca, su sabor era adictivo.

Pasó sus manos debajo de mis piernas mientras se acomodaba entre ellas, me penetró y solté un gemido que provenía de mi garganta. Era delicioso. Aumentó la intensidad de sus embestidas y con cada vaivén de sus caderas, estaba cada vez más cerca. Mi orgasmo llegó como una ola de calor que me golpeó y grité aferrándome a su espalda. Él me siguió ahogando un grito contra mi cuello. Se giró de espaldas y me llevó entre sus brazos.

—Te amo. — susurró en mi oído. El estar desnuda entre sus brazos, era mucho mejor de lo que recordaba y ahora él también había cambiado, su cuerpo estaba mejor que nunca, más fuerte y más maduro.

—Yo también te amo. — me acurruqué en su pecho y me apretó con fuerza como si no me

quisiera soltar nunca.

Federico

La semana que esperamos en Estocolmo, dormimos juntos pero no hicimos el amor, preferí darle su espacio y esperar hasta que regresáramos. No quería la sombra de Alexander entre nosotros.

Me acerqué y le tomé la cara con mis manos, estaba ansioso por estar con ella otra vez después de tanto tiempo. Le di un beso tierno en los labios y le quité la ropa despacio, entramos a la regadera bajo el chorro del agua, la disfrutaría despacio y sin prisas. Estar con ella fue mejor de lo que recordaba. Su olor embriagó mis sentidos, la extrañaba tanto que me dolía.

Luego de meses de añorarla por fin estaba conmigo otra vez. Me desperté con ella desnuda entre mis brazos. Esperé tanto tiempo para tenerla y sentirla, pero había valido la pena. Y ahora formaríamos una familia, me entusiasmaba tener más hijos. Vivir juntos su embarazo, eso que me perdí con Maia.

No me cansaría de verla nunca. La contemplé sin despertarla. Y aunque el recuerdo de su tiempo con él me atormentaba, me esforzaría por olvidarlo.

Abrió sus hermosos ojos verdes, somnolienta me sonrió dulcemente. Su cabello caía sobre mi pecho.

—Buenos días. — murmuró con la voz ronca.

— ¿Cómo amaneciste?—le pregunté con una media sonrisa.

—Fantástica.

—Me alegro que te sientas así. — pasé mis brazos por su espalda y la apreté contra mi pecho, mientras olía su cabello, deleitándome con su aroma.

—Tengo que revisar a Maia.

—No te preocupes, no ha despertado. —le dije señalando el monitor de bebé.

—Bueno no la molestaré, ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Primero vamos a desayunar y por la tarde vamos a hacer un asado para la cena.

—Me sorprendes, ¿Vas a cocinar?—me preguntó divertida. Me reí por su pregunta.

—Sabes que soy malísimo para la cocina, contraté un chef para que prepare todo. —le dije con un gesto divertido.

—Ya me parecía, cocinar nunca ha sido tu fuerte.

—Definitivamente no es uno de mis talentos, nunca he tenido tiempo. Ya sabes el trabajo.

—Extraño trabajar, ¿Puedo regresar a la empresa o me despediste?— me dijo con una mueca. La miré entrecerrando los ojos.

—No estoy seguro, pero creo que te despidieron por abandono de trabajo. — me comencé a reír.

—Que gracioso. Es en serio, me gustaría volver a trabajar. — me miró angustiada.

—Me gustaría que esperaras unos meses, Maia es pequeña todavía y le costará trabajo adaptarse ¿No crees?

Definitivamente, no quería que regresara al trabajo, prefería que estuviera en casa no estaba listo para compartirla. Luego de tantos meses solo la quería para mí, sin nada que la distrajera, si regresaba a trabajar estaría horas fuera de la casa y eso no iba a ocurrir.

—Está bien. —murmuró, sé que no estaba de acuerdo pero aceptó y era todo lo que me importó.

—Solo serán unos meses y luego vemos.

— ¿Siguen utilizando mi sistema?

—Sí. Lo tomó el departamento de informática y ellos lo administran ahora, pero algo se podrá hacer.

— Gracias, ¿Sabes que viví en Portland durante mi embarazo?

Pasó su mano por mi hombro, trazando círculos con sus dedos.

—Sí, Oscar me contó.

—El día que escapé, corrí por horas y luego de dos días llegué a una cafetería. Una buena mujer me ayudó y me llevó a un pueblo cercano, en donde tomé un autobús. Después de varias horas viajando decidí quedarme ahí.

No me dejaba de sorprender.

— ¿En dónde trabajaste?

—En un restaurante solicitaban un lavaplatos. Entré muy decidida, tenía que conseguir ese puesto. — me sonrió, negando la cabeza.

— ¿Tú de lavaplatos?— le dije con una sonrisa burlona.

—El dueño del restaurante se rio de mí en mi cara, pero me contrató.

— ¿Lavaste platos?— le pregunté sorprendido. No me la podía imaginar haciendo eso.

—No. Se dio cuenta que en mi vida había trabajado lavando platos, pero por casualidad lo ayudé con su laptop y me contrató para mantener su sitio web y encargarme de los pedidos de los proveedores.

— ¿Cómo se dio cuenta?

—Por las manos, me dijo que tenía unas manos muy suaves. — me dijo sonrojándose. La miré y jalé una de sus manos, su piel era hermosa.

—Muy observador. — le contesté enarcando una ceja.

—Así conocí a Parker, lo considero un gran amigo. Me ayudó mucho, me dio pena engañarlo. —murmuró.

— ¿Por qué lo engañaste?

—Nunca le dije mi nombre real, Alexander me dijo que no podía utilizar mis identificaciones, ni tarjetas, ni nada con lo que me pudieran rastrear y así lo hice. Le dije que era indocumentada y que me llamaba Emma Borges.

—Chica lista.

—Lamenté irme como lo hice, pero tenía que hacerlo. Me amenazaron con matarlo, le dije que regresaría a México porque surgió una emergencia con mi mamá. Me sentí fatal por usar a mi mamá de excusa...me suplicó que no me fuera porque no podría regresar.

—Lo siento, cariño. — murmuré, tratando de ser comprensivo.

—Me ayudó muchísimo, renté un pequeño departamento a un lado de su casa. — suspiró. — Le dije que le hablaría pero nunca lo hice, me gustaría buscarlo para agradecerle y decirle la

verdad...él me llevó al ginecólogo la primera vez y luego en cada cita que tuve siempre me acompañó.

Era fácil darse cuenta que a ese tal Parker le gustaba, pero tenía que reconocer que la ayudó cuando más lo necesitaba.

—Podemos buscarlo cuando quieras.

— ¿En serio?

Asentí. El llanto de Maia se escuchó por el monitor.

—Ahí está, ya se despertó. — le dije sonriendo, esa niña sí que tenía buenos pulmones. Emma se levantó de la cama desnuda y entro al closet, regresó vestida con un pijama.

—Voy por ella. — me dijo con una sonrisa. Salió de la habitación y volvió con Maia en brazos.

—Mira quién se despertó de malas. —me dijo con una mueca.

— ¿Por qué dices eso?

—Me tiró el biberón al piso. — estiré los brazos para que me la pasara.

—Dámela, deja que descargue su ira conmigo. —me reí.

—Voy a prepararle el baño, regreso en un momento, si te ataca grita. —me dijo riendo.

La colocó sobre mi estómago y se fue. Maia me miraba con los ojos entornados, estaba molesta, esta niña tenía su carácter. Arrugó la nariz torciendo la boca y no pude evitar reírme.

Gateó sobre mi pecho, con sus manitas me tomó de la cara y me mordió el mentón. La levanté y le hice cosquillas mientras hacía ruidos de monstruo, me miró sorprendida pero luego me sonrió y comenzó a carcajearse. Su risa era tan inocente. Necesitaba ese contacto con ella para que se acostumbrara a mí, después de todo, estuvo viviendo un año con Alexander como su papá y fui testigo como él era capaz de tranquilizarla.

—Menina bonita, eu sou seu pai.

Le comencé a hablarle en portugués, era importante que mi hija lo aprendiera además del italiano, para mi padre siempre fue importante conservar nuestras raíces.

—Dizer pai.

Le repetí lentamente.

—Pai.

— ¿Qué haces?—me preguntó Emma con voz divertida.

—Mi hija debe hablar portugués.

—Pues yo le hablo en español, Alexander le hablaba en sueco y su abuela en inglés.

Me di cuenta que se arrepintió de lo que dijo y bajó la mirada.

—No te preocupes, era su abuela. — pero su comentario me dolió, aunque no lo quisiera.

— ¿Quieres bañarla?— me preguntó entusiasmada.

—Me encantaría, dame algo de ropa para levantarme, ahora tenemos que cuidarnos de ella.

—le dije con una mueca.

—Tiene un año, no se da cuenta todavía.

—Prefiero que no vea a su padre desnudo. —le dije con una sonrisa.

Me aventó unos boxers y levantó a Maia, me los puse por debajo de la sábana, para levantarme y la seguí al cuarto de baño.

Emma

Federico se metió a la tina con Maia. Me duché y me cambié y ellos seguían jugando en el agua. Fue maravilloso verlos juntos, se levantó molesta y asustada. Extrañaba su cuna y su habitación, además el horario le afectó. Tardaría unos días en adaptarse.

Lo bueno era que todavía no tenía conciencia, porque hubiera sufrido más por la separación

de Alexander. Aunque sé que lo extrañaba, ahora Federico sería su papá y estaba esforzándose por ganársela.

Me encontré con una camioneta Mercedes Benz estacionada en la cochera, era enorme.

—Wow, ¿Te compraste una camioneta nueva?

—No. Es tuya. — lo miré incrédula.

— ¿Mía?— le dije sorprendida.

—Sí, vas a necesitar un auto familiar para moverte, ahora tendrás muchas más actividades.

— ¡Dios!, Me convertiré en una de esas mamás que todo el día van y vienen llevando a sus hijos a un sin fin de clases. —le dije con una mueca.

—Lamento decirte que sí. — me dijo encogiéndose de hombros, aunque no era totalmente de mi agrado.

—Bueno, por lo menos disfrutaré manejando por toda la ciudad. —le dije sonriendo ampliamente.

—No quiero desilusionarte, pero tienes chofer. — lo miré enarcando una ceja, ¿Para qué necesitaría un chofer?, Era ridículo.

Oscar se nos acercó y tres hombres caminaban detrás de él a cierta distancia. Parecían jugadores de futbol americano pero con un semblante amenazador, aunque vestían con traje eso no los suavizaba.

—Buen día, no los quiero interrumpir, pero les quiero presentar a los hombres que me pediste Federico. — asintió y Oscar les hizo una señal que se acercaran.

—Son Julio, Joseph y Jaedon.

—Mucho gusto. —contestó Federico. —Emma es mi novia y esta es nuestra hija Maia, ustedes serán su seguridad.

Los miré sin dar crédito, primero chofer y ahora seguridad. ¿Para qué demonios necesitaba seguridad?

—No quiero ser grosera, pero... ¿Por qué necesito seguridad?— no contestó, me miró serio.

—Oscar danos un momento por favor. —le dijo Federico. Se alejó murmurando junto con los

tres hombres, dándonos espacio.

—Cariño, no te asustes, solo es precaución, fueron recomendaciones de la DEA.

—Pero si ya los agarraron a todos según me dijiste, no veo la necesidad...de estar rodeados de extraños. — chillé.

—Prefiero exagerar con la seguridad, que no estar preparado. — bajé la mirada al piso y crucé los brazos exasperada.

—Piensa en Maia, ¿No estarías más tranquila si sabes que está protegida?— lo miré entrecerrando los ojos.

—Sí me preocupo por mi hija, pero esto es demasiado. —suspíré mientras me tallaba la frente.

—Es temporal. Concédeme un tiempo al menos, si vemos que no es necesario y sigues pensando que estoy exagerando, la eliminamos, ¿Te parece?

—Está bien. — murmuré.

— Vamos a salir y a hacer lo mismo que antes, pero con gente a nuestro alrededor, no va a ser tan malo. — asentí arrugando la nariz, que remedio me quedaba, era evidente que ninguno. Le hizo una seña a Oscar y regresaron.

—Les pido una disculpa, por lo ocurrido. —les dije con una sonrisa tímida, después de todo ellos no tenían la culpa y era su trabajo.

—Señora, no se preocupe. —me contestó Julio, era el más extrovertido de los tres.

— ¿No puedo creer que no le dijiste? —murmuró Oscar.

—Se me olvidó. Estuve ocupado. — dijo Federico, restándole importancia. Lo miré levantando una ceja incrédulamente.

—Sí. Estuvo tres horas en la tina jugando con Maia.

Oscar, se rio.

Abrieron las puertas de la camioneta, era impresionante. Tenía tres filas de asientos, miré que en la segunda fila estaba una sillita y en la parte trasera estaba una carriola. Federico sentó a Maia en la silla y le puso los cinturones.

—Estás bastante preparado con todo lo necesario. —le dije entrecerrando los ojos.

—Bueno un hombre puede tener esperanzas. — murmuró con una sonrisa torcida. Me acerqué y le di un beso suave cargado de agradecimiento.

—Los voy a seguir en tu auto. —dijo Oscar.

Julio, subió al volante y Federico se sentó en el asiento del copiloto. Fuimos a desayunar pancakes, la última vez que estuve en ese lugar fue dos años atrás, parecía que había pasado una vida completa.

Luego que le di a Maia un huevo revuelto y una salchicha, le di pequeñas probadas de mis pancakes. Federico terminó de desayunar y yo seguía sin poder comer, solo algunos bocados y tragos a mi café, pero así era tener niños.

—Cariño, casi no has comido. — le sonreí.

—Es lo habitual, primero le doy de comer a Maia, porque luego se pone muy irritable, no te preocupes ahorita que termine como.

—No, dámela yo me encargo, come por favor.

—Gracias. —suspiré. — ¿Sabes que un niño te cambiará la vida?

—Eso espero. —me dijo con una sonrisa.

— ¿Por qué Oscar no desayunó con nosotros?

—Me dijo que nos daría tiempo como familia.

Le sonreí, era muy considerado de su parte, Oscar era una gran persona, se convirtió en su hombre de confianza y amigo. Federico tenía muchos conocidos pero al único que consideraba su amigo era a Rick y ahora a Oscar.

Salimos del restaurante de regresó a la casa, Federico hizo una parada en una tienda de vinos pero ni siquiera me bajé, preferí esperar en el auto. Recordé que tenía comprarle un vestido a Maia, el clima era caluroso en comparación de Estocolmo, necesitaba ropa adecuada.

— ¿Podemos llegar al centro comercial que está de regreso?, Quiero comprarle a Maia un vestido, la ropa que trae es de invierno. —le dije con una mueca.

Me miró consternado por el retrovisor, levantó el teléfono y le llamó a Oscar, eso me

sorprendió, le dijo a donde quería llegar.

—No podemos ir a un centro comercial. — me dijo mientras se frotaba la barbilla. No daba crédito a su comentario, sobre todo porque estaba tenso y estresado, ¿Por qué tanto maldito problema?

— ¿Por qué no?

—Oscar no lo autoriza.

— ¿Es una broma?— tenía que serlo. Pero joder que no lo era, negó con la cabeza con un rictus solemne. Habló por teléfono y luego colgó.

—Podemos buscar una tienda más pequeña, con un acceso controlado.

—Donde tú quieras... — traté de no sonar sarcástica o irascible, pero fallé terriblemente.

Nos desviamos, cruzando varias calles hasta detenernos al frente de una boutique de infantes. Bajé de la camioneta y Federico se quedó desamarrando a Maia de su sillita. Yo me adelanté y crucé por la puerta. Me quedé con la boca abierta maravillada ante lo que vi. La tienda no era muy grande pero toda la ropa era hermosa, tenía una sección para que las niñas jugaran, todo en pequeño, un juego de comedor con pequeñas tazas de té. Todo color rosa y lavanda.

Me pareció adorable, mi molestia fue olvidada al instante, era tan lindo. No sé cómo demonios Oscar encontró ese lugar, pero lo hizo bien. Tomé varios vestiditos preciosos y aproveché para comprar algunas cosas básicas, bodies, blusitas y pantalones.

Maia corría por la tienda y detrás de ella lo hacía Federico, cuando fui a la caja a pagar, él y Oscar se acercaron con los brazos llenos de muñecos. La cajera me miró sonriendo.

— ¿Qué es todo eso?—chillé.

—Es que lo quiere. —murmuró Federico, bajando la mirada hasta Maia.

—No puedes comprarle todo lo que quiera. —le dije pausadamente, aunque lo entendía perfectamente, era difícil resistir el encanto de esos ojos dulces, cuando te miraba.

—Cariño, tiene un año no sabe, además no tiene juguetes en casa.

Mi hija me miró con la carita triste, Dios los niños eran tan inteligentes, se abrazó a la pierna de Federico, no podía creerlo. Pequeña chantajista.

—Está bien. —dije negando con la cabeza.

— ¿Encontró todo lo que buscaba?—me preguntó la cajera amablemente.

—Sí gracias.

Cuando la chica terminó de cobrar la ropa y los juguetes casi me dan un infarto. Eran más de mil dólares. Eran osos y otros animales, ¿Cuánto podrían costar?

Agarré el oso que tenía a la mano y miré el precio, abrí la boca del impacto. Federico miró mi cara de estupor y se adelantó. Sacó su cartera y le entregó una tarjeta de crédito a la cajera. Como si me leyera el pensamiento comentó justificando el precio de los dichosos muñecos de trapo.

—Los muñecos están contruidos con telas orgánicas e hipoalergénicas y están hechos a mano, además creo que una parte se dona para una buena causa. — murmuró.

—Así es. Muchas gracias por su compra que tengan un excelente día. —nos dijo la chica feliz.

Salimos de la tienda y regresamos a casa. Maia se quedó dormida abrazada a uno de los osos. A ver cuánto le duraba el gusto, conocía a mi hija, era de los niños que podías comprarle un juguete carísimo y terminaba jugando con una botella de plástico.

Federico

Cuando le dije a Emma que tendría seguridad se puso furiosa, pero no podía decirle que semanas atrás recibí amenazas de muerte, no tenía caso asustarla. Prefería tomar precauciones y encargarme del asunto. Para eso estaba Oscar y su equipo.

Aunque no fue fácil convencerla, si mencionaba la seguridad de Maia no se negaría, pero el restringir los lugares a los que podíamos ir, sería otro maldito problema.

Después de desayunar quiso llegar al centro comercial, aunque Oscar no lo permitiría, le pregunté. Se molestó cuando le dije que no podíamos ir, sabía que no entendería porque no le dije los motivos reales, pero me daba miedo hacerlo.

Oscar eficientemente consiguió la dirección de una boutique para niñas y eso nos salvó. Luego de más de una hora de correr tras Maia por la tienda, fuimos a pagar, fue toda una experiencia.

Nunca antes había comprado en una tienda para niños, bueno nunca siquiera había entrado a una tienda de niños, y ver su carita iluminarse por los muñecos me emocionó. ¿Eso se sentía ser

padre?, La experiencia de jugar con ella en la tina fue increíble, todo era nuevo para mí y lo disfrutaba enormemente.

Por la tarde llegaron Rick y Marie, fui a recibirlos a la entrada, Emma y Maia estaban en la terraza.

—Pasen por favor.

Saludé con un beso en la mejilla a Marie y con un abrazo a Rick.

—Te ves muy feliz amigo. —me dijo con una sonrisa.

—Lo estoy, Emma está con Maia en la terraza.

Caminamos y cuando Emma miró a Marie, gritó de la emoción.

—Amiga gracias a Dios estás bien. — se acercó a ella y se abrazaron emotivamente.

—Marie, no sabes el gusto que me da verte.

— ¿No hay un abrazo para mí?— le reprochó Rick a Emma, que la miraba gustoso.

—Claro Rick, también me da mucho gusto verte. Por cierto la habitación de Maia te quedó hermosa.

—Fue un placer como siempre.

Levanté a Maia y la recargué sobre mi costado.

—Esta es mi preciosa bebé. —les dije sonriendo.

—Déjame abrazarla. —chilló Marie.

—Es idéntica a ti Emma. —dijo Rick.

Nunca le mencioné a Rick la duda de la paternidad de Maia, era un asunto privado y no quería que Emma se sintiera mal.

—Pero tiene el color de ojos de su padre. —le dije sonriendo.

Emma me miró y se acercó a mí, pasé mi brazo por sus hombros y le di un beso en la cabeza.

Capítulo 22

Emma

Los primeros meses fueron todo un reto. Acoplarnos a vivir juntos como familia no fue sencillo, ya no solo éramos él y yo. Ahora nuestros tiempos y actividades giraban alrededor de Maia. La relación entre padre e hija era increíble, Federico la adoraba, era un padre muy cariñoso.

Lo complicado fue que no podía salir a ningún lado sin que tres hombres me acompañaran. Al principio lo entendí, pero luego me pareció desmesurado, ¿Por qué era necesario? Federico solo me repetía que era temporal, pero no me explicaba hasta cuando dejaríamos de necesitarlos.

Seguíamos esperando el resultado de las pruebas de paternidad, tenían que llegar de un momento a otro. Yo estaba casi convencida que Alexander era el padre de Maia y eso me angustiaba, sería un golpe duro para Federico, aunque él me aseguraba que no le importaba, toda la vida sería un recordatorio de mi infidelidad. Me preocupaba que si tuviéramos más hijos, la tratara diferente.

Una vez más mencioné el regresar al trabajo, pero Federico me daba largas, sabía que no quería que lo hiciera. Pero estaba tan agobiado con el trabajo que no quise discutir con él, esperaré un tiempo prudente para tocar el tema otra vez.

Además Maia era un torbellino, corría por toda la casa como el conejito de energizer. Le gustaba explorar, pero desgraciadamente la casa no estaba diseñada para niños, por lo que después de la comida comencé a llevarla a jugar a la playa en donde no pudiera hacerse daño.

Estábamos haciendo un castillo de arena, cuando el ladrido de un perro se escuchó a mis espaldas. Maia se giró sorprendida con el sonido, nunca había visto un perro de cerca.

Llegó corriendo hasta donde nos encontrábamos sentadas. Se acercó a Maia jadeando. De momento me asusté porque mi bebé se le fue encima y lo apretó del cuello. Era un cachorro todavía, pero ya era grande, era un Golden retriever muy bonito. No quise asustarla, pero me dio miedo que la mordiera.

—Maia, deja el perrito por favor. — pero fue peor, le comenzó a jalar las orejas, no quería alterarme y asustarla, pero fue difícil contenerme.

— Amor, por favor déjalo, no le jales las orejas porque le duele. — lo soltó y me miró

triste.

— ¿Le duele?— dijo mi bebé haciendo un puchero.

—Sí, le duele.

El cachorro jadeaba y de repente se giró panza arriba, mientras ladraba esperando que lo acariciaran, era un amor. Maia comenzó a reírse emocionada y se le aventó encima, por Dios esta niña me mataría de un susto. Un hombre corrió a nosotras y le gritó al cachorro.

— ¡Foster! — el perro se levantó y Maia cayó de espaldas sobre la arena y comenzó a llorar. No se lastimó solo se sorprendió.

—No llores amor. — la abracé consolándola.

— ¿Mi perro la mordió? — me preguntó preocupado. Levanté la mirada y vi parado frente a mí a un tipo alto, rubio con el pelo alborotado que parecía surfista.

—No. — cuando el hombre se nos acercó, Joseph salió de la nada, tomando su arma.

— ¿Está todo bien? — me preguntó nervioso.

—Sí no te preocupes. — le sonreí, pero temí que de Joseph lo atacara, ¿Qué demonios le pasaba? Lo miré levantando una ceja — Está todo bien, puedes irte, por favor. — le dije despacio, se dio la vuelta y se alejó pero no se fue.

El hombre estaba paralizado a mi lado.

—Ese tipo me dio un susto de muerte, pensé que me destrozaría. — me dijo gesticulando exageradamente.

—Lo siento, es que es muy sobreprotector. — murmuré apenada, pero no le di más explicaciones sobre quién era Joseph, aunque era más que evidente.

—Por cierto, soy Ned mucho gusto.

—Soy Emma y ella es mi hija Maia.— el cachorro que se llamaba Foster, se acercó a Maia y ella lo miró emocionada.

—Hola Maia, este es Foster, ¿Te gusta?

—Sí. — chilló Maia. En ese momento lo agarró otra vez bruscamente.

—Amor, recuerda, que no debes lastimarlo.

—Está acostumbrado a tratar con niños, no te preocupes. — me dijo sonriendo.

—Ella nunca se ha acercado a un cachorro y es muy brusca. — le dije negando con la cabeza.

—Este chico soporta eso sin problemas. Por cierto te he visto a lo lejos aquí sentada jugando con Maia.

—Vivo en la casa de atrás, vengo por la tarde para que juegue y se canse. — le dije con una mueca.

—Yo vivo a un kilómetro de aquí, pero me gusta venir a caminar por la tarde cuando puedo, pero nunca había llegado hasta acá. Se supone que no debería, pero Foster salió corriendo. — No entendí a qué se refería con eso, pero no le pregunté.

Maia se levantó, comenzó a correr y el cachorro la persiguió. Mientras ella jugaba estuve platicando con Ned. Resultó un tipo muy agradable, me sorprendí cuando me dijo a que se dedicaba. Con la facha que tenía, parecía todo menos dentista.

Luego de meses de estar sola por horas fue gratificante hablar con un adulto. Me acompañó a la casa y cuando se fue, Maia comenzó a llorar por Foster, hizo un drama y tarde horas en calmarla. Le prometí que al día siguiente regresaríamos a jugar.

Los dos días siguientes Ned apareció con Foster, mi bebé disfrutaba jugar con el perro, tal vez sería bueno comprarle uno, se lo comentaría a Federico. Además me gustaba platicar con Ned. ¿Quién diría que un consultorio dental era una fuente inagotable historias chuscas?, Me hacía reír.

El viernes llegó y no bajamos a la playa porque haría una cena para recibir a Marie y Rick, pensé que Maia no lo recordaría pero lo hizo. Parecía que tenía un reloj integrado, fue por su botecito y su pala, llegó hasta donde estaba cocinando y me jaló de la pierna para llamar mi atención, ya sabía que quería. Me agaché para quedar a su altura.

—No podemos ir a la playa amor, hoy mami está ocupada. — le dije despacio tratando de no alterarla, pero no funcionó, eso desató una diluvio de lágrimas y gritos.

—Mami, ¡Foster!— me gritó enojadísima.

— Lo siento, pero no vamos a ir. — le dije con tono firme. Federico entró a la cocina, mientras Maia lloraba desgarradoramente y pataleaba en el piso. Dejaría que hiciera el berrinche que quisiera, no era sano prestarle atención en ese estado, al menos eso había leído.

La levantó en brazos y Maia se abrazó a su cuello mientras seguía llorando. Lo miré suspirando. Se acercó y me dio un beso.

— ¿Qué tal tu día?— le pregunté despacio.

—Un poco ajetreado, pero bien. ¿Por qué llora?— me preguntó, nunca la había visto llorar de esa manera.

—Quiere ir a la playa a jugar, pero estoy ocupada cocinando. — le dije con una mueca.

— ¿Quieres jugar en la arena?— le preguntó con ternura.

Y mi bebé negó con su cabecita. — ¡Foster! — chilló, en solo tres días se había encariñado con ese cachorro. Federico frunció el entrecejo y me miró desconcertado.

— ¿Quién es Foster?

— Es un cachorro con el que ha jugado.

—Siii, un peito.

— ¿Quieres un perro?

—Noo, Foster. — chilló otra vez, carajo con esta niña.

—Amor, Foster ya tiene casa, Ned se pondría muy triste si lo alejamos de él. — pero no le importó, no dejaba de llorar. Federico levantó una ceja torciendo la boca.

— ¿Quién demonios es Ned? — espetó. Lo miré incrédula y ladeé la cabeza.

—Ned es el dueño de Foster. — me miró molesto, frunciendo el entrecejo con su mirada tan característica cuando algo no le gustaba.

—Sí, ¿Pero dónde conociste a Ned? — me dijo apretando los dientes. ¿Ahora estaba enojado? Increíble.

—En la playa mientras hacíamos un castillo de arena.

— ¿Sabes lo peligroso que es, que cualquier extraño se te acerque? No sabes que intenciones pueda tener.

—Estás exagerando, él solo caminaba por la playa y el cachorro se acercó a Maia.

—Por supuesto que no estoy exagerando. Además ¿Cómo llegó hasta el frente de la casa si

esta propiedad tiene la playa privada? — pero qué demonios, ¿Playa privada? ¿Era una broma?

— Mira, no hagamos un problema donde no lo hay, Foster ha jugado con Maia los últimos 3 días y creo que se encariñó con él.

Mi comentario no le hizo ninguna gracia.

— ¿Por qué jodida razón no me habías dicho que has estado por la tarde a solas con un hombre desconocido?— me recriminó furioso.

—No he estado a solas con él, siempre está Joseph detrás de nosotros y no he hecho nada malo o indebido. Además como podría decirte si esta semana no te he visto. — le dije cruzándome de brazos.

—Pues no me importa, no quiero que vuelvas a ver a ese Ned. No sabemos quién es y no confié que esté cerca de ustedes. — no me gritó, pero su voz y tono fue más alto de lo normal.

Lo miré con la boca abierta. Ni siquiera me dio oportunidad de contestarle, salió de la cocina y se llevó a Maia con él.

Federico

Salí de la cocina con Maia abrazada a mi cuello, seguía llorando. Y yo me estaba volviendo loco con lo que me dijo Emma.

Ahora, ¿Quién demonios era ese imbécil de Ned? y ¿Por qué diablos los tres guardaespaldas que se suponía tenían que vigilarla habían permitido que se le acercara?

Fuera de la casa, me encontré con Julio, Joseph y Jaedon que estaban hablando con Oscar. Bajé a Maia y corrió hasta donde estaba Julio, era al único que se le acercaba con tanta confianza.

— ¿Quién ha ido con Emma y Maia a la playa? — los cuestioné entrecerrando los ojos.

—Yo señor. — me contestó Joseph nervioso.

— ¿Quién es el tipo que ha estado con ellas estos últimos días?

—No sé, solo hombre con su cachorro.

— Lo más importante es saber, ¿Cómo es posible que se haya acercado a ellas? — le dije molesto. Oscar se aclaró la garganta.

— ¿Pasó algo con él?

— Nada, pero quiero que me expliques, para qué le tengo seguridad a mi mujer, si no va a servir de nada. — se quedaron atónitos con mi pregunta.

— No corría ningún peligro...

Oscar me miró negando con la cabeza.

— No te pedí tu opinión, ni me interesa. No quiero que se le acerque otra vez.

— Podemos investigarlo si eso te preocupa. — dijo Oscar entre dientes.

— Hazlo Oscar, pero no me importa si es en jodido santo, no lo quiero cerca de Emma ni a él ni a nadie.

Oscar me miró molesto desaprobando mi comentario, pero no me importó. Fui por Maia y la llevé a una tienda de mascotas, si quería un perro lo tendría.

Emma

Luego de la discusión, Federico y Maia regresaron al cabo de unas horas con un cachorro muy parecido a Foster, una cama, juguetes y comida.

Jugaron toda la tarde con el cachorro, que por cierto se llamaba igual Foster, porque Maia así lo quiso y al parecer Federico no quiso discutir o explicarle que no era el mismo perro. Ella estaba feliz.

Rick y Marie no podían creer que Federico hubiera comprado un perro. Al parecer no era fan de tener uno dentro de su casa, pero por su hija haría lo que fuera. La cena fue todo un éxito, tuvimos una velada muy agradable. Federico relajó su actitud y volvió a ser el mismo, por lo que no valía la pena mencionar lo sucedido horas atrás.

Estaba en la cocina preparando un biberón para Maia, cuando él se paró detrás de mí. Me abrazó por la espalda y me dio un beso en el cuello. Sus dedos se arrastraron por mi espalda,

desnuda y una corriente eléctrica me atravesó con su contacto.

— ¿Cariño, estás molesta?— me preguntó despacio y con cautela. Me giré para verlo de frente, por lo menos parecía arrepentido por su arranque.

—No, solo me pareció un poco exagerada tu actitud, nunca haría nada malo o expondría a Maia a algún peligro. — resoplé pesadamente.

—Lo sé, pero eres muy confiada, no todos son buenas personas. — murmuró.

—Te agradezco que le compraras su propia versión de Foster a Maia. — me jaló y me dio un beso.

—Un perro le hará bien.

—Pienso igual que tú, además sé que se siente sola. — le dije amargamente, después de estar pegada Hanna y Rose, era normal que lo resintiera. En casa solo estábamos ella y yo, el único que le seguía el juego era Julio, se notaba que le gustaban los niños.

—Vamos a darle su biberón, para que se duerma, necesito estar contigo. — me dijo con una sonrisa maliciosa. Me abrazó y bajó sus manos por mi cintura tomando mi trasero con sus manos.

Las siguientes semanas pasaron volando, Federico trabajaba muchas horas y yo me quedaba sola en casa cuidando a mi bebé y a Foster. La casa la limpiaba todos los días un ejército de gente, de la que ni siquiera sabía sus nombres. Llegaban siempre a la misma hora y en menos de dos horas dejaban todo immaculado. Necesitaba encontrar algo con que ocuparme. Tal vez era tiempo de regresar al trabajo, tenía que hablarlo con Federico, aunque temía que su respuesta fuera la misma.

Seguía en la cama. Apenas iban a ser las 6 de la mañana y toda la noche anterior Federico me mantuvo despierta y estaba cansada. Abrí los ojos y me encontré con él, haciéndose el nudo de la corbata frente al espejo. Se miraba imponente como siempre, olvidaba que no dormía mucho, nunca entendería, ¿Cómo podía levantarse tan temprano y verse tan malditamente bien?

—Buen día, cariño, ¿Alguien te desveló? —me dijo sonriendo cínicamente con tono burlón.

— ¿Tú qué crees?

— ¿Pero valió la pena? — se acercó y me dio un beso, olía delicioso.

—Siempre vale la pena contigo. —murmuré.

—Es bueno saber que cumplo con tus expectativas. —me dijo seductoramente, rodé los ojos por su comentario.

— ¿Por qué tan temprano?, ¿A dónde vas?

—A las oficinas de Oakland.

— ¿Tienes oficinas en Oakland?— le pregunté sorprendida.

Asintió. Desde que regresamos parecía que vivía aislada del mundo, solo miraba a Marie y a Rick. A Ned no volví a verlo en la playa, aunque todas las tardes estuvimos Maia y yo jugando con el nuevo Foster.

— ¿Desde cuándo?

—Hace un año, Rick se encargó de ellas, le dejé instrucciones antes de...desaparecer. —me dijo con una mueca. — El consejo siguió con mi plan original, todo fue por la negociación con el sr. Gengsheng, ¿Lo recuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Voy a reunirme con él, acaba de regresar de Hong Kong y quiere verme. Por cierto Robert es el administrador.

—No puedo creerlo.

—Hace unos meses cuando regresé, removí al anterior. Así que le ofrecí el puesto y aceptó.

—Me alegro por él.

— ¿Quieres acompañarme?— lo miré emocionada, claro que quería, necesitaba salir y ver a Robert sería increíble.

—Me encantaría, pero tengo que hacer una maleta para Maia y arreglarme. — le dije señalándome. —No te quiero retrasar.

—No lo harás. Primero voy a ir a la oficina, tienes tiempo. La reunión con el señor Gengsheng será por la tarde.

—En ese caso, será un placer acompañarte.

—Muy bien, regresaré por ti a las 9:00 de la mañana. — me dijo mirando su reloj.

—Espera, ¿Pero qué voy a hacer con Foster?, No lo puedo dejar solo.

—Joseph no va con nosotros, él se encargará. Sé que te has aburrido de estar aquí sola, pero eso va a cambiar pronto. — me dio un beso y se fue.

Me levanté de la cama inmediatamente, revisé el pronóstico del clima para Oakland, era más fresco que aquí pero todavía agradable, la noche estaría fría, corrí y saqué una bolsa de viaje.

Tomé varios cambios para Maia y unas mallas para ponérselas bajo los vestidos, varios tipos de zapatos y su abrigo. Agarré dos cambios de mi closet y otros zapatos, no faltaba que me pasara, o me vomitaba o me ensuciaba con lo que estaba comiendo. Esa era la realidad de las madres con niños pequeños.

En tiempo record, nos bañamos, nos vestimos y desayunamos. Veinte minutos antes de las 9 estábamos listas sentaditas esperándolo, por lo que aproveché para terminar de maquillarme. Cinco para las nueve, sonó mi celular.

—*Hola, cariño, ¿Estás lista?*

—Sí, estamos esperándote.

—*Muy bien, voy en camino.*

Quince minutos después llegó y Maia corrió en cuanto lo miró.

—Mi preciosa, ¿Extrañaste a tu papá?—la levantó y le dio un beso en la frente.

—Tí, pai.

—Esa niña te tiene en sus manitas. —le dije rodando los ojos, luego de semanas consiguió que le dijera pai, papá en portugués, eso lo llenaba de orgullo y lo más curioso era lo decía correctamente.

—No puedo negarlo. —me dijo con una mueca. —Te ves hermosa con ese vestido cariño.

—Gracias amor.

—¿Hiciste una maleta para una semana?— me dijo con una sonrisa burlona.

—Con un niño no sabes que puede pasar.

Salimos de la casa y subimos a mi camioneta, aunque nunca la había manejado, que le iba a

hacer. Nos dirigimos al aeropuerto en Santa Mónica.

—Por cierto, vamos en un vuelo privado, tenemos poco tiempo. —dijo aclarándose la garganta.

Me imaginé que el señor Gengsheng envió su avión, según me había contado era un hombre muy rico, así que no hice más preguntas. El vuelo fue agradable además de corto, llegamos al aeropuerto de Oakland a una pista privada. Oscar, Julio, Jaedon y otro hombre que no conocía viajaron con nosotros.

Cuando bajamos del avión, una camioneta nos esperaba, agarraron mi maleta y Federico cargó a Maia.

—Primero vamos a ir a las oficinas, a las 12 tengo la reunión y no creo que dure más de 2 horas, ¿Qué te parece que por la tarde vayamos a pasear en yate?, Recuerdo que te gustó la última vez. —me preguntó animado.

Parecía que había pasado una eternidad desde que estuvimos en la regata del evento de caridad, amé navegar, gracias al cielo llevaba ropa para eso.

—Me encantaría.

—Creo que debemos llevar a Maia a clases de natación. —me dijo serio.

—Apenas tiene 18 meses.

—Es la mejor edad, es importante que sepa nadar por cualquier accidente. Me preocupa que se vaya a caer a la piscina cuando nadie esté cerca.

Tenía razón, era un problema mantenerla alejada de ella, miraba agua y se lanzaba sin pensarlo.

—Cuando regresemos investigo en donde puede tomar clases. — le dije rodando los ojos, y ahí empezaban mis obligaciones como madre.

—En el club hay instructores. — me dijo encogiéndose de hombros. Ni siquiera sabía que pertenecía a algún club. — Podemos ir la próxima semana.

Pasamos por los muelles para llegar a las oficinas, miré asombrada los patios, estaba repleto de barcos y buques de carga.

—No imaginé que este puerto tuviera tanto movimiento. —le dije sorprendida.

—Es el segundo puerto en actividad, detrás de Long Beach, pero los servicios son más económicos, eso nos favoreció en la operación.

—Impresionante, ¿Cuántas operaciones hacen diariamente?

—Apenas 100, pero tengo otros contratos en puerta con tres socios del señor Gengsheng, espero que crezca por lo menos al triple.

—Bueno es una cifra respetable, considerando el tiempo que tienen operando.

—Aprendiste bien. —me dijo sonriendo.

—Tuve un buen maestro.

Las oficinas estaban el doceavo piso de un gran edificio, entramos al estacionamiento y fuimos a los elevadores.

La recepción era muy moderna, Rick definitivamente tenía un excelente gusto, todo era moderno pero con un toque cálido, muy característico de él. Jugaba con la iluminación creando una atmósfera acogedora.

La recepcionista era una joven muy linda, me recordó a mi hermana, ojos color miel y cabello castaño ligeramente caoba.

—Buen día. —nos dijo sonriendo con una voz cantarina.

—Vengo con Robert. —dijo Federico, me sorprendió que la chica no lo conociera.

— ¿Cómo lo anuncio?— le sonrió divertido.

—Soy Federico Malfacini.

Se puso pálida cuando escuchó quién era, no lo conocía, pero el nombre definitivamente sí.

—Discúlpeme señor Malfacini...apenas tengo un mes aquí. —balbuceó nerviosa.

—No te preocupes, ¿Cómo te llamas?

—Raquel.

Federico levantó a Maia en brazos.

—Mucho gusto, te presento a mi novia y a mi hija Maia.

Nos miró sonriendo.

—Emma. — le dije con una sonrisa.

—Es un placer. — nos contestó con una genuina sonrisa en los labios.

—Que hermosa niña, ¿Quieres una paleta?

Maia chilló emocionada.

—Sii. —dijo con una sonrisa que le iluminó el rostro, adiós vestido con esa paleta.

—Dile gracias. —le dije en un tono suave.

—Gacias. —dijo con su vocecita.

Federico bajó a Maia y caminó con ella de la mano, todas las miradas estaban puestas en ellos. Llegamos a la oficina del administrador, su secretaria nos recibió.

—Buen día, vengo con Robert.

—Buen día señor Malfacini, lo está esperando.

Federico abrió la puerta y Maia entró corriendo como siempre, caminamos detrás de ella. La oficina de Robert, era muy masculina, pero estaba divina. Lo miré sentado detrás del escritorio, llevaba puesto unos lentes de moldura gruesa, se veía igual pero con los lentes parecía un nerd.

Levantó la cabeza y cuando me vio se quedó estupefacto, ni siquiera se dio cuenta que Maia entró como torbellino.

— ¡Emma! — se levantó y caminó en mi dirección, me tomó la cara y me dio un beso en la frente, luego me abrazó con ternura pero con fuerza.

—A mí también me da gusto verte. —le dije riéndome, por su muestra de afecto.

—No puedo creer que estés aquí.

—Hola Robert, me imaginé que te daría gusto verla. —le dijo Federico ladeando la cabeza.

—No tienes idea cuánto.

Maia llegó y jaló de mi vestido.

— ¿Qué quieres amor?

—Agua.

— ¿Ella es tu hija?

—Sí, se llama Maia.

—Y mía también. —contestó Federico.

Se agachó frente a Maia.

—Hola preciosa, soy tu tío Robert. —le dijo sonriendo.

—Salúdalo. —se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Te pareces a tu mamá, ven te voy a dar agua.

La tomó de la mano y caminó con ella al fondo de la oficina. Federico se acercó, me abrazó y me dio un beso apasionado.

—Me cae bien, a pesar que te abrazó como si quisiera quebrarte un hueso.

—Solo está contento de verme. — le dije sonriendo.

Nos sentamos en la sala de la oficina, Maia regresó con una botella de agua en sus manos y Robert caminaba detrás con una sonrisa.

— ¿Tienes el informe que te pedí? — le preguntó Federico.

—Sí, aquí lo tengo. —se acercó al escritorio y le dio una carpeta, revisó los papeles que le entregó. Le hizo unas preguntas y luego de casi media hora de discutir varios puntos, estuvo listo para su reunión.

—Me tengo que ir cariño ¿Quieres ir conmigo o quedarte con Robert para comer?

— ¿No sé si él tenga planes? —le dije encogiéndome de hombros.

—Claro que no tengo ningún plan, será un placer comer contigo y con esta hermosa niña.

—Entonces me quedo. — se acercó y me dio otro beso.

—Luego de la reunión vengo por ti, se va a quedar Julio y Jaedon afuera, si van a comer fuera de la oficina envíame un mensaje con la información, hay un auto disponible para ti.

—Gracias, amor.

Fue con Maia y la levantó, dándole besos por la cara y haciendo un gruñido de monstruo, bueno eso decía él y a ella le encantaba.

—Pai dizer bye.

Levantó su manita y le dijo adiós. Federico dejó la oficina, giré mi cabeza y vi a Robert, que tenía una mirada de consternación.

—Necesito un trago. — me dijo jugando.

— ¿Por qué lo dices?

—Ver a Federico como papá es todo un espectáculo, ese hombre me aterra en las reuniones, con esa mirada tan fuerte y verlo con su hija es increíble. Es como ver a un rottweiler transformarse en french poodle.

—Cómo eres ocurrente, además todos cambiamos con la paternidad.

Se acercó, me entregó una botella de agua y se sentó frente a mí.

—No puedo creerlo, si no te estuviera viendo, pensaría que estoy soñando.

— ¿Se enteraron de mi muerte?

—Sí, salió en los periódicos, en las oficinas de Long Beach hubo un día de duelo, cuando supimos que Federico murió, la gente tuvo miedo que la empresa cerrara.

— ¿Y qué ocurrió?

—Su tío envió a un administrador a sustituirlo, y las cosas siguieron igual, hace un año abrieron las oficinas, Federico dejó un contrato muy importante que aseguraba la operación por cinco años. Cuando apareció meses atrás, para todos fue impactante, pero nadie preguntó por ti.

Le tomé la mano y se la apreté.

— ¡Oye! Es normal, él es el dueño de la empresa y yo no soy nadie. — suspiró molesto.

—Le pregunté por ti, pero no obtuve respuestas. Dijo que no podía hablar de ti y me prohibió tocar el tema nuevamente. — murmuró bajando la vista.

—No podía hacerlo.

—Me dijo que despediría al administrador por que encontró algunas irregularidades en los informes, así que me ofreció el puesto. Al principio no quise aceptarlo, sentí que quería deshacerse de mí, pero era una gran oportunidad así que la tomé. Lo vi solo el día que lo despidió, yo estuve

aquí para recibir su puesto.

— ¿Lo despidió?

—Sí, te aseguro que agradecí no estar en sus zapatos, tu marido es despiadado. — negué con la cabeza.

—No estamos casados.

—Pero tienen una hija.

—Es complicado, por lo pronto retomamos nuestra relación al punto en el que estábamos hace dos años, estamos viviendo en Santa Mónica, pero no hemos tocado el tema del matrimonio.

— ¿Qué pasó?, ¿En dónde estabas?, ¿Por qué te fuiste?

—Es una historia muy larga y dolorosa.

—Tú sabes que puedes contarme, siempre he sido tu amigo.

—Lo sé, pero para eso necesitamos una buena comida.

—Me parece una excelente idea.

—Tú también me tienes que contar que has hecho estos años que no te he visto.

—Por supuesto.

—Como tú vives aquí, escoge el restaurante.

—Muy bien, hay un lugar de comida japonesa al que me encanta ir, te va a gustar.

—Perfecto, me puedes dar el nombre y la dirección por favor. — me miró sorprendido.

— ¿Por qué?

—Tengo que avisarle a Federico. —murmuré.

— ¿En serio?, Así te tiene de controlada.

—No es por eso, cuando te cuente que ocurrió entenderás.

Negó con la cabeza, me dio el nombre y se lo envié por mensaje, con copia a Oscar. El que me contestó fue Oscar con un simple ok y que Julio estaba enterado, me estarían esperando en la recepción.

—Vámonos tengo hambre. — le dije sonriendo. Tomé a Maia de la mano y salimos de la oficina, cuando llegamos a la recepción ahí estaba Julio.

—Señora, ya tengo la información del lugar.

Robert, me miró sorprendido, pero no dijo nada. La camioneta en la que llegamos ya aguardaba con el motor encendido, Jaedon estaba al volante. El restaurante estaba muy cerca, nos dieron una mesa de teppanyaki y colocaron una sillita para Maia. Pedimos al mesero las bebidas y un rollo de sushi para empezar.

—Me sorprende la seguridad que tienes a tu alrededor. En la oficina corre el rumor que cuando murió el tío de Federico, le heredó una gran fortuna, ¿Es por eso todo esto?

—Yo no sé nada de su dinero, es lo último que me interesa. —solo recordar a su tío, me daba escalofríos, ese hombre era el culpable de todo lo que sufrimos.

—Hace dos años nos secuestraron. —le solté de golpe.

— ¿Qué?, ¿Es en serio?

—Desgraciadamente...sí lo es.

—Tenía que pedir un whiskey en lugar de una limonada. —me dijo mientras se aflojaba la corbata.

Maia, comenzó a balbucear, ella habla, unas palabras en español, en inglés, en portugués y otras en idioma bebé, pobre de mi hija. Le di la carta y se entretuvo con ella.

—Robert, lo que te cuente no puedes repetirlo a nadie, es confidencial. Tengo escoltas porque sé que Federico sigue asustado, aunque lo niegue, ¿Recuerdas el fin de semana que te conté que iríamos a San Francisco?

—Claro que lo recuerdo.

—Ni siquiera llegamos a San Francisco, paramos en una tienda en Carmel a comprar algunas cosas, eran como las 10 de la mañana, Federico salió a buscar su cartera al auto y desapareció. —suspiré pesadamente, recordarlo era todavía doloroso.

Comencé a contarle, lo que me pasó, omitiendo los detalles más vergonzosos y humillantes, como me escapé, como me encontraron y luego que me fui con Alexander a Estocolmo, como fue a buscarme y que no tenía ni seis meses que regresé a Los Ángeles. Robert me escuchó impactado, asimilando mis palabras, conforme avanzaba mi historia más se conmocionaba.

—No puedo creer por todo lo que pasaste.

—Fue horrible y doloroso, pero no todo fue malo, tengo a Maia conmigo. —murmuré.

—Siempre supe que Federico te amaba, pero nunca pensé que fuera capaz de dar la vida por ti.

—Dudé de él Robert, cuando llegó a buscarme y recibió esas balas por mí, me sentí tan culpable. Por Dios lo engañé. — respiré profundamente. —El no saber si Maia es su hija, me atormenta. ¿Qué clase de mujer no sabe quién es el padre de su hijo?—murmuré avergonzada, crucé mis manos y bajé la mirada.

—Emma, fuiste víctima de las circunstancias, todos cometemos errores.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Es lo que él me dice, que lo importante es que sobreviví, pero no por eso dejo de sentir culpa. ¿Qué va a pasar si Alexander es el padre de Maia?

—Alexander te ayudó, pero es un hijo de puta, yo lo hubiera matado por lo que te hizo. Que se joda, no pienses en él y en cuanto a Federico, veo a un hombre muy enamorado y que te adora a ti y a esta pequeña. Deja de atormentarte y se feliz.

—A pesar de todo lo soy, pero es difícil dejar de preocuparme...

Suspiré.

—Inténtalo, no necesitas el perdón de nadie, solo el tuyo.

— ¿Cuándo te volviste tan maduro? —le dije con una sonrisa.

—Me dejaste dos años, para mí también fue muy difícil.

—Lo siento.

—Los envidio, espero algún día encontrar el amor como lo hicieron ustedes.

— ¿Eso quiere decir que no tienes ninguna relación en este momento?

Negó con la cabeza.

—No, cuando dejé los Ángeles, terminé con mi novia, estuvimos juntos 6 meses.

— Tener una relación estable es un gran paso.

—Pensé que podía ser algo serio, pero me equivoqué.

—Ya llegará la mujer para ti.

—Eso espero.

—Tu oficina es increíble, señor administrador, veo que te ha ido muy bien.

—Más que bien y tengo que admitirlo, se lo debo a tu casi esposo.

Me reí, no quitaba el dedo del renglón.

—Te lo mereces, eres un hombre brillante y muy trabajador.

—Y guapo, recuerda que me lo dijiste hace unos años.

—No puedo creer que todavía te acuerdes de eso.

—Nunca lo olvidaría. —me dijo con una sonrisa cálida.

La comida, estuvo deliciosa, Maia comió vegetales y arroz, estuvimos en el restaurante casi dos horas. Robert era un verdadero amigo.

Volvimos a la oficina luego de la comida, Maia se quedó dormida, pero la conocía una vez que se despertara iba a querer un biberón. Así que me anticipé, no quería escuchar su llanto durante una hora.

—Robert, ¿En dónde puedo preparar el biberón de Maia?

—Por el pasillo esta una pequeña cocina en donde preparan el café y hay un área para sentarse a descansar.

—Woaw, vamos progresando. Pensaron en los empleados.

—Cállate, si tú en tu oficina tenías un espacio para ti sola.

—Era de Federico no mía. — le dije rodando los ojos. — Sabes que lo extraño. — murmuré suspirando.

—El espacio para descansar. — me dijo riéndose.

—Bobo. Extraño trabajar. Adoro a mi hija, pero la parte profesional, hacer lo que me gusta me hace falta.

— ¿Por qué no regresas?

—Apenas estamos acomodándonos y Maia me necesita.

— ¿Estás segura que no es Federico el que no quiere tenerte apartada del mundo?— me dijo serio. —Entiendo lo que me contaste, pero creo que está exagerando con tu seguridad.

—No digas tonterías. — le dije negando con la cabeza. — ¿Puedes cuidar a Maia un momento?

Salí de la oficina y entre a la pequeña cocina. Saqué lo necesario de la bolsa de Maia, mientras lavaba la tetera, un chico se acercó a prepararse un café.

Su teléfono sonó y escuché que discutía con alguien, sin querer puse atención a su conversación.

— ¿Por qué falló otra vez la réplica Barry?

Estaba enojando, pasó su mano por su cabello. Mientras tamborileaba sus dedos en la mesa impacientemente.

—Tienes una jodida semana con ese problema, no podemos esperar más, necesito eso el cien y no me digas que no es tu culpa, tú eres el experto. Esa base de datos no tenía problemas y ahora no puede sincronizarse con Long Beach. Llámame cuando tengas la solución y espero que sea hoy mismo. — colgó y maldijo en voz baja.

La curiosidad me mataba, ¿Era posible que tuvieran problemas con la base de datos de mi sistema? Tenía que preguntarle, tal vez podía ayudarlo. Tomé el biberón y lo metí en el microondas para calentar el agua.

—Disculpa, no quiero parecer entrometida, pero escuché que tienes un problema con una base de datos.

Me miró, divertido y se cruzó de brazos.

—Sí. No me digas que puedes solucionar el problema que mi DBA no ha podido.

Me dijo en tono de burla. Torcí la boca molesta por su comentario y me recargué sobre el mostrador, con arrogancia.

—Puede ser. — le dije muy segura.

—Bueno, tenemos un problema con la réplica, inicia pero no termina.

Ahora definitivamente era un reto personal, odiaba que dudaran de mí y que se hubiera burlado lo hacía peor.

Federico

La reunión con el señor Gengsheng, salió mejor de lo que pensaba. Los contratos que conseguí, levantarían nuestras operaciones en Oakland, posicionando nuestra empresa en el lugar que esperaba. Con un empuje como ese, el siguiente año, podríamos alcanzar los ingresos que teníamos en Long Beach.

Retomaría mis planes de buscar casa en San Francisco, en un área con un ambiente adecuado para Maia y con intenciones de que la familia creciera, eso me llenaba de emoción, quería más hijos. Sería un nuevo comienzo.

Estábamos a días de terminar las transferencias, el control de la empresa ahora estaría completamente en mis manos, tenía que planear como sería nuestra vida. En algún momento tendría que viajar a Brasil, sería inevitable, aunque pospondría ese viaje el mayor tiempo posible.

Oscar, siempre se mantenía a una distancia prudente de mí pero no me descuidaba ni un momento porque las amenazas aumentaron. La empresa de Panamá estaba generando molestias en uno de los sindicatos, las negociaciones eran feroces, pero no estaba siendo injusto y no se daría tan fácilmente.

Ahora tenía que cargar con un guardaespaldas aparte de Oscar, después de mucho discutirlo accedí a sus condiciones, ya que él era el experto. Pero la que en realidad me preocupaba era Emma, ella seguía fuera del radar de la prensa y de mis enemigos, aunque eso no podría ocultarse por mucho tiempo. Abandonamos el restaurante y salimos rumbo a las oficinas.

—Oscar, ¿Emma regresó de comer?

—Sí, Julio me envió un mensaje cuando dejaron el lugar, ya están en las oficinas.

—Muy bien, por cierto necesito que te desvíes, voy a llevar de paseo a mis chicas y pues no

puedo ir de traje. —le dije haciendo una mueca.

Antes de regresar, compré algo adecuado, me cambiaria en la marina. Entré con Robert buscándola. Pero estaba solo sentado detrás de su escritorio y Maia dormida en un sillón.

—Hola Robert, ¿En dónde está Emma?

—Fue a prepararle un biberón a Maia en la cocina que esta por el pasillo. Aunque ya tiene rato que se fue. — me dijo con una mueca.

—Voy a buscarla.

Caminé por el pasillo, antes de abrir la puerta del área de cafetería, oí la risa de Emma. Dejé la puerta entre abierta y escuché lo que decía.

—*Te lo dije, ese era el problema. — dijo con un gritito emocionada.*

—*No puedo creerlo, algo tan sencillo.*

—*Normalmente así pasa, las cosas más pequeñas son las que nos causan los mayores dolores de cabeza.*

— *¿Y tú de dónde saliste? Sabes, podría contratarte, acabas de dejar en vergüenza al sujeto que se supone le pagan para resolver estos problemas.*

—*Solo estoy de visita. Pero fue un placer ayudarte, sobre todo porque este problema está entorpeciendo la operación de la empresa.*

Sonreí con su comentario, me sorprendió como no le dijo quién era, ni se regodeo diciendo que ella era la propietaria del sistema de la empresa. Me sentí mal por mantenerla alejada de lo que amaba hacer.

—*Emma, me impresionaste en serio. Dame tu teléfono, ¿Qué pasa si tengo otro problema que no puedo solucionar?*

Escuché que le dio su celular y él la invito a salir, haciéndole insinuaciones que ella simplemente ignoró. Este imbécil estaba jodido. Era tiempo que entrara para conocer al idiota que estaba coqueteando con la madre de mi hija. Abrí la puerta y me encontré a Emma y a un tipo joven con lentes y cara nerd, detrás de una laptop. Que estaba demasiado cerca de ella y tenía su brazo detrás de la silla en la que se encontraba sentada. Emma levantó la mirada y me sonrió inocentemente.

—Hola Cariño. — le dije con sonrisa fingida.

Ahora recordé, porque demonios de ninguna manera regresaría a trabajar, no estaba dispuesto a tolerar idiotas a su alrededor. Así que mi remordimiento se evaporó de un tajo.

—Hola, lo siento me entretuve un rato, vine a preparar un biberón para Maia.

—No te preocupes, nuestra bebé sigue dormida— Él la miraba sorprendido, así es imbécil nuestra bebé.

—Menos mal. — contestó, Emma y se levantó, para prender el microondas y calentar el agua.

— ¿Y por cierto tú eres?— le dije en tono cortante.

—Gary Torres soy el responsable de soporte y sistemas. — me dijo sonriendo orgulloso.

— ¿Y tú quién eres? — me cuestionó. Idiota definitivamente no sabía quién era. Emma me miró asustada cuando vio mi sonrisa engreída.

—Soy Federico Malfacini, el novio de Emma, el padre de su hija y el dueño de la empresa en la que trabajas. — le dije en tono petulante. Emma se volteó con una mueca en los labios y sacó el biberón del microondas.

—Fue un placer Gary, tengo que regresar con mi hija, llámame si te puedo ayudar en algo. — agachó la cabeza y caminó de prisa. Estaba furiosa, por mi comentario. Salió dejándome solo con el imbécil, que tenía la cara roja como si le fuera a explotar y la boca abierta.

—Yo no sabía...

—Lo sé, solo espero que tengas un poco de sentido común y no intentes contactarla o créeme que me voy a enterar y no tengo que decirte que va a pasar si lo haces.

—No se preocupe señor. — murmuró.

Tenía que ir a buscarla. La encontré sentada con Maia en sus brazos dándole de comer. Me acerqué con cautela, pero ni si quiera me miró.

— Podemos irnos cuando quieras. — murmuró despacio. Joder eso era peor que me hubiera reclamado.

Dejamos las oficinas, pero Emma no me habló. Sin embargo no cambié los planes, nos

dirigimos a la marina, el yate ya nos estaba esperando.

Capítulo 23

Emma

3 semanas después...

Luego de la escena que me hizo Federico en las oficinas de Oakland, trató de congraciarse conmigo todos los días. Pero seguía sin entenderlo, porque tenía que actuar de esa forma. Lo peor es que me hacía sentir como si no fuera digna de su confianza y eso me dolía.

Aunque cada vez que me cuestionaba su comportamiento, afloraba el sentimiento de culpa latente en mi mente y solo decidía seguir adelante. No sentía que tuviera cara para enfrentarlo, después de todo le había dado un motivo muy poderoso para que desconfiara de mí y eso se estaba volviendo como una letra escarlata en mi frente.

Las semanas pasaron y regresé a mi rutina, desayunaba con él antes que se marchara a la oficina y volvía hasta entrada la noche. Todo el día estábamos solas, aunque los fines de semana la pasábamos juntos. Así que eso me bastó, necesitaba comprenderlo y apoyarlo.

El cachorro comenzó a crecer y Federico decidió enviarlo con un entrenador. Sorprendentemente los resultados se vieron casi de inmediato. Se convirtió en una buena compañía. No podía ser mejor, ahora solo hablaba con mi bebé que no tenía ni dos años y un perro que parecía entenderme mejor mi novio.

Escuché el sonido de la puerta que se abría y luego la voz de Federico.

—Cariño, ya regresé. —dijo cuando entraba a la cocina. Miré mi reloj, me extrañó que llegara tan temprano. Todavía no eran ni las 3 de la tarde.

— ¿Por qué tan temprano?—le dije frunciendo el ceño. Se acercó y me abrazó.

— ¿Pensé que te daría gusto verme?

—Claro que me da gusto...pero me parece increíble que llegaras a esta hora. —le dije encogiéndome de hombros.

—Sé que he estado trabajando mucho, pero tenía que arreglar algunos asuntos de la empresa, pero por fin he terminado.

— ¿En serio?

—Sí, regresaré a mis horarios normales, no más llegar hasta las diez de la noche.

—Me alegro escucharlo.

—Te tengo una sorpresa. — me dijo al oído, mientras me besaba el cuello. Eché mi cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

— ¿Qué sorpresa?

—Nos vamos a tomar unos días libres, para ir a la Ciudad de México. — me dijo con una sonrisa. Abrí los ojos. No podía creerlo, por fin después de casi tres años.

— ¿Puedo buscar a mi familia?— le pregunté con asombro.

—Sí, me hubiera gustado llevarte antes, pero tenía que esperar la autorización de la DEA.

—Tengo tantas ganas de verlos. — comencé a llorar.

— ¡Oye!, No llores. Este debe ser un momento feliz.

—Y lo es, es la emoción. — agarré aire. — ¿Por cuánto tiempo estaremos allá?

—El tiempo que sea necesario, no será sencillo decirles que estás viva.

—Creo que primero debemos contactar a Luis, será más fácil hablar con él.

—Es una buena idea.

Hice maletas y dejé todo listo para salir en la mañana. Estaba nerviosa y emocionada, por fin los volvería a ver.

Dejamos a Foster al cuidado de Rick y Marie. Cuando le conté a Marie que iría a México a buscar a mi familia, me preguntó de inmediato que pasaría con el perro, y me dijo que ellos lo cuidarían en nuestra ausencia.

Me extraño cuando nos dirigimos al aeropuerto de Santa Mónica y no al de Los Ángeles. En una pista de aterrizaje nos estaba esperando un avión privado. Todavía dentro del auto, me giré y miré a Federico entrecerrando los ojos.

— ¿Por qué vamos a tomar un vuelo privado y no vamos por una aerolínea comercial? —

murmuré despacio.

—Porque es más cómodo y más rápido.

— negué con la cabeza. Esa explicación no me satisfacía.

—No. Necesito saber por qué. Sé que tienes dinero, pero esto no es normal.

Suspiró y se pasó las manos por la frente, miré que Oscar nos veía por el espejo retrovisor preocupado.

—Tienes que decirme la verdad por favor.

—No quería asustarte, sé que has pasado por mucho y...

—Solo se honesto conmigo es lo único que te pido.

—Está bien, te lo contaré todo en el avión.

Subimos al avión, era muy lujoso. Tenía cuatro asientos completamente reclinables haciendo una fila y frente a ellos había un gran sofá, Oscar se sentó al final, alejándose de nosotros.

Cuando nos sentamos llegó una azafata y nos ofreció de tomar. Sujeté a Maia sobre mi regazo, para tranquilizarla por si se asustaba. Una vez que despegamos y nos dieron autorización nos movimos hacia el sofá. La senté a un lado de mí, pero inmediatamente se levantó. Se acercó a las piernas de Federico y levantó los brazos en su dirección. Quería que la abrazara. La levantó y la sentó sobre sus rodillas.

—Pai. —le dijo con su vocecita, Maia lo adoraba.

—Maia, ¿Quieres dibujar?

—Nooo. —me dijo con un chillido. Federico se rio.

—Quiere mi celular. —me dijo haciendo una mueca.

Sacó su teléfono y se lo dio, lo tomó con sus manitas y empezó a picarle, eso la mantendría entretenida por lo menos una hora.

—Ahora sí, tenemos una plática pendiente, pero tengo una pregunta antes que hacerte. — le dije mirándolo seriamente a los ojos. — ¿El avión en el que viajamos a Oakland era del señor Gengsheng?

Suspiró y negó con un movimiento de cabeza.

—No, este avión y el otro son de la empresa. —dijo aclarándose la garganta. — Cuando mi tío murió y reaparecí vivo, sus abogados me buscaron. Él no tuvo hijos ni esposa, así que me heredó todo a mí. Pensé que confiscarían todos sus bienes; pero eso no ocurrió. Congelaron solo sus cuentas en Estados Unidos. Tenía el 80% de las acciones de la naviera y era dueño de tres empresas que desconocí que existían.

Hizo una mueca de molestia y continuó hablando.

—Dos en Brasil y otra en Panamá, más cuentas que tenía en el extranjero y propiedades en varios países. No sé en qué momento se convirtió en un hombre tan rico.

Lo escuchaba sorprendida.

—Un grupo de directivos llegaron desde Brasil acompañados de abogados para hacer la transición de los bienes. Estos meses han sido caóticos, he tenido reuniones interminables en donde me han puesto al día con todo lo que me tío me heredó.

— ¿Por qué no me dijiste? — hubiera sido más fácil para mi entenderlo.

—No quería hablar de él contigo...después de lo que nos hizo. — murmuró.

— ¿Entonces por qué aceptaste su dinero?, Tú nunca quisiste nada de él, ¿El que tenías no era suficiente?

—No es por eso. Entiéndeme, ¿Pero qué puedo hacer?, Si rechazo la herencia, venderán las empresas y los socios minoritarios se quedarán con todo. La naviera la fundó mi abuelo y es el único legado de mi familia. Se perderían más de cinco mil empleos, la situación en Brasil es difícil, ¿Imagínate que pasará con sus familias?

No podía creer lo que me decía.

—Te alejaste de Brasil porque me dijiste que era peligroso y porque la prensa no te dejaba en paz.

—Lo sé, pero no tengo opción.

— Entiendo tus motivos, pero no por eso me gusta. Con tus negocios en Brasil, ¿En dónde vamos a vivir? — eso me preocupaba muchísimo.

—Nuestra residencia permanente será Estados Unidos, pero tendré que viajar constantemente.

Cerré los ojos y recliné mi cabeza.

— ¿Eso significa que la seguridad no es temporal?

—No cariño. Lo siento pero no es temporal. Se difundió la noticia que estoy vivo y que ahora soy el dueño de todo, por eso no podemos viajar en una línea comercial.

Me tomó de la mano y besó mis nudillos. Ahora entendía todo el maldito problema con la seguridad y el miedo que tenía, que para mí era irracional, ahora cobraba un nuevo significado.

— ¿Saben de nosotras?

—Todavía no, pero no tardarán en averiguarlo. Ya han tratado de tomarnos fotos, pero los hombres de Oscar los han detenido.

Lo miré abriendo los ojos.

—Nunca me di cuenta de qué quisieran hacer algo así.

—Son buenos en su trabajo. — me dijo con una media sonrisa.

— ¿No quieres que sepan de nosotras? —murmuré sin poder mirarlo a los ojos.

—Cariño, no es porque las esté ocultando, pero no quiero que les tomen fotos a donde vayan o las acosen. Estoy orgulloso de ti y de mi hija, en su momento se enterarán pero bajo mis términos.

Suspiré.

—Perdón...tienes razón.

Oscar era realmente eficiente en su trabajo, se encargaba de la seguridad y la logística. Todo estaba coordinado y arreglado cuando aterrizamos. Llegar a México fue peor, por ser considerada una ciudad peligrosa según él. Al llegar nos encontramos con un séquito de guardaespaldas.

No estaba muy feliz con lo que me confesó, no solo era el dinero, era la atención que eso nos traería, sobre todo en Sudamérica. El acoso de la prensa lo hizo correr hacia Estados Unidos y ahora eso volvería multiplicado. Sin contar que yo no estaba acostumbrada a vivir así. Mi vida antes de esto era sencilla, sin preocuparme por las apariencias, no tenía dinero pero era libre de hacer lo que quisiera y mi hija crecería lidiando con eso.

Nos dirigimos hacia el hotel Four Seasons ubicado sobre el paseo de la Reforma, cuando entramos al lobby Maia caminaba de la mano de Federico y abrazaba a su osito de peluche del que

era inseparable.

Después de registrarnos tomamos el elevador hasta el octavo piso, la habitación resultó ser una suite, pedimos que nos instalaran una cuna para mi bebé. En cuanto entramos Maia corrió por la sala alrededor de la mesa de centro. Luego de encenderle la televisión en un canal infantil, por fin se calmó.

Cuando regresé a la sala, Federico hablaba por teléfono, giró y me dio una sonrisa entusiasta. Me hizo señas con la mano indicándome que me acercara y me sentara sobre sus piernas, obedientemente hice lo que me pidió. Colgó el teléfono y me tomó de la cara dándome un beso.

—Te tengo una buena noticia. — me dijo sonriendo. — Mi secretaria me acaba de enviar los resultados de los exámenes de paternidad.

Lo miré con los ojos abiertos como platos. Ya estaban los resultados, los esperamos por meses, se formó un nudo en mi estómago, quería conocer quién era el padre de mi niña, pero tenía miedo.

—Antes de revisarlos quiero que sepas, que no importa lo que diga un papel, Maia es mi hija.

— ¿Los podemos ver? — murmuré nerviosa.

—Sí. — tomó su laptop y abrió el correo que contenía el archivo con los resultados.

Me recargué sobre su pecho, abrió el archivo y lo puso en la pantalla. Lo leímos cuidadosamente, pero claramente decía que era su hija. No podía creerlo, siempre pensé que era hija de Alexander, después de la golpiza que sufrí, era increíble que no me hubiera afectado. Pero como prueba de ello, ahí estaba mi bebé.

— ¡Es mi hija! — me dijo con los ojos húmedos emocionado.

—Sí es tu hija. — le dije mientras algunas lágrimas corrían sobre mis mejillas, pero eran de felicidad.

—Maia Malfacini. — me dijo sonriendo. — Me gusta.

—Tenemos que avisarle a Alexander. — no me gustaba recordárselo, pero era lo correcto, tenía meses que ni si quiera mencionaba su nombre.

—Yo hablaré con él. Le pediré a mi abogado que empiece a trabajar con el cambio de apellido de Maia.

—Me gustaría registrarla en México.

—Pediré que investiguen que necesitamos, yo tengo dos nacionalidades.

Lo miré sorprendida.

— ¿Cuáles?

—La brasileña y la americana.

— ¿Y ella cuántas tendrá?

—No sé, deja que los abogados nos digan. Nació en Estocolmo ¿Verdad?

—Sí, por Dios, no lo había pensado. Pobre de mí bebé, en todo el lío que la hemos metido.

—No te preocupes por eso.

—Tienes razón. — suspiré.

—Lo que te dije antes era cierto, no me importaba lo que esa prueba dijera, pero estoy feliz por saber que si es mi hija. — me dijo con una mueca.

Su reacción fue comprensible, pero gracias a Dios, no tendría por qué preocuparme por eso. Me abrazó y nos quedamos en silencio, mientras acariciaba mi espalda. Al cabo de varios minutos, decidí sacarnos de ese estado. No tenía idea que estaba pensando, pero tampoco quería saberlo.

— ¿Cómo vamos a contactar a Luis?

—Oscar se comunicará con él. Le dirá que tiene información sobre ti y le pedirá que venga al hotel. ¿Te parece bien hoy por la tarde?

—Sí. Estoy impaciente por verlo, pero debo confesarte que tengo miedo por mi tío. ¿Y si se sorprende demasiado?

—Es un hombre fuerte. Se pondrá feliz cuando sepa que estás viva.

—Es la única familia que tengo.

—Me gustaría tener más hijos. — me dijo sonriendo.

—A mí también me gustaría. — siempre pensé que dos hijos eran muy pocos, para mí el número ideal de hijos eran tres.

—Imagínate cuatro o cinco niños corriendo por la casa. — me dijo entusiasmado.

— ¿Estás loco?, ¿Quieres que la siguiente década me la pase embarazada?— dije en tono exagerado. Se rio fuerte.

—Pero dos o tres más. — me dijo con una sonrisa pícaro, me encantaba cuando torcía los labios así, se le hacían hoyuelos en las mejillas.

—No me presiones, uno a la vez y vemos hasta donde podemos llegar.

—Quiero estar ahí para llevarte al doctor, ver por primera vez a nuestro bebé en el ultrasonido, hacer todo lo que me perdí con Maia. La amo, pero quiero vivir todo el proceso del embarazo contigo y estar a tu lado cuando nazca.

Sus ojos se iluminaron de la emoción, era lo que yo también quería, tener una gran familia.

—Te amo. — le dije emocionada.

—También te amo.

Maia entró corriendo a la sala gritando, seguía sin entender porque los niños gritaban por todo. Se subió al regazo de Federico mientras apretaba sus mejillas con sus manitas, me reí. El fingía dolor por su agarre y a ella eso le emocionaba.

Capítulo 24

Luis

Recibí una llamada de un tal Oscar Sarmiento. Me dijo que quería hablar de Emma, que era urgente que nos encontráramos en el hotel en donde se estaba hospedando.

No se lo mencioné nada a mi papá. No quería alterarlo, habían pasado casi tres años desde que ella murió y seguía culpándose por ello.

Decía que no la había protegido y permitió que se fuera sola con un extraño a otro país. La llamada me inquietó. ¿Qué me podían decir sobre su muerte que no supiéramos? Además eso no cambiaba el hecho de que estuviera muerta.

El sepultarla fue doloroso, solo nos entregaron una urna con sus cenizas, ni siquiera hubo un cuerpo, agregaron sus restos junto a sus padres y hermana, era jodido que toda su familia estuviera muerta y eso mi papá no lo superaba. Nunca lo vi tan devastado.

—Manuel, voy a salir. — le dije a mi socio, tenía una constructora que monté gracias al dinero que Emma me dejó cuando murió y el cobro de sus seguros de vida.

Al principio me negué a tocar ese dinero, pero luego mi mamá me convenció que necesitaba pensar en mi futuro. Después de meses de analizarlo, invité a mis mejores amigos y fundamos Sáenz y Asociados.

— ¿A dónde vas?, Tenemos programada la reunión para revisar los planos de la ampliación de la casa de Cuernavaca. — me dijo en tono molesto.

—Atiéndela por mí por favor, tengo algo que hacer.

— ¿Qué puede ser más importante que este contrato?

—Emma. — murmuré.

— ¿Emma?— me preguntó sorprendido.

—Sí, recibí una llamada de un tipo que me dijo que tiene información sobre ella y que es urgente que nos veamos.

—Ahora comprendo, discúlpame...yo me encargo, espero que sean buenas noticias. — me dijo encogiéndose de hombros.

—Gracias, sé que está muerta, pero me interesa cualquier noticia sobre ella.

Las oficinas estaban alejadas del hotel en donde me citaron, por lo que tenía que tomarme mi tiempo para llegar, la ciudad era caótica, ya no importaba la hora a la que salieras a la calle. Dejé mi auto en el valet parking del hotel, y caminé hacia el lobby. Un hombre alto y moreno me estaba esperando.

—Sr. Sáenz. —me dijo, asentí con una mirada desconfiada, ¿Quién era este hombre?

—Mucho gusto, soy Oscar Sarmiento.

Extendí mi mano para saludarlo. Su apretón fue firme, siempre pensé que eso te decía mucho de una persona, por lo menos no dudo.

—Luis Sáenz para servirte, ¿Qué me tienes que decir de Emma?

—Acompáñame y en un momento lo sabrás.

Subimos al elevador y luego entramos a una suite, todo me pareció sospechoso, pero lo seguí.

—Siéntese por favor.

Para mi gusto, había demasiado misterio alrededor de toda la situación. Se abrió la puerta y entró un hombre alto, de ojos azules y cabello negro. Se sentó frente a mí.

—Hola Luis, gracias por venir. —me dijo con una sonrisa amable y un acento curioso.

— ¿Qué pasa con Emma?

—Lo que voy a decirte no es sencillo, así que espero ser lo más sutil posible. — lo miré entrecerrando los ojos con una mueca de incredulidad.

—Mi nombre es Federico Malfacini. — mi boca cayó hasta el piso cuando escuché su nombre.

— ¿Qué?, Pero tú estás muerto. — dije alterado, lo que le pareció divertido, porque se sonrió, ¿Por qué jodidos creyó me causaría gracia?, Se trataba de mi prima la que había perdido casi tres años atrás y por la que mi padre entró en una depresión de la cual estaba saliendo a duras penas.

—Pues aparentemente no.

—Obviamente que no lo estás, pero eso fue lo que nos dijeron. Tú y Emma tuvieron un accidente y los dos murieron. — le contesté irritado. Se levantó, me trajo un trago y me lo entregó.

—Lo vas a necesitar. — tomé la copa y lo bebí, sentí que me quemaba la garganta, pero calmó el nudo en mis entrañas.

—Ese accidente nunca ocurrió.

— ¿Emma está viva?— sus palabras cayeron como una avalancha de nieve dejándome helado por su revelación.

—Sí, está viva.

—Pero si nos entregaron sus cenizas. —le dije conmocionado.

—Lo sé, pero fue para protegerla, pero ya no corre peligro.

Una puerta se abrió, levanté la mirada y la vi parada en el umbral. Me levanté apresuradamente y corrí a abrazarla.

—No puedo creerlo. ¿Pero qué paso?, ¿Por qué nos mintieron?, ¿Dónde estuviste todo este tiempo?— era como un milagro.

—Es una larga historia. — me tomó de la mano y nos sentamos en el sillón.

Me platicaron por todo lo que atravesaron, desde su secuestro, como escaparon, que vivió más de un año en Estocolmo, y como después de que atraparon a todos los involucrados pudo regresar. Todo parecía sacado de una película, era increíble y jodido.

—No puedo creer todo lo que me cuentan. — les dije negando con la cabeza. —Pero me alegro que por fin esa pesadilla se haya terminado.

—Nunca quise que sufrieran por mi culpa, vi las fotos que subiste a tu cuenta de Facebook. —me dijo con una mueca.

—A mi papá le afectó mucho la noticia, se sintió culpable. Decía que le falló a su hermano. Sabíamos que era una buena oportunidad de trabajo la que se tuviste, pero en el fondo sentimos que te fuiste por el problema con el imbécil de Alejandro. Hasta la fecha mi papá no le habla y yo no lo tolero, a la casa no ha vuelto, sabe que no es bienvenido.

— ¿Quién es Alejandro?—preguntó Federico con curiosidad.

—Es mi primo desgraciadamente. —le dije en tono asqueado. —Trato de... —suspiré.

Emma me interrumpió.

—Por favor no me lo recuerdes. Eso ya quedó en el pasado, nunca culpé a nadie, además gracias a ti no me hizo nada. — me dijo suplicándome con la mirada.

—La actitud que tomó mi mamá fue equivocada, pero te juro que se arrepintió por la forma en que se portó contigo defendiendo a ese idiota.

Me pasé una mano sobre mi rostro, preocupado.

—No puedo culpar a Laura, ella dijo que era como su hijo, ahora que tengo una hija la entiendo. El amor de madre es incondicional, aunque a veces sea equivocado, era normal que lo eligiera a él.

—Pero estuvo mal.

—Vamos a olvidarlo por favor. — me dijo con los ojos húmedos.

—Está bien, tienes razón.

Resoplé preocupado y avergonzado, ¿Cómo demonios le diría que utilicé su dinero?

—Te lo agradezco.

—Tengo que decirte que hice algo que no me llena de orgullo.

Emma me miró ladeando la cabeza.

— ¿Qué puede ser tan malo?

—Cuando nos dijeron que estabas muerta, tuve que sacar el dinero de tus cuentas, ¿Recuerdas el correo que me enviaste con todos los datos bancarios?

—Sí.

—Todo el dinero lo transferí a mi cuenta, era una suma muy fuerte. — dije entre dientes mirando el piso. —Un año después, lo utilicé para abrir un negocio, pero te lo voy a pagar.

—Pero solo la cuenta bancaria en México, mi cuenta en Estados Unidos está intacta, es más me siguieron pagando varios meses después.

—No, también retiré ese dinero. — le dije extrañado, estaba seguro yo mismo fui a hacer esos movimientos.

—No puede ser, mi cuenta sigue activa, es más he pagado con ella... — volteó lentamente y miró a Federico entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño. — ¿Fuiste tú?

Federico se sonrió nerviosamente y pasó los dedos por el cabello con un gesto de inocencia.

—Me descubriste.

— ¿Por qué hiciste eso?— chilló Emma sorprendida.

—Cariño, necesitas dinero, y no lo aceptas con facilidad, además no es una suma importante.

—No sé si sentirme agradecida u ofendida por menospreciar mi sueldo de casi un año. — le dijo con una mueca.

—Yo no hice eso. — dijo levantando las manos. — No malinterpretes mis palabras.

—Ves Luis, ese no te preocupes por el dinero. — Emma rodó los ojos.

—Pero eso no significa que no te lo deba, ya sea que te lo pague a ti o tu novio. No quiero que pienses que me aproveché. — exclamé.

Emma me tomó las manos y me dio una sonrisa.

—Nunca pensaría eso, creíste que estaba muerta era lo que tenías que hacer.

Federico se aclaró la garganta.

—Luis, no tienes que pagarle nada a nadie. Si te ayudó a emprender un negocio me da mucho gusto, Emma me dijo que estabas estudiando arquitectura.

—Sí, el año pasado me gradué, siempre tuve la inquietud de abrir mi propia constructora, así que me asocié con Manuel y Alberto.

— ¡Eso es maravilloso! ¿Y cómo está ese par?—me preguntó Emma sonriendo.

—Muy bien, Manuel sufrió mucho cuando le conté que estabas muerta. —le dije encogiéndome de hombros.

—Lo considero un buen amigo, siento que haya sufrido por mi culpa.

— ¿Cómo te ha ido con el negocio?— preguntó Federico sonriendo.

—Todavía no cumplimos un año, pero nos ha ido bien para ser una constructora nueva.

Y era la verdad desde que abrimos no habíamos dejado de trabajar.

—Te ofrezco todo mi apoyo, la empresa trae un proyecto en puerta y uno de ellos es la apertura de oficinas aquí en la Ciudad de México, puede ser una buena oportunidad para conocer su trabajo.

—Muchas gracias.

—Que les parece si vamos a cenar. — dijo Emma con un chillido. —Necesitamos ponernos de acuerdo en cómo le diremos a mi tío que estoy viva, no quiero que me vea de repente y le dé un infarto.

— ¿Cariño a dónde quieres ir?—le preguntó Federico.

—No sé, pero quiero comer comida Mexicana real. —le dijo haciendo una mueca.

—Vamos a Villa María. —le dije sonriendo. —Es comida típica mexicana, eso si no es un lugar de cinco estrellas y viendo como viajas ahora tal vez no te agrada el lugar. — le dije en tono sarcástico.

— ¡Eres un bobo!— me dijo con una mueca. — Quiero comida mexicana de verdad y todo se me antoja.

— ¿Tienes la dirección?—me preguntó Federico.

—No, pero puedo conseguirla.

—Te lo agradecería.

—Voy a cambiarme y a levantar a Maia, vuelvo en un momento.

Emma salió y me dejó solo con Federico.

—Hacía tiempo que no la miraba tan feliz. — dijo Federico sonriendo.

—Es un milagro que esté viva, yo la sepulté. —le dije negando con la cabeza. —No se merecía sufrir tanto.

—Lo sé, ella y mi hija son la razón de mi vida, haré todo lo que esté en mis manos para protegerla y hacerla feliz.

—Está muy enamorada de ti. —le dije sonriendo.

—Y yo de ella.

Abrieron la puerta y el mismo hombre que me recibió entró a la habitación.

—Oscar vamos a ir a cenar a un lugar llamado Villa María, Luis te va a dar la dirección.

Abrí mi teléfono y busqué la dirección, el restaurante estaba a pocas cuadras del hotel y se lo envié a Oscar.

—Por cierto Oscar es mi jefe de seguridad y mi amigo.

— ¿Por qué necesitas tanta seguridad?

—Es por los negocios, hace poco heredé la fortuna y varias empresas de mi tío, pero también todo lo que implica. Prefiero no correr riesgos con ellas, después de lo que hemos pasado.

La puerta se abrió y salió una niña corriendo hacia los brazos de Federico. La levantó y se la comió a besos, mientras ella se carcajeaba, él le hablaba en portugués según entendí.

Emma se acercó.

—Maia él es tu tío Luis, dale un beso.

Ella la miró y me sonrió. Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Eres preciosa. — era la viva imagen de Emma, pero con los ojos azules.

—Igual que su mamá. —Federico abrazó a Emma y le dio un beso.

—Ya podemos salir. — nos dijo Oscar muy serio, parecía que ese hombre nunca sonreía.

La cena fue muy agradable, la comida estuvo deliciosa. Emma ordenó la comida, aunque a mí no me lo pareció, Federico dijo que era demasiado picante para él, era obvio que no estaba acostumbrado. Nos reímos y recordamos viejos tiempos.

Maia era una niña voluntariosa, se parecía a Emma, pero los gestos y el carácter eran de su papá.

Regresé a casa y tomé mi laptop, busqué en Google el nombre de Federico Malfacini y lo que me encontré me impresionó. Estaba considerado como uno de los hombres más ricos de Brasil, no exageró cuando me dijo que necesitaba seguridad por sus negocios.

Encontré fotos antiguas de sus visitas a Río de Janeiro, al parecer en Sudamérica era toda

una celebridad considerado como uno de los solteros más codiciados. En las noticias mencionaban la muerte de su tío meses atrás, era el heredero de un imperio que naviero. Pero ni Emma ni Maia aparecían relacionadas con él.

Mi papá estaba tomándose su café como lo hacía cada mañana antes de salir a trabajar. Me senté a la mesa y me serví un vaso de jugo. Le di un trago, porque sentía la garganta seca. No sabía cómo darles la noticia sin que los afectará. Mi mamá me puso un plato frente a mí y se sentó a mi lado.

—Buenos días, hijo. — me dijo sonriendo.

—Buenos días. Tengo que darles una noticia.

— ¿Qué pasa?—me dijo mi papá bajando el periódico para verme a la cara.

—No sé cómo decirles esto, pero no encuentro la mejor forma de hacerlo.

—Me asustas. —dijo mi madre.

—No quiero alarmarlos, no es nada malo, al contrario. — les solté de repente. —Emma no está muerta.

— ¿De qué hablas?— dijo mi papá alterado.

—Que no está muerta.

— ¿Pero cómo es posible?, Si nos entregaron sus restos y la sepultamos. —dijo mi papá exaltado con dolor en sus palabras.

—Lo sé, para mí también fue increíble, pero ayer me reuní con ella.

—Luis, la policía nos entregó sus cenizas, ¿Me estás diciendo que nos mintieron?— dijo en tono de reproche.

—Lo hicieron para protegerla.

Les conté todo lo que me dijeron, omitiendo algunos detalles que afectarían demasiado a mi papá, aunque al principio no me creyó, cuando le mostré las fotografías que tomamos durante la cena, no tuvo más que aceptarlo. Les platicué quien era Federico y les di un pequeño resumen de lo que encontré en internet de él.

—No puedo creerlo. — exclamó mi mamá.

—Es una historia bastante increíble.

— ¿Cuándo la podemos ver?

—Vendrán por la tarde, me pidió que le avisara si estabas de acuerdo con su visita.

—Hijo, claro que estamos de acuerdo, es un milagro que este viva.— exclamó alzando la voz.

—Ella y Federico tienen una hija, es una niña preciosa se llama Maia.

Mi mamá me miró ilusionada, adoraba a los niños, desgraciadamente no pudo tener más hijos después de que nació.

— ¿Tiene una niña?— chilló mi mamá.

—Sí, va a cumplir 2 años, pero es imparabile. — les dije con una sonrisa.

—Háblale y dile que la estaremos esperando. — saqué mi celular y le llamé.

Capítulo 25

Emma

Nos estacionamos frente a la casa de mis tíos, no podía creer estaba de regreso. Todo lucía igual que la última vez que estuve ahí. Muchas veces llegué a pensar que no volvería a verlos, y tenía que admitir que me fui un poco dolida con ellos, sobre todo con Laura. Pero después del infierno que pasé, era algo que ya no me importaba.

Cuando miraba a mi tío, veía a mi papá, era la única familia que me quedaba y mi orgullo no me alejaría de ellos. Le envié un mensaje a Luis, avisándole que estábamos afuera de la casa.

—¿Estás lista?—me preguntó Federico.

—Sí, solo un poco nerviosa.

Maia, se miraba tan linda, le puse un vestido azul marino con lunares blancos, con una cinta en la cintura que remataba en un moño, llevaba mallas y zapatos blancos. Me encantaba vestirla, era como mi muñequita, bueno al menos el tiempo que me lo permitiera.

Bajamos del auto y tocamos a la puerta, Federico cargaba a Maia en brazos. Se miraba tan guapo como siempre, no me cansaba de verlo, su porte y presencia me hipnotizaban.

Luis abrió la puerta, entramos a la casa y pasamos a la sala, en donde se encontraba mi tío y Laura con una amplia sonrisa en sus rostros, nos miraban emocionados. Me acerqué a él y lo abracé, mi corazón latía desbocado a mil por hora. Cuando nos separamos miré que sus ojos se miraban llorosos.

—No podía creerlo cuando me lo dijo Luis. — murmuró.

—Lo sé, pero aquí estoy, parece que mis ángeles siempre me cuidan desde el cielo. —le dije mientras se me salían las lágrimas.

Me acerqué a Laura y le di un abrazo.

—Les voy a presentar a mi hija y mí...

Federico me interrumpió.

—Su futuro esposo, mucho gusto Federico Malfacini. —le dijo sonriendo.

—Y esta es Maia. —la tomé en brazos y se la entregué a mi tío.

—Es tan lida. —dijo Laura.

—Por favor siéntense, tenemos muchas cosas que platicar. —dijo mi tío.

Después de una hora de charlar y platicarles lo ocurrido, decidimos salir a comer, pero antes tenía que cambiar el pañal de Maia. En el cuarto de televisión la acosté en el sofá y le puse un pañal limpio, cuando estaba terminando entró Laura.

Se sentó a un costado de Maia mientras la miraba con ternura y le hablaba cariñosamente. Tomó aire y me miró tristemente. Todo eso, era por Alejandro.

—Quiero pedirte disculpas. — murmuró apenada.

Tenía los ojos brillosos como si reprimiera que sus lágrimas se deslizaran libremente. La tomé de la mano y le sonreí con empatía.

—No tienes que hacerlo, prefiero dejar eso en el pasado, no tiene caso recordar algo que no vale la pena. — le dije encogiéndome de hombros.

—Gracias. — me dio una mirada de agradecimiento.

—Ese hombre te adora. — me dijo sonriendo. —Hacen una hermosa pareja y esta niña es preciosa.

—Tuve mucha suerte de encontrarlo.

— ¿Cuándo se piensan casar?

—No lo hemos platicado, supongo que lo vamos a hacer en algún momento.

—Luis nos dijo que Federico es un hombre muy rico. —me sonreí, Laura no podía evitarlo, era bastante curiosa.

—Siempre ha tenido dinero, pero ahora heredó una gran fortuna y eso me preocupa muchísimo.

— ¿Por qué?

—No puedo salir libre a la calle como antes. Cuando recuperé mi libertad pensé que se acabaría ese miedo de salir viendo sobre mi hombro, y ahora me encuentro con que tengo que seguir bajo un cinturón de seguridad. Salir con dos o tres guardaespaldas, no era lo que imaginaba. Sin

contar que tendría que viajar constantemente a Brasil y eso me inquieta. — le dije negando con la cabeza.

— ¿Y él vale la pena pasar por todo eso?— me preguntó. No lo había pensado así, asentí lentamente.

—Él lo vale por supuesto, pero es difícil, todavía me estoy adaptando. —le dije suspirando.

—Entonces deja que las cosas se asienten, dales tiempo, él también debe estar angustiado por toda esta situación.

Tenía razón, lo que debía hacer era mantenerme firme a su lado, juntos podíamos enfrentar cualquier cosa.

—Tienes razón, no había pensado en eso.

—Vamos entonces, nos deben estar esperando.

Fuimos a comer a un restaurante localizado en Polanco, como un día antes comimos comida mexicana, ahora Federico escogió el lugar. Mi hombre definitivamente era carnívoro, así que fuimos a un lugar donde la especialidad eran los cortes de carne.

Dejamos los autos en el valet parking y cuando entramos nos recibió un anfitrión. Nos condujeron a un salón privado, en donde estaba una mesa redonda en el centro de la habitación.

Me quedé con la boca abierta de la impresión. La mesa estaba delicadamente adornada con flores naturales y un mantel hermoso. ¿Qué era lo que estaba planeando?

Giré y lo miré entrecerrando los ojos, sus labios se curvieron con una sonrisa pícaro, adoraba esa sonrisa que formaba un hoyuelo en su mejilla. Me tomó de la mano y me abrió una silla para que me sentara, también había una sillita para Maia.

Tomamos asiento e inmediatamente nos sirvieron una copa de vino y nos colocaron aperitivos en el centro de la mesa. No me sorprendió cuando hicieron eso, era clásico de Federico, ya había ordenado toda la cena.

Después de una comida riquísima nos llevaron dos botellas de champán y nos sirvieron una copa a cada uno.

Lo que hizo Federico me dejó sin habla. Se levantó, se inclinó y puso una rodilla en el piso mientras me tomaba de las manos, levantó la mirada y me dijo con una linda sonrisa.

—Cariño, eres el amor de mi vida, he tenido que esperar más de dos años para hacerte esta pregunta. — sentí que un nudo se formaba en mi garganta.

— ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero casarme contigo.

Sacó un estuche de su saco y me puso un hermoso anillo que tenía un diamante cuadrado en solitario, era impresionante. Se levantó y me abrazó dándome un beso que me quitó el aliento. Nos aplaudieron efusivamente. Nunca sospeché que todo lo tuviera planeado.

—No puedo creer que hayas planeado esto. —le dije con una gran sonrisa.

—Puedo ser muy discreto cuando quiero. —me sonrió.

—Eso que me dijiste...que esperaste dos años.

—Lo que te dije es verdad, cuando nos dirigíamos a San Francisco iba a pedirte matrimonio ese fin de semana. —me dijo en un tono triste.

Toqué su rostro con mi mano, nunca esperé que me dijera eso, pero saberlo me llenó de alegría.

—Lo importante es que estamos juntos.

— ¿Para cuándo es la boda? y ¿En dónde?—preguntó emocionada Laura, sacándonos de ese momento.

—No lo sé.

—Qué te parece el próximo fin de semana en la Riviera Maya. — Federico me dijo sonriendo.

— ¿Estás loco?, Es muy rápido.

—Cariño, los que estamos aquí serían los invitados, yo no tengo familia. —me dijo encogiéndose de hombros, me partió el corazón que me dijera eso. Pero tenía razón.

—Tienes razón, lo único que quiero es ser tu esposa. — miré a mis tíos que nos veían conmovidos. — ¿Pueden acompañarnos?—les pregunté, esperando que me dijeran que sí.

—Claro que si hija, desde luego que vamos con ustedes. — contestó mi tío.

—Entonces tienes esta semana para comprar tu vestido. Y si no lo encuentras aquí, puedes ir

a donde quieras por él. — dijo Federico sonriendo.

—Yo te ayudo, bueno si quieres. —chilló Laura.

Era un momento que siempre imaginé compartiría con mi mamá y mi hermana, pero desde el cielo me estarían viendo.

—Gracias Laura, me encantaría. — miré a Luis con una sonrisa. —Invita a Manuel y a Alberto por favor.

— ¿Estás segura?

—Claro, los considero como mis hermanos menores.

—Por supuesto Luis. Invítalos, si para Emma es importante, lo es también para mí.

Mi tío se levantó y alzó su copa.

—Quiero hacer un brindis por su felicidad.

—Gracias. — levantamos las copas y brindamos.

Capítulo 26

Emma

Marie y Rick llegaron de Los Ángeles para acompañarnos. Hablé con Robert para invitarlo, él nos alcanzaría en el hotel en donde se llevaría a cabo la boda. Me emocioné cuando me dijo que llevaría a Raquel la recepcionista de la empresa, era una chica muy linda y era perfecta para él.

Laura y Marie me ayudaron toda la semana, estuvimos de compras por varios días por lo que nos vimos en la necesidad de contratar una niñera. Una sobrina de Laura que estaba en la universidad estuvo cuidando a mi bebé, sorprendentemente ella y Maia se llevaron bien de inmediato.

Luego de recorrer varias tiendas de novias por fin lo encontré. El vestido que escogí era hermoso, pero sencillo. La ceremonia sería en la playa por lo que tenía que ser adecuado para el lugar. También compré un vestido para cada uno de los eventos planeados, trajes de baño, ropa para Maia y juguetes para la playa.

Salimos dos días antes de la boda de la Ciudad de México. Estaríamos hospedados una semana en el hotel. Todavía no decidía si la ceremonia sería en la playa, en la laguna o en una terraza frente al mar, las fotos se miraban increíbles, era muy difícil escoger solo un lugar.

La joven con la que hablé, fue muy amable y al darse cuenta que me costaba decidirme por un lugar, me ofreció que cuando estuviéramos en el hotel me mostrarían las ubicaciones y en ese momento podía elegir. Cada noche tendríamos una cena.

El hotel Rosewood Mayakoba era impresionante, tenía su propia embarcación para navegar por los canales que daban a la selva. Estaba localizado en Puerto Aventuras en Quintana Roo. No tenía muchas habitaciones eran solo 12 suites, porque era muy exclusivo.

Cuando supe que Federico lo reservó toda la semana, estaba más que asombrada. Ahora entendía porque me cumplieron con todo lo que les pedí.

Nos acompañarían alrededor de 15 invitados, pero eran las personas más importantes en nuestra vida, por lo que no necesitábamos a nadie más.

Mi tío, Laura, Rick y Marie viajaron con nosotros, mientras que Luis y los chicos llegaron en un vuelo comercial. Ellos llegaron acompañados por sus novias y aunque al principio Laura se

oponía que las chicas se quedaran en la misma habitación al final entendió y se relajó.

Cada pareja se quedó en una suite, era un hotel muy hermoso, esperábamos pasar una semana inolvidable.

Laura, Marie y yo fuimos al spa, ahí permanecimos toda la tarde. Nos merecíamos que nos consintieran un poco. Al cabo de varias horas nos habían hecho varios tratamientos faciales, una exfoliación corporal y las uñas de pies y manos acicaladas.

Maia se quedó en la habitación con una niñera que la cuidaría durante los preparativos de la boda y Laura insistió en cuidarla luego de la ceremonia dándonos privacidad.

Por la noche fuimos a uno de los restaurantes en donde estarían todos. Cuando entramos hasta donde nos prepararon una mesa, nos encontramos con Luis, Mario y Alberto, que al vernos se acercaron.

Mario me abrazó efusivamente y luego se acercó Alberto con una sonrisa.

—Muchas felicidades y gracias por invitarnos a su boda. — dijo mientras miraba a Federico con un gesto de agradecimiento.

—Gracias a ustedes por venir, les presento a Federico. — les dije emocionada, Federico los saludó, estrechando sus manos. Eran los mismos chicos pero ahora se miraban más maduros, desde su forma de vestir hasta el corte de pelo, pero se miraban mejor que nunca.

—Gracias por acompañarnos muchachos espero que se diviertan. — les dijo sonriendo.

—Este lugar es magnífico. — le dijo Alberto.

Luis se nos acercó sonriente con una chica de la mano.

—Hola, les presento a Maritza. — era una chica muy linda, tenía el pelo negro y los ojos color miel, sonreí cuando lo vi que la miraba embelesado.

—Mucho gusto. — le contesté, me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—Mucho gusto, he oído mucho de ti. — me dijo con una sonrisa.

—Espero que hayan sido cosas buenas.

—Te aseguro que sí. — exclamó con una risita nerviosa.

Mi hermoso hombre se acercó y le dio una sonrisa, mostrando sus perfectos dientes blancos y

mostrando sus hoyuelos. La chica lo miró con ojos de borrego, ¿Qué podía hacer? Si a mí me pasaba lo mismo a pesar del tiempo.

—Él es Federico.

—Mucho gusto. — murmuró nerviosa, Luis se dio cuenta y se la llevó alejándola de nosotros.

Me acerque a Federico y pasé mis manos por su cuello sonriéndole con picardía y arrugando la nariz.

— ¿Por qué me miras así?— me preguntó con inocencia, pero era evidente que se había dado cuenta del efecto que causo en ella.

— ¿Qué voy a hacer contigo?, Luis salió casi corriendo alejando a su novia de ti.

—No sé de qué me hablas. — resoplé negando con la cabeza.

—Por favor evita poner esa sonrisa que derrite a las mujeres.

— ¿A ti te derrito?— murmuró engreídamente. Me jaló y me dio un beso que me quitó el aliento. Tomó mi cara con sus manos y acarició mi mejilla con uno de sus pulgares. Suspiré pesadamente cuando se separó de mí.

—Vámonos nos están esperando. — le dije con la voz temblorosa, me había aflojado hasta las rodillas.

Cenamos muy rico, la especialidad eran mariscos, todo estuvo delicioso. Seguíamos en la sobre mesa platicando cuando Rick habló.

—Oye, mañana es la boda deberíamos salir a festejar tu última noche de soltero. — dijo con esperanza en su voz. Federico negó con la cabeza, apretando la mandíbula.

—No es una mala idea. — comentó Robert.

—Estoy de acuerdo, podemos ir a algún bar, en Playa del Carmen hay varios sitios. — dijo Luis sonriendo animadamente.

Bebimos vino durante la cena y ya teníamos algunas horas ahí, así que estábamos entonados.

—Bueno pues si ustedes se van, nosotras también nos vamos a ir de fiesta. — dije muy decidida.

Federico me miró frunciendo el ceño.

—Emma tiene razón, nosotras también queremos salir. — chilló Marie.

—Yo no necesito ir a ningún bar. — dijo refunfuñando. Lo miré divertida.

— ¿Qué tiene de malo?— repliqué arrugando la frente. — No vamos a hacer nada malo. Vete con los muchachos y que te lleven a donde quieran. — lo dije encogiéndome de hombros.

—Hasta te dieron permiso. — dijo Rick emocionado.

—No creo que sea buena idea...— espetó Federico, definitivamente no estaba de acuerdo.

—No seas aguafiestas amigo. — le dijo Oscar sonriendo.

—Que Julio y Jaedon nos acompañen. Solo vamos a escuchar música y beber unas margaritas. — le dije haciendo un puchero y poniendo cara de sufrimiento, esperaba que funcionara.

Federico me miró cruzándose de brazos pensativo, analizando la situación.

—Está bien. — por fin dijo entre dientes.

Los gritos de los chicos no se hicieron esperar. Salimos por nuestros bolsos, nos llevarían a un club en Playa del Carmen a las mujeres y ellos se irían a otro lugar al cual no mencionaron pero todas nos imaginábamos a donde irían.

Nos despedimos en la recepción, Federico me dio un beso y me soltó hasta que escuchó las quejas de los muchachos.

Laura no quiso acompañarnos, dijo que prefería quedarse con mi tío, ya que él se negó a ir. De camino Marie platicaba muy animada.

— ¿No puedo creer que Federico aceptara?

— ¿Por qué dices eso?

—Es que últimamente, se ha vuelto... como...muy controlador contigo. — me dijo con cautela.

—No es eso, es porque es muy precavido. — murmuré entre dientes.

—Convéncete a ti misma de eso. — me dijo rodando los ojos.

Me molestó su comentario, pero por las razones equivocadas, ya lo había notado por

supuesto, pero el que fuera tan obvio para los demás, me inquietó. Raquel intervino al darse cuenta de la tensión entre nosotras.

—Nunca he ido a un lugar así. — dijo una Raquel muy sonriente. Marie y yo la miramos más que sorprendidas.

— ¿En serio?— le dijo Marie abriendo los ojos.

—Casi no me gusta salir. — dijo encogiéndose de hombros, por favor, hasta yo había ido a clubs y bares.

—Siempre hay una primera vez. — le dije con una sonrisa.

Al cabo de 30 minutos llegamos al Mandala, nos lo recomendaron en el hotel. Dijeron que la diversión estaba garantizada. Al llegar Julio arregló nuestra entrada e ingresamos con rapidez.

El lugar estaba llenísimo, nos llevaron a área privada desde donde teníamos una vista panorámica del lugar. La música sonaba a todo volumen. Era una combinación de ritmos entre tecno, con salsa y reggae. Ni si quiera notabas el cambio entre una canción y otra.

Las chicas estaban muy animadas con los ojos muy abiertos. Maritza, Andrea y Mayte se movían al ritmo de la música. Raquel estaba con la boca abierta, todo le parecía novedoso.

— ¡Esto está increíble! — dijo Raquel.

Un mesero se nos acercó, muy sonriente.

—Soy Jorge ¿Qué puedo hacer por ustedes?— mirándonos apreciativamente.

—Estamos celebrando su despedida de soltera. — dijo Marie apuntándome.

—Felicidades, ¿Cuándo te casas?

—Mañana. — le dije sonriendo.

— ¿Qué quieren de tomar señoritas?

—Margaritas para todas. — chilló Marie.

La miré abriendo los ojos, pero el mesero ya no estaba a la vista. A los 15 minutos regresó con copas de margaritas bordeadas de sal. Tomamos nuestros tragos y brindamos.

—Muchas felicidades amiga. — chilló Marie, asentí con agradecimiento.

—Salud. — gritamos mientras chocábamos nuestras copas, la noche apenas empezaba.

Me mataba la curiosidad por saber a dónde llevarían a Federico los muchachos, aunque confiaba en él no podía evitar sentir celos, pero era su despedida de soltero y no se la arruinaría con mis inseguridades.



Capítulo 27

Federico

Todas las mujeres se irían a un club y nosotros nos iríamos por nuestra cuenta, el lugar lo escogió Rick por ser mi padrino y solo me dijo que era una sorpresa, que era lo mejor en la ciudad. Antes de salir del hotel hablé con Julio, no quería que se separara de Emma ni un momento.

—Dígame señor. — me dijo muy serio.

— No quiero que permitan que nadie se le acerque, ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Cuando lleguen me envías un mensaje, cualquier cosa que ocurra me avisas. — me dio una media sonrisa.

—Cuenta con ello.

Me subí a la camioneta con los demás y salimos hacia Playa del Carmen. Nos estacionamos frente a un club de caballeros. Miré a Rick frunciendo el ceño.

—Te dije que no quería venir a un lugar como este.

—Nos tomamos unos tragos, vemos un rato el show y nos vamos. No te va a pasar nada. El que no podamos tocar no significa que no podamos ver. — me dijo riéndose.

—Amigo un poco de diversión no cae mal. — dijo Oscar animado. Lo miré sorprendido, normalmente era muy tranquilo, nunca lo había visto tan animado.

—Oscar, ¿Tú también?

Mi celular se iluminó, leí el mensaje de Julio, ya estaba en el lugar y todo marchaba bien. Escribí un ok en respuesta y lo envié. Cuando levanté la vista miré a Rick son una sonrisa de burla en su cara.

—Ya déjala un rato, no le va a pasar nada.

Resoplé y negué con la cabeza, siempre se salía con la suya.

—Está bien, pero no quiero que me mandes a nadie. — los idiotas se rieron de mí. —Estoy hablando jodidamente en serio.

Nos enviaron a la sección VIP, Rick dijo que él se encargaría de todo. Colocaron varias botellas de whisky sobre la mesa. La música era malditamente alta, haciendo difícil escuchar lo que los demás hablaban. En medio del salón estaba un pequeño escenario, así que nos enviarían a las bailarinas una a una.

Una chica entró, era muy linda, tenía que estar ciego para no verlo, vestía una falda que era solo una tira pequeña de tela con un top que no dejaba nada a la imaginación. Se subió y apagaron las luces cambiando la música.

Me serví un trago y me lo llevé a los labios.

—Pero ánimate hombre, solo vamos a ver, no le haces daño a nadie. — me dijo Rick. — Venir a un sitio así es como una tradición.

La mujer bailaba contoneándose al ritmo de la música. Oscar me dio un codazo para que mirara a Luis y sus amigos que estaban con la boca abierta casi babeando.

—Espero que no me acusen de corromper menores. — exclamó, burlándose divertido de los muchachos, que no tenían más de 25 años de edad, pero se notaba que no estaban acostumbrados a este tipo de espectáculos.

Luego de varios tragos y bailes, todos estábamos más animados. Cada vez que una chica terminaba se nos acercaba para bailarnos sobre el regazo, pero no aceptamos a nadie, pero la última me tomó por sorpresa. Antes que pudiera reaccionar se sentó desnuda sobre mis piernas y comenzó a retorcerse.

—No quiero ser grosero, pero no estoy interesado, por favor levántate. — le dije en tono cortante. Haciendo caso omiso a mi petición.

—Guapo, no te enojas te va a gustar. — murmuró lascivamente, bajó sus manos para tocarme la entrepierna.

— ¡Te dije que no!— contesté enfurecido, la tomé de las muñecas y me levanté exaltado. La mujer cayó de nalgas contra el piso. Rick y Oscar se comenzaron a reír.

— ¡Eres un idiota! — me gritó, se levantó y se marchó molesta.

— ¿Y ustedes de qué demonios se ríen?— les espeté a los dos.

Dijo Rick burlándose. — Solo quería ser amigable.

—Acepté que viniéramos a pasar un rato solamente, a ver y tomar unos tragos pero no más.

—Está bien no te enojés. — Robert contestó, ya estaba un poco borracho, miró a Rick riéndose todavía. — Rick eres un imbécil.

—Esto se acabó, vámonos quiero ir por Emma.

Me dijeron que me estaba comportando como un hombre obsesivo y controlador, pero me importaba una mierda su opinión. Salimos y nos dirigimos a donde se encontraba.

Emma

Luego de unas rondas de margaritas reíamos sin parar como idiotas, sentí mis mejillas calientes y miraba medio borroso. Raquel se reía de todo y Marie bailaba sobre una de las sillas. Maritza, Andrea y Mayte se fueron a bailar a la pista. Fueron asediadas por varios tipos que se les acercaban tratando de llamar su atención, pero no aceptaron a nadie.

Pusieron una canción que no identifiqué, carajos estaba tan oxidada que ni si quiera reconocía la música. Marie brincó y me arrastró del brazo. Fuimos a la pista y comenzamos a bailar entre un mar de cuerpos sudorosos. Mi cabeza giraba y palpitaba, gracias al alcohol y la música que estaba ridículamente alta, me sentí perdida. Me movía por pura inercia siguiendo a mi amiga, que bailaba más que entusiasta.

Cuando la canción terminó, le supliqué a Marie que regresáramos a la mesa, necesitaba sentarme antes que cayera de bruces en la pista. Al sentarnos nos llevaron otra ronda de margaritas, el mesero estaba sobre nosotras, antes que nos diéramos cuenta ya teníamos otro nuevo. Nos tomamos varias rondas más y regresamos a bailar, nos encontrábamos bastante achispadas, aunque mi cuerpo estaba entumecido.

Julio y Jaedon estuvieron al pendiente en todo momento, sabía que eran órdenes de Federico, pero no me molestó. Me levanté tambaleándome para ir al baño.

— ¿A dónde vas? — Marie me preguntó.

—Al baño, ahorita regreso. — le susurre al oído, no quería que todos los presentes se

enteraran.

Caminé entre la gente y cuando estaba a punto de llegar a los servicios, me estrellé con un tipo que se giró de repente, lanzándome sobre mi trasero, solo esperaba que el trancazo no fuera tan duro, pero antes que tocara el suelo, me atrapó por la cintura sujetándome.

—Oye ten cuidado. — exclamé molesta. El tipo, era afroamericano, aunque su piel no era tan oscura. Tenía los ojos verdes y era endemoniadamente alto, me cabeza llegaba a su pecho, casi me torcí el cuello para verlo con molestia.

— ¿Quieres bailar?— me dijo sonriendo estúpidamente, estaba peor de borracho que yo no entendí como se mantenía de pie, ya que se inclinándose peligrosamente.

—No gracias, quiero pasar al baño. — le dije apuntando la salida.

Me hizo una reverencia y se movió tambaleándose. Rodé los ojos y seguí mi camino. Entré al baño con rapidez, para encontrarme con una jodida fila como de diez mujeres. ¡Carajo!, ¿Por qué demonios siempre iba hasta que ya no aguantaba? Maldita costumbre. Tuve que esperar veinte agónicos minutos, al salir me lavé las manos y traté de verme en el espejo, pero fue difícil solo miraba un borrón pero no alcanzaba a distinguir nada. Era tiempo de regresar, para mí la noche oficialmente había terminado.

Cuando salí del baño Julio me esperaba en la puerta.

— ¿Se siente bien? — su preocupación era evidente, asentí arrugando la nariz, pero la verdad era que ya tenía los labios entumidos y parte de mi cara, estaba muy lejos de sentirme bien.

—Quiero irme, voy a avisarles a las demás.

Avanzar entre los codazos y los pisotones parecía una misión imposible. El mismo tipo que me encontré de ida al baño se acercó de la nada jalándome del brazo y pegándose contra mi trasero. Me giré asustada y le grité horrorizada.

— ¿Qué te pasa? ¡Suéltame!

Pero el idiota, no miró a Julio que caminaba delante de mí abriéndome paso. Antes que pudiera decir otra palabra se volteó y lo agarró del cuello quitándomelo de encima. Julio lo miraba enardecido, lo único que podía hacer era alejarme de ahí, así que corrí directamente hacia la mesa.

En cuanto llegué con las chicas para decirles que era hora de irnos un mesero me jaló contra la silla más próxima, sin poder oponer resistencia, me tomó la cara con una mano y con la otra

deslizó un líquido fosforescente por mi garganta que era como lava deslizándose hasta mi estómago y terminó de joderme. Me sacudió como si quisiera desarmarme, esa tenía que haber sido Marie.

Si ya me encontraba en mal estado, ese trago vino a darme el tiro de gracia. Todo comenzó a dar vueltas, cerré los ojos aferrándome a la silla. Llevé una mano a mi cabeza tratando de estabilizarme, no quería vomitar, sería asqueroso hacerlo en medio de todos.

Antes que pudiera despabilarme, sentí un cuerpo que se inclinaba sobre mí, abrí los ojos con dificultad, y el torso desnudo de un hombre estaba frente a mí cara.

Miré a Marie, la quise matar, pero me cuando vi su rostro me di cuenta por su ojos que ella no lo envió ¿Qué demonios estaba pasando? La música era estruendosa por lo que le grité al tipo que se comenzó a restregar contra mí que se alejara, pero no me escuchó. Levanté mis manos y lo empujé para apartarlo pero no se movió, me sonrió cínicamente, antes que pudiera insultarlo alguien lo jaló del cuello y lo tiró al piso.

Demonios, era Federico y estaba bastante encabronado. Pero mi mente seguía dando vueltas, todo lo que quería era salir de ese maldito lugar y sentía que vomitaría en cualquier momento.

Federico

Entramos al club, al que llevaron a Emma y a las demás. El lugar estaba abarrotado, estaba oscuro y las luces no permitían distinguir bien a nadie. Caminamos buscándolas hasta que encontré a Julio. Tenía a un tipo del cuello y aunque era muy alto, lo tenía sometido, mientras le gritaba y el hombre trataba de golpearlo.

Otros dos tipos intentaron defender a su amigo y Oscar se acercó apresuradamente para controlar la situación.

— ¿Qué pasa aquí? — exclamé nervioso, aunque ninguna de las chicas estaba cerca de ellos, algo tuvo que haber pasado para que Julio interviniera.

—Este imbécil molestó a la señora cuando la acompañé al baño. — me dijo con los dientes apretados. — lo miré entrecerrando los ojos.

—Déjame idiota, consíguete una para ti, yo la vi primero. — dijo arrastrando las palabras. Los otros chicos lo miraron negando con la cabeza, se mantenía de pie de milagro.

—Llévenselo de una jodida vez. — les gritó Oscar.

Miré de reojo que los dos hombres lo agarraron y se alejaron de nosotros, eso fue lo más inteligente que pudieron hacer.

— ¿Dónde está? — le pregunté con la mandíbula apretada.

Me apuntó hacia el fondo del lugar en una sección con un desnivel, había una sala tipo lounge en donde se encontraban todas sentadas y Emma le decía algo a Marie.

—Me dijo que ya quiere irse, está un poco tomada. — murmuró Julio.

Asentí con el ceño fruncido y un poco de molestia. Seguí caminando acercándome hasta su mesa. Uno de los meseros la jaló, le dio un trago y luego le sacudió la cabeza violentamente. Avancé lo más rápido que pude, antes que llegara miré como un hijo de puta sin camisa se acercó hacia ella y comenzó a bailarle sensualmente.

Pero no se daba cuenta porque seguía con los ojos cerrados mientras se aferraba a la silla con una mano y con la otra se agarraba la cabeza, estaba en mal estado.

Eso me enfureció, cuando abrió los ojos, vi que reflejaban molestia, sus labios se movieron pronunciando un no y luego lo empujó, pero la ignoró. Mi sangre se calentó, lo jalé del cuello y lo tiré al piso.

Antes que pudiera golpearlo Oscar llegó y me detuvo abrazándome por la espalda, para apártame de él. Mi pecho subía y bajaba descontroladamente, iba a matar al hijo de puta.

— ¡Hey!, ¡Cálmate! — me gritó al oído.

— ¡Suéltame! ¿Viste lo que estaba haciendo este imbécil?

Cuatro hombres que parecían luchadores nos rodearon, pertenecían a la seguridad del lugar.

— ¿Qué ocurre?— espetó un tipo alto y calvo, aparentemente era el encargado.

El tipo se levantó y me miró con arrogancia cruzándose de brazos. El maldito no tenía camisa y se había abalanzado sobre ella.

—Este idiota que me agredió, solo estaba bailándole es una maldita despedida de soltera. — por su acento me di cuenta que era argentino.

—Ella te empujó, pero no te apartaste. — le grité furioso.

— ¿Eso es cierto?— le preguntó el tipo calvo en tono molesto.

—Es normal, siempre hacen eso, dicen que no pero si quieren.

— ¿Quién demonios te pidió que le bailaras?— necesitaba saber de quién fue la maldita idea.

— ¿Cuál es tu jodido problema?— me preguntó, pero que imbécil.

—Que es mi prometida estúpido.

—Entiendo su molestia. — contestó el hombre de seguridad, se dirigió al hombre y lo miró preguntándole inquisitivamente. — ¿Alguien te pidió que le bailaras?

Negó con la cabeza cruzándose de brazos.

—Lárgate de aquí y la próxima escucha lo que te digan. — dijo el hombre molesto. El chico se alejó del lugar bastante furioso.

—Le pido una disculpa por lo que pasó, no queremos problemas.

Asentí cruzándome de brazos con una mirada fría y despectiva y el tipo se fue. Me acerqué a Emma, seguía sentada en el mismo lugar, con la mirada perdida. Jaedon estaba congelado a un lado de Oscar, él estuvo todo el tiempo cerca de ella, ¿Por qué permitió que se le acercara y no hizo nada por protegerla cuando era su maldita obligación? Lo apunté con mi dedo directamente, esto no se quedaría así.

— ¡Estás despedido!— le espeté furioso, ¿Para que creía que lo envié al idiota?

Detrás de ellos estaban Luis y los demás, pero no me importó. Estaba actuando impulsivamente, lo sabía, pero en ese momento alguien tenía que pagar por este jodido desastre. Oscar me miró abriendo los ojos.

—Federico, estás alterado... — murmuro Oscar apretando los dientes.

—Me importa una mierda, está despedido. Fui muy claro con ellos, no debían permitir que se le acercara nadie.

Julio me miró con pánico, pero solo se salvó porque estaba lidiando con el otro idiota, por eso no quería que viniera en primer lugar, pero esto no se volvería a repetir, de eso estaba seguro.

—Pero parece que no te quedó claro. Te estoy confiando su seguridad y mira lo que pasó. — le grité agitando mis brazos exageradamente, los demás comenzaron a alejarse y se llevaron a sus respectivas parejas.

—En el hotel hablamos de esto, no es el lugar ni el momento. — dijo Oscar en tono conciliador.

—Está bien. — me di la vuelta y me acerqué a Emma, la jalé con fuerza para ponerla de pie. No quería dar un espectáculo, pero estaba a punto de estallar.

— ¿Cómo te sientes?— espeté irascible.

—Mal, ese trago no sé qué tenía pero no puedo coordinar bien. — me dijo con la voz pastosa y arrastrando la lengua. Estaba bastante borracha, maldita sea.

—Por eso no quería que vinieras a un lugar así, ¿Qué demonios estabas pensando? — le dije al oído con los dientes apretados.

— ¿Qué estás haciendo?— me dijo Oscar en tono molesto susurrándome al oído.

Sin darme cuenta la tenía de los hombros, pegada a mi pecho y mis dedos enterrados en sus hombros. Ella me miraba con los ojos muy abiertos asustada. La solté de mi agarre y me di cuenta que ni si quiera se quejó. Respiré profundamente, necesitaba calmarme estaba jodidamente encabronado.

—Vámonos. — le dije tratando de sonar calmado.

Asintió y bajó la mirada al piso. Pasé mi brazo por su cintura para que se apoyara en mi costado, tenía que salir de ese maldito lugar. Nunca la vi tan alcoholizada. Al día siguiente tendría una terrible resaca y mañana era la boda. Grandiosa idea de salir a emborracharnos un día antes.

La subí a la camioneta y a los pocos minutos se quedó dormida. La abracé dejando que se acurrucara contra mi pecho, respiraba tranquila con los labios entreabiertos.

Oscar me veía contrariado, en la camioneta íbamos solos, los demás salieron del lugar antes que nosotros y Julio se los había llevado, al parecer nadie quiso lidiar con mi mal humor.

— ¿Qué demonios te pasó?, ¿Por qué actuaste así? Le estabas haciendo daño, ¿No te diste cuenta? — bramó Oscar con el gesto lúgubre.

—No fue mi intención, pero estoy furioso Oscar, quise matar a ese imbécil que estaba sobre ella.

—Pero ella no tuvo la culpa, tú mismo oíste que nadie le llamó a ese muchacho.

—Por eso mismo no quería que viniera sola, porque algo así podía ocurrir y para colmo

Jaedon se quedó de brazos cruzados cuando estaba tan cerca. No soporto la idea de nadie tocándola, te dije que no quiero que se le acerque otro hombre y no estoy bromeando.

—Entiendo que te molestaras, pero no debes desquitarte con ella. ¿No pensé que fueras capaz de aprovecharte de una mujer indefensa?

—No digas tonterías, fue el momento, pero nunca la voy a lastimar, sabes que la amo más que mi vida.

—Espero que la próxima vez, lo recuerdes, porque hoy casi lo olvidas. — dijo Oscar y dirigió toda su atención a la carretera.

Miré hacia la ventana, con sus palabras rondando en mi cabeza. Mi temperamento se estaba descontrolando, cuando se trataba de Emma, mis celos y la necesidad de control crecían. Lo que deseaba y necesitaba desesperadamente era su sumisión y tenerla solo para mí.

Capítulo 28

Emma

Decir que Federico estaba molesto era un eufemismo, nunca lo había visto tan enojado conmigo. Cuando me sujetó por los hombros con tanto coraje me paralicé, no pude reaccionar. Entre las náuseas y lo aturdida que me sentía por el licor que ingerí, me congelé. Aguanté su arrebató y traté de ser prudente.

Cuando me enteré que despidió a Jaedon, me sentí culpable. Era un buen hombre por lo que intenté abogar por él, pero Federico no me lo permitió. Me dejó bastante claro que no cambiaría su decisión. Nunca fue injusto con nadie, me extrañó que actuara tan visceralmente. Sin embargo mi instinto de supervivencia me dijo que era mejor que dejara ese asunto por la paz.

Pero esa sensación de estar pisando un terreno peligroso cada vez que no estaba de acuerdo con él, no me gustó. No quería causar un conflicto, pero era un hecho que permití que tomara el control de mi vida completamente. No sabía si era mi percepción y estaba exagerando las cosas o en realidad se había vuelto un hombre controlador.

Traté de no seguir pensando en ese episodio y pasé la página, después de todo teníamos una boda que celebrar. Por lo que luego de recuperarme de una resaca infernal, continué con los preparativos de la boda.

Al final elegí la playa celebrar la ceremonia y la terraza para la fiesta, nos daríamos el sí bajo una pérgola hecha de ramas adornada con flores blancas y habría un camino enmarcado por flores sobre la arena. La terraza la decorarían con orquídeas blancas y lámparas que encenderían cuando cayera el sol.

El gran día llegó. La ceremonia sería oficiada por un sacerdote. La unión tendría validez en México y en Estados Unidos, además el abogado la haría válida en Brasil.

Mi tío entró a la habitación en donde me encontraba, dijo que quería hablar conmigo a solas antes de la ceremonia.

— ¿Cómo te sientes? — me preguntó sonriendo, lucía apuesto con su traje de lino en color hueso. Todos vestirían de colores claros.

Me miré en el espejo y suspiré. Decían que una mujer siempre soñaba con su boda ideal, pero en mi caso, nunca me detuve a pensar en la fiesta, lo único que me ilusionaba era que mi familia estuviera conmigo.

—Tengo sentimientos encontrados, estoy feliz porque me voy a casar con el hombre que amo, pero siento un vacío por no tener a mi familia conmigo. — le dije conteniendo mis lágrimas, pero el recuerdo de mis padres y mi hermana abría una herida en mi corazón, que nunca había terminado de sanar.

Me abrazó y me dio un beso en la frente, él se convirtió en la figura paterna que perdí. Nunca sería mi padre, pero tenerlo era una bendición y estaba muy agradecida.

—Te entiendo, pero piensa que tus padres te amaban profundamente y lo único que querían era que fueras feliz. Estoy orgulloso de ti. Has pasado por muchas adversidades y has salido adelante. Te ves hermosa hija y será un honor para mí entregarte al que será tu marido.— me dijo con una sonrisa, pero entendí que él también extrañaba a su hermano.

—Gracias por todo lo que me has dado y estar a mi lado. — sus ojos se nublaron de lágrimas pero sonrió tristemente, sacó un pañuelo de su bolsillo y me secó las lágrimas.

—Ahora, vamos que están esperando a la novia y Laura me dijo que si arruinaba tu maquillaje me las vería con ella. — me reí con su comentario, lo tomé del brazo y caminamos hacia la playa. En donde mi futuro esposo me esperaba.

Federico se encontraba parado al final del camino. Vestía un traje blanco crudo, se miraba guapísimo y tenía una enorme sonrisa en sus labios.

Al verlo mi corazón se agitó y mi estómago revoloteaba de emoción. Rick estaba parado a la derecha de Federico, ambos tenían una orquídea en la solapa del saco. Detrás de él, estaba el sacerdote que nos casaría. Miré a mi niña que estaba en los brazos de Robert.

Lentamente pero con paso firme llegué hasta donde me esperaba. Mi tío se volvió y me dio un beso en la mejilla, no me dijo nada pero su silencio lo decía todo, solo hizo un movimiento de cabeza hacia el que sería mi esposo y se alejó. Federico me tomó de la mano y me miró con tanto amor, que hizo que me sacudiera.

—Eres la novia más hermosa que he visto. — se acercó a mi oído y me susurró suavemente,

el calor de su aliento en mi cuello me estremeció, mi piel se erizó con su contacto y su olor era embriagador.

—Y tú te miras...

— ¿Listos?— una voz nos interrumpió mientras se aclaraba la garganta, era el sacerdote que estaba frente a nosotros.

Apretó mi mano, una ligera risita de nervios salió de sus labios, no era la única agitada. El padre prosiguió con el ritual católico tradicional. La ceremonia fue concisa pero hermosa, dijimos nuestros votos frente al mar y al final nos declararon marido y mujer. Para mí, la boda fue perfecta.

El clima era cálido pero muy agradable, cuando el sol se ocultó, se encendieron las lámparas en toda la terraza. La luz de la luna llena se reflejaba en el mar. En el centro del lugar se encontraba una gran mesa rectangular en donde nos sentamos todos, había velas y flores sobre un mantel precioso.

Los meseros descorcharon 6 botellas de champán, eran botellas negras con la etiqueta el mismo color y letras plateadas. No era conocedora, solo esperaba que supiera bien, nos llenaron nuestras copas para hacer un brindis.

Mi esposo se puso de pie y me tomó de la mano para levantarnos juntos. Pensar en el cómo mi esposo era diferente a pesar de vivir juntos. Se giró frente a mí, no podía apartar mis ojos de los suyos.

—Cariño quiero decirte que eres el amor de mi vida y que todos los días agradezco a la vida por haberte encontrado. Prometo siempre cuidarte y hacerte feliz.

Lo miré con tanto amor, no podía creer que por fin después de tanto sufrimiento estábamos juntos y éramos felices.

Me jaló a sus brazos y me dio un beso apasionado, unas lágrimas se me escaparon y corrieron por mis mejillas, pero eran de felicidad, no de dolor.

—Te amo. — le dije despacio.

Todos nos aplaudieron mientras Luis silbaba causando un alboroto. Sería un día que recordaría toda mi vida. Pasó su brazo por mi cintura, apretándome a su costado y se giró hacia los invitados.

—En nombre de mi esposa y el mío, queremos agradecerles por acompañarnos en este momento tan importante...gracias.

Todos brindamos, pero luego se apresuró a decir.

—Se me olvidaba, quiero pedirles que si no salimos de la suite por favor, no nos busquen. —dijo sonriendo.

Todos comenzaron a reírse. Ahora oficialmente era su esposa. Rick, Oscar, mi tío, Robert y Luis tomaron su turno y dijeron unas palabras, deseándonos lo mejor y una vida larga y feliz.

La cena estuvo deliciosa, se lucieron con la comida. En general el organizador de la boda hizo un excelente trabajo. Maia se quedó dormida luego corretear toda la tarde, la acostamos en un sillón que nos acercaron a la mesa hasta que se la llevaran mis tíos.

La canción de “Feels like Home” comenzó a sonar, Federico me ofreció su mano invitándome a bailar.

—Señora Malfacini ¿Me haría el honor?— me dijo con una sonrisa.

Asentí y me levanté, me jaló a sus brazos y comenzamos a movernos al ritmo de la música, lentamente.

— ¿No sabía que fueras tan romántico?— me miró divertido sonriendo haciendo una mueca, haciendo ese gesto que adoraba y que hacía que me revoloteara el estómago.

—Me ofendes, siempre trato de serlo contigo, esta es una noche especial, que nunca olvidaré.

—Ni yo tampoco. — murmuré.

Pegó su cara en mi cuello y sentí cosquillas cuando frotó su barba en mi mejilla. No pudo escoger una canción mejor, así era como me sentía. Estar en sus brazos era como estar en casa, el lugar al que pertenecía. Tarareé la estrofa de la canción en mi cabeza.

Si tú supieras lo que significa este momento para mí

Y cuánto tiempo he esperado tus caricias

Y si tú supieras cuán feliz me haces

Nunca pensé que amaría tanto a alguien

Para mí se siente como el hogar
Para mí se siente como el hogar
Se siente como regresar al lugar de donde vengo
Para mí se siente como el hogar
Para mí se siente como el hogar
Se siente como regresar al lugar a donde pertenezco

Fue una celebración íntima, emotiva, hermosa e inolvidable y como Federico sabiamente me dijo, estuvieron las personas más importantes. Bailamos un par de horas antes de abandonar la fiesta.

Capítulo 29

Federico

Verla caminar hacia el altar con su vestido blanco fue alucinante, se miraba hermosa, nunca olvidaría ese momento, era la mujer que amaba con la que pasaría el resto de mi vida. Por fin era mi esposa después de casi tres años de espera, pero ahora estábamos juntos y nadie nos podría separar otra vez.

Dejamos la fiesta en la madrugada, nuestros amigos se quedaron en la terraza. Solo Esteban y Laura se fueron antes con Maia porque se quedó dormida durante la fiesta luego de correr y brincar por todo el lugar.

Antes de entrar a nuestra suite la levanté en brazos para cruzar el umbral. Dio un grito de sorpresa y se comenzó a reír.

— ¿Qué haces?— chilló.

—Es una tradición entrar con la novia en brazos.

Entré hasta la habitación y la bajé sobre sus pies, ahora si estábamos solos. Desde que la vi con ese vestido, lo que quería era quitárselo y descubrir que traería debajo. Tomé su cara con mis manos y la besé, mi lengua invadió su boca, el sabor del licor se mezcló entre nosotros y era embriagador.

—Te amo. —sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillantes. Eran las burbujas del champán.

—Yo también te amo. Pero ahora lo único que quiero es quitarte este vestido. — le dije con un suspiro. Me separé de ella contemplándola con una sonrisa en mi rostro.

—Gírate por favor. — le dije suavemente.

Se volvió lentamente, dándome la espalda. Sujeté el cierre con mis dedos y lo bajé con cuidado. Deslicé su vestido tomándome mi tiempo para saborearla, cuando este cayó hasta sus pies, lo que vi me dejó sin aliento. Su ropa interior era jodidamente increíble, un juego de tanga y sostén en seda blanca con ligeros que sujetaban sus medias.

La miré con la boca abierta. Pasé mis manos por su espalda bajando hasta su trasero, acariciándola. Ahora si era mía completamente, mi esposa, no era un sentimiento muy sano, pero no podía evitarlo.

Me deshice de mi traje lo más rápido que pude y me senté en la cama. La jalé y le di la vuelta para que quedara de frente a mí.

Mis dedos barrieron su estómago llegando hasta el triángulo de seda que la cubría y la rompí. Bajé mis manos acariciando sus piernas, la suavidad de las medias hicieron que me excitara solo con tocarla.

—Me encantaron tus medias...todo me gusta, aunque no creo que lo puedas usar otra vez. — le dije sonriendo.

—No importa. — me contestó.

Me puse de pie y la recosté en la cama, le separé las piernas con una de mis rodillas, y comencé a bajar sobre su cuerpo lentamente. Esparcí besos desde su cuello hasta que llegué a su vientre. Su respiración se agitó cuando me sintió tan cerca, me arrodillé y levanté sus piernas colocándolas sobre mis hombros.

Coloqué mi cabeza entre sus piernas y comencé a lamerla suavemente, mientras ella se retorció con cada toque que recibía de mi lengua. Sus dedos se aferraron a mi cabello, pero no me detuve, su sabor me volvía loco.

Gemía y jadeaba descontroladamente, metí uno de mis dedos mientras mi pulgar hacía círculos, el calor que emanaba de su interior era abrazador. Gritó y me jaló el cabello cuando terminó estrepitosamente.

Seguía con los ojos cerrados, pero tenía una sonrisa en los labios, abrió sus ojos y me miró lascivamente mientras se chupaba los labios.

—Ahora es tu turno. — me dijo con la voz afectada todavía.

—Lo que usted diga señora Malfacini.

La miré levantando una ceja, con una sonrisa perversa. Me subí a la cama y puse mis manos debajo de mi cabeza, se levantó y se acercó a mí.

—Relájate. — me dijo prácticamente ronroneando, era evidente que el champán le dio valor y estaba más desinhibida que nunca.

Bajó su mano a mi regazo y me tomó con su mano. Me acarició con anhelo, sus manos eran tan suaves y se sentía increíble. Abrí la boca y comencé a jadear, de pronto sentí el calor y la humedad de sus labios a mí alrededor. Me lamió y chupó mientras seguía acariciándome, ya estaba excitado así que su estímulo era muy intenso, no duraría mucho. Pero no se detuvo, comenzó a subir y bajar su cabeza sobre mi regazo.

—Detente. — le dije con la voz rasposa, no podía hablar ni pensar claramente

Tenía la cara roja, los labios hinchados y sus pupilas dilatadas, estaba tan excitada como yo, por lo que me estaba haciendo.

—No. Quiero que termines. — murmuró.

—Pero...

—No me importa.

Bajó su cabeza y me tomó en su boca nuevamente, agarré su cabello desesperado, mientras levantaba mis caderas contra su rostro, entre el calor de su boca y lo apretado de sus manos, mi orgasmo fue jodidamente asombroso. Me senté y la jalé a mis brazos, le di un beso y me probé en sus labios.

—Eso fue increíble, pero no he terminado contigo.

— ¿No?

—Claro que no, apenas estoy empezando. — se rio por lo bajo, con los ojos brillosos.

— ¿Así que fue en serio cuando dijiste que no nos vinieran a buscar?

—Fue jodidamente en serio, no te dejaré salir en varios días. — y no estaba bromeando.

—Es una excelente idea. — murmuró con una sonrisa atrevida.

Pasé mis manos por su espalda y le quité el sostén, solo tenía los ligeros puestos.

—De rodillas sobre la cama. —murmuré en su oído.

Me miró ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos; pero hizo lo que le ordené. Se puso de rodillas recargándose sobre sus codos en el colchón. Me acerqué por atrás y la tomé de las caderas, entré de un golpe, estaba muy húmeda, recargué mi pecho sobre su espalda y agarré sus senos con mis manos, acariciándola.

Comencé a moverme, entrando y saliendo de su cuerpo, ella se aferró a las sábanas, mientras la embestía una y otra vez. Pegué mi rostro a su cuello, ahora era mía, nadie la volvería a tocar, solo yo. Terminé con un sonido áspero que salió de mi garganta. Pero eso apenas empezaba.

Emma

Tres días después de la boda, seguíamos en ese paraíso, el lugar era precioso. La boda fue hermosa todo fue perfecto.

Desperté enredada a sus brazos, seguíamos desnudos en la cama, así habíamos estado desde que regresamos a la suite después de la fiesta. De la cama a la ducha y de la ducha a la cama. Estaba adolorida luego de tanta actividad, me dolían todas las extremidades de mi cuerpo, me sentía más que saciada. Aunque con ese hombre nunca era suficiente.

—Buenos días cariño. —me dijo con una voz ronca.

—Buenos días amor.

— ¿Qué quieres hacer hoy?

—Mmm ¿Eso significa que vamos a salir de la habitación?

Subió sobre mi cuerpo, colocando sus brazos a los lados de mi cara, me miró con esa sonrisa que me encantaba, levanté mi mano y acaricié su mejilla recorriendo el contorno de su mandíbula. Pasé mi dedo por la cicatriz que tenía debajo de su ojo derecho, lo amaba, amaba sus hermosos ojos azules, su espectacular sonrisa, inclusive amaba esa cicatriz que le agregaba personalidad a su rostro, fuerte y varonil.

—Podemos hacer lo que tú quieras.

—Lo primero que quiero hacer es desayunar y luego ¿Podríamos ir a Tulum?— le dije emocionada, solo conocía ese lugar maravilloso por fotografías y ansiaba visitarlo.

—Me gusta. Podemos invitarlos a todos, ¿Qué te parece? — me dijo con una sonrisa adorable.

—Me encantaría. —chillé.

—Bien, entonces hay que levantarnos.

Nos duchamos, me puse un traje de baño y un vestido de playa. Apenas me maquillé, la humedad era terrible. Fuimos a la terraza en donde servían el desayuno. Nos encontramos con Rick y Marie, estaban en una mesa con Robert y Raquel la que ahora su novia, se miraban tan lindos juntos.

—Buenos días. —me dijo Robert con una sonrisa pícaro. —Mira quienes salieron por fin de su suite.

—Por mi seguiría en esa habitación, pero mi esposa quiso salir. —dijo con una sonrisa de satisfacción. Me jaló y me dio un beso, levanté mis manos y le rodeé el cuello.

—Ay, qué lindos. —chilló Marie.

Nos sentamos y ordenamos el desayuno. El celular de Federico sonó y tomó la llamada.

—Permítanme un momento. —dijo mientras se levantaba de la mesa y se alejó unos metros de la mesa.

— ¿Y Maia?—no había visto a mi bebé en 3 días, aunque le enviaba mensajes a Laura preguntándole como estaba, no era lo mismo. Ella me decía que estaba muy bien, solo había preguntado por su papá, pero al parecer la piscina y la arena eran unos distractores bastante fuertes para olvidarse de su mamá.

—Está con tus tíos, no tardan. Por cierto te ves radiante amiga. —me dijo Marie con una sonrisa de complicidad.

—Me siento radiante. —le dije levantando una ceja bromeando.

Raquel y Marie se rieron, pero Rick y Robert solo rodaron los ojos.

—Pero cuéntenme, ¿Qué han hecho?

—Descansar, luego de la borrachera que me puse el día de la boda, tuve que hacer uso de los servicios del spa, juro que no vuelvo a tomar tequila. — exclamó Marie, con un gesto de horror y asco.

—Sí, también pasé todo el día ahí con ella, porque ellos se fueron a jugar golf. — Raquel dijo mientras apuntaba a Rick y Robert en tono acusatorio.

—El campo es maravilloso, ¿Sabes quién lo diseño? —dijo Rick quejándose por la acusación.

—No, ni me interesa, además en Los Ángeles juegas golf. —chilló Marie.

—Últimamente casi no lo hago, mi compañero me abandonó. —dijo Rick mientras se cruzaba de brazos, era obvio que se refería a Federico.

—Y yo estoy muy lejos. — comentó Robert.

Negamos con la cabeza. Miré que Laura y mi tío venían caminando hacia nosotros, Maia llegó corriendo y la abracé.

—Hola ¿Cómo está mi bebé?

—Mam i.

Mi tío y Laura se acercaron, me saludaron con un beso en la mejilla, nunca olvidaría que mi tío fue el que me entregó en el altar.

—Hola Emma.

—Hola Laura, gracias por cuidar a Maia.

—Nos hemos divertido mucho ¿Verdad Maia?

La miré y sonreía con la carita emocionada, eran las 9 de la mañana pero ella ya tenía puesto su traje de baño, un sombrero y lentes playeros.

—Está bastante bronceada, pero mírala ya lista para la playa.

—No se lo quiere quitar. —dijo Laura riéndose.

—Ayer hicimos un gran castillo de arena. — dijo mi tío sonriente. —Estuvimos toda la tarde jugando en la playa y luego nadamos hasta que cayó rendida.

Me dio ternura, mi tío era como su abuelo, eso me emocionó.

— ¿Se la han pasado bien?

—Esto ha sido maravilloso, estas vacaciones serán inolvidables, gracias. —chilló Laura.

—Gracias a ustedes por estar aquí, ¿Y Luis en dónde está?

—Ayer tuvieron que regresar a la Ciudad de México, un problema con una obra. — contestó mi tío.

—Qué lástima.

—Sí, salieron por la tarde, por cierto me dijo que te dijera que les diera las gracias por todo, lo llevaron de regreso a él y a los muchachos.

Me sorprendió, si Federico nunca salió de la habitación. Lo miré con un gesto de duda pero antes de preguntar me contestó.

—Oscar, se encargó de todo, al parecer Federico le dejó órdenes por si se presentaba alguna emergencia. — mi marido no me dejaba de sorprender, pensaba en todo.

— ¡Oh!—fue lo único que dije.

— ¿Qué planes tienen? —me preguntó mi tío.

—Le dije a Federico que quiero ir a Tulum, ¿Les gustaría acompañarnos?

Todos comenzaron a hacer comentarios, sobre ir a Tulum y luego ir a Playa del Carmen para visitar la ciudad. Federico regresó con un mal semblante, se sentó a mi lado mientras respiraba profundo. Estaba molesto, conocía bastante bien todos sus gestos.

— ¿Qué pasa amor?

—Surgió un problema en Panamá, voy a tener que ir. —me dijo frunciendo el ceño.

—No te preocupes, si tienes que ir ve. ¿Está cerca no?

— Sí, te aseguro que si pudiera evitarlo, lo haría.

—Lo sé, mañana podemos hacer lo que teníamos planeado. —le dije sonriendo, no quería que se sintiera culpable por irse.

Maia se subió a sus piernas y le dio dos besos en sus mejillas.

—Mi nena hermosa con traje de baño. —le dijo tiernamente, no me cansaba de verlos juntos, luego de hacerle arrumacos y gruñirle, que era algo que le encantaba. La senté en una sillita para darle de desayunar.

—Robert, ¿Podrías acompañarme a Panamá?

Robert lo miró sorprendido.

— ¿No me digas que vas a despedir a otro pobre cabrón?— dijo con los ojos abiertos.

Federico se rio con una mueca.

—Se lo merece completamente el idiota; pero si no quieres ir, te entiendo, sé que estás de vacaciones.

—Y tú de luna de miel, pero que le vamos a hacer, te acompaño.

—Oigan yo voy, no conozco Panamá. —dijo Rick emocionado. — Si es que no les estorbo.

—Amigo como eres dramático, por supuesto que sí, no tardaremos mucho. La empresa está cerca del canal así que mientras nos puedes esperar en un restaurante que tiene una vista impresionante a la segunda sección.

—Amor, ¿Por qué no te llevas a mi tío?, Los muchachos se fueron, se va a quedar solo, así será un viaje de hombres y nosotras haremos algo aquí. —le dije sonriendo.

— Por supuesto. —dijo con una sonrisa.

—Hoy será un día de chicas. —dije emocionada.

—Señores desayunamos y nos vamos en una hora.

Terminamos de desayunar y los hombres se fueron para cambiarse de ropa, estaban emocionados, hablaban de comprar ron y puros. Nos quedamos solas planeando que haríamos, Oscar se fue con Federico pero yo seguía con dos hombres de seguridad.

Me convencieron de ir de compras, decidimos que tendríamos que ir hasta Cancún, al fin de cuentas solo estaba a 40 minutos de donde nos encontrábamos, no sería un viaje tan largo. En la recepción del hotel y nos recomendaron un lugar llamado La Isla.

—Julio, vamos a ir a Cancún al centro comercial La Isla. — me miró sorprendido y preocupado.

—Señora, no creo que al señor le guste la idea.

—Estamos en Cancún. No creo que nos pase nada, además ¿Quieres que le llame y lo moleste en medio de un problema tan grande como el que tiene? —le dije ladeando la cabeza.

—No señora.

—Entonces vámonos. — le dije con la voz muy firme.

Luego de varias paradas en el camino, por fin llegamos al centro comercial. El lugar nos encantó. Lo recorrimos a lo largo y a lo ancho, aproveché para comprarle zapatos a Maia, iríamos a Tulum y quería que llevara calzado cómodo que protegieran sus tobillos. Al cabo de unas horas

estábamos cargadas de bolsas.

Se las entregamos a los muchachos, que irían a dejarlas al auto y nosotras entramos a un Starbucks, descansaríamos un rato, mientras decidíamos a donde iríamos a comer.

— ¿En dónde quieren ir a comer, aquí o en Playa del Carmen?

— ¿Aquí en el centro comercial?— preguntó Raquel inocentemente.

—No. En Cancún.

—Aquí, mejor vamos a Playa del Carmen mañana cuando vayamos a Tulum. —dijo emocionada Marie.

—Me parece buena idea, escojan un lugar para poder decirle a Julio por favor. Voy al baño a revisar a Maia, creo que tengo que cambiarla.

Me levanté para llevarla al baño, cuando crucé el lugar, un sujeto que estaba sentado en una de las mesas del rincón, no me dio buena espina. Nos estuvo observando desde que llegamos con demasiada insistencia, caminé lo más rápido que pude con Maia de la mano.

Pero al regresar ya no lo vi, tal vez fue mi imaginación, Oscar me estaba contagiando su paranoia. Llegué a la mesa en donde estaba las chicas, por las puertas de cristal se miraban fotógrafos que unos momentos antes no estaban.

—Creo que alguien famoso está afuera de la tienda. —dijo Laura.

— ¿Lo dices por los fotógrafos?— preguntó Marie.

—Sí, hace unos momentos llegaron y parece que están esperando a alguien. Ojalá que podamos ver de quien se trata.

—Bueno si lo ven le toman fotos. —les dije riendo. — ¿Entonces a donde quieren ir?

—Queremos comer comida Italia, vimos un restaurante que está muy recomendado se llama La Dolce Vita, la pizza se ve deliciosa. — dijo Raquel.

— ¿En serio pizza?— incrédula por su elección, si estábamos en la playa, yo prefería comer mariscos.

—Es pizza artesanal. —me corrigió Marie. —Además venden otros platillos.

—Está bien, traigo antojo de fettuccini con camarones. —dijo lamiéndome los labios. Todas

me miraron con una gran sonrisa.

— ¿Tienes antojos?—chilló mi tía. ¿Qué?, ¿Creían que era posible que estuviera embarazada?

— ¡Ohh!, ¡No vayan por ahí!, Estoy tomando pastillas. —les dije muy seria. — Esas no fallan ¿Qué no?— fruncí el ceño con un gesto de duda. Se comenzaron a reír de mí.

—Todo puede fallar querida, lo único que funciona es la abstinencia. —me dijo Marie enarcando una ceja divertida.

— ¿Si estuvieras embarazada, habría algún problema?—me preguntó Laura.

—En realidad no, de hecho queremos tener más hijos.

—Ahí está. Sería maravilloso que estuvieras embarazada.

—Pero Maia todavía no cumple ni dos años. —chillé. —Además quiero regresar a trabajar.

Marie silbó mientras negaba con la cabeza.

—No creo que tu marido esté de acuerdo.

—Pues lo siento si no le gusta, pero no me pienso quedar en mi casa sin hacer nada. —le dije cruzándome de brazos. —Tengo dos años que no trabajo y lo extraño.

—Emma, ¿Pero si tu marido no quiere que puedes hacer?— me dijo mi tía Laura, la miré abriendo los ojos, su comentario me sorprendió. —No necesitas trabajar.

— ¿En serio? ¿Crees que me voy a quedar en mi casa porque mi marido no quiere?

Mi tía no respondió.

—Sabía que tenías carácter bajo ese rostro inocente. —me dijo Marie riéndose.

—Es que ya me cansé, tengo más de dos años haciendo lo que me dicen. Meses atrás no toqué el tema por Maia, pero ya está más grande, puedo contratar a alguien que la cuide.

— ¿Y si estás embarazada?— Raquel, me parecía linda pero un poco ingenua.

—No es impedimento para trabajar, a fin de cuentas no hago nada pesado, solo sentarme enfrente de una computadora. Cuando estuve embarazada de Maia trabajé hasta los 8 meses. — le dije encogiéndome de hombros.

Todas me miraron sorprendidas, ellas nunca supieron en donde pasé el embarazo de Maia, así que desvié la conversación

—Bueno, mejor nos vamos y de camino llegamos a la farmacia por unas pruebas de embarazo. — murmuré.

Todas chillaron de emoción, Marie me dijo que me organizaría el baby shower, pero si ni siquiera era seguro que estuviera embarazada.

Cogí a Maia de la mano y nos levantamos para salir. Afuera de la cafetería nos esperaban Julio y Bill, el hombre que sustituyó a Jaedon. Cuando abrimos las puertas se desató el caos. Una lluvia de flashes cayó sobre nuestros rostros, ¿Qué demonios era lo que pasaba? Julio se acercó tratando de cubrirnos, pero las preguntas comenzaron.

— ¿Es cierto que se casó con Federico Malfacini?, ¿Cómo se siente saber que su esposo estuvo comprometido con la hija de un narcotraficante?, ¿Eso significa que usted era su amante?

Solo los oía, pero no podía verles la cara, comenzaron a gritar a mí alrededor. Se agacharon para enfocar a mi bebé, ella se asustó con el ruido y los flashes de las cámaras, que casi nos golpeaban.

Las preguntas fueron terribles, desde que si la empresa que tenía en Panamá explotaba a los trabajadores, que su fortuna era dinero del cártel de Rodríguez y otras espantosas, pero lo que me enfureció fue cuando un imbécil me preguntó si Maia era la hija bastarda de Federico.

Mi niña comenzó a llorar, no podíamos ni caminar, la levanté en brazos para protegerla. Laura, Marie y Raquel estaban asustadas igual que yo. ¿De dónde diablos salió tanta gente?

Julio y Bill, se vieron rebasados. Entre los jalones y los fotógrafos que no nos permitían pasar, alguien se cruzó en mi camino y caí de rodillas con Maia en brazos, antes que cayera sobre mi bebé al suelo, Julio se dio cuenta y me tomó por la cintura levantándome.

—Emma. —gritó Laura asustada. — ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Déjenlas pasar. —les espetó Julio furioso.

Un guardia del centro comercial llegó y nos ayudó gracias al cielo. Lo peor era que el camino a la salida era muy largo, Julio me quitó a Maia y la abrazó protegiéndola. Luego de los 15 minutos más largos de mi vida pudimos llegar al auto.

Subimos a la camioneta y solo se oían los sollozos de Maia.

—Ya amor, ya pasó. —saqué de una bolsa, una muñeca que le compré y se la di. —Mira que hermosa tu muñeca ¿La quieres?

—Ti, mami. —la abracé y luego de un rato de mecerla entre mis brazos se quedó dormida, pero tenía su carita roja.

Suspiré frustrada.

— ¿Qué fue todo eso?—me preguntó Laura.

—No sé. No tengo idea.

—Emma tienes sangre en una rodilla. —me dijo Marie.

Me agaché y miré que tenía incrustado en pendiente en forma de cruz, pero que maldita suerte.

—Parece que se me encajó el pendiente de alguien. —le dije con una mueca, con la adrenalina no lo sentí, pero ahora que se me había pasado, empecé a sentir el dolor.

Marie se acercó y me revisó la rodilla.

—Por Dios. No se mira bien, tenemos que llegar para que te curen en algún hospital.

La miré horrorizada.

—No, en el hotel tienen servicios médicos, puedo esperar.

Julio estaba muy serio y me veía constantemente por el retrovisor. Cometí un grave error, puse a mi niña en peligro, eso era lo que más me consternaba.

—Tenemos que llegar por lo menos a una farmacia. —dijo Raquel.

—No podemos, nos vienen siguiendo. —murmuró Julio, estaba molesto, me comenzó a preocupar la reacción de Federico, se había negado a ir a ese tipo de lugares por meses y ahí estaba yo en la primera oportunidad lo jodí haciendo mi voluntad.

—Julio, te quiero pedir una disculpa...no te preocupes, hablaré con mi esposo, esto fue mi culpa. — murmuré apenada.

Sus labios eran una línea, estaba enojado. El viaje fue silencioso, hasta que llegamos al hotel, para ese tiempo, la rodilla me punzaba.

Gracias al cielo, la seguridad del hotel era muy estricta, solo permitían el acceso a los huéspedes y personas con reservación, y como esos días no había nadie más que nosotros y que no esperábamos a nadie, no los dejarían entrar. Ahora entendía porque tanta maldita seguridad a nuestro alrededor.

Laura bajó con Maia en brazos, seguía dormida abrazada a su muñeca, me bajé pero no pude apoyar la pierna, por lo que Julio, pasó un brazo por mis hombros para ayudarme. Casi me llevó arrastrando hasta los servicios médicos. Cuando entré me encontré un joven, que era el doctor de guardia.

—Buenas tardes, ¿En qué te puedo ayudar? —me dijo con voz amable.

—Tuve un pequeño accidente. —le dije con una mueca, mostrándole mi rodilla. Julio me acercó a la camilla y luego salió. Seguía enojado conmigo.

— ¿Cómo te hiciste esto?

—Caí de rodillas y parece que eso estaba en el suelo. — murmuré.

—Como es de metal te voy a poner la vacuna contra el tétanos, antes de sacártelo.

—En el caso que estuviera embarazada, ¿Esa vacuna me pudiera afectar?—le pregunté con un gesto.

—No, al contrario te hará bien. —me miró entrecerrando los ojos. — ¿Estás embarazada?

—No sé, pero es una posibilidad. Tengo un ligero retraso, pensé que era por los nervios de la boda. —le dije encogiéndome de hombros

— ¿Tú fuiste la que te casaste?

—Sí. —me comencé a morder las unas, estaba nerviosa. —Mi esposo y yo, ya tenemos un bebé de 18 meses.

—Bueno es mejor averiguarlo. Aquí tengo pruebas de embarazo, aunque tendrás que hacerte un examen de sangre cuando regreses a tu casa.

—Eso significa que aunque salga falsa, puede que esté embarazada.

—Así es, si sale positiva es muy raro que sea falso, es más común que salga negativa y estés embarazada.

—Sí la quiero. —le dije suspirando.

—Primero te vacunaré y te sacaré ese objeto de la rodilla, ¿Está bien?— me inyectó en un brazo la vacuna, a pesar de ser una aguja delgadita me dolió.

—Ahora sí, te voy a poner un poco de spray anestésico, para sacarte esa cruz de la rodilla.

Luego de pegar un grito cuando me la quitó, me curó, colocó una gaza y una venda alrededor de mi rodilla.

—Lista, ya quedó. —de un gabinete, sacó una caja y la abrió entregándome una varita de la prueba. —Puedes entrar al baño.

— ¿Me la puedo hacer en mi habitación?

Negó con la cabeza.

—Necesito saber si estás embarazada, porque tengo que recetarte antibióticos y medicamento para el dolor.

Me tallé los ojos, demonios tendría que saber.

—Está bien, ahorita regreso.

Caminé cojeando hasta el baño, me senté e hice pis sobre uno de los extremos. Regresé con la prueba en la mano pero no la miré, la envolví en papel higiénico.

— ¿Viste el resultado?

—No.

—Vamos a darle unos minutos.

Me dijo con una sonrisa. Al cabo de unos minutos, quité el papel de la prueba y miré el resultado. Estaba embarazada.

— ¿Entonces?

—Es positivo.

— ¡Felicidades!—exclamó emocionado.

—Gracias. — no podía creerlo.

—Bueno, no te puedo dar el medicamento que pensaba, te voy a dar una receta para que

vayan a comprarlo. Tomó el bloque y comenzó a escribir.

—Te estoy prescribiendo vitaminas, si vas a comer mariscos que sean cocidos, solo pescado blanco o salmón. No te asolees tampoco y toma muchos líquidos.

—Adiós vacaciones. —murmuré.

—Tienes que cuidarte.

Salí del consultorio con la prueba en la mano, envuelta en una servilleta, Julio seguía afuera.

—Julio, ¿Podrías ir a la farmacia? Necesito que surtas esta receta.

Se la entregué y cuando la leyó me miró abriendo los ojos, era obvio que miró las vitaminas prenatales.

—Te pido discreción por favor.

Me ayudó a llegar hasta la suite, Laura se llevó a Maia y me dijo que descansara. Me acosté, media hora más tarde regresó con el medicamento. Me tomé las pastillas y me provocaron sueño, por lo que me quedé dormida.

Federico

La reunión se postergó más de lo que pensaba, Rick y Esteban, se quedaron en el bar que les recomendé, mientras Robert y yo nos dirigimos a las oficinas.

Cuando salimos de la reunión, todo estaba arreglado, solo tuve que despedir al administrador. El problema con el sindicato fue porque a los empleados no les pagaban horas extras aunque si las trabajaban, resultó que él hijo de puta del administrador se quedaba con ese dinero, en cuanto se fue, firmaron un nuevo convenio y todo se arregló.

Ahora entendía porque mi presciencia fue requerida y no querían tratar con nadie más, si no me presentaba se irían a huelga. Esa empresa era importante para las cargas que cruzaban por el canal para llegar a Long Beach, era la ruta más corta.

Regresamos al bar y luego nos fuimos a comer a un lugar de comida caribeña, cuando estábamos saliendo Oscar recibió una llamada.

Se alejó mientras gritaba al teléfono, se talló el puente de la nariz, algo estaba mal,

inmediatamente pensé en Emma.

Me acerqué, cuando estaba colgando.

— ¿Qué pasó Oscar?

—Emma y las demás mujeres fueron a Cancún a La Isla.

Lo miré sin entender a lo que se refería.

— ¿Y cuál es el problema?

—Es un maldito centro comercial...luego de unas horas cuando salían de un Starbucks más de diez fotógrafos las esperaban, se abalanzaron sobre Emma y Maia.

— ¿Por qué demonios fueron a un puto centro comercial?— le espeté furioso.

—Julio, dice que fue su culpa.

—Maldita sea Oscar, tienes que hacer algo con tus hombres, él sabía de los riesgos. —le reclamé colérico. —La prensa es el menor de mis males.

Oscar se agachó sin decir una palabra.

—Tú sabes que recibí amenazas de muerte. —pasé una mano por mi cabello respirando profundamente. — ¿Les pasó algo?

—Emma se cayó... y se lastimó una rodilla pero ya la curaron. Ya están en el hotel... Maia solo se asustó, pero está bien.

— ¿Cómo es posible que pase esto?—gritaba mientras levantaba los brazos exageradamente.

—No te preocupes, voy a arreglarlo. Julio me dijo que los siguieron al hotel.

—Eso está jodido.

—La seguridad del hotel los contuvo, no pueden entrar.

—Nos vamos inmediatamente.

Cuando regresé Rick, Robert y Esteban me miraban sorprendidos, luego que le grité a Oscar.

— ¿Qué pasó?— preguntó Rick.

—Emma y las demás se fueron a un centro comercial.

— ¿Y por eso estás molesto?— Robert exclamó incrédulamente.

—Ella sabe que no puede ir a lugares así...cuando salieron de una cafetería las estaban esperando más de 10 fotografías.

— ¿Pero cómo supieron que estaba ahí?— Rick era el único que no se sorprendió de la situación porque estaba más que enterado de lo que pasaba, pero tanto Robert como Esteban no entendían lo que ocurría.

—No lo sé.

— ¿Pero que querían?—preguntó Esteban asustado.

—El asunto de la huelga ha llamado mucho la atención, sin olvidar que a mi tío lo mató un narcotraficante, que se suponía sería mi suegro porque estaba comprometido con su hija, ¿Así que imagínate? — les dije irónicamente.

—Mierda, eso no lo sabía. —chilló Robert.

—Son unos hijos de puta. —murmuró Rick.

— ¿Eso es cierto?—dijo Esteban consternado.

— ¿Lo del compromiso?— asintió.

—No de mi parte, mi tío Carlos pactó ese compromiso, pero yo no acepté, aun así fue noticia y él se encargó de alimentar a los medios con su aprobación, creyó que así me forzaría, pero se equivocó. Estos bastardos son unos buitres, lo que quieren es la nota amarillista. Me da rabia, pero no puedo evitar todo ese circo mediático, sabía que esto iba a pasar, por eso le puse la seguridad a Emma.

Llevé mi mano sobre mi boca, mientras respiraba profundamente. Sin mencionar las amenazas de muerte que recibí en los últimos meses, pero eso no se los diría.

—Esteban, no les contamos para no preocuparlos. Sé que es difícil para ella el no poder salir a cualquier lado, pero creo que haré algo que tenía que haber hecho antes.

— ¿Qué vas a hacer?—preguntó Rick.

—Le pediré a mi abogado que emita un comunicado de prensa y si es necesario salir en alguna de esas estúpidas revistas presentando a mi familia, lo haré.

— ¿Pero eso no empeorara las cosas?— Robert, me miraba preocupado.

—Al principio, pero luego la noticia dejara de ser novedad y deben dejarnos en paz. Lo estuve posponiendo porque Maia no estaba registrada con mi apellido, pero ahora que existe en los registros de Brasil y de Estados Unidos, no hay problema.

—Te entiendo. — murmuró Esteban.

Tomamos el avión, durante el viaje nadie hizo ningún comentario, ni preguntó nada más. Al cabo de 30 minutos estábamos aterrizando en el aeropuerto de Cancún. En la suite me encontré a mi esposa desmayada sobre el colchón.

Me senté a su lado, estaba muy tranquila, respiraba acompasadamente. En su rodilla tenía un vendaje. Mi rabia se convirtió en temor. Me desnudé y me acosté a su lado. Lo importante era que estaban bien.

Emma

Unos dedos que vagaban debajo de mi vestido me despertaron, giré la cabeza y lo miré acostado a mi lado con su cabeza sobre su brazo. Me veía con una mirada indescifrable, su cara tenía un gesto duro, lo observé con detenimiento, pero sus ojos no me revelaron ni un poco de lo que pasaba por su mente. El recuerdo del desastroso acontecimiento que ocurrió horas antes, me cayó como balde de agua fría.

— ¿Cómo estás?—me preguntó con una voz serena.

—Bien... ¿Sabes lo que pasó?—murmuré.

—Sí cariño, por eso regresamos antes.

Lo miré avergonzada, me salí con la mía y las consecuencias fueron desastrosas. Sabía que ni él ni Oscar estarían de acuerdo con mi decisión, pero no creí que ocurriera algo así.

—Perdón...yo no pensé...

—Era una posibilidad remota, pero podía pasar.

— ¿Estás enojado?

—Contigo no. Estoy furioso porque por su imprudencia te lastimaste. Pero no podría enojarme contigo...bueno tuve una hora para calmarme antes de regresar. —me dijo con una mueca.

—No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Siento arrastrarte a ti y a nuestra hija en medio de todo este caos. —suspiró.

—No es agradable, pero si es el precio que tengo que pagar por estar contigo, lo acepto.

Me jaló, me dio un beso cálido y húmedo, cerré los ojos disfrutando de su toque.

—Te amo, voy a protegerte a ti y a mi hija, pero déjame hacerlo. Todo lo hago por su bien.

—Está bien.

—Como ya saben de ustedes, mi abogado emitirá en comunicado de prensa en Río, la atención de la prensa será mayor, pero solo al principio y luego nos dejarán en paz.

— ¿Estás seguro que es lo mejor?

—Ahora es lo único que podemos hacer.

— ¿Arreglaste el problema en Panamá?

—Sí y tuvimos una comida muy agradable, Esteban se asustó por mi reacción con Oscar, creo que le grité un poco.

Lo miré sorprendida.

—Por favor no culpes a Julio, él me advirtió y no le hice caso. Evitó que cayera de bruces con Maia en brazos, actuaron rápido pero no podían hacer nada.

—Está bien, vamos a olvidar el incidente. ¿Todavía quieres ir a Tulum?

— ¿Podemos ir?

—Si puedes caminar, no veo el problema.

—Creo que sí, solo me dijeron que no me metiera al mar, porque será doloroso.

—Entonces mañana podemos salir temprano y luego buscar algún lugar lindo para comer.

—Gracias.

—Tengo que agradecerte por aguantar toda esta situación.

Pasé mis dedos por su pelo, acariciándolo, me pegué a su cuerpo y comencé a besarlo. Era hermoso y era mi esposo.

—Te extrañé. —me dijo con la voz ronca de deseo.

—Yo también. Me estás malacostumbrando. — le dije con una sonrisa traviesa. — ¿Qué va a pasar cuando regresemos?

—Pensaré en algo, pero ahora vamos a continuar en lo que nos quedamos anoche.

Me levantó el vestido dejándome solo con el traje de baño.

— ¿Quién te escogió estos trajes de baño?

—Marie. —le dije riendo.

—No sé si darle las gracias o montar en cólera. — me reí con su comentario.

El traje de baño era color blanco, la parte superior eran dos triángulos que se ataban a la espalda y al cuello, la parte de inferior eran bikini, pero me encantó cuando me lo probé.

—Bueno ahora nadie te lo verá.

Me levantó de las caderas y me subió sobre su regazo. Quedé a horcajadas sobre él, sus manos agarraron mis caderas y comenzó a frotarse entre mis piernas, sentí la humedad en la tela del bikini.

—No me había dado cuenta que estabas desnudo. —le dije con un jadeo.

—Estaba esperando que despertaras.

— ¿Para qué?— murmuré con la boca abierta agarrando aire.

Pasó sus manos por mi espalda, desató las tiras de mí top y cayó sobre su estómago, para luego bajar sus dedos sobre mis caderas y jaló las tiras de mi bikini, dejándome desnuda.

Se levantó de un golpe colocándome de espaldas contra el colchón.

—Para esto. —me dijo mirándome como si quisiera devorarme.

Bajó hasta mi estómago, sentí su lengua dentro de mi ombligo, gemí en respuesta, pero no se detuvo y llegó hasta mi pubis. Comenzó a lamerme y darme besos hasta que siguió más abajo, me levantó de las caderas abriéndome las piernas.

Dejé de pensar, cerré los ojos y levanté mis caderas hacia su boca, dejando que me invadiera el calor de su aliento y su saliva.

Mi pulso se aceleró, sentí espasmos que nacían de mi vientre, una ola de calor me inundó, mientras mis pezones se ponían duros por lo que estaba haciéndome, jadeaba con la boca abierta y los espasmos se convirtieron en un orgasmo incontrolable. Me estremecí aferrándome a las sábanas mientras gritaba de placer.

Me dio el tiempo para recuperarme, pero me volví de gelatina. Mis manos se relajaron soltando la sábanas que momentos antes apretaba como si de eso dependiera mi vida. Abrí los ojos y Federico me miraba sonriendo.

—Quiero probar algo diferente. — me dijo con una sonrisa lasciva, lo miré entrecerrando los ojos con desconfianza.

— ¿Qué tan diferente?— se rio con malicia.

—Relájate, voy a hacerlo con cuidado.

— ¿Estás seguro?

Se inclinó y buscó bajo la cama, cuando se levantó miré que tenía un tubo entre las manos, era lubricante. Días atrás, estuvo jugando en ese lugar inexplorado, metiendo primero un dedo y luego dos, pero de sus dedos a... no quería ni pensarlo.

Tragué saliva nerviosa, y comencé a respirar aceleradamente.

— ¿No te gustó?— me preguntó con una media sonrisa mientras ladeaba la cabeza.

La verdad era, que si me había gustado sentirlo profundamente, mientras me invadía con sus dedos, me dio el orgasmo más fuerte que había tenido en toda mi vida, bueno al menos hasta el momento.

—Sí, pero... —murmuré espacio.

—Bueno entonces...

— ¿Tú has hecho eso?—le dije arrugando la frente. Se rio descaradamente.

—No contestaré esa pregunta.

Con eso me lo dijo todo, claro que lo había hecho, bueno por lo menos lo intentaría, después de todo era bueno hacer cosas nuevas, éramos marido y mujer, se suponía que había suficiente confianza entre nosotros.

—Está bien. —murmuré.

Me miró emocionado con una gran sonrisa, ¿Por qué estaban tan obsesionados con eso? No me dio tiempo de arrepentirme, me agarró de la cintura y me giró. Quedé boca abajo sobre el colchón, levantó mis caderas y colocó una almohada elevándome, mi corazón se aceleró y caí en pánico, ¿Qué pasaba si era doloroso y desagradable?

Sus manos sobre mi espalda me sacaron de mi espiral de terror, el gel olía delicioso, comenzó darme un masaje y eso me relajó, separó mis piernas y se inclinó sobre mi espalda, sentí su aliento cálido sobre mi cuello.

—Tranquila, seré cuidadoso. —murmuró en mi oído. El miedo y la zozobra me excitaron, ¿Cómo era posible? Leí sobre eso, pero nunca lo había sentido.

Cada vez se movía más hacia mis caderas, hasta que sentí que el gel frío corría por mi coxis y bajaba entre mis piernas. Me acarició con su mano, mientras me masajeaba con su pulgar, un cosquilleo que hizo que sintiera espasmos en mi vientre, sin darme cuenta comencé a jadear, estaba agarrada a la orilla de la cama con los ojos cerrados y boqueaba tratando de no hiperventilar.

Gemí cuando de repente sentí su lengua, ahí en donde antes estuvo su pulgar frotándome, por instinto levanté el trasero contra su cara, pero seguía tensa.

—Shhh, este gel tiene un dilatador eso ayudará, no te tenses.

Asentí, pero no dije una palabra, no podía. Sus manos me levantaron de las caderas mientras me habría para darse acceso. Lo primero que sentí fue algo caliente en mi entrada, que comenzó a invadirme poco a poco.

Se deslizó suavemente, estirándome centímetro a centímetro, estaba sin aliento, con la respiración contenida.

Mientras entraba sentí que sus dedos hacían círculos sobre mis glúteos, era un sentimiento contradictorio, pero de repente un dolor agudo y un ardor me atravesaron como un latigazo violento, arqueé la espalda e intenté alejarme.

— ¡Detente!— le grité, desesperada y traté de girarme.

—Te vas a lastimar, no te muevas, en un momento te dejará de doler confía en mí.

— ¿Estás seguro?—chillé.

—Confía en mi cariño. —me dijo suavemente.

Bajé mi estómago sobre el colchón y relajé mi espalda. Él se detuvo y dejó de avanzar por un momento, y tal como lo dijo ese ardor comenzó a disiparse.

Cuando se dio cuenta que me relajé, prosiguió, sentí su peso sobre mi espalda, se inclinó y sentí su pelvis contra mi trasero, estaba completamente dentro de mí. El disparo de adrenalina que sentí fue tremendo, luego que el dolor se fue un placer me invadió, era un sensación diferente, pero se sentía más que bien.

—Esto se siente increíble. —chilló con los dientes apretados.

Tomó mis hombros, comenzó a entrar y salir despacio, sin darme cuenta me encontré levantando mi trasero para recibirlo. Pasó una de sus manos bajo mis caderas y metió dos de sus dedos dentro de mí.

Era una sensación indescriptible, un ardor delicioso me recorría, sus movimientos se hicieron más fuertes, pero eran bien sincronizados entre sus caderas y sus dedos que seguían frotándome.

Desesperada llevé mis manos entre mis piernas y comencé a tocarme, mientras gemía y gritaba perdida por las sensaciones que se agolpaban en mi interior.

Federico sacó sus manos y me levantó de las caderas mientras aumentaba las embestidas, sustituí sus dedos por los míos, estaba frenética. Un orgasmo se liberó desde mi interior, y grité como poseída, así me sentía, ni si quiera tenía la palabras adecuadas para describirlo.

Se corrió dentro de mí con un gritó sobre mi espalda, sus dedos clavados en mis caderas pero no me importó. Me dejé caer sin fuerzas sobre la cama y luego lo sentí sobre mí, me besó tiernamente la espalda.

—No te muevas.

Salió cuidado, pero un ardor recorrió el sendero que dejó libre. Entró al baño y regresó con una toalla.

—Dios, me quieres matar. —le dije sin aliento, me levantó de la cama.

—Gracias, por confiar en mí.

—Baño por favor.

—Yo me encargo.

Me dijo y caminó conmigo a la ducha, me cubrió de jabón y me lavó con cuidado, recargué mi cabeza sobre su pecho y lo abracé.

— ¿Te gustó?

—Sí, nunca pensé que eso se sintiera...tan bien. — murmuré.

—Si tienes cuidado, sí. —me dijo con una sonrisa.

Salimos a la habitación, solo envueltos en toallas, y nos acostamos entre las almohadas, me acurruqué en su cuello y lo abracé, era mi esposo, era mi amante, era el hombre que necesitaba.

Capítulo 30

Federico

Suspiré profundamente, estirándome en la cama, Emma no estaba a mi lado. La cama estaba vacía. Me levanté y me puse unos pantalones cortos, caminé a la terraza y la encontré sentada en un sillón, mirando el mar.

—Hola cariño. — le dije mientras me sentaba a su lado. — ¿Te sientes bien?

—Sí, solo estaba pensando. — la noté ausente y un poco melancólica.

—Me asustas. —le dije con una sonrisa y un gesto exagerado.

—Que gracioso. — me dijo entrecerrando los ojos. — Es en serio, quiero regresar al trabajo.

No me gustaba la idea, evité el asunto del trabajo por meses y no pensaba cambiar de opinión, no después de lo que había pasado en Oakland, además con el cambio de casa no tendría tiempo.

— ¿Por qué quieres trabajar?

—Me hace falta, no quiero parecer egoísta, disfruto mucho estar con Maia, pero extraño llegar a una oficina y hacer lo que me gusta.

—Te entiendo. —suspiré, tenía que encontrar una solución, si una vez la había aislado del resto de la empresa podía hacerlo otra vez. — ¿Y si trabajas medio tiempo?

Me miró ladeando la cabeza.

—No suena tan mal. — me dijo recapacitando. — Así podré dejar a Maia unas horas y aun así estaré con ella.

Le sonreí.

—Me parece buena idea. Además tendrás mucho trabajo extra. —le dije con una sonrisa.

— ¿Por qué dices eso?—me preguntó incrédula.

—Quiero que nos mudemos a San Francisco.

— ¿Quieres dejar Los Ángeles?

—Sí. Me parece que es más tranquilo, podemos buscar una linda casa en una zona bonita, con buenas escuelas para que crezca Maia y podamos tener más hijos.

—Me gusta la idea. — me dijo riendo.

—Rick nos va a ayudar a buscarla, así que te doy la libertad para que tú la escojas.

— ¿Puede estar cerca del mar?

—Claro, ¿Recuerdas las casas que vimos en la costa cuando navegamos?

—Sí.

—Me gusta esa área.

—Eso será emocionante. — chilló. — ¿Alguna necesidad especial?

—Quiero un gran despacho para poder trabajar desde casa cuando lo necesite, que tenga gimnasio, de preferencia una sauna, una alberca techada para que nuestra niña pueda nadar porque le encanta el agua y por lo menos que cuente con 6 habitaciones. Ah y mucho espacio exterior. El resto lo eliges tú.

Me miró horrorizada.

— ¿Es una maldita broma?

—No cariño, es en serio.

— ¿Para qué quieres 6 habitaciones?

—Bueno vamos a tener más hijos y necesitamos cuartos de huéspedes para cuando vaya tu familia de visita.

— ¿Estás ansioso por tener más hijos? — me dijo entrecerrando los ojos.

—No puedo esperar.

—Pues no vas a tener que esperar mucho tiempo. — murmuró con una sonrisita tonta. La miré sorprendido.

— ¿Por qué dices eso?

—Estoy embarazada.

— ¿Qué?... ¿Estás segura?— asintió lentamente.

—Sí, cuando fui al doctor esta tarde, le dije que tenía un ligero retraso y me hizo una prueba casera.

Sacó una varita blanca de debajo del sillón en donde estaba sentada y me la entregó. No podía creerlo, era extraordinario. La tomé entre mis manos y miré el dos rayitas azules en uno de los extremos.

En ese momento recordé lo que hicimos horas atrás, sin mencionar que se cayó en el centro comercial. Maldita sea, agarré aire, abrí la boca para hacer un comentario, pero como si me leyera la mente me detuvo.

—No digas nada por lo que hicimos, no pasa nada. Y la caída no me afectó tampoco. Me hizo la prueba de embarazo, por el medicamento que me daría, así que me recetó algo que no le afectara al bebé. — me tallé el puente de la nariz.

— ¿Cómo sabías que...?

—Te conozco. — la abracé emocionado, con una dicha que no me cabía en el pecho.

— ¡Vamos a tener otro bebé!— chillé. —Pero entonces...me engañaste. —la miré inquisitivamente. Me había engañado con trabajar medio tiempo, ahora lo entendía.

—Si lo dices por el trabajo, no lo hice, pensaba regresar a trabajar, embarazada o no. — la miré entrecerrando los ojos.

—No vas a trabajar. — le dije en tono muy firme.

— ¿Qué?, ¿Por qué no?— me miró sorprendida.

—Porque no... — respiré profundamente, no podía ser tan intransigente, así que cambié mi tono. — Cariño, te tienes que cuidar, trabajar puede afectarte, ¿Para qué correr riesgos?—le dije suavizando mi voz, pero estaba malditamente molesto.

—De Maia trabajé prácticamente todo el embarazo y no hubo ningún problema. —me dijo alterada.

—Pero ahora no tienes necesidad de trabajar, eres mi esposa, ¿Qué va a pensar la gente?—le

dije furioso.

—No me importa lo que piense la gente, quiero trabajar.

— ¿Y si no tienes más trabajo?—le dije mirándola arrogantemente.

— ¿En serio quieres hacer eso ?—me dijo reprimiendo una sonrisa, mientras negaba con la cabeza.

No le contesté mis labios formaron una línea delgada, solo asentí lentamente.

— ¿Sabes que no necesito que tú me des trabajo?, Puedo buscar en otro lugar. — me enfurecí con sus palabras.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga, porque es lo mejor para ti y para nuestro hijo. — le dije con la mandíbula apretada, ¿Por qué carajos tenía que cuestionar todo?, Solo pensaba en ella y en nuestra familia.

— ¿Por qué se empeñan en controlarme?— chilló exasperada. Al escuché esa frase perdí la cabeza.

— ¡NO ME COMPARES CON ESE HIJO DE PUTA!— le grité furioso. Abrió los ojos horrorizada, por mis palabras.

—No te estoy comparando con nadie, lo digo por Oscar y por ti. —me gritó con rabia. Me paralicé con su reproche, mi subconsciente me traicionó jodidamente.

— ¿No puedo creer que fui tan estúpida en pensar que todo eso había quedado en el pasado? — murmuró dolida.

No le contesté, maldita sea, ¿Por qué tenía que recordarme a ese imbécil? Se levantó del sillón y me dejó solo en la terraza. Pero no fui detrás de ella, no podía, no quería arruinar todavía más la situación.

Emma

Dejé la habitación con un sentimiento de desolación que me consumía el alma. Luego de meses de tratar de olvidar el pasado y convencerme que todo había quedado atrás. La realidad me estalló en la cara en el momento menos pensado.

Su silencio me hirió más que si me hubiera insultado con palabras. Miré en sus ojos resentimiento y rencor, emociones que no se podían ocultar.

El descubrir que él albergaba esos sentimientos y que seguían presentes después de tantos meses, me destrozaron; pero después de todo ¿A quién quería engañar?, Si ni yo misma terminaba de perdonarme, ¿Cómo demonios esperaba que él lo hiciera?

Caminé hacia la playa, necesitaba pensar, lo primero era calmarme. Se me formó un nudo en la garganta y una opresión en el pecho que no me dejaba tomar el aire suficiente, sentí que me sofocaba y las lágrimas seguían contenidas en mis ojos.

Me senté en la arena, abracé mis piernas y recargué mi cabeza sobre mis rodillas, mientras la brisa del mar golpeaba en mi rostro. La luna era hermosa y su luz iluminaba las olas del mar, brindándome un maravilloso espectáculo, digno de contemplarse en silencio.

Esperé que un milagro ocurriera, que Federico fuera tras de mí y me dijera con su voz tierna y reconfortante que todo iba a estar bien, que estaríamos bien, que podíamos superarlo juntos y seguir adelante, pero no lo hizo.

Los minutos me parecieron horas, me sentí tan infeliz y decepcionada. Sabía que su carácter era fuerte, pero nunca pensé que tuviera un lado represivo y dictatorial.

¿En qué maldito siglo pensaba que estábamos?, Pero aunque lo amara más que mi propia vida, no permitiría que pasara sobre mí, ya había cedido por meses y si lo hacía con esto no habría marcha atrás. Estaría a su merced, aceptando un abuso de su parte.

Eso me convenció aún más de lo que tenía que hacer, necesitábamos espacio. O se olvidaba de una vez por todas de Alexander o nuestro matrimonio estaba destinado al fracaso.

Me levanté limpiándome las lágrimas, necesitaba tener la certeza de mi embarazo. A pesar de los problemas, tener un hijo era una bendición y si tenía que atravesar por esta etapa otra vez sola, lo haría con mucho gusto.

Así que tenía que ir a un hospital y hacerme una prueba de sangre, pero el pedir ayuda no era una opción, lo que menos quería era involucrar a mi familia y que tomaran partido en un problema que era de nosotros solamente. Si las cosas se arreglaban, ellos lo seguirían odiando y eso no era lo que quería.

Regresé la habitación, encontrándola vacía. Me cambié lo más rápido que pude y tomé mi

bolso. Lo primero que necesitaba era un taxi. El joven que estaba detrás de la recepción del hotel me recibió con una sonrisa.

—Buenas noches, ¿En qué le puedo ayudar? — me dijo amablemente.

—Buenas noches, necesito un taxi.

— ¿Quiere ir a algún lugar en especial?

—Sí, quiero ir a un hospital, ¿Sabes si hay alguno cerca de aquí?— levantó un directorio y comenzó a buscar pensativo.

—El más cercano está a 30 minutos en Playa del Carmen, es un hospital privado.

—Ese está bien.

— ¿Está segura?— me preguntó dudoso.

—Sí, estoy segura.

Cogió el teléfono y llamó, no se encontraba ningún taxi en el hotel porque solo estábamos nosotros.

—En 15 minutos estará aquí.

Apuntó en un papel la dirección del hospital y me la entregó.

—Te lo agradezco.

—Para servirle.

Antes que dijera otra palabra, me dirigí hacia la salida, prefería esperarlo afuera, que sentir su mirada sobre mis hombros.

Había una jardinera así que me senté, aguardando a que el taxi llegara, mientras jugaba con mi pulsera girándola sobre mi muñeca, me sentí impaciente.

Las luces del taxi me sacaron de mi ensoñación, seguían grabados en mi mente la expresión de sus ojos y su silencio.

Me subí al taxi y le di la dirección. Luego del viaje más largo de mi vida llegamos, aunque no habían transcurrido más de 40 minutos. En el hospital, busqué el área de análisis clínicos y por suerte lo encontré muy rápido y completamente desierto. Una señora con bata blanca me recibió.

—Quiero una prueba de embarazo. — murmuré.

Sacó un block y tomó notas de mis datos.

— ¿Cuál es tu nombre?

—Emma Sae...Malfacini. — murmuré. Levantó la mirada y me vio los anillos.

— ¿Apellido de casada?

—Sí, me acabo de casar hace unos días. — le dije encogiéndome de hombros, y lo terrible era que no sabía si seguiría casada después de esto.

—Pasa por favor. — la seguí hasta a un cubículo, en donde estaba una silla y con un gesto me indicó me sentara.

Me senté y mi corazón comenzó a latir desbocado, odiaba las agujas, me ponían muy nerviosa y no lo podía controlar. Mis manos sudaban y traté de respirar profundamente, eso ayudaba a tranquilizarme.

Me miró sonriendo.

— ¿Te ponen nerviosa las agujas?

—Un poco. — era vergonzoso reconocerlo, pero las inyecciones me daban pánico, eran una autentica tortura.

—No te preocupes, será rápido.

Y efectivamente, tomó una banda elástica y la enredó en mi brazo. Giré mi cara hacia la pared, si miraba era peor. Ni si quiera me di cuenta que terminó, solo sentí un ligero piquetito. Con rapidez colocó un algodón en mi brazo, lo fijó con una tira de tape blanco y lo dobló.

—Listo, por favor mantenlo así unos 5 minutos.

—Gracias, ¿Cuánto tiempo tardará el resultado?— la miré con ojos suplicantes.

— ¿Te urgen?

—Sí, mucho. — revisó su reloj, hizo una pausa pensativa y luego habló.

—Dame 40 minutos y los tendré listos.

—Muchas gracias.

Me senté en la sala de espera, saqué mi celular y comencé a revisar las fotos de mi galería de imágenes. Eran fotos de Federico y de Maia, no pude evitar sonreír.

Todo se volvió patas para arriba en solo unas horas, pensar que viviría lejos de él y separar a mi hija de su papá, me hizo sentir peor.

Pasé mi dedo delineando su rostro, un profundo sentimiento frustración me embargó. Recargué mi cabeza en la pared y miré a la nada, no supe cuánto tiempo me desconecté, hasta sentí que tocaban mi hombro. La mujer que me sacó sangre, estaba parada frente a mí con un sobre en sus manos.

—Tengo tus resultados.

— ¿Estoy embarazada?— le pregunté de inmediato.

—Sí, felicidades. — tomé el sobre y le sonreí.

—Gracias.

Se dio la vuelta y se fue. Saqué la hoja y miré el resultado, solo decía positivo, Dios estaba embarazada, no sé realmente que esperaba escuchar, pero ya estaba confirmado.

No podía renegar de un nuevo hijo, era un adulto y tenía que afrontar las consecuencias de mis actos y este bebé no era culpable de los problemas de sus padres.

Sin embargo, me invadieron la angustia y la incertidumbre, sería mamá otra vez. Puse mis codos sobre mis piernas y comencé a llorar en silencio, intentando ahogar mis sollozos.

Capítulo 31

Federico

Salí a buscarla, caminé a lo largo y a lo ancho de la playa pero no la encontré. Lo jodí, tenía que disculparme, era un maldito imbécil.

En la habitación y tomé una camiseta, me dirigí a la terraza en donde se suponía que cenaríamos todos. Tenía la esperanza de encontrarla ahí. Estaban sentados alrededor de una mesa, charlando animadamente. Maia estaba sentada en las piernas del tío de Emma.

—Buenas noches. — todos contestaron al unísono.

— ¿Han visto a Emma?— murmuré.

— ¿No estaba contigo?— preguntó Robert.

—Sí, pero...hace rato salió.

—No, no la hemos visto. —contestó Marie me miró entrecerrando los ojos, esa mujer era muy intuitiva, y lo que menos necesitaba era que se convirtiera en un problema aun mayor de lo que era.

—Bueno, voy a buscarla. — después de recorrer el hotel, volví a la suite y le llamé a Oscar.

—Oscar, buenas noches.

— *¿Qué se te ofrece?*

—No encuentro a Emma. —suspiré. — ¿No sabes si la llevaron a algún lado?

—*No que yo sepa, deja le pregunto a Julio, te llamo en un momento.*

—Gracias.

Le llamé a su celular, pero me enviaba al buzón de voz. Al cabo de unos minutos mi celular sonó, era Oscar.

—*Julio no la llevó a ningún lado, hace horas que está en su habitación, la última vez que la vio fue cuando le dejó las pastillas.*

Suspiré pesadamente.

—Lo jodí en grande.

— *¿Qué hiciste?*

—Hace rato tuvimos una discusión y le dije algo de lo que me arrepiento.

— *¿Por qué carajos discutieron?*

—Me dijo que quiere trabajar y le dije que no lo haría.

— *¿Por qué no quieres que lo haga?, ¿Cuál es el maldito problema?*

Carajos, ¿Por qué nadie me entendía?

—Porque no quiero. Sé que soy egoísta, pero no necesita hacerlo, tengo más dinero del que puedo gastar, ¿Cómo crees que voy a permitir que mi esposa trabaje?

— *¿Y solo por eso se enojó?*

—No, eso fue solo el principio. — resoplé. —Me preguntó, ¿Por qué quería controlarla?

— *¿Y?*

—Le grité diciéndole que no me comparara con ese hijo de puta, me aclaró que lo decía por ti y por mí, que no hablaba de él...luego me dijo que después de todo si me afectaba. —murmuré.

— *Joder, ¿Estás hablando de Alexander?*

— *Ni me menciones a ese imbécil, pero sí era por él.*

— *Pero me imagino que le dijiste que no era cierto, que te precipitaste pensando lo que no es...*

—No, me quedé en silencio, no le contesté nada, no pude.

— *Eres un idiota amigo.*

—Hablé sin pensar. No creí que mi arretrato lo tomaría de esa manera.

— *¿Cómo querías que lo hiciera?, Si acaba de enterarse que está embarazada.*

— ¿Cómo lo sabes?

— *Julio surtió la receta que le dio el doctor. Venían vitaminas prenatales y ácido fólico,*

no hay que ser un genio para darse cuenta.

—Búscala por favor. — me senté consternado pasando mis dedos por mi cabello. Estaba dividido entre la rabia y el arrepentimiento. Lo único que sabía era que no permitiría que se apartara de mi lado.

—Está bien, te llamó en cuanto tenga noticias.

Guardé mi celular en la bolsa de mi pantalón y salí a la playa. Lo peor de todo era que si me afectaba, a pesar de los meses que habían transcurrido, el recuerdo de aquel imbécil, me carcomía y no podía evitarlo. Una hora después Oscar llamó dándome noticias.

— ¿La encontraste?

—No precisamente, pero sé que salió del hotel.

— ¿En dónde estás?

—En la recepción.

—Voy para allá. — salí corriendo a la recepción, Oscar me miraba molesto y cruzado de brazos, podía ser un hijo de puta intimidante.

— ¿A dónde fue?

—Tomó un taxi y la llevaron a una clínica.

— ¿Para qué demonios quería ir a un hospital?

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Subimos al auto, Julio estaba al volante, Oscar y yo nos sentamos en la parte trasera de la camioneta.

—Nunca pensé que fueras un hombre machista. — murmuró Oscar.

—No lo soy. — le dije entre dientes. Me vio levantando una ceja incrédulo.

— ¿Y cómo le llamas al control excesivo que ejerces sobre tu esposa?

— ¿Por qué están difícil entender que no quiero que le pase nada? Maia la necesita y ahora que está embarazada tiene que cuidarse, su lugar es nuestra casa descansando. Solo pienso en su bienestar.

— ¿Estás seguro que es por eso?

Asentí molesto, pero no era completamente verdad, ese no era el motivo por el que no quería que trabajara, pero no lo aceptaría abiertamente, no era fácil aceptar mis peores temores. Llegamos a un hospital privado en Playa del Carmen, la buscamos pero no estaba internada, eso me tranquilizó, por lo menos no le había pasado nada malo. Recorrimos el lugar hasta que llegamos al área de laboratorios.

Estaba sentada en una de las sillas de la sala de espera. Me acerqué hasta donde estaba, tenía un sobre en la mano y lloraba en silencio.

—Cariño, ¿Qué haces aquí?, ¿Te sientes mal?

Negó con la cabeza.

—Solo quería corroborar el resultado. —murmuró despacio, reprimiendo un sollozo.

La miré sorprendido. ¿Quería saber si estaba embarazada?, Me arrodillé frente a ella, su mirada era triste y desolada, la lastimé y eso me dolió.

— ¿Por qué?

—No quiero que estés conmigo, si no puedes dejar atrás...—se puso las manos en la boca. — Sé que me lo merezco, quería estar segura que no traería a otro niño...

Comenzó a llorar, la abracé y puso su cabeza en mi hombro mientras lo hacía.

—No digas eso, me porté como un idiota, perdóname, por no decirte que no me importa, debí detenerte para que no te fueras con la idea equivocada.

—Pero si te importa, a pesar de todos estos meses no puedes olvidarlo. — sus hermosos ojos reflejaban dolor.

—Sí me afecta, pero no me importa. Fue un comentario impulsivo, te prometo que nunca más voy a sacar el tema.

—No te engañes a ti mismo, si tienes la más mínima duda que esto te afectará toda la vida, prefiero que nos separemos antes que nos haga más daño. Sé que lo que hice estuvo mal, pero no puedo cambiarlo. No quiero que nuestra vida se convierta en un infierno.

— ¿Me estás dejando?— sentí que mi sangre abandonaba mi rostro.

—No te estoy dejando, pero quiero que recapacites y pienses si podrás superarlo. Si quieres seguir adelante o no. Comprenderé la decisión que tomes. No te preocupes por tus hijos, ellos no tienen por qué sufrir por mis errores. — murmuró.

—No necesito pensar nada. —le dije horrorizado.

Se separó de mí y me dio una sonrisa triste, mientras acariciaba mi rostro, me estremecí ante su toque.

—Amor, sí lo necesitas. — se levantó dejándome pasmado, quise alcanzarla, pero Oscar se interpuso en mi camino.

— ¿Qué demonios crees que vas a hacer?—me dijo apretando los dientes.

—No puede irse, no se lo voy a permitir. — murmuré.

—Ella tiene razón. — estuvo escuchando nuestra conversación.

— ¿De qué hablas?— murmuré.

—Escuché lo que te dijo. Mírate cómo estás. Es obvio que todos estos meses te has estado reprimiendo y solo estabas esperando el pretexto para explotar.

—Estás equivocado.

—No te hagas el idiota conmigo. Ella nunca te ha dicho que no, nunca te ha contradicho en nada de lo que has decidido. Todos estos meses has hecho tu voluntad. ¿Dime que pasó con el tipo del perro?, Prácticamente cercaste la maldita playa para que no se le acercara más, por Dios eso no es normal y luego el pobre imbécil al que ayudó en las oficinas de Oakland, sé que lo despediste en cuanto tuviste oportunidad.

— ¿Eso que tiene que ver con esto?

—Tiene todo que ver. No creo que seas tan estúpido como para no darte cuenta de tus actos.

—El que no quiera que imbéciles se acerquen a mi esposa no me convierte en un desquiciado.

—Lo es, si es injustificado tu comportamiento. Emma es una mujer inteligente, que ha cedido en todo contigo y a la primera discusión que tienen porque quiere tener una vida más allá de las paredes de tu casa y tener contacto con gente además de una niña y un perro. La agredes y le echas en cara lo que vivió con ese idiota.

—No es cierto. — le grité furioso.

—Tú sabes que sí lo es. Salió de una prisión para entrar en otra, aunque no hubiera querido hacer alusión entre Alexander y tú, es la verdad. Estuvo con ese tipo por proteger a su hija... a tu hija, ¿Se te olvida que estuvo con un desgraciado que la usó?, ¿Quieres que te recuerde lo que le hizo?

Negué con la cabeza, mientras apretaba los labios.

—Y ahora tú la tienes en la misma posición, aprovechándote de la culpa que siente. —me gritó. Me pasé las manos por el cabello, mis ojos se nublaron, Oscar tenía razón.

— ¿Qué hago?, No puedo evitarlo. —le grité, al final exploté aceptándolo.

—Si no puedes pasar la página, déjala ir. Después de todo lo que sufrió por tu puta culpa, no se merece seguir haciéndolo. Recapacita, no puedes usar de pretexto su seguridad para controlarla y aislarla, porque eso es lo que haces. ¿Tienes miedo que te vaya a engañar por eso no quieres que nadie se le acerque?—me dijo irónicamente.

—No digas estupideces.

—Pues es lo que parece.

—La amo más que a mi vida.

—Amigo no lo dudo, pero no está bien lo que le estás haciendo. Te lo digo porque me importas, pero ella también lo hace. Es una buena mujer y tú ya te pasaste de hijo de puta con ella.

Mi rostro estaba rígido. Oscar salió del hospital y me senté en silencio, tenía que digerir sus palabras, el muy cabrón había puesto el dedo en la llaga. Pero a pesar de mi amor, era mi orgullo de hombre el que se sentía herido y con todo el derecho de cuidar lo que era mío. Salí y me encontré a Oscar recargado en la camioneta, con un semblante irritado.

— ¿En dónde está?—murmuré.

—Julio, la llevó al hotel.

Subí al auto en silencio, no sabía lo que pasaría. La sola idea de que me abandonara me destrozó, pero los celos y el recuerdo de su traición me consumían.

—No quiero regresar al hotel todavía.

Oscar me miró incrédulo.

— ¿A dónde quieres ir?

—Necesito un trago.

Emma

Mi examen de sangre, resultó positivo, estaba embarazada, ¿Cómo pasamos de estar haciendo planes sobre nuestro futuro a una discusión tan espantosa?

Entré a la suite con un estado de ánimo sombrío, tomé un pijama y me metí al baño. La cara me picaba y todo el cuerpo me dolía. Me senté en el piso de la regadera y lloré, ahora tenía que pensar en lo que era mejor para Maia y mi bebé. No quería crear un conflicto entre mi familia y Federico. No iría corriendo a contarles mis problemas, no los trasladaría ni a mi familia ni a mis amigos. Él regresó unas horas después, se miraba tranquilo, pero se notaba que estuvo tomando.

—Necesitamos hablar.

Su rostro era sereno, pero su mandíbula se veía apretada y sus labios eran una línea delgada. Dejé lo que estaba haciendo y lo seguí a la sala en silencio.

— ¿Podemos pretender que esto no ocurrió?— se cruzó de brazos y frunció el ceño torciendo la boca.

—Si me dices que puedes seguir adelante y que me vas a dar la opción de tomar mis propias decisiones sin querer imponerte. Yo también lo haré. — murmuré.

—Estás equivocada, todo lo hago por el bien de nuestra familia. — ¿Por qué sus palabras me parecían tan jodidamente familiares?

—Lo entiendo hasta cierto punto, pero necesito sentir que puedo decidir por mí y no que debo acatar todos tus deseos sin chistar. No voy a dejar que me anules como persona y lo hago por el ejemplo que les daremos a nuestros hijos. — su rostro reflejaba estupor y sorpresa.

— ¿Y piensas que soy tan malo que es mejor alejarte de mí?...Ahora entiendo, es tu forma de

castigarme por no ceder ante tus caprichos.— ¿Caprichos, pero de que caprichos hablaba?

—Nunca haría nada para lastimarte.

—Pues lo estás haciendo.

—Te aseguro que no es mi intención. Voy a regresar contigo. — me miró abriendo los ojos con una media sonrisa de triunfo, eso era lo que más me calaba en el alma. Él no era así, ¿En qué momento se convirtió en un hombre que necesitaba infundir su dominio sobre mí? — Voy a regresar a Los Ángeles, pero voy a irme a un hotel, en lo que decido que haré. No voy a involucrar a mi familia en esto, no es justo alejar a Maia de ti, ella es tu hija y tienes derecho de verla.

—No vas a irte a ningún maldito lado. ¿Qué culpa tiene mi hija de esta situación?, Además te tiene que revisar un doctor. — me dijo alterado, ya había perdido los estribos, se pasó una mano por la frente mientras arrugaba la frente.

Sin darme cuenta me tenía contra la pared y sus manos sujetaban mis brazos con fuerza, su rostro estaba tenso y sus ojos estaban llenos de ira. Siempre supe que era un hombre con un carácter fuerte, pero nunca había intentado coaccionarme. Esta era la segunda vez que se comportaba violentamente.

— No regresaré a tu casa...— armándome de valor le dije sin poder verlo a la cara.

— ¿Por qué tienes que hacer todo tan jodidamente difícil?, ¿Es tan complicado aceptar lo que te digo? — me gritó furioso. Sentí su respiración contra mi cara, sus ojos hermosos destilaban rabia.

—Estás siendo irracional...— balbuceé. Me interrumpió antes que pudiera decir otra cosa.

— ¿Es una jodida broma?, ¿Yo irracional? Cuando tú eres la que quieres dejarme. — me dijo exaltado.

—Entiéndeme no te estoy dejando...solo necesitamos tiempo. — ¿pero que más le podía decir?

Se apartó de mí y me dio la espalda, por primera vez conocí su lado más cruel, respiraba pesadamente a pesar de que trataba de controlarse. Se volvió hacia mí y me miró enardecido.

—No quiero tomarme ningún puto tiempo. No lo necesito. Lo que siento no va a cambiar. Quieres que olvide lo que pasó y siga adelante, como si fuera tan sencillo, ¿Qué carajos quieres oír?, ¿Qué me jodió que me engañaras?, ¿Qué me lastimó profundamente que te acostaras con ese

imbécil?, Pues ahí está, lo hiciste. Me heriste de la peor manera. Eres mi esposa y te amo...pero no puedo olvidarlo. Necesito saber que eres solo mía, no voy a permitir que eso que pasó con él se vuelva a repetir y la única forma es controlándote.

Mis lágrimas se derramaron sin poder contenerlas con su declaración. Mi traición lo estaba destrozando. Me gritó con rabia, nunca olvidaría el odio que reflejaba su rostro. Sus palabras fueron horribles, pero era una realidad que tenía que enfrentar. Me quedé en silencio conmocionada.

—Pero está bien, si quieres que sea irracional lo seré. Regresaremos en la fecha planeada, recuerda que quise dejar este asunto de lado, pero no me dejaste, insististe en escarbar en algo que no quería y olvídate de irte porque no te lo voy a permitir.

Me quedé parada en medio de la habitación, sintiendo como mi mundo se derrumbaba. Un dolor se atascó en mi pecho, cerrando mi garganta y desgarrando mi corazón.

—Lo siento...— murmuré despacio con la poca voz que salió de mis cuerdas vocales que estaba paralizadas, totalmente avergonzada y vapuleada, pero no me escuchó. Salió de la habitación encolerizado, azotando la puerta a su paso. Me acosté en la cama y lloré hasta que me quedé dormida.

Por la madrugada, oí el ruido de una lámpara que cayó al piso y luego el rechinar de una de las mesas, mientras maldecía. Tenía que estar muy tomado para tropezarse con todo a su paso. Tuve el impulso de levantarme y ayudarlo, pero no lo hice. Me quedé inmóvil.

A trompicones llegó hasta la cama. Sentí el peso de su cuerpo deslizándose sobre el colchón, pero no se acercó. Algo entre nosotros se rompió y me destrozaba el alma. Por más que lo amara, mi prioridad siempre serían Maia y este nuevo bebé que estaba por venir.

Tal vez el tiempo nos ayudaría a resolver nuestros problemas, en realidad no tenía la más remota idea de lo que sucedería. Lo único que podía hacer era pedirle a Dios que me diera el valor y la fortaleza para enfrentar lo que me pusiera en mi camino. En la adversidad, aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la vida sigue y tenemos que ver siempre hacia adelante.

Era lo único que podía hacer y lo haría por mi niña y por mi bebé, el que lamentablemente no sería recibido como esperaba, pero por mi parte desde este momento era mi esperanza. Me aferraría a ellos con uñas y dientes para protegerlos si era necesario.

Próximamente

Ámame

Libro 03

Lorena Salaz

Trilogía

Siempre te Amaré